





# RADICALITZEM

## la vida

La mayoría de libros de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. **Subscriu-t'hi!!**

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. **¡Subscríbete!**



*Satèl·lit*  
*sense quota*



*Càpsida*



*Replicant*

**60€**

- 5% En toda la librería online
- 4 libros Virus editorial sin límite de precio
- Descuentos En grupos de lectura y otras actividades
- Pack bienvenida Incluye: 10€ de descuento en el punto de lectura + postal

**100€**

- 5% En toda la librería online
- 8 novedades Virus editorial durante un año
- Descuentos En grupos de lectura y otras actividades
- Pack bienvenida Incluye: 10€ de descuento en el punto de lectura + postal

**100€**

- 5% En toda la librería online
- 8 novedades Virus editorial durante un año
- Descuentos En grupos de lectura y otras actividades
- Pack bienvenida Incluye: 10€ de descuento en el punto de lectura + postal

<https://viroseeditorial.net/hazte-virica/>



**Daniel Pont e Ignacio González**

**ENTRE EL AZAR  
Y LA NECESIDAD  
HISTORIA DE UNA VIDA**





LICENCIA CREATIVE COMMONS  
AUTORÍA - NO DERIVADOS -  
NO COMERCIAL 1.0

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

📌 **Autoría-atribución:** deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar la autoría del texto y/o la traducción.

🚫 **No comercial:** no puede utilizarse este trabajo con fines comerciales.

⚖️ **No derivados:** no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor o la autora.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia puede visitarse: [creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/](https://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/) o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EE. UU.

© 2024 de la obra, Daniel Pont e Ignacio González

© 2024 de esta edición, Virus Editorial

Título:

*Entre el azar y la necesidad. Historia de una vida*

Edición y maquetación: Virus Editorial

Corrección ortotipográfica y de estilo: Carlos Marín Hernández

Corrección de galeradas: Paula Monteiro González

Diseño de colección: Silvio García-Aguirre y Pilar Sánchez Molina

Diseño de cubierta: Virus Editorial

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-17870-38-6

Depósito legal: B-15904-2024



Virus Editorial i Distribuïdora, SCCL

C/ Junta de Comerç, 18, baixos

08001 Barcelona

T. / Fax: 934 413 814

[editorial@viruseditorial.net](mailto:editorial@viruseditorial.net)

[www.viruseditorial.net](http://www.viruseditorial.net)

# ÍNDICE

GÉNESIS – Ignacio González Sánchez	9
1 No siempre he sido Daniel Pont	35
2 Me fugo, me voy	43
3 De Cádiz a Nanclares: las cárceles de la dictadura	55
4 La lotería, como no jugamos, pues nos va a tocar	65
5 Yo me tengo que fugar de la cárcel	75
6 Solo los fuertes sobreviven	91
7 COPEL: «Amnistía y libertad para todos los presos»	99
8 Ahí vi que me tocaba salir a mí	115
9 El Estado, de nuevo, apostaba por la zanahoria	123
10 La última asamblea	131
11 Recién salido del talego y con mucha conciencia y energía	141
12 Ahí entendí el mecanismo de la tortura	155
13 Y hasta ahora no me han vuelto a ver	159

14	El penúltimo trabajo	167
15	Mi propio camino	173
16	La mafia policial	181
17	Terminal	193
18	República Independiente de Yoar	201
19	Dénia, Jeddah, Rodas	205
20	La época chiringuitera	213
21	Me faltaba activismo	221
22	Tengo conciencia de clase y sé con quién estoy	231
23	Una historia de rebeldía y dignidad	239
24	En la penúltima curva de la vida	251
	EPÍLOGO – Daniel Pont Martín	259

## **Nota editorial**

Como se explicita en el texto introductorio escrito por Ignacio González, estas memorias han sido redactadas a partir de la transcripción de la narración oral de Daniel Pont. Se mantienen en la edición modismos empleados por él, como el laísmo entre otras formas de expresión coloquial, que no dejan de ser parte de una dimensión más de su historia vital.



# GÉNESIS

*Al principio de la detención lo más duro fue que tenía pensamientos de hombre libre [...]. Pero esto duró algunos meses. Después no tuve sino pensamientos de presidiario.*

Albert Camus, *El extranjero*

*La realidad tiene algunos aspectos extremadamente desagradables. Por ejemplo, el hecho de que la vida no tiene ningún sentido. No obstante, uno tiene que afrontarlo porque es el requisito de los esfuerzos que hace uno para darle un sentido.*

Norbert Elias, *Mi trayectoria intelectual*

Este libro narra la vida de Daniel Pont. Toda vida, toda historia, tiene que ser contada desde algún punto de vista y aquí se ha priorizado la perspectiva de quien la ha vivido. Para ello he utilizado la técnica sociológica de la historia de vida. La inquietud intelectual que le da sentido a una investigación de este tipo me ha acompañado durante casi dos décadas, y la culpa es de un conmovedor manifiesto de Wright Mills titulado *La imaginación sociológica*. En concreto, hay una frase que sintetiza el porqué de este libro y que, si bien podría figurar arriba, prefiero poner aquí, para reconocerle plenamente su papel

analítico: «Ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad pueden entenderse sin entender ambas cosas».<sup>1</sup> En mis trabajos previos había intentado comprender la historia de una sociedad, o de algunos de sus aspectos, así que ahora quería entender la vida de un individuo en esa sociedad. Con ello buscaba estar en mejor posición para comprender ambas, si bien intentar algo no es sinónimo de conseguirlo.

Daniel Pont es especialmente conocido por su papel en la COPEL (Coordinadora de Presos en Lucha). Sin embargo, su vida se entrelaza con otros episodios interesantes de nuestra historia reciente. Así, procesos como la infancia y escolarización de los niños perdedores de la Guerra Civil, o los inicios de la cultura del consumo entre los jóvenes del desarrollismo (epitomizados en la música y las suecas) aparecen aquí como igual de importantes que la vivencia de la Transición dentro de las cárceles, adonde no llegó ni el colorido ni el ambiente festivo que oficialmente inundaban las calles. Algunos episodios que nos parecen olvidados entre tantas olas de inseguridad promocionadas por las compañías de seguridad privada tienen también su espacio. Por ejemplo, la casi normalización de los atracos a bancos durante la idealizada década de 1980 y que, posteriormente, las rejas formasen parte del mobiliario habitual de las farmacias. Más recientemente, el despertar político (en unos casos, el resucitar en otros) que supuso el movimiento antiglobalización o el antibelicismo en torno a la invasión de Irak también tienen su espacio en estas páginas, que no son ajenas a la evolución personal y familiar de Daniel.

En esta introducción, en todo caso, me centraré en explicar el origen de nuestra colaboración, el proceso por el que hemos escrito esta historia de vida, un breve comentario metodológico y alguna reflexión general. Creíamos conveniente que esta contextualización no fuese ni muy académica ni muy larga, aunque finalmente eso no se ha conseguido del todo.

---

1. C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1961 [1959], p. 23.

## Origen de la idea

Conocí a Daniel Pont en 2020, cuando entre algunas compañeras pusimos en marcha en Girona un colectivo anticarcelario y de apoyo a personas presas (el Col·lectiu Rossinyol). Yo soy sociólogo académico y sentía que, tras haber estado diez años investigando sobre cárceles, había llegado a alguna conclusión (desde los parámetros de la Academia es osado decir que se ha llegado a una conclusión sobre un tema, pero para las personas normales diez años pueden parecer demasiado tiempo, especialmente con ciertos temas). Ese curso yo había dejado de investigar las cárceles y también había dejado de ejercer mi labor docente en la asignatura sobre prisiones del grado en Criminología de la Universitat de Girona; así que me sentía libre para criticar las cárceles e intentar «hacer algo» como ciudadano. Fue mi forma, tal vez cobarde, de tratar de separar mi actividad académica de mi actividad política (aunque sea una distinción siempre muy cuestionable, pero en la que me parece que hay grados).<sup>2</sup>

La conclusión a la que llegué leyendo cientos de trabajos, habiendo investigado algo y entrando regularmente en varias prisiones fue parecida a la que había llegado Daniel tras haber sufrido años de encarcelamiento: no hay forma democrática de justificar la práctica real del encierro penitenciario. Las cárceles han sido, y son, un error histórico fruto de la ignorancia guiada por ciertas creencias religiosas, autorizado por el

---

2. No defiendiendo que haya que hacer esto o que no se pueda hacer lo otro. Simplemente es el modo en que me sentía cómodo en ese momento. Hay otras personas que se definen como académicas activistas (véase Victoria Ganning, Greg Martin y Steve Tombs (eds.), *The Emerald international handbook of activist criminology*, Emerald, Leeds, 2023). Creo que lo importante es ser honesto y transparente. Me parece más preocupante un tercer grupo, formado por quienes, bajo un pretendido discurso de objetividad científica, cargan sus clases e investigaciones de conceptos y valores políticos que a primera vista pasan por neutros solo porque se corresponden con los valores que defiende la política criminal. No todo activismo académico pasa por cambiar las cosas, sino también por conservarlas.

sentimiento de superioridad moral de algunas élites, y fomentado por las necesidades de imponer una organización social que tiene la explotación en el centro. También coincidíamos en que no le deseamos a nadie que vaya a la cárcel y en que creemos que la sociedad sería mejor sin cárceles.

Si creemos que las políticas públicas deberían estar basadas en pruebas científicas, hemos de estar abiertos a algo más que introducir pequeñas «mejoras» en esas políticas. Si están mal planteadas, pedir políticas basadas en «la evidencia» a veces pasa por abolir esas políticas y replantearlas de nuevo. En un plano más importante, político y democrático, es mi derecho intentar destruir aquello que creo nocivo y que afecta diariamente a cientos de miles de personas (la mayoría de las cuales ni siquiera han delinquido, como los familiares) solo en España.

Las cárceles, entre muchas otras cosas (y lo intelectualmente atractivo de las cárceles es que son muchas cosas a la vez), son máquinas de producir y de reproducir miseria. Esto sí es compatible con la democracia, si aceptamos que el capitalismo lo es. Lo que veo más incompatible es que son instituciones que producen sistemáticamente daños graves e irreversibles al prójimo y que, además, producen de modo sistemático la deshumanización de las personas a quienes encierran, las cuales son transformadas, a ojos de la sociedad, en «presos». Una institución que fomenta la falta de empatía y el miedo y el odio hacia ciertos colectivos no parece muy compatible con los ideales democráticos. Si las muchas cuestiones peliagudas que plantea la existencia de las cárceles se «resuelven» diciendo que es «un mal necesario» (y así se enseña en las facultades de Derecho), creo que eso indica lo poco en serio que se ha tomado el asunto de encerrar a seres humanos y someterlos a una rutina diaria que inflige sufrimientos que ni nos hacen más seguros a quienes estamos fuera, ni contribuyen a una mejora de quienes están bajo encierro. Buena parte de la experiencia carcelaria no es un mal necesario, sino un mal gratuito.

En los distintos encuentros que teníamos en Rossinyol, Daniel a veces contaba alguna anécdota. Por entonces yo había empezado a interesarme por los métodos biográficos. Un día,

explicando él cómo los carteristas se distinguían por llevar la manicura perfecta (no quieres enganchones en los bolsillos ajenos), le planteé si le apetecería narrarme esa y otras historias, y su vida, que yo lo grabase y que luego hiciese un libro con todo ello. Me dijo que sí. Yo le avisé de que nunca había hecho algo así. No le importó, y nos pusimos manos a la obra.

El Estado, tanto en su forma dictatorial como en la democrática, ha encerrado a Daniel durante años en más de una ocasión. Su experiencia carcelaria es lo que despertó el interés en producir esta historia de vida, y claramente ha marcado su sino, sus relaciones y su identidad. No obstante, este libro se ha planteado desde el principio como algo que va más allá de eso. A lo largo de todo el proceso (desde antes de empezar las entrevistas hasta el día que dimos por terminado el texto) hemos ido discutiendo y negociando cuál sería el formato, y cuál el sentido que tenía contar la historia y publicarla, que es algo recomendable en este tipo de trabajos.<sup>3</sup> Para mí era muy importante que este no fuese (solo) un libro sobre cárceles ni sobre la COPEL (experiencia acerca de la cual, afortunadamente, cada vez hay más material). La idea consistía en tratar toda su vida y no solo aquella parte en la que el Estado decidió que merecía pasar a la historia como la vida de un «hombre infame», por usar la expresión de Foucault.

Uno de los muchos efectos que provoca la actuación del sistema penal, varios de ellos no relacionados ni con la rehabilitación ni con la seguridad, es la estigmatización de individuos y de grupos. Esta estigmatización tiene efectos en nuestra percepción sobre personas que son complejas y que tienen deseos, necesidades, proyectos, afectos e historias, y que son reducidas fundamentalmente al rol de «delincuentes». Esto, a su

---

3. Daniel Bertaux, «De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica» [1981], en José Miguel Marinas y Cristina Santamarina (eds.), *La historia oral. Métodos y experiencias*, Debate, Madrid, 1993, pp. 19-34.

vez, justifica su encierro en unas condiciones que generalmente desconocemos —es paradójico que el sistema penal produzca las categorías que se usan luego para justificar la necesidad del propio sistema penal—.<sup>4</sup> Aquí se ha intentado no reproducir el mismo proceso de simplificación y de reducción de la riqueza humana que opera el castigo estatal, y por eso se trata toda la trayectoria vital (aun a sabiendas de que para el lector promedio la experiencia carcelaria será lo que más llame su atención, por más desconocida y morbosa).

Daniel y yo tenemos un objetivo común y algunos objetivos distintos con la publicación de este libro. El común es la denuncia de la situación que se vivió en las cárceles mientras millones de personas celebraban la llegada formal de las libertades e, indirectamente, la situación que se vive hoy en las prisiones mientras millones de personas dan por hecha la existencia de esas libertades. Como la rosa de Gertrude Stein, «una cárcel es una cárcel es una cárcel». Hay cosas que pueden cambiar, pero aquellas que hacen que una cárcel sea una cárcel, no. Personalmente, a mí me apetecía seguir explorando y cuestionándome, mediante la práctica, algunos aspectos que me interesan sobre los métodos biográficos. Para Daniel, tal como hemos ido hablando recurrentemente, el objetivo es doble: que no se pierda una parte importante de nuestra historia y que, si alguien puede aprender algo de sus experiencias, lo haga. Estos objetivos han estado presentes desde el principio y han estado sujetos a periódica discusión y clarificación.

Por una cuestión de transparencia, a continuación explicaré el proceso mediante el cual hemos producido esta historia, algo que no suele ser tan habitual como sería deseable.<sup>5</sup> La idea es que quien lea el libro pueda saber cómo y de dónde surge, y que tenga alguna herramienta más para poder valorarlo críticamente. En menor medida, también está relacionado con

---

4. Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid, 1978 [1975].

5. James Bennet, *Oral history and delinquency. The rhetoric of criminology*, University of Chicago Press, Chicago, 1981.

la fiabilidad, que, en los métodos biográficos, está asociada con detallar los distintos pasos que se han seguido.<sup>6</sup>

## Producción de la historia de vida

Hemos producido la historia a través de una serie de entrevistas, durante un período de tres años, en tres «oleadas». La primera ronda consistió en entrevistas totalmente abiertas en las que yo no hice preguntas ni interrumpí el discurso de Daniel, salvo para asentir o hacer alguna broma que permitiese mantener la comunicación y para que él supiese que le estaba escuchando con interés. Al principio de cada entrevista le recordaba muy brevemente dónde nos habíamos quedado en la anterior, y él continuaba el relato. En este sentido, tal como se recomienda hacer en este tipo de metodología, el peso de la orientación de las entrevistas lo ha llevado Daniel, quien se ha mostrado muy involucrado en el proceso, con mucho interés por contar su historia.<sup>7</sup> Llevó seis reuniones llegar al presente, las cuales tuvieron lugar entre el 17 de octubre y el 2 de diciembre de 2020.

Con este material, después de escucharlo varias veces y ya transcrito,<sup>8</sup> preparé guiones para la siguiente oleada de entrevistas. En este conjunto de entrevistas, conociendo ya la vida y los intereses de Daniel, sí realicé preguntas que podían ser de interés para mí, y también aproveché para que explicase mejor algunos puntos que no quedaban claros en su primer relato. Esta segunda oleada constó de ocho entrevistas realizadas

6. Juan José Pujadas, *El método biográfico. El uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1992.

7. Daniel Bertaux, «La perspectiva biográfica. Validez metodológica y potencialidades» [1980], en Marinas y Santamarina, *La historia oral...*, *op. cit.*, pp. 149-171; Paul Thompson, *La voz del pasado. Historia oral*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1988 [1978].

8. Agradezco mucho la ayuda que me prestaron Anna Montlló, Cecília Cameranesi y Esther Arias. También continúo en deuda con Javier Rujas por haber leído esta introducción y por haber dialogado conmigo durante estos años.

entre el 25 de mayo y el 10 de diciembre de 2021. El formato fue el de la entrevista abierta. Aquí, con su permiso, sí me permitía reconducir su discurso cuando se daban reiteraciones muy obvias y prolongadas, y realizaba preguntas sobre aspectos concretos. También me interesé bastante más por las últimas décadas en las que, a diferencia del detalle y la precisión que mostraba con los hechos de la década de 1970, el relato original era bastante más somero. Esto tiene sentido, pues es esa la época que más veces había rememorado y que, por varios motivos, ha sido más significativa en su vida.

Finalmente, y tras el mismo proceso de escucha repetida y transcripción de las entrevistas, realizamos una tercera vuelta entre el 28 de marzo y el 31 de mayo de 2023, con cinco reuniones más. En esta ocasión la dinámica fue más parecida a la de la conversación; consistía en ir viendo fotos y materiales de su vida, para que actuasen como disparadores de su memoria y poder ampliar detalles y aclarar algunos aspectos. En total han sido diecinueve sesiones y unas treinta y tres horas de discurso. Creo que el hecho de haber sido capaces de reírnos habitualmente a lo largo del proceso ha sido fundamental para conseguir una mejor relación y un mejor relato. Como se verá, hay episodios de su vida que no tienen ninguna gracia, pero en este caso, igual que ocurre en la docencia, la risa y la sonrisa son como un cincel con el que se vencen las resistencias y se moldean relaciones humanas que favorecen la comunicación, los afectos y el aprendizaje.

Todas las sesiones han sido en el salón de su casa, menos una, en la que estuvimos en la mía y le estuve enseñando otros libros biográficos, varios de ellos escritos por gente que él había conocido a lo largo de su vida y que sirvieron como hilo de la conversación. Generalmente estábamos solos (a veces Sonia, su pareja, estaba en la planta de arriba de la casa), y solo muy ocasionalmente fuimos interrumpidos por algún repartidor o alguna llamada telefónica. Las primeras reuniones las realizamos por la mañana, pero pronto me pidió cambiarlas a la tarde: él acababa agotado con las sesiones, a las que se refería habitualmente como «terapia». Al principio insistí mucho en que no

estábamos haciendo terapia, por la confusión habitual que hay entre psicología y sociología, hasta que me di cuenta de que no se debía a una confusión suya, sino mía: estas reuniones eran terapéuticas para él —algo habitual en las historias de vida—.<sup>9</sup> Daniel no se limitaba a contar su vida de memoria, algo imposible, sino que en el transcurso del relato estaba examinando su vida, verbalizándola, confesándola, dotándola de sentido y valorando quién había sido y quién era. El entrevistador puede limitarse a preguntar y escuchar activamente, pero quien narra su vida hace mucho más que contarla. Tener esto en cuenta es fundamental para comprender las implicaciones del relato más allá de lo enunciado.

A lo largo del proceso gané confianza y legitimidad para poder hacer algunas preguntas que hubiese resultado ciertamente violento plantear durante las dos primeras oleadas. En la última revisión del manuscrito, y previo permiso, ya me permitía hacer bromas sobre su vida. Esto ha resultado muy productivo, tanto para profundizar en algunos detalles como para comprobar la consistencia interna de su historia, sin ser conscientes de estar haciéndolo. Se ha dado una situación extraña en la que, aunque nos conocemos desde hace relativamente poco, al haberme contado en detalle su vida puedo, por ejemplo, hacer chistes con referencia a situaciones o personajes de su juventud o a ciertos aspectos vitales irónicos. Es una rara intimidad que se ha construido más a través del discurso y el compromiso recíproco que por haber compartido experiencias de vida de manera directa.

Una vez que tenía el material discursivo transcrito, tocaba producir un texto legible, ahora sí conscientemente orientado a un público amplio. No digo «un texto coherente» porque ya lo era (y bastante ordenado). Todas las palabras, expresiones y frases que componen el relato de Daniel son suyas,<sup>10</sup> y solo hay

---

9. Thompson, *La voz del pasado...*, *op. cit.*

10. Quería evitar a toda costa que se produjese una situación como la que

dos frases que fueron dichas fuera de las entrevistas, si bien comentando informalmente aspectos de su vida en otros espacios. Mi labor, en la forma, se ha limitado a eliminar redundancias y a jugar con los signos de puntuación. El criterio ha sido siempre intentar mantener la oralidad del discurso, aunque eso sea imposible desde el momento en que las palabras se ponen por escrito. Se ha llevado a cabo algún pequeño reordenamiento de alguna frase, pues la disposición comprensiva cuando se lee tampoco es idéntica a cuando se escucha. A raíz de contrastar con otras fuentes y trabajar las transcripciones, fue necesario reorganizar algunos eventos que aparecían mezclados o, al menos, no claramente separados cronológicamente. La división en capítulos también es responsabilidad mía.

Mi labor, en cuanto al fondo, ha sido más influyente. Si bien la estructura del relato es suya tal y como la expresó en la primera tanda de entrevistas, las preguntas que he podido realizar han influido en que haya dado más detalles sobre algunos aspectos y menos sobre otros (que hubieran sido distintos si mis intereses hubiesen sido psicológicos, políticos o moralizantes). Además, he sido yo quien ha tomado las decisiones de excluir algunas anécdotas. Eran interesantes, y hay ciertos rodeos o excursos que son bienvenidos en la comunicación oral, pero que cuando se traducen a texto escrito pueden hacer perder el hilo

---

aparentemente se dio entre Chic Conwell y Edwin Sutherland cuando, en una de las misivas que aquel dirigió al sociólogo estadounidense al recibir su copia de *Ladrones profesionales*, le decía, sin aparente reproche: «La leí con un gran interés y también con un gran desconcierto. En algún momento te pediré que cojas una copia y subrayes en rojo lo que escribió el ladrón y en azul lo que escribiste tú. Has asimilado tanto la filosofía del ladrón que es imposible distinguir la tuya de la suya. Si no lo hubieses hecho sería fácil aislar frases y decir que el ladrón no dijo o escribió eso. [...] Leeré el libro de nuevo en un esfuerzo por identificar algo familiar. Incluso si el ladrón no escribió ciertas cosas, estoy seguro de que se sentía así y que desearía haberlo hecho» (véase Jon Snodgrass, «The criminologist and his criminal. The case of Edwin H. Sutherland and Broadway Jones», *Issues in Criminology*, vol. 8, n.º 1, 1973, pp. 7-8). Huelga decir que *Ladrones profesionales* no es una historia de vida, si bien usa el método biográfico.

de lo que se está contando, y he priorizado que el libro no fuese excesivamente largo. En todo caso, Daniel leyó dos veces el manuscrito y me reclamó alguna cosa que yo había eliminado y que fue reintroducida. Solo ha habido dos anécdotas que se han suprimido en la fase final por consejo de personas versadas en derecho penal. El sistema penal, aun décadas después, sigue condicionando lo que Daniel puede decir y lo que no.

El libro aparece con dos autores por estos motivos (y por lo que explico a continuación). En caso de haber tenido que elegir, yo hubiese puesto a Daniel como autor, pues suyas son las palabras, las ideas y la historia. No obstante, me parecía inadecuado borrar el papel que he tenido tanto en la producción como en la edición del texto. Si bien acepto las posibles críticas por arrogarme cierta autoría, este ha sido un punto reiteradamente discutido con Daniel y desde el principio hemos estado de acuerdo al respecto (y él rechazó aparecer como único autor las dos veces que se lo ofrecí). Aunque pueda parecer extraño, la costumbre en sociología y antropología ha sido más bien la contraria: que aparezca como único autor el académico, aun cuando hayan sido textos coproducidos.<sup>11</sup> Esto se ha debido fundamentalmente a la imposición de relaciones de poder del entrevistador sobre el entrevistado, a cierto extractivismo académico y, en menor medida, a la cuestión del anonimato del biografiado (algo sobre lo que volveré más adelante).

La primera vez que Daniel leyó el manuscrito fue por capítulos. Cuando comencé a preparar la versión publicable, le pasé los cinco primeros para que pudiese valorar si las decisiones que estaba tomando y el tipo de estilo que estaba priorizando en el texto le parecían bien. Viendo el tipo de correcciones que me trasladó, las tuve en cuenta para seguir trabajando con el resto. Después, conforme me iba retrasando y retrasando, comencé a pasarle capítulos para que viese que iba trabajando, aunque aquí ya no le pedí comentarios hasta que tuve un borrador del conjunto del relato. Necesito destacar

---

11. Snodgrass, «The criminologist and his criminal...», *op. cit.*

aquí la enorme paciencia que ha tenido conmigo. Si bien he ido realizando este libro en los ratos libres y sin ningún tipo de financiación, en el margen que tenía para exigirme hizo muy bien en recordarme que «está muy bien empezar proyectos, pero está mejor acabarlos». De hecho, sí que me podía exigir, pues «ningún contrato está tan cargado de exigencias como el contrato de confianza»,<sup>12</sup> y creo que todo el proceso ha estado marcado por el respeto mutuo y un alto grado de horizontalidad. En algunas fases de este proceso he sentido el peso de una gran responsabilidad, pues, hasta que la obra fuese publicada, yo era el portador del relato de su vida (no llegué a sentirme un hombre-libro como los de *Fahrenheit 451*, pero estoy más tranquilo con el libro en papel y disponible para todo el mundo).

La segunda vez que Daniel leyó el manuscrito fue con una primera propuesta de libro; con un borrador completo. Mientras él lo leía y apuntaba correcciones, yo también hice una «última» lectura. Esto nos dio otra oportunidad de volver a revisar conjuntamente toda la historia, en su casa, durante varios días. Sentados delante del ordenador, él me iba señalando aspectos o puntualizaciones y discutíamos si eran pertinentes o no.

En resumen: me ha contado su vida tres veces, una vez al año. Ha leído dos veces el manuscrito. Hemos ido página por página resolviendo dudas. Lo que cuenta aquí es tal como lo recuerda (y la consistencia en sus relatos es destacable, tanto en lo que cuenta como en cómo lo cuenta).<sup>13</sup>

Paralelamente, hemos ido comprobando varios hechos relatados de la vida de Daniel. Por mi parte, he ido buscando algunos de los eventos en la prensa, en la que muchas veces también aparecían recogidas las sentencias. También he intentado encontrar el rastro de las jornadas o las publicaciones a las que alude.

---

12. Pierre Bourdieu, *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2007 [1993], p. 7.

13. Esto he podido comprobarlo también en situaciones cotidianas, pues hemos pasado bastante tiempo fuera del formato entrevista.

Ha sido especialmente útil en todo este proceso el expediente penitenciario de Daniel, que fue recuperado por César Lorenzo mientras realizaba su investigación sobre la COPEL, publicada en el excelente libro *Cárceles en llamas. El movimiento de presos sociales en la Transición*.<sup>14</sup> La experiencia penitenciaria destaca por su monotonía y a menudo por la ausencia de referentes claros con los que anclar las experiencias. Entre tantos traslados para juicios o como táctica de desarticulación de un colectivo de presos que pedía que se aplicase la ley también dentro de la cárcel, había algunas fechas y experiencias que ha sido necesario cotejar y corregir.

En este sentido, Daniel también ha sido de gran ayuda, pues además de conservar bastantes documentos personales y recortes de periódico, ha buscado información en internet y en las fases finales escribió a conocidos suyos para que le confirmasen algunas fechas y hechos sobre los que podía tener alguna duda. También he comprobado la coherencia interna del relato, sin que ello signifique que haya eliminado del todo las incoherencias, pues las contradicciones son parte de nuestras vidas y, además, son significativas e importantes en sí mismas. Así, con comprobar la coherencia interna no me refiero a sus visiones u opiniones sobre determinados asuntos, sino más bien sobre hechos factuales (si tal hecho lo asocias a tal año, pero ese año sabemos que estabas viviendo en otra ciudad, hay que revisar el año).

Las notas a pie de página que se presentan a lo largo de la historia no son mías, sino de Daniel. Se suelen limitar a recoger referencias de libros, películas o documentales que menciona. Generalmente se trata de obras producidas por quienes vivieron los hechos, y muchas de ellas son casi contemporáneas a lo narrado. Con ello, quien quiera ampliar, contraponer otros relatos o simplemente saciar su curiosidad, puede hacerlo. También sirven para recordar que este relato no es ni mucho menos el único ni el primero sobre algunos hechos

---

14. César Lorenzo Rubio, *Cárceles en llamas. El movimiento de presos sociales en la Transición*, Virus, Barcelona, 2013.

históricos, y que la circunstancia de que la historia de la democracia española se haya conocido más por Victoria Prego que por varios de sus protagonistas directos merece ser explicada (y, a la vez, explica muchas cosas).

## **Aspectos metodológicos**

A pesar de un comienzo prometedor, las historias de vida quedaron sepultadas con el auge de la sociología de encuesta y la sociodemografía. En las últimas dos décadas parece haber una recuperación de estas técnicas, muchas veces amparadas en epistemologías posmodernas. Uno podría pensar, ahora con experiencia, que es una forma de investigar que requiere mucho tiempo (tanto que ponerla en práctica es instrumentalmente poco inteligente, al menos con los criterios actuales de evaluación de la actividad académica), y que los resultados no siempre son satisfactorios. O podría pensarse que esto es debido a que los fundamentos metodológicos han sido desacreditados. Lamentablemente, no suele haber mucha discusión epistemológica, ni ese suele ser el criterio por el que se aceptan o rechazan las formas de investigar (si no, no habría manera de explicar el éxito de las encuestas, especialmente en la edad dorada de las muestras no probabilísticas, que técnicamente impiden inferir los resultados al no conocerse de qué son representativas).

Buena parte del éxito de una historia de vida reside en la persona que cuenta su vida, y no es fácil encontrar a la adecuada. Esto, de nuevo, demanda tiempo y haber conocido a bastantes personas que hayan pasado por situaciones similares (lo que, a su vez, requiere tener contacto con el «objeto de estudio» o haber recogido varios relatos de vida más cortos hasta que se dé con uno particularmente interesante). Esto no parece muy compatible con las dinámicas universitarias de planificar investigaciones y prometer resultados con unos plazos que, si los datos conocidos son ricos, no suelen contemplar el tiempo necesario para aprovecharlos bien antes de que haya que solicitar un nuevo proyecto. En general, creo que tendemos a producir

más datos de los que hacen falta y que, además, suelen ser de escasa calidad, precisamente por las prisas. En definitiva, producir historias de vida, independientemente de su alcance científico, no renta dentro de las dinámicas institucionales. Requieren tiempo, conllevan incertidumbre y uno siempre se arriesga a que, después de años de trabajo, alguien levante la mano en el fondo de la sala y diga, a veces legítimamente: «Es solo un caso; eso no es significativo».

Esto último es solo un ejemplo sin importancia de algo que me ha supuesto bastantes problemas internos durante estos años. Todo el proceso, la producción de información, mi influencia en ella, la validez de los datos o los dilemas éticos me han generado una crisis epistemológica y personal que aquí no trato. Baste dejar constancia de que ha sido una experiencia muy enriquecedora, algo que parece ser habitual cuando uno se pone a trabajar con historias de vida: es un proceso que cuestiona de manera radical la posición del investigador, así como sus marcos conceptuales y epistemológicos.<sup>15</sup> Si a eso se le suman aspectos más mundanos como la precariedad laboral o la incompreensión de los colegas, habituados a tratar otro tipo de investigaciones como «la» forma adecuada de investigar, el viaje es interesante.

Hasta el segundo año de trabajo de campo no me quedé tranquilo, es decir, «sociológicamente» contento con lo que estaba haciendo. Dicho de otra manera, hasta que no pude darle sentido científico a lo que hacía y, además, me convencía lo suficiente. En parte, fue gracias a poder expresar mis dudas con algunas amigas. En parte, gracias a lo que Daniel me iba contando. Según avanzábamos, cada vez estaba más convencido de que era interesante. Sé que es un concepto vago, y no tengo aún claro cómo se traduce eso en lenguaje filosófico-científico, pero es lo que me sirvió para seguir adelante con el trabajo y

---

15. Cristina Santamarina y José Miguel Marinas, «Historias de vida e historia social», en Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis, Madrid, 1994, pp. 257-285; Bertaux, «La perspectiva biográfica...», *op. cit.*

poder acabarlo: la convicción, tal vez osada, de que lo que estábamos haciendo era interesante en sí mismo, sin necesidad de que remitiese a algo más profundo o lejano. Aunque pueda sonar a perogrullada para alguien no académico, quiero defender que las cosas pueden ser importantes simplemente por ser *interesantes*. En una época donde la instrumentalización de nuestras actividades y de nuestras relaciones gana terreno sin que nos demos mucha cuenta, parece un lujo y algo blasfemo reclamar la pausa y el interés al hacer las cosas.

Si el libro le resulta interesante a alguien más será, sin duda, por el contenido de la historia de Daniel, así como por su capacidad para contarla. Igual de importante es el momento en el que una persona cuenta su vida. Al menos en historias que recogen experiencias carcelarias o vinculadas con la delincuencia, es habitual que se trate de personas jóvenes. Así, muchas veces nos quedamos sin saber qué pasa después. Incluso cuando el protagonista es mayor, la historia se suele centrar en «los años duros». Entonces ignoramos qué pensaba esa persona sobre otras cosas o, incluso, qué eran esas otras cosas («¿hay vida más allá de la delincuencia?»). Ya he explicado que no veía motivo alguno para limitar toda una vida a lo que el sistema penal dicte, bien porque califique algunas de esas experiencias como delictivas, bien porque obligue a la persona a tener experiencias dentro de un edificio gubernamental (en otras investigaciones puede tener todo el sentido del mundo; hablo de esta).

Como se ha señalado, que una historia de vida sea provechosa depende de la persona en concreto. Necesito dedicar algún párrafo a justificar por qué creo que Daniel ha sido un buen interlocutor.

Creo que el principal motivo es que él estaba motivado para contar su historia. Quien haya realizado varias entrevistas biográficas sabe que la mayoría de la gente comienza sorprendida por que alguien quiera que les cuenten su vida. Al poco de empezar la entrevista se suelen dar cuenta de que sí tienen cosas que decir. Otra cosa es mantener su atención o ese interés durante dos o tres horas o, peor, durante seis o siete días. En este

sentido, Daniel ha mantenido el interés y ha tenido enorme paciencia cada vez que le he pedido alguna aclaración, o si le pedía explicar algo con un poco más de detalle. Por otro lado, y como se verá, por su trayectoria vital él ya había relatado varios episodios de su vida, así que tenía un discurso articulado (algo especialmente difícil de encontrar en sectores poblacionales con una escasa educación reglada). Esto ha facilitado mucho que yo no tuviese que estar preguntando demasiado ni sonsacándole información constantemente. Daniel entendía por qué su vida podía ser interesante, y por ello hacía esfuerzos por contarla bien. Además, fruto de su politización, el discurso tiene grandes dosis de reflexividad, lo que suele ser considerado como algo positivo:<sup>16</sup> su crítica normativa muestra de una manera natural cuáles son sus valores, sin que yo haya tenido que estar preguntándole expresamente por ellos. No obstante, soy consciente de que, en algunos momentos, el haber narrado algunos episodios con anterioridad puede conducir a que «me suelte su rollo» con el piloto automático. Por ello fueron especialmente útiles la segunda y la tercera vuelta de entrevistas, donde le podía sacar de ciertos hábitos narrativos ya recogidos en la primera oleada.

Otro elemento positivo ha sido su edad. Cuando empezamos él tenía setenta y un años, y al acabar setenta y cinco. Es una persona fuerte y muy ágil mentalmente, con mejor salud que yo: me encantaría llegar a los cincuenta años como está él a los setenta y cinco. En aspectos relacionados con la historia oral, se ha señalado que las personas mayores son especialmente adecuadas para obtener discursos menos marcados por la deseabilidad social, pues están menos preocupados por quedar bien.<sup>17</sup> Es imposible evaluar a ciencia cierta la honestidad de una persona, pero me atrevo a decir que Daniel ha hablado con mucha libertad, y que ha tenido ocasiones para eliminar algunos aspectos del libro que podrían alejarle de ser un modelo ético, y no lo ha hecho.

---

16. Santamarina y Marinas, «Historias de vida e historia social», *op. cit.*

17. Thompson, *La voz del pasado...*, *op. cit.*

Esto he podido comprobarlo según entablábamos una relación de estrecha confianza, algo fundamental para una buena historia de vida.<sup>18</sup> He sido muy cauto al preguntar siempre, pero especialmente con algunos temas, en los que primero consultaba si podía hacerlo. En reiteradas ocasiones, verbal y corporalmente, me ha comunicado sinceramente que le daba igual y que ya, en el momento en el que estaba, le preocupaba poco lo que la gente pudiese pensar de él. Es preciso tener en cuenta que yo apenas pregunté nada durante el primer año, y que he ido haciéndolo cada vez más, conforme se iba desarrollando una relación horizontal (si eso es posible) que ha llegado a convertirse en amistad. Como además hemos compartido espacios y conversaciones informales, no tengo mucha duda de que se encuentra en un momento de su vida de gran paz y tranquilidad, en el que prima dejar constancia de lo que le ha pasado, de lo que ha hecho y de lo que piensa. Aunque siempre existe algo de ello, creo que la deseabilidad social aquí ha sido baja. Por otra parte, los actos de Daniel, ya conocidos, hablan por él más que lo que pueda llegar a decir en un libro.

Esto me lleva a destacar el único «pero» importante que le veo al proceso de coproducción que hemos seguido para esta historia de vida, y que ha supuesto un fuerte quebradero de cabeza metodológico: no es anónima. El anonimato puede favorecer razonablemente una mayor sinceridad, especialmente a la hora de narrar algunos hechos delictivos. No ya por la deseabilidad social, sino por la responsabilidad penal. A su vez, cuando se ha dado la cara en momentos importantes, uno puede sentirse ligado a mantener cierto relato aceptado o imagen proyectada (y, por ejemplo, tener más dificultades para reconocer ambivalencias o temores). Además, puede suceder que el nombre desvíe la atención de lo que es habitualmente importante en esta metodología, y que suele pasar por el sistema de relaciones, las experiencias vinculadas a cierta posición social, o determinada perspectiva de la historia, que hasta cierto punto

---

18. Pujadas, *El método biográfico...*, op. cit.

aparecen como representativas de algo más que del individuo que narra su vida (y de aquí muchas de las tensiones epistemológicas entre la representatividad del individuo y su singularidad). En las primeras fases se planteó la opción de publicar el libro anonimizado, dado que eso no tenía por qué influir en los objetivos que teníamos (en el caso de Daniel, que alguien pudiese sacar algún aprendizaje de su vida), pero fue descartada porque era evidente que era imposible que Daniel no fuese identificable, y quien lea la historia entenderá por qué. Frente a ir haciendo malabares para intentar mantener un anonimato que solo sería aparente, decidimos no alterar las cosas. Por último, del mismo modo que el anonimato puede liberar para decir la verdad, hablar en tu propio nombre cuando parte de la historia es conocida puede atar a decir la verdad, o a evitar ciertas exageraciones: permite que otras personas cuestionen lo que se dice, y que si mientes alguien te pueda llamar mentiroso.

Las consideraciones con respecto a las otras personas que aparecen mencionadas en la historia han sido distintas. Daniel es excepcionalmente bueno manteniendo el contacto con la gente, y ha escrito a sus allegados pidiéndoles permiso para mencionarlos, o para contar ciertas cosas en las que aparecían involucrados. De naturaleza distinta ha sido la preocupación por el anonimato cuando se refiere, por ejemplo, a funcionarios torturadores. Aquí me surgieron serias dudas, pues el origen de ciertas cautelas está en proteger a los débiles, especialmente cuando son objeto de estudio y los académicos aparecemos para extraerles información. Se suele buscar no caer en una doble «victimización», que haga que participar en las investigaciones sociales les cause perjuicios en su comunidad, en sus relaciones o en su día a día. Se me hacía raro que esto terminase favoreciendo a personas que han practicado la tortura (el delito que considero más grave de todos). Además, no me sentía con la potestad de quitarle a una persona que ha sufrido torturas su derecho a denunciar a los torturadores. Tanto Daniel como otros de sus compañeros en prisión ya han denunciado varias veces públicamente a sus torturadores con nombres y apellidos, como hicieron en el documental que

ellos mismos produjeron sobre la COPEL. Quien quiera poner en duda la memoria de varias personas que han convivido con un torturador y que lo identifican sin lugar a dudas, lo tiene fácil: lo que aquí se presenta es el relato subjetivo de una persona. Las personas que sufren torturas en cárceles y comisarías desafortunadamente ya están acostumbradas a que se ponga en duda su relato. La memoria puede fallar, si bien hay cosas e individuos que no se olvidan. Ni en el libro se defiende, ni Daniel ni yo lo pensamos, que todos los funcionarios torturen, ni que se pueda generalizar. En todo caso, como ya he dicho, es un tema muy complicado y lo único que puedo hacer es explicar las razones de una decisión que tenía que tomar.

Aunque pueda parecer extraño, la historia de Daniel no es estrictamente individual o, si se quiere, no es solo «su» historia. Ya se ha explicado el contexto en el que se ha producido el relato, que ha sido una situación social en la que yo he podido influir (y por ende a otra persona le hubiera podido contar algunas cosas que a mí no me ha contado, y no haberle contado cosas que a mí sí). Más relevante, en todo caso, es que el contexto en el que se ha desarrollado su vida es social.<sup>19</sup> Esto quiere decir que la mayor parte de las cosas le han pasado mientras estaba con otra gente, y que la interpretación de las situaciones que narra se realizaba en grupo. Así, son cosas tuyas pero no solo tuyas. Es fundamental, especialmente en los relatos biográficos, romper con la ilusión de los individuos autónomos y singulares (ese *homo clausus* del que hablaba Norbert Elias).<sup>20</sup> y prestar atención a las redes de interdependencia en las que a uno le suceden las cosas, las interpreta y toma decisiones. Consecuentemente, cambiar de contextos conlleva la posibilidad de reinterpretar las acciones pasadas y, con el tiempo, uno va reinterpretando lo que le ha sucedido de acuerdo con marcos sociales distintos y con otras lecturas de los episodios históricos.

19. Santamarina y Marinas, «Historias de vida e historia social», *op. cit.*

20. Norbert Elias, *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, 2006 [1970].

No se defiende aquí que el marco de sentido quede limitado a los grupos inmediatos, pero sí que estos median en la comprensión e interpretación, así como en el curso de las acciones. Por ello, los relatos, aunque subjetivos, siempre reflejan un fuerte componente social, tanto en la forma como en el fondo. De ahí el interés del relato más allá del relato en sí mismo.

A lo largo del proceso, otro aspecto que me ha inquietado ha sido la cuestión de la objetivación. Mi idea original era acompañar la historia de vida con un largo comentario de carácter más sociológico, vinculando la narración de Daniel con teorías y conocimientos que tenemos desde las ciencias sociales. Otra opción que me seducía era ir comentándola en notas a pie de página, y además eso podía servir para proporcionar bibliografía especializada a quien quisiese profundizar en algunos aspectos de la narración. Esto quedó descartado. Por un lado, no es el tipo de publicación que habíamos pensado. Llenar el texto de citas y notas al pie podía dar dolores de cabeza a quien no esté acostumbrado al estilo académico, y añadirle decenas de páginas más al libro podía reducir el público potencial a aquellos muy motivados. Más importante, sin embargo, es que ahora mismo me resulta violento. Además, creo que Daniel ya es bastante explícito en muchas de las cosas que cuenta, y hasta cierto punto se me hacía innecesario, por ejemplo, si alguien le enseña cómo robar, añadir: «Aquí se ve que robar es una conducta aprendida (véase el concepto de “asociación diferencial” de Sutherland)». No descarto hacerlo en el futuro o en publicaciones especializadas en las que sí sea relevante, pero aquí creo que es mucho mejor que cada cual lo lea con su bagaje. Además, quien tenga este libro en sus manos es muy probable que lo tenga porque le interese oír la voz de Daniel, no la mía (y ya estoy ocupando demasiado espacio).

## **Una duda y un consejo**

Entre las cosas que me han hecho plantearme producir una historia de vida, la última que destaco de es la pregunta: «¿Qué

es una vida?». ¿Qué tiene en común el Daniel Pont de principios de la década de 1980 con el que he conocido yo cuarenta años más tarde? ¿Hay algo que los una, más allá de que tienen el mismo número de DNI?<sup>21</sup> De hecho, es probable que haya tenido más de un número de DNI. Esta duda, que obtiene distintas respuestas desde la filosofía, desde la biología o desde la psicología, terminó asaltándome cuando me planteé si, a pesar de las largas horas escuchando sus andanzas, y a pesar de haber revisado documentación variada, yo podría decir que conozco a «Daniel». ¿Cuántos Danieles aparecen en esta historia? ¿Qué tienen en común el niño que pasaba hambre en el internado mientras miraba enfadado al mundo con el señor afable y relajado que me recibe en su casa y comparte sus intimidades? Y estos, ¿tienen algo que ver con el rebelde que se rajaba los brazos para reclamar la democratización de las cárceles? Sigo teniendo dudas sobre si «conozco» a Daniel. ¿Qué significa «conocer a alguien»? Creo que sí conozco al Daniel que me he encontrado, y creo que no me hubiera gustado encontrarme con alguno de los que no he conocido...

En todo caso, estas dudas me llevaron a la perenne cuestión de la continuidad y el cambio. Por el mero hecho de recoger todas estas historias dentro de una historia más grande, o por haberlas encuadrado todas en el mismo libro, se da por supuesta la continuidad de un montón de experiencias y entornos que tienen poco que ver entre ellos. A su vez, negar dicha continuidad parece absurdo. En este sentido, y como ya señaló Becker en 1966,<sup>22</sup> los métodos biográficos son particularmente adecuados para estudiar procesos y captar el efecto en el tiempo de decisiones y experiencias pasadas. Son especialmente útiles para reconstruir las carreras morales de las personas,<sup>23</sup> donde se aprecia la influencia de las relaciones sociales

---

21. Creo que esta duda germinó en mí hace muchos años leyendo un texto de Bourdieu («La ilusión biográfica», de 1986) con el que tengo una relación ambivalente.

22. Howard Becker, «Introduction», en Clifford Shaw, *The Jack-roller. A delinquent boy's own story*, University of Chicago Press, Chicago, 1998 [1966], pp. v-xviii.

23. Erving Goffman, «La carrera moral del paciente mental», en Er-

(a veces determinadas institucionalmente), y donde se puede comprender el desarrollo dinámico de la personalidad y el efecto que todos tenemos en nuestro entorno. Todo ello aconseja abandonar una visión esencialista de lo que es una persona, o una vida.

Creo que el libro permite muchas lecturas provechosas, y algunos elementos destacarán sobre otros en la mente de quien lo lea, dependiendo de sus intereses y de su propia trayectoria vital. Creo también, honestamente, que la mejor lectura de la vida de alguien no es la que juzga moralmente. Es muy fácil posicionarse acerca de determinados episodios desde tu casa y décadas después. No aporta nada, salvo tal vez cierto sentimiento de superioridad que puede resultar gratificante. No abogo por una lectura amoral, pero sí creo que una lectura abierta a la comprensión, centrada en los procesos sociales, es mucho más provechosa. Leer para reafirmarse en que el otro es un héroe o un villano es legítimo, pero algo limitado. Es más fructífero orientarse por la curiosidad de qué se puede aprender (y más justo también para con quien se expone contando su vida).

En todo caso, lo que se presenta aquí es un relato de una vida, una historia narrada por el propio protagonista, y esta es la principal ventaja y el principal inconveniente del método empleado.<sup>24</sup> Lo que sigue es lo que Daniel Pont Martín me contó cuando un día puse en marcha la grabadora y le dije: «Bueno, pues cuéntame tu vida».

*Ignacio González Sánchez*

---

ving Goffman, *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Amorrortu, Buenos Aires, 2001, pp. 132-172.

24. Luis Enrique Alonso, *La mirada cualitativa en sociología*, Fundamentos, Madrid, 1998.

## Referencias bibliográficas

- ALONSO, Luis Enrique, *La mirada cualitativa en sociología*, Fundamentos, Madrid, 1998.
- BECKER, Howard, «Introduction» [1966], en Clifford Shaw, *The Jack-roller. A delinquent boy's own story*, University of Chicago Press, Chicago, 1998, pp. v-xviii.
- BENNETT, James, *Oral history and delinquency. The rethoric of criminology*, University of Chicago Press, Chicago, 1981.
- BERTAUX, Daniel, «La perspectiva biográfica. Validez metodológica y potencialidades» [1980], en José Miguel Marinas y Cristina Santamarina (eds.), *La historia oral. Métodos y experiencias*, Debate, Madrid, 1993, pp. 149-171.
- «De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica» [1981], en José Miguel Marinas y Cristina Santamarina (eds.), *La historia oral. Métodos y experiencias*, Debate, Madrid, 1993, pp. 19-34.
- BOURDIEU, Pierre, «La ilusión biográfica», *Historia y fuente oral*, n.º 2, 1989 [1986], pp. 27-33.
- La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2007 [1993].
- CANNING, Victoria, Greg MARTIN y Steve TOMBS (eds.), *The Emerald international handbook of activist criminology*, Emerald, Leeds, 2023.
- ELIAS, Norbert, *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, 2006 [1970].
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid, 1978 [1975].
- GOFFMAN, Erving, «La carrera moral del paciente mental» [1959], en Erving Goffman, *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Amorrortu, Buenos Aires, 2001, pp. 132-172.
- MARINAS, José Miguel y Cristina SANTAMARINA (eds.), *La historia oral. Métodos y experiencias*, Debate, Madrid, 1993, pp. 149-171.
- MILLS, C. WRIGHT, *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1961 [1959].
- PUJADAS, Juan José, *El método biográfico. El uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1992.
- SANTAMARINA, Cristina y José Miguel MARINAS, «Historias de vida e historia social», en Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis, Madrid, 1994, pp. 257-285.
- SNODGRASS, Jon, «The criminologist and his criminal. The case of Edwin H. Sutherland and Broadway Jones», *Issues in Criminology*, vol. 8, n.º 1, 1973, pp. 1-17.
- THOMPSON, Paul, *La voz del pasado. Historia oral*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1988 [1978].





# 1

## NO SIEMPRE HE SIDO DANIEL PONT

Nací en 1949. Mi madre me tuvo soltera, con el estigma que suponía ser madre soltera en esos años de la posguerra. Ella nació en 1921 y me tuvo en la Inclusa, en Madrid, que era el centro de asistencia sanitaria de los desarraigados: de las madres solteras, de las violadas, de las indocumentadas que no tenían asistencia sanitaria... Era como una casa de socorro de pobres. Mi madre me parió allí en marzo de 1949. Me puso de nombre Daniel. El padre, evidentemente, no estaba, y firmaron dos testigos que parece que pasaban por la calle. Entonces, para solucionar el trámite, les dijeron «sois testigos de que esta mujer ha parido a este niño...», y firmaron. En mi partida de nacimiento figura así.

Mi madre, hasta poco antes, había estado trabajando en casa de unos Borbones, los duques de Sevilla. Estaba trabajando en casa de la hermana del duque de Sevilla, Isabel de Borbón y Borbón. Ella tenía un hermano, Francisco, al que abandonó su mujer en la época y que tenía dos niños (Alfonso y Francisco, actual duque de Sevilla), y mi madre pasó a aumentar la carga de trabajo con el hermano de Isabel. Mi madre estuvo ocultando el embarazo con una faja, hasta que en un descuido Isabel la vio y tuvo que cambiar de trabajo.

A mí me dejaba por la zona de Malasaña, en casa de una amiga que creo que era compañera de trabajo en la casa de los Borbones, y que era la que me amamantaba y demás (debía de estar también lactante). Resulta que mi tía fue un día a ver a mi madre, que vivía en una pensión en Madrid, y la de la pensión le dijo: «Espera, espera, que ahora aviso a Pilar» (mi madre se llamaba Paula pero no le gustaba, y entonces utilizaba el nombre de película que le gustaba a ella: Pilar). Entonces fue a buscar a mi madre y volvió la dueña de la pensión conmigo en brazos y dijo: «Mira lo que te traigo de tu hermana Pilar». Mi tía se quedó flipada: «Pero... ¿cómo?». «Sí, sí, pues que tu hermana ha parido a esta criatura...». Mi madre tenía que buscarse la vida trabajando en Madrid, así que enseguida, a los dos o tres años, me envió a un pueblo de la sierra de Madrid, Bustarviejo, de donde es original mi familia materna, y allí estuve como un par de años más.

Bustarviejo es... A ver, Miraflores de la Sierra como referencia y por el otro la nacional que va a Burgos. Ese vértice es la sierra pobre, porque no se desarrolló (en el desarrollo urbanístico franquista de la época) como Villalba o como Miraflores, por ejemplo. Bustarviejo es un pueblo muy tranquilo, con calidad de vida, aunque muy frío. Allí vivía con mi tía y con mi abuela. Tenían unas tierras en terrenos no edificables, así que eran payesas. Cultivaban patatas, frutas o cualquier cosa que diese la tierra. Mi abuelo murió de neumonía, de los trabajos tan duros que hacía entonces la gente. Mi abuelo era peón caminero y trabajó en la construcción de la vía del ferrocarril Madrid-Burgos. Yo no le conocí: debió de morir siendo yo niño, estando en Madrid, o poco antes de nacer. Por alguna foto que he visto, era una tiarrón de la hostia.

Total, que estuve unos años con mi abuela y mi tía, en un pueblo duro, sin escuela y yo, hecho un salvaje perdido. Mi tía un día llamó a mi madre y la dijo: «No podemos atender a Danielito». Decía que no había recursos y que ella también tenía que buscarse la vida para trabajar. Además, decía que no podían hacerse cargo de mí porque yo ya era rebelde, que estaba siempre tirando piedras a las cabras y a otros niños. Mi abuela

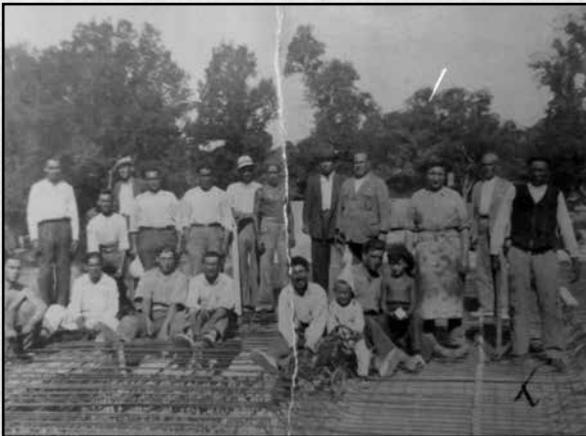
era bastante mayor y mi tía era bastante joven y ninguna de las dos tenía capacidad ni recursos para hacerse cargo de mí, pues el origen familiar era bastante humilde.

Mi madre tuvo que ir al pueblo, recogerme y hablar con Isabel de Borbón, a ver si me conseguía un colegio interno, lo que en la época era bastante complicado porque había muchos niños de los perdedores de la guerra, muchos niños desamparados. Mi madre tenía muy buena relación con ella, y relativamente frecuente. Yo tengo la imagen clara de llevarme un día mi madre a una casa superlujosa, pero que no era un chalet. Creo recordar que era en la calle Ponzano. El piso era enorme, era una cosa de estas espectacular. A lo largo del tiempo, y luego lo vi en todas las cartas y la documentación que encontré relacionada con Isabel de Borbón cuando murió mi madre, hay muchos favores que mi madre le pide a ella: para la mili mía, para conseguir un piso de protección oficial para mi tía... Para mi madre, sin embargo, hizo la misma petición y no lo consiguió. Le sirvió para ayudar a su entorno, pero no a ella. En todo caso, Isabel de Borbón me consiguió plaza en el colegio Sagrada Familia de la calle de Fernández de los Ríos, en Madrid (antes de eso tuve un paso muy fugaz por un colegio internado en Tielmes).

Era un colegio administrado por monjas. La disciplina de la época era muy dura: bastantes bofetadas, bastantes castigos físicos (en las manos con la regla, en las nalgas, etcétera). Las monjas eran..., no recuerdo la orden, pero en general todas eran puro veneno. En concreto había una que la llamábamos sor Felisa, que nos cogía de las patillas a los niños, a los mocosos, y nos levantaba en vilo, con el daño que nos suponía. Y nada, pues la dinámica del castigo para derrotarte, para vencer. Yo salí rebelde, no sé si genéticamente o qué, y nunca consiguieron doblegarme. Recuerdo que esta monja, sor Felisa, estaba paseando un día debajo de la ventana donde estábamos en clase. Yo tenía una baldosa, la cogí e hice en la toca blanca de su cabeza inmaculada, ¡raca!, y la abrí la cabeza. Empezó la toca a ponerse llena de sangre y demás. Eso fue un acto de justicia inconsciente, quizás revolucionaria, de resistir al



Mi madre con los hijos de Francisco de Borbón.



Mi abuelo, a la derecha del todo, con chaleco negro, en las obras del ferrocarril Madrid-Burgos.



De niño en Bustarviejo con mi madre, mi abuela y mis tías.



Con mi amigo Jose María.  
Soy el de la izquierda, con el  
babi roto.



Jugando de niño.

castigo y, bueno, de alguna forma, la venganza impulsiva de un niño. Afortunadamente ninguno de mis compañeros se chivó de que había sido yo el autor, pero bueno, ya me tenía enfilado el «educador», creo que se llamaban así ya entonces; el educador, don Eugenio «el Checa».

Estábamos divididos por género: las chicas estaban en un colegio y los chicos en otro enfrente, en la misma calle Fernández de los Ríos. Nosotros estábamos locos por ir al colegio de las chicas, y a veces nos encontrábamos cuando nos llamaban a misa o a algún acto así festivo interesante. El despertar a la vida era urgente. Allí en el colegio enseguida descubrimos el apoyo mutuo y la solidaridad, y teníamos un grupo de chavales. Me nombraron el jefe de la banda. Éramos «la banda del Polú» y compartíamos las pocas miserias que podíamos tener, pero bueno, descubrí la solidaridad siendo un niño.

La banda del Polú éramos ocho o diez chavales, todos mocosos, todos pobres (en el colegio interno había también algunos hijos de ricos). Éramos coleguillas de jugar y de estar en el hueco de las escaleras, que estaban cerca de la despensa que daba al sótano. Allí es donde aprendimos a hacernos las primeras pajas y donde, bueno, tramábamos cualquier fechoría. Por ejemplo, robábamos en la despensa de la cocina, ya que pasábamos hambre. Algún día nos organizábamos en plan comandillo y robábamos los higos y algunas galletas y las escondíamos en la «guardida» que teníamos debajo de la escalera (donde poníamos el belén y donde nos fumamos también los primeros cigarros, con siete años). Luego, la banda era también para protegernos, de alguna forma, de las agresiones de otras bandas, como «la banda del Mantequilla». Tuve que enfrentarme al Mantequilla, que era un niño de Córdoba que era un pedazo verraco de la hostia y..., estas escenas que ahora las recuerdo como una peli, en las que te desafían, y entonces, pues nada, nos peleamos. Yo era rápido, tenía muchos reflejos, pero era enclenque, estaba muy mal alimentado. Y este, por genes o lo que sea, era un armario. Me tiró, yo pensaba que me estrangulaba y me mataba, y entonces le cogí los huevos y me soltó automáticamente. Se levantó llorando: «¡Eso no vale, eso no vale!». «Hombre, eso no vale..., ¿me

vas a estrangular tú a mí o qué?». Entonces, bueno, ahí salvamos un poco la compostura y a partir de entonces ya se estableció el respeto necesario entre las dos bandas predominantes en el cole.

En general, por la mañana teníamos instrucción educativa y por la tarde teníamos gimnasia y jugábamos en el patio. Había piscina también, entre dos pabellones, y ahí es donde aprendí a nadar (con un educador jefe que era una auténtica bestia y al que yo ya le tenía mucho odio). Recuerdo pasar hambre (comerme la piel del plátano del suelo y demás). Teníamos dos domingos de visita y dos domingos de salida. Las salidas consistían en salir por la mañana a jugar, o a una excursión, y volver por la tarde. El domingo de salida también era para pasar el día con la familia y a la tarde volver al colegio. Los que teníamos familia, claro, pues otros no podían: había muchos huérfanos o abandonados, generalmente hijos de los vencidos en la Guerra Civil. Recuerdo especialmente a uno, Manolín, un niño mudo, sin familia, al que protegía especialmente..., y él a mí, por supuesto. En las visitas, por ejemplo el domingo por la tarde, las familias te llevaban lo que podían, pero mi madre no podía llevarme gran cosa.

Las monjas eran demonios. Luego, por otro lado, estaba el ángel bueno y hermoso de las monjas, que era la monja encargada de la enfermería, que se llamaba sor María, y que era guapísima. La historia era ir a la enfermería para que sor María te tocara: tú veías su mano, cómo te cogía el brazo, la mano, el pecho o lo que fuese y decías: «¡Guau!».

Un día mi madre se presenta y me dice: «A partir de ahora te llamas de otra forma». Yo tenía los apellidos de mi madre porque era hijo natural y entonces me llamaba Daniel Martín Blanco. Cuando empiezas a tomar conciencia poco a poco de quién eres, cómo te llamas, cómo se llaman los otros niños, sus padres..., enseguida me di cuenta de que los apellidos que tenía eran los apellidos de mi madre, pero que el resto tenían el apellido de su padre y de su madre. Yo no lo entendía. Entonces ese día llegó mi madre y me notificó el cambio: «Que me he casado y mi marido te da el apellido» (la relación que teníamos

era fría, nada cariñosa; yo he sido consciente, lo vas notando de diferentes maneras, de que he sido un hijo no deseado). Yo no entendía nada, pero bueno, vale, pues ahora me llamo de otra forma. O sea, el Pont, digamos, es posterior: no siempre he sido Daniel Pont.

De este colegio me expulsaron a otro colegio internado más duro todavía, que estaba situado en Orihuela, en la provincia de Alicante. Allí, nada más entrar nos metieron como en una cámara de gas, unas duchas llenas de vapor, el agua hirviendo. Luego pasábamos a otro turno donde con el *flis* este del DDT nos rociaban los sobacos, los genitales y todo el cuerpo. Después de pasar todo el suplicio del shock traumático que suponía para un niño entrar en esta dinámica, nos esperaba la monja buena. Ahí ya empecé a descubrir los roles de la vida, el policía bueno y el policía malo. Al salir, nos esperaba un ángel convertido en monja que nos daba una rebanada de pan con cabello de ángel. Allí estuve poco tiempo, dos o tres años. De hecho, me fugué un día por la tarde, pero sin rumbo, ni dinero, ni nada de nada. Recuerdo andar, andar, andar... y acabar en un palmeral, en algún pueblo. Ya habían pasado unas horas, y me dije: «Hostias, ¿y ahora dónde como? ¿Qué hago?». Y entonces volví.

Recuerdo que le escribí una carta a mi madre a lápiz; que, o me sacaba de ahí, o nunca volvería a verme más porque se pasaba bastante mal: hambre, frío, castigos... Esta dinámica de colegios internos es la antesala del reformatorio. Muchos niños que yo conocí en aquellos años luego siguieron el camino de colegio interno, reformatorio, cárcel, como yo seguí, excepto que yo tuve la suerte de saltarme el reformatorio.

Mi madre reaccionó a la carta que yo la escribí. Parece que se le conmovió el corazón (yo tuve muy poco contacto con mi madre, estaba siempre en los colegios) y decidió reclamarme. Tenían que ir a buscarme y recuerdo que vinieron en un taxi de Madrid a Orihuela, una fortuna, y ahí ya me llevaron a vivir a Vallecas.

## 2

# ME FUGO, ME VOY

Comencé a vivir con mi padre adoptivo y mi madre en una casita, de planta baja, en Vallecas, cerca del Pozo del Tío Raimundo.<sup>1</sup> Era una chabolita que se había construido mi madre. Mi madre compró el terreno y construyó la casa con ayuda de algún albañil de la época, porque en aquellos años la solidaridad que había en todos estos poblados de inmigrantes era muy activa. Recuerdo que se comentaba que las casas las construían (la estructura) en una noche, los inmigrantes llegaban y entonces el resto de vecinos, solidariamente, todos a una, construían y entonces... «¡Ah!, aquí está la casa» (la inmigración entonces era interior, de zonas rurales a zonas industriales). No había agua en la casa. El váter compartido estaba afuera. Recuerdo que tenía que ir a la fuente a por agua y que pasaba mucha vergüenza por ser pobre, porque no quería resignarme a eso. De alguna forma, yo ya empecé a sentir un poco la diferencia de clases sociales, el estigma y el sufrimiento que supone el haber nacido (es un azar el nacimiento) en una familia pobre. Esto, unido sobre todo a la falta de afecto, me hace recordarme como un niño triste.

---

1. Véase Rodolfo Serrano y Román López, *Los años de barro*, Hoy es Siempre, Madrid, 2022.

Mi padre postizo se había quedado viudo con cinco hijos y conoció a mi madre, y enseguida vieron que se necesitaban el uno al otro. Mis hermanastros se criaron con una hermana de mi padrastro, o directamente en internados. Él trabajaba de camarero en un restaurante muy conocido de Madrid. Mi madre hacía de ama de casa. Él más tarde trabajó de vigilante en una de las primeras constructoras que empezaron a funcionar en Madrid, Urbis. Iba con uniforme verde, y él era el que estaba en nómina, el que aportaba el dinero en casa.

Al volver de Orihuela a Madrid, mi padre adoptivo me convenció de que sería conveniente que estudiase algo, y me preparé para intentar ingresar en un instituto del régimen, de la dictadura. Hablo de 1962 aproximadamente, yo tenía trece años. Me preparé, hice el examen de ingreso y aprobé. Se llamaba Institución Sindical Virgen de la Paloma, en la Dehesa de la Villa, en Madrid, al final de la calle Francos Rodríguez. Esta era una institución, como dice el nombre, construida, mantenida y promovida por el Sindicato Vertical y la Falange. A la entrada de la Institución Sindical estaban el yugo y las flechas, y arriba ponía «Institución Sindical» y, abajo, «Virgen de la Paloma». Cada día nos hacían formar con el brazo extendido, pero bueno, el brazo se quedaba doblado... Había que cantar la canción *Prietas las filas* y todo aquello de la parafernalia falangista, con claras connotaciones fascistas. Un profesor falangista, el Twist, ponía la pistola encima de la mesa antes de empezar a dar clase.

Ahí me seleccionaron para estudiar (y yo decidí también, claro) la rama de imprenta en régimen de semiinternado: medio día en el colegio y medio día en casa. La institución te preparaba para algún oficio, que sería como la FP en los años posteriores. Esto evidentemente tenía rasgos positivos, porque de alguna forma sí que podías aprender un oficio y, de hecho, conocí a chavales que salieron bastante bien formados de ahí. Había ingeniería industrial, artes gráficas, electrónica, carpintería, mecánica, automoción y demás. A mí me gustaba la imprenta: el componer, las máquinas, la linotipia... Iba por las mañanas y tenía que recorrer toda la línea 1 de metro, todo

Madrid, porque yo vivía en Vallecas. En Cuatro Caminos cogía un tranvía, creo recordar que era el 73, que la mayoría de las veces no pagaba; nos subíamos al trole y no pagábamos para ahorrarnos las cinco pesetas, que cinco pesetas en la época eran la hostia. Luego un tramo a pie y llegaba.

Yo tuve la suerte de hacerme amigo enseguida de unos chavales que también eran rebeldes y que no aceptaban esa disciplina autoritaria. Bastante golferas pero bueno, con buen rollo. Es la época de cuando empezó el boom de la música «moderna». Yo tenía, por parte de padre, una tía que estaba casada con un vasco y que tenían una sala de fiestas por la Dehesa de la Villa. Se llamaba el Toki Eder. Allí hacían conciertos de los primeros grupos de la época (Los Brincos, Los Estudiantes...), mucho antes de la movida madrileña. Yo ahí descubrí el mundo de la música y dije: «Este es mi mundo». Encima los veía gratis porque yo ayudaba a mi padrastro a recoger al final toda la vajilla y demás.

Cerca del instituto trabajaba por las tardes en una imprenta del marido de una de mis hermanastras, por Francos Rodríguez. El trabajo consistía fundamentalmente en la composición. Las letras de plomo eran unos cajetines de madera con letras ordenadas alfabéticamente. Con unas pinzas había que coger la letra y componer el texto en una galera. Luego estaban las letras de espacio, las comas, puntuaciones, etcétera, y, una vez que tú componías el texto, esa era la base que se utilizaba para imprimir en las impresoras de tinta. Recuerdo que había una de aspas, la Heidelberg, que me dejó una cicatriz (aunque esta impresora estaba en el instituto de la Paloma, no en la imprenta). Mi pariente me pasaba el texto a mano, con una letra clara, y entonces yo lo componía. Hacíamos programas de fiestas, orlas, tarjetas de visitas...

A mí me gustaba. Ahí ya descubrí la magia de crear la lectura (aunque yo no era aficionado a leer). Recuerdo también que después de trabajar había que beber bastante leche. Teníamos un litro de leche en la nevera que mi tío me hacía beber porque, al aspirar el plomo, se te aloja en los pulmones y se daban, me imagino, casos ya detectados de enfermedad pulmonar con



Con los curas Salesianos en la Paloma; soy el cuarto de la segunda fila empezando por la izquierda, sentado.

**2.º INICIACION**                      Grupo **B.- 4.**                      N.º 529

MESES	ENSEÑANZAS										FALTAS		FIRMAS					
	DISCIPLINAS					TALLERES					Justificadas	No justificada		Cambios				
	Aritmética y Geometría	Dibujo Geométrico	Castellano	Programa e. H. Universal	Gramática y Ortografía	Formación de E. Nacional	Historia de P. y Omisión	Religión	Esportividad	Morales	Car. personal	Metalingüa	Capitales		Exercicios de "dibujo"	Construcción		
Septiembre...	9	3	2	1	3	-	1	-										
Octubre...	2	5	8	3	6	4	3	-										
Noviembre...	2	5	9	8	5	5	5	5										
Diciembre...	5	6	5	8	4	1	8	-										
Enero...	7	5	9	1	5	5	8	-										
Febrero...	2	5	8	8	5	5	6	6			3							
Marzo...	2	5	8	5	5	6	6	-										
Abril...	3	5	1	5	5	6	6	-			5							
Mayo...	15	5	4	5	5	5	5	-										
Junio...	5	5	7	5	5	6	5	5										

Madrid, **OCT. 1962**  
 SA. retiro,  
*[Signature]*

Notas falsificadas de La Paloma.



Trabajando en la imprenta de La Paloma en 1965.

envenenamiento. La leche se suponía que te limpiaba: la tráquea, el esófago, el estómago...

Total, que me tiraba todo el día por allí. Comía en la Virgen de la Paloma y luego a la tarde, ya bastante tarde, volvía a casa de mis padres. Allí cenaba, hacía los deberes, dormía y demás. Pero los fines de semana los pasaba allí, con mis padres. Mi padrastro era un hombre de carácter amargado. Bebedor, fumador compulsivo. Un hombre frustrado, violento; no estaba bien en su vida. De esos hombres de la época, luchadores pero derrotados, que intentaban ahogar su frustración con el alcohol. Y yo descubrí que lo que tienes dentro te sale fuera, y te sale mal. Cuando salía de trabajar se iba con otros amigos a jugar la partida típica en el bar de la calle donde tenía la casa mi madre. Entonces yo vivía situaciones de violencia entre ellos, sobre todo contra mi madre, y llegó un momento que me planté. Recuerdo enfrentarme a mi padre adoptivo, mi padrastro. Enfrentarme y decirle que no tratase así a mi madre, que no estaba dispuesto a presenciar más situaciones así. Entonces intentó pegarme con la correa y no lo consiguió porque yo era más rápido que él, pero yo ya tenía claro que eso no lo podía aguantar. Le dije a mi madre que yo no quería vivir así, ni allí. Mi madre me preguntó que qué alternativas tenía y que qué iba a hacer. Yo no era feliz. Estaba loco por irme, descubrir que había otros mundos, y me dije: «Pues yo me voy, me escapo».

Y con catorce años intenté escaparme. De hecho me escapé con otro amigo de la calle, del barrio de Vallecas, que se llamaba como yo (Daniel). Él también estaba loco por las aventuras y por conocer mundo y, bueno, las malas compañías, que en este caso la mala compañía para él era yo... Su padre estaba ahorrando para comprarse un piso de promoción de la época. Tenía bastante dinero ahorrado, unas ochenta mil pesetas. Mi amigo me lo dijo porque ya estábamos preparando el plan de fuga. Pensamos en cogerle un poco de dinero, no todo, y le cogimos cinco mil pesetas. Con eso fuimos al Rastro de Madrid y nos compramos dos escopetas de perdigones, una mochila, una cantimplora... En fin, el uniforme de explorador *fuguista*.

Nos enfilamos hacia el mar, hacia las playas de Valencia, a dedo. La historia era ir al mar. La escapada duró poco. Nos alimentábamos de lo que daba el campo, los melones o las uvas o lo que hubiese en la época, porque comida no compramos. Y dormir, dormíamos en el campo, al raso (era verano). Pero bueno, que «dormimos» una noche. Porque al día siguiente, creo recordar que por Perales de Tajuña, empezamos a andar y una patrulla motorizada de la Guardia Civil nos paró al vernos (a dos mocosos por la carretera y encima con dos escopetas y la mochila cargada). Entonces el otro chaval se echó a llorar y dijo que nos habíamos escapado. Yo intentaba negarlo, porque no quería volver, pero al final admití que nos habíamos escapado. En Tarancón creo que fue donde nos llevó la Guardia Civil al cuartel. Avisaron a nuestros padres, y de nuevo mi madre y mi padre adoptivo en un taxi a recogerme.

A la vuelta a Madrid la situación fue que la Policía o la Guardia Civil dieron parte al Tribunal Tutelar de Menores y obligaron a mis padres a presentarse conmigo en el reformatorio. Me llevaron y fue un momento de estos críticos en la vida, en los cuales te puede cambiar definitivamente tu destino. Un sitio desconocido, gris..., un mal rollo... Mis padres entraron a hablar con el director del reformatorio y como que dejaron a su libre decisión si me internaban allí o no. Parece que mi madre se conmovió y me dijo: «Bueno, una oportunidad más». Y entonces sentí que veía la luz.

Seguí dos años más con la dinámica del instituto y la imprenta. Mi cuñado postizo me daba algo de dinero por el trabajo que hacía por las tardes en la imprenta. No recuerdo cuánto, poco, pero me servía para comerme el bocata de calamares, beberme la Coca-Cola y jugar una partida al futbolín. Un chavalín de la época. Recuerdo que el 2 de julio de 1965 vinieron los Beatles a Madrid y mis amigos de la Paloma fueron todos al concierto. Yo no, porque no tenía dinero. Para no sentirme marginado, me compré un cancionero suyo y al lado escribí cómo sonaban sus canciones más conocidas, tipo «Is pina jar deis nait / anaitit güaquin la quesón».

Yo seguía mal en casa de mis padres porque continuaba la misma situación violenta, muy desagradable. Mucho. Para 1966 nos habíamos mudado al barrio del Pilar, a un pisito de alquiler de los primeros que sacó el Banús, que ya empezaba lo de hacer casas asequibles para la clase obrera. Yo ya le planteé a mi madre que directamente yo me iba, aunque no completase el curso de maestría industrial. No sabía cómo, pero me iba. Entonces me daban ya como caso perdido.

Un día, hablando con un amigo de la Paloma, me dijo que conocía a un ayudante de cocina en un hotel de Marbella, el hotel Don Pepe. Justo en esos años, en los sesenta, empezaba el turismo extranjero, y todos los chavales hablábamos de las suecas (porque para nosotros todas las turistas eran suecas: las guiris) y estábamos locos por ver si ligábamos con alguna sueca. Total, que dije: «Me fugo, me voy». Le pedí a mi cuñado postizo que me diese la liquidación, que fueron mil y pico pesetas. Con eso me compré dos vinilos, dos elepés. Uno de Bob Dylan, que empezaba la canción protesta en la época. A mí las letras de Bob Dylan, traducidas (porque yo de inglés todavía no tenía ni papa), me llamaban, me identificaba plenamente con ellas («Like a rolling stone», etcétera). Y otro de los Beatles. Dos vinilos, una camisa y no sé qué más, ese era mi equipaje.

Decidí coger el tren en la estación de Atocha hacia Málaga, hacia Marbella. Me metí en el váter del tren y el revisor me descubrió enseguida. Por entonces los picoletos iban en los trenes, así que, para que no me entregase a ellos, le pedí al revisor que me dejase llegar hasta la estación siguiente, que ya me buscaría yo la vida. Este hombre muy bien, me dejó hasta Córdoba. Yo tenía familia en Córdoba (dos tías y primos) y me planteé si ir a verles, pero decidí seguir mi camino, aunque fuese más difícil. Desde ahí el objetivo era ir a dedo hasta Marbella.

Por el camino coincidí con unos chavales que también estaban haciendo dedo, también madrileños, y estos eran unos piezas. Nos comíamos el mundo. Total, que conseguimos llegar a Marbella. Yo tenía una cita con este amigo de mi amigo del

instituto, el cocinero del Don Pepe, para ver si trabajaba de pinche con él. Por la tarde-noche, con estos amigos, nos fuimos a la playa de Marbella. Había, alrededor de un fuego, unos pescadores asando los espetos de sardinas, que son como brochetas de sardinas que los pescadores hacían allí. Nos llamaron y nos pasaron unos espetos, unos traguitos de vino y entonces, bueno, nos calentamos un poco. Después de confraternizar con los pescadores, estos cabrones que me encontré por el camino decían que pasaban de trabajar y que había que continuar la fiesta esa noche. Y yo, que siempre fui muy valiente, muy lanzado, pues me utilizaron para que me metiese en el bar de un restaurante, ahí en Marbella. Rompimos un cristal, abrimos la puerta, cogí unas cuantas botellas de alcohol y a seguir la fiesta. Pillamos una tajada de la hostia y, al día siguiente, evidentemente, ni cita con el cocinero ni nada. Esto cambió también mi destino, pues nos constituimos en banda de delincuentes juveniles y ahí inicié mi andadura en la «delincuencia juvenil».

Nos íbamos por la costa, siempre a la caza de suecas y siempre *carpe diem*, a gozar de la vida y *prou*. Cerca ya de la frontera con Cádiz, en una playa, creo que por Estepona, vimos que había una caravana extranjera, con matrícula francesa, y que los dueños, la familia, estaban bañándose a cierta distancia. Y la puerta de la caravana abierta... Yo, que era un bala perdida, les dije que me avisasen si venía alguien, que me metía yo. Entonces me metí, cogí una cartera grande y un pantalón que tenían ahí y, muy rápido, salí de la caravana. Fui con los compinches que estaban detrás de unos matorrales. La cartera tenía documentos (no recuerdo qué hicimos con ella) y dentro del pantalón había cuarenta mil pesetas de la época, que eso era una pasta.

Aquí el análisis que yo hice después fue que vieron que conmigo tenían una mina, que era lanzado y que no tenía miedo y que era generoso, digamos. Y estos eran muy espabilaos y dijeron: «Vamos a aprovecharnos de este». Otra forma de explotación... En todo caso, la historia cambia cuando no voy a la cita de trabajo y ya es buscárnosla en las calles.

Con el dinero de los franceses, viva la Virgen. Alquilamos un coche, pero íbamos en plan *destroyer*, sin pagar en las gasolineras y «deprisa, deprisa». Hasta que ya entramos en la provincia de Cádiz y en una gasolinera que no pagamos avisaron a la Guardia Civil, que nos interceptó en un control, porque les habían dado la matrícula... Vivíamos así, totalmente inconscientes. Vimos el control y pasamos de él, salimos corriendo y ellos, a tiro limpio. Recuerdo estar en un sotobosque que había por allí cerca de la playa y, la primera vez que oí disparos, pensar: «¡Hostia, esto va en serio!». Nos rendimos. Yo tenía entonces diecisiete años.

Recuerdo que esa fue la primera vez que conocí la tortura de la Guardia Civil. Nos esposaron con las manos detrás de las rodillas, en cuclillas, y en el suelo tiraban garbanzos. Entonces te obligaban a pisar, a andar en esa posición. El dolor era insostenible. Reconocimos que nos habíamos ido sin pagar en la gasolinera, el hurto de la caravana y el robo del alcohol del restaurante. A la cárcel y directamente a disposición de los juzgados de Málaga y de Cádiz y del juez especial de Vagos y Maleantes de San Roque, en Cádiz.

En la época, los años sesenta, en plena dictadura franquista, existían básicamente tres demarcaciones importantes de la jurisdicción de la Ley de Vagos y Maleantes: la de Sevilla-San Roque, la de Madrid y provincias, y la de León-Galicia. Era una jurisdicción especial sin garantía jurídica de ningún tipo, sin derecho a ningún beneficio penal ni penitenciario, ni a indultos ni demás. Me llevaron a disposición de este juez y me preguntó a qué me dedicaba. Recuerdo el nombre y han pasado más de cincuenta años: Mariano Fernández Ballesta. Yo le dije que estaba estudiando en Madrid, que me escapé de mi casa, pero que estaba trabajando en una imprenta de un cuñado, y me dijo: «A ver, enseñe las manos». Yo no tenía las manos llenas de callos ni nada porque no era paleta ni carpintero. Él, en la sentencia que tengo, afirmaba, entre otras cosas: «Es una persona de mala conducta moral pública [*sic*] y privada, ha trabajado tan solo una semana en la que al percibir su salario se ausentó del domicilio paterno [...]. La conducta observada por

el inculpado de notorio menosprecio a las normas de convivencia social y buenas costumbres ejecutando actos caracterizados por su insolencia brutalidad y cinismo [*sic*, el texto de la sentencia está plagado de errores ortográficos y gramaticales]». Ese es el argumento de la sentencia, que justificaba jurídicamente la medida de internamiento en la «predisposición a la delincuencia juvenil», que figuraba en un artículo de la Ley de Vagos y Maleantes (esta ley era bastante amplia). Estuve cinco años en prisión en esa época: entré con diecisiete y salí con veintidós (unos años fundamentales para la formación de la personalidad en la vida). Paradójicamente, estuve más tiempo por la Ley de Vagos y Maleantes que por los pequeños hurtos que había cometido. Con esta primera estancia en prisión comencé a entender, todavía de forma primaria, la dureza de la ley contra las personas vulnerables y pobres.



# 3

## DE CÁDIZ A NANCLARES: LAS CÁRCELES DE LA DICTADURA

Entonces inicié el recorrido de esta primera experiencia penitenciaria en que yo descubrí un mundo cruel, muy duro. En la cárcel de Cádiz sentí por primera vez la miseria y el sufrimiento de las cárceles de la dictadura. Recuerdo que había bastantes gitanos, gente bastante marginal. Recuerdo a un gitano que no sabía leer ni escribir y me daba las cartas de su familia para que se las leyese y que, por favor, les contestase. Recuerdo algunas cartas que me dictaba y así comencé a entender la marginalidad profunda en la que vivía la gente que no tenía recursos, y de qué forma estaba condenada a cumplir el rol que le asignaba la justicia de clase.

Recuerdo, ya en la cárcel de Málaga, una experiencia que me abrió bastante los ojos respecto a lo que suponía la cárcel. Una pelea en un patio por el control del juego de dados, el Seven Eleven se llamaba, que era un juego importado de las cárceles de Estados Unidos donde se apostaba cada uno el poco dinero que tenía. Estaba el encargado del juego del «casino» ilegal (porque esto estaba prohibido, estaba penalizado con aislamiento y castigo) discutiendo con otro. La discusión fue subiendo de tono hasta el punto de que uno sacó una navaja y

el otro sacó una lata de conservas abierta. Yo veía cómo se iban atacando uno a otro como si fuese a cámara lenta: los dos llenos de sangre hasta arriba, sobre todo el que tenía la lata abierta, la cara sangrando... Un desastre total, muy impactante. Lo que recuerdo con más precisión es cómo la mayoría de los presos jaleaban la pelea de estos dos, como si fuese un combate en un ring, y la mayoría de la gente apostaba a favor de uno o de otro. Recuerdo que aluciné con la crueldad que suponía esto y decidí que había que sobrevivir y que había que cuidarse mucho.

En la cárcel de Málaga sí había una brigada de jóvenes separada de la de los adultos, y ahí fue la primera pelea que tuve y la primera vez que me partieron la cara (y, afortunadamente, creo que la última). Me dieron pero bien... Yo era todo corazón y valentía y, claro, los valientes a veces son también capullos. Me tuve que ir como el lobo que se va a lamer sus heridas a un rincón. Ahí ya aprendí la lección: calibrar bastante más al enemigo, dar yo primero si acaso...

Cuando la medida de internamiento ya fue firme y me hicieron los juicios en las audiencias de Cádiz y Málaga, me trasladaron a Teruel, que fue la primera cárcel que la dictadura construyó con el concepto de rehabilitación social. Hablo de 1968. La cárcel de Teruel la llamaban ya «reformatorio para jóvenes» (aunque era una cárcel), y ahí nos concentraban a los que ellos llamaban «delincuentes juveniles» de todo el Estado español. Había chavales de Madrid, de Barcelona, de Euskal Herria, de Andalucía... Cada grupo se protegía en plan clan de autodefensa, por afinidad futbolística, de tal forma que los del Madrid (que casi todos eran de Madrid) estaban en su grupo, los catalanes en el grupo del Barça, etcétera. Y yo, que enseguida entendí la alienación que suponía la utilización del fútbol por el poder (sobre todo al ver la docilidad y lo duras que eran las peleas que había entre clanes), me hice amigo de unos navarricos muy majos (la amistad duró cincuenta años hasta que, hace poco, los dos han muerto). Estos eran amigos de unos presos políticos, navarros también, que eran militantes de EGI (EGI eran las juventudes del PNV en esos años, un sector que fue el embrión de ETA). Con Fermín, uno de los navarricos, un

día que iban a jugar el Barça-Real Madrid ideamos joder la tele cuando faltaba poco para que el partido comenzase. Allí se hacían apuestas y estaba el ambiente con mucha energía. Faltó poquísimo para que se hiciese un motín, que era lo que buscábamos. Consiguieron arreglarla *in extremis* (creo que tuvieron que llamar a un técnico que llegó enseguida).

El trabajo «rehabilitador» que había, el único que recuerdo, consistía en separar unas balas enormes llenas de trapos o restos de camisas que llegaban del puerto de Valencia. Había que seleccionarlos y separarlos por color y nos pagaban a veinticinco céntimos el kilo. Quien ganaba mucho trabajando así a lo mejor conseguía veinticinco pesetas al mes. Es el mismo concepto que en la actualidad: en la miseria, si consigues un poco de limosna, al menos puedes reforzar un poco la falta de calorías y de buena alimentación.

Por otro lado, los presos políticos tenían ayuda social, solidaridad de partido, familiar... Tenían una estructura de apoyo evidente. Los presos sociales no. Los presos políticos compartían todo y a nosotros, como estábamos cerca, también nos quitaban un poco el hambre. Hacía mucho frío en Teruel. Yo recuerdo que el frío más grande que he pasado en mi vida ha sido allí. Las ventanas no tenían cristales (seguramente los habíamos roto los presos, pero no los reponían). Conseguimos que montasen una estufa, pero dormíamos en unas «brigadas» (celdas de grandes dimensiones con capacidad para una treintena de presos) y la estufa era superpequeña y no podía calentar la brigada.

Había muchas dificultades para sobrevivir en esa jungla: estábamos desamparados y suponía un desafío cotidiano. Había muchas puñaladas, había mucha homosexualidad, muchos abusos también, porque no había posibilidad de relación... Había sobre todo abusos a presos jóvenes: entre varios les acosaban con pinchos que fabricaban allí. En general, la reacción del resto era de pasividad (en algún caso, incluso, de participación). Ahí hay que entender el bloqueo de la sexualidad, la brutalidad que se cultiva en la cárcel... La única posibilidad que teníamos era la masturbación (sobre la que podríamos

escribir un tratado). A esas edades era complicado, la sexualidad se vivía con mucha potencia. La cuestión es que la ética en una de esas te sirve de freno, de equilibrio, para no reproducir la bestia en la que quieren convertirte. Con el tiempo se te desarrollaba la sensibilidad y la necesidad de denunciar la brutalidad, pero entonces tenías que enfrentarte directamente con las bandas organizadas, que eran unos canallas e iban siempre empalmaos con buenos pinchos. O sea, podía suponer una confrontación de puñaladas y que pasase lo que pasase. Como dijo un fiscal de la Audiencia de Burgos: «Las cárceles han de ser como islas donde los presos se eliminan entre sí».

Mi perfil no encajaba con el del delincuente juvenil típico (no tenía cultura de barrio, no era consumidor de drogas, no me caracterizaba por haber sido violento en el barrio...), y por eso me nombraron cabo de limpieza en esta cárcel. Tener este destino suponía librarte de pringar de algunas cosas, como por ejemplo de que te tocase «patatas» cada equis días, que significaba tirarte toda la mañana pelando patatas con un frío impresionante, que hacía además que te salieran sabañones... En fin, muy lamentable, muy cruel.

Ser cabo suponía que tú avisabas a los que les tocaba limpieza con una lista que tú controlabas, pero había la posibilidad de que se librasen de la limpieza. La putada es que las clases se reproducen en todas las situaciones, y estos navarricos, de Pamplona, de barrio, podían pagárselo. Uno de ellos, Fermín Anocibar Villanueva (un amigo inolvidable), se enteró y vino a verme. Le hice una rebaja por ser buen chaval, lo típico. La cuestión es que a él, inocente, un día le preguntaron por qué no estaba haciendo la limpieza, y dijo que ya la había pagado. Claro, se lo había preguntado el Tocino, que era un carcelero, antiguo picoletto y combatiente de la División Azul, con un espíritu muy de carcelero. Debe de ser que tenía alguna información de algún chivato y quería pillarme. Vino entonces el Tocino y me preguntó, yo lo negué y me dio una hostia. A la tercera le dije: «Tú lo haces aquí, pero tú en la calle no tendrías huevos», y entonces me llevó a hostias desde el patio hasta el centro panóptico. Allí obligó al peluquero a que me rapase al cero como

humillación, y de ahí a las celdas de castigo, cuarenta días. Fue en ese momento cuando conocí el aislamiento; el castigo dentro del castigo.

Era un departamento con cuatro o cinco celdas. Ahí te lo quitaban todo. Durante el día no tenías absolutamente nada: ni colchón, ni ningún libro, nada para leer, para escribir, para comer..., cero. Te daban un colchón y un petate lleno de chinches y de mierda por la noche, y te lo quitaban por la mañana temprano. Te daban una barra de pan por las mañanas y te dejaban tener una muda de repuesto. Las celdas eran muy húmedas, no tenías contacto con nadie. Como siempre que hay dificultades, la imaginación se desarrolla y surge el ingenio. Con unos restos de papelitos y un lápiz que conseguí que me metiese en el pan el que repartía la comida, dibujé unas fichas de ajedrez y, como las baldosas del suelo eran blancas y negras, me hice mi propio tablero de ajedrez. Ahí me pasaba horas haciendo estrategias, y así sobreviví. Estuve cuarenta días sin salir ni una hora al patio, sin ver la luz del sol.

Si no estabas atento a los ruidos de las cancelas te podían pillar desprevenido y entonces te daban la del pulpo. También nos hacían a veces lo del cubo de agua: entraban en la celda y tiraban un cubo de agua al suelo, y tenías que buscarte la vida para fregarlo (habitualmente con la única ropa que tenías). Para ellos era una diversión, pero para nosotros era una humillación. Además, si te la echaban por la tarde, hasta que no conseguías secar la celda no podías dormir. Era una tortura estudiada, aunque nada refinada comparada con la de ahora. Son actos dentro de una cadena de humillaciones. Entonces era más físico todo, menos psicológico. Pensando en casos recientes, creo que es legítimo pensar en el suicidio en estas situaciones. Te ves joven, sin apoyo emocional, moral o económico, no ves futuro, te ves entre cuatro paredes, no tienes recursos, no puedes desahogarte. Pero bueno, conseguí superarlo y cuando salí me junté con los navarricos, y ya para siempre (el pobre Fermín se seguiría disculpando durante décadas por haberme «delatado»).

Recuerdo una noche en especial que tenía un dolor de muelas muy fuerte. Estuve aporreando toda la noche para que

viniesen a asistirme. Nadie me escuchó, no vino nadie a atenderme, tuve que aguantar como pude el dolor de muelas. Bebía agua, recuerdo, hasta que se calentaba. Luego otra vez agua fría, y así. Cuando salí (yo siempre he sido en esto muy kamikaze: si he tenido una dificultad que se puede repetir, busco una solución), cogí un clavo roñoso, oxidado, que había allí en el patio, hice una fogata pequeña para calentar el clavo y directamente me lo metí en la encía de la muela. Noté la carne abrasada y se acabó el dolor de muelas. Esa muela nunca más llegó a dolerme.<sup>1</sup>

Enseguida buscamos nuestro refugio y nos ofrecimos a crear una audición de música: un tocata, un micrófono, unos altavoces que instalaron en los patios y demás. En la cárcel de Teruel se vivía una época de apertura en la que empezaron a entrar los primeros educadores. Descubrí infinidad de grupos, porque les pedíamos los vinilos que queríamos promocionar a los educadores y nos los traían. Recuerdo empezar a formarme (o deformarme) musicalmente allí. Fermín y yo nos dedicábamos a promocionar canciones y, de alguna forma, esto suponía una fuga mental en los patios, en los que la mayoría de la gente estaba tirada, si no estaba jugando al frontón o al fútbol. Yo siempre estaba muy activo, porque entendí que esto me venía muy bien para equilibrar la energía.

De allí, como me quedaba por cumplir parte de la Ley de Vagos y Maleantes, en 1970 me trasladaron a la cárcel o «campo de trabajo» de Nanclares de la Oca, en Álava, especializada en el cumplimiento de la medida de la Ley de Vagos. Primero paramos en Carabanchel, que era como una ciudad (una cárcel enorme), donde solo estuve un par de días porque iba de tránsito (en conducción), y de ahí a Zamora, donde estuve dos o tres meses.

En aquella época, la de Zamora era la cárcel que la dictadura había destinado para los curas vascos, los curas comunistas y algún cura también catalán; habían creado una cárcel especial

---

1. Esto aparece muy bien recogido en el cortometraje de Ales Payá y Gorka Lasasa, *Pocos, buenos y seguros*, Empatik Films, 2022.

para estos curas revolucionarios.<sup>2</sup> Yo siempre buscaba amistades que me pudiesen aportar algo interesante, digamos, y me hice amigo de tres ingleses que había en esta cárcel, que fueron los primeros contrabandistas de hachís a gran escala que conocí. Uno era piloto de avioneta y los otros eran marinos, y los habían detenido con cuarenta kilogramos de hachís (que para entonces era muchísimo). No se conocían los canutos entonces, en las cárceles se fumaba en pipas de plata (yo todavía no fumaba). Empecé a aprender inglés con ellos para aprovechar el tiempo dentro de la cárcel. Mi amigo Joe me transcribió la canción *The house of the rising sun* (una canción popular con el nombre de un reformatorio para jóvenes). Joe había sido detenido por drogas y había pasado varios años en las cárceles estadounidenses. Tras beberse las cervezas reglamentarias se bebía sus propios orines para prolongar los efectos del alcohol (decía que era una práctica frecuente en las cárceles de Estados Unidos). Recuerdo también que, en la época, los curas vascos se pusieron en huelga y nos planteamos si se podría hacer algo más amplio, pero qué va. Había mucho terror y el miedo tiene unos efectos que impiden la solidaridad y la apertura de conciencia; embrutece.

De ahí me trasladaron, finalmente, a Nanclares de la Oca. En esta cárcel, unos años antes, había ocurrido un suceso espectacular: tres presos, entre ellos Luis «el Valiente», intentaron fugarse y como castigo les ataron en tres cruces. En esta cárcel hacía muchísimo frío. Cuando fueron a desatarles dos de ellos habían muerto congelados y lo primero que dijo Luis «el Valiente» fue: «La comida de estos para mí». También me enteré de que un preso político en Teruel, Paco «el Niño», cuando el Tocino (el carcelero que me mandó a aislamiento) le dio una bofetada, le respondió con un buen puñetazo. Luego tuvo un juicio en el que el fiscal le pedía seis años de cárcel por ese puñetazo. Paco Gil y yo nos volvimos a ver al cabo de unos

---

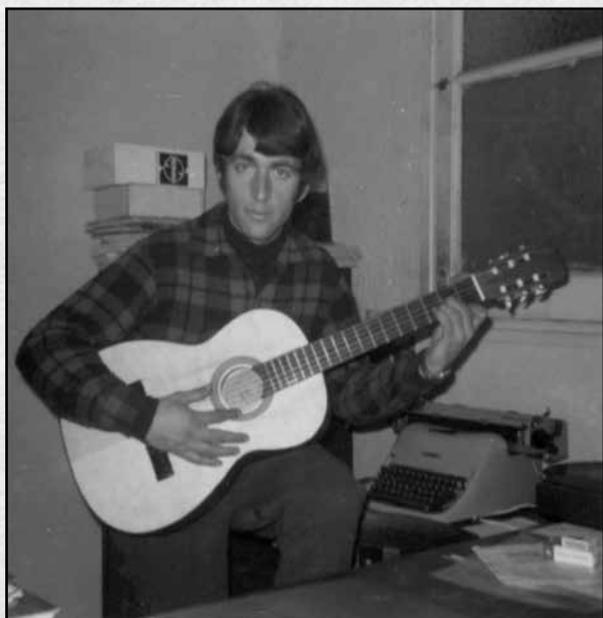
2. Véase el documental de Oier Aranzabal, Ritxi Lizartza y David Pallarès, *Apaiç Kartzela (La cárcel de curas)*, Maluta Films/Azaroa Films/Zabriskie Films, 2021.



En la cárcel de Teruel con Javi y Fermín.



Recién salido de la celda de castigo en Teruel.



En la cárcel de Nanclares.



Durante el servicio militar.

años y, recordando aquellas anécdotas, le agradecí el detalle de haberse vengado con el Tocino.

Creo recordar que me quedaban casi dos años por cumplir. Uno de los hándicaps que tenía la Ley de Vagos y Maleantes era que el juez te había condenado a un tiempo mínimo, pero había la posibilidad de que te ampliasen la medida de internamiento dos años más (cinco en total). Por ejemplo, el juez más malo que había en el Estado español, el más cabrón, era el de la demarcación de Galicia y León. Este me hubiese metido cinco. Cinco años directamente a delincuentes juveniles. Yo me cuidaba bastante también de no tener tropiezos o de que no me expedientasen y de que no informasen al juez, así que en Nanclores de la Oca me portaba bien. Escribía, leía y me junté también con gente interesante, pero ahí ya vi que había mucho miedo y que era una cárcel de zombis. La dirección de la prisión me propuso hacerme cargo del economato y acepté, por supuesto (era algo muy valorado). Sabía escribir, sabía leer, sabía algo de matemáticas y no tenía el perfil clásico del «delincuente de la época». Yo no era delincuente profesional ni nada, había sido un mocoso que, mira, pues la vida te lleva así y tienes que sobrevivir.

Tuve un percance con un violador, porque allí aprendí que a los violadores, a los asesinos, a los estafadores con cierto nivel de estafa social había que arrinconarlos o, si se presentaban situaciones, darles. Este violador, un día que ya le había yo enfilado, me vino al economato a pedir una cerveza. Le tenía que atender y entonces me salió del alma: le di la cerveza y le di enseguida un guantazo de regalo con la cerveza. Ahí estuve a punto de que me quitasen el economato, de que me abriesen un expediente, de que informasen al juez..., pero al final la cosa quedó en nada. Testificaron a mi favor los colegas que tenía, diciendo que él me había provocado. En fin, astucias que afortunadamente se tenían para defenderse.

# 4

## LA LOTERÍA, COMO NO JUGAMOS, PUES NOS VA A TOCAR

Recuerdo que en esos años la dictadura concedió un indulto que lo llamaban «el indulto Matesa», que estaba destinado especialmente a un estafador. Se llamaba Juan Vilá Reyes, y era próximo al Opus Dei: un hombre del régimen que fue condenado a doscientos treinta y tres años de prisión. Entonces se quedó así, como el indulto Matesa, porque se aprobó exclusivamente para este pájaro, pero afectó poco a los presos sociales. A mí de pronto se me abrieron esperanzas, pero luego nada, porque este indulto no afectaba a la Ley de Vagos y Maleantes. Entonces pensé: ¿cómo es posible que yo, siendo un ladronzuelo, un mocoso prácticamente, tenga que estar cinco años en la cárcel y este, que ha estafado millones y millones de pesetas, salga? Solo estuvo unos meses en la cárcel. Ahí empecé a entender cómo funcionaba la justicia y fue un eslabón más para comprender el doble rasero de la justicia de clase de la dictadura.

Salí en libertad el 13 de enero de 1972 tras cumplir cinco años de prisión. Entré con diecisiete y salí con veintidós, con una conciencia política todavía nada definida, pero sí con un odio social bastante fuerte, aún sin encauzar de una forma

racional. Al salir sentí un vértigo de la hostia, pues no sabía dónde ir sin dinero ni trabajo. Menos mal que la hermana de Ismael, un amigo preso en Nanclares, me ayudó dándome dinero para el billete a Madrid. Jamás les olvidaré.

En ese tiempo me habían llamado a filas para hacer la mili, y me planteé si ir o no. Era fácil librarse porque entre la cultura carcelaria o de resistencia, también en el mundo libre de la dictadura, había diferentes sistemas para eludir la mili, sobre todo si te hacías el paranoico, fingías tener brotes esquizofrénicos, etcétera. Era muy fácil porque el psiquiatra del régimen, que era Juan José López Ibor, había escrito un tratado bastante interesante, no muy útil para la eficacia de la psiquiatría contemporánea, pero que sí daba pistas sobre las sintomatologías que podías representar. Para nosotros era un manual fundamental. Casualmente, lo que es el cruce de caminos en la vida, me encontré con un antiguo compañero de la cárcel de Teruel: Filomeno «el Ninchi». Este estaba superlanzado y se había hecho con un fusil CETME y había hecho un atraco en el barrio de Lucero, cerca de Carabanchel. Me propuso hacer la mili para hacernos con armas y dedicarnos a hacer atracos. Decidí hacer la mili.

Yo tenía la ventaja de que mi madre todavía tenía buena relación con Isabel de Borbón, que aún vivía. Mi madre, al saber que quería hacer la mili, me preguntó si quería que hablara con ella y le dije que me parecía bien (así podría llevar el pelo un poco más largo, vestir más de civil, no estaría obligado a hacer tantas guardias...). Total, que fui a ver a Isabel de Borbón con mi madre y me hizo una carta de recomendación con el membrete real para el comandante del campamento del CIR (el Centro de Instrucción de Reclutas) número dos de Alcalá de Henares. Cuando llegué, pedí hablar con el comandante, le llevé la carta y me dijo: «Bueno, pues veo que vienes bien recomendado. ¿Adónde quieres ir?». «Hombre, pues a algún sitio que no haga mucha mili, que pueda hacer pocas guardias, que pueda vestir de paisano y demás». «Pues yo te recomiendo que hagas la mili en Sanidad Militar», en Carabanchel, en la Escuela Militar de Sanidad que estaba pegada al Hospital Militar Gómez Ulla.

Así que hice la instrucción en Alcalá de Henares y, al mes o dos meses, me destinaron en la Escuela Militar de Sanidad, especialista en guerra anti-ABQ (o sea, Atómica, Bacteriológica y Química). Teníamos caretas antigás, todas estas cosas, y era una agrupación militar en la que, en teoría, nos preparaban para el caso de que se diesen estas tres situaciones de conflicto bélico. Ahí me hice cabo (era muy fácil hacerse cabo, y con la recomendación que llevaba, más todavía). El compañero que me encontré de Teruel había contactado con un compañero ex preso político de esa cárcel, y también nos propuso hacernos con armas (estos estaban intentando crear un foco armado en Madrid). Si les pasábamos armas o explosivos, ellos nos pasaban documentación en blanco (DNI, pasaportes). Estaban muy lanzados ya. Un día, aprovechando, me llevé la pistola que tenían en la furrielería, unas cuantas balas para la pipa, unos cuantos cargadores de CETME y una careta... En fin, todo lo que pude. Además, en esas semanas convencimos a otro compañero, que también decidió hacer la mili, para que consiguiese un subfusil ametrallador Z70, que era bastante bueno (eran muy ligeros y tenían una capacidad de fuego potente). En la maniobra se hizo con el subfusil, lo escondió en un zulo en la tierra y lo marcó bien. Luego fuimos mi otro compañero y yo y recogimos el arma. Así íbamos recopilando el arsenal (mientras, el Ejército se estaba encargando de enseñarnos a disparar).

Fue entonces cuando nos hicimos dos o tres atracos a sucursales bancarias. Estaba tirado, era muy fácil, porque todavía no se producían atracos a gran escala como después en los años setenta-ochenta (los de ETA ya empezaban a hacer atracos, también algunos italianos anarquistas que venían a hacer la costa mediterránea y les daban caña a algunos bancos, y los del MIL —el Movimiento Ibérico de Liberación— en Catalunya). No teníamos miedo a nada. Uno de los pisos alquilados que teníamos de guarida, un piso franco, estaba al lado de la comisaría de Leganitos, cerca de la plaza España. Nos sentíamos invencibles, nadie nos paraba... y ya ves si nos pararon...

Empezamos con una sucursal en Carabanchel (ellos ya habían hecho algún atraco antes), y a los pocos meses hicimos la de Majadahonda, el 22 de diciembre, el día de la lotería. Éramos así: «A ver, la lotería, como no jugamos, pues nos va a tocar». Esa insolencia... Y, efectivamente, nos llevamos bastante dinero, un millón y pico de pesetas, que para la época era mucho dinero. Nosotros en teoría solamente lo usábamos para vivir, pero si había alguna causa de ayudar a un compañero, sí lo hacíamos. Pero vamos, ni causas políticas ni nada de nada.

Mientras, en el día a día, a divertirnos. Íbamos al cine, fundamental. Yo ya tenía una novieta del barrio del Pilar; el Ninchi tenía otra novieta, Trini, también de allí de Carabanchel; El Carlos, «el Chino», no sé a quién tenía. El Eusebio sí, tenía una novia con la que se casó enseguida porque la dejó preñada. Íbamos a pubs, que empezaban a funcionar entonces, así con la música underground de la época. Canutos todavía no se fumaban. Se hacían las pipas de hachís con plata y demás. Canutos de kifi, sí. De hecho, estando juntos, el Ninchi me comentó que un amigo, un militante antifranquista que tenía contactos con gente de Televisión Española, quería kifi. Yo me ofrecí y me bajé de Madrid a Málaga, al barrio del Bulto, que era como el Pozo del Tío Raimundo, más o menos (o sea, un barrio sin ley, afortunadamente). El contacto que yo tenía era un antiguo legionario que vendía grifa y kifi a kilos. Recuerdo comprar un kilo, la mayoría de grifa. Las ramitas eran la grifa y el kifi era la flor. Recuerdo que me lo puse en unas botas camperas con el tacón ahuecado (iba muy macarra, chaqueta de ante con un pañuelo rojo), y que crecí unos centímetros porque las tenía que presionar y estaba muy justo a pesar de que iba muy prensado. Luis «el Lejía», muy majo, me lo preparó. Probé el canuto de kifi y pillé un globo impresionante. Subí el kilo y el Ninchi se lo vendía al de la tele en cajas de cerillas, a tanto la caja.

Lo siguiente fue una joyería en la Gran Vía. El Ninchi dijo que tenía información de que había infinidad de brillantes y rubís, y que se podían colocar porque tenía una perista que era

la que vendía después todas esas piedras.<sup>1</sup> No era partidario yo de hacer joyerías, pero bueno, como no tenía miedo y tenía esta energía, que todavía eres un poco manejable y te dejas llevar por las emociones, me convenció. Con los otros dos compañeros con los que habíamos hecho los atracos en sucursales, vimos la joyería en plena Gran Vía de Madrid, cerca de la plaza del Callao: la joyería Girod. El plan era bravo: en plena Gran Vía y en días navideños (el mismo día de los Inocentes). La joyería tenía escaparates grandes y una puerta pequeña. La misión del conductor era aparcar el coche cerca de donde estaba la joyería, en la parte de atrás, en una plaza que hay, poner la cortina con unas ventosas en la puerta de la joyería e irse a esperar en el coche para cuando saliésemos con el botín.

A mí las joyerías no me gustaban, sobre todo por la importancia del perista. En este tipo de atracos dependes del perista, que suele ser un joyero o alguien que sabe (y del que te fías). Él es el que puede darle salida al botín. A mí no me gustaban porque la policía también recurre a ellos y les pueden presionar mucho para sacarles la información (la mafia policial de los años ochenta funcionaba así). Además, los peristas tienen sus propios intereses (y, aunque se repartían el botín a partes iguales con el resto de los que participasen en el atraco, no siempre era suficiente). En definitiva, son el eslabón más débil del plan, lo mires por donde lo mires.

Yo no caí en que mi amigo tenía una colección de piedras preciosas. Creo recordar que la noche anterior, o dos noches antes de hacer el atraco, lo vi con una lupa y con luces especiales de joyero. Luego hilé que era su obsesión y que nos embaucó para hacer esto.<sup>2</sup> Este amigo acabó loco de tantos psicofármacos que le dieron en el psiquiátrico penitenciario de

- 
1. Este grupo y sus actividades sirvieron de inspiración directa al libro de Inés Palou, *Operación dulce*, Planeta, Madrid, 1975.
  2. Años más tarde, Trini me contó que le gustaba poner los brillantes y las esmeraldas sobre su cuerpo desnudo y contemplarlo absorto. También apagaba la luz y se extasiaba observando los destellos de todas las piedras preciosas que tenía.

Carabanchel (formaban filas para que un funcionario les diese las pastillas, junto con un preso colaborador que tenía un botijo con agua para ayudar a tragarlas. Luego les hacían abrir la boca para comprobar que se las habían tragado. Lo siguiente que veías era que los presos que se habían medicado se tiraban al suelo como zombis y permanecían así durante horas, como en *Alguien voló sobre el nido del cuco*). La última vez que lo vi, muchos años después, fue en la peluquería a la que él solía ir a hacerse la manicura —siempre salía de la peluquería hecho un dandi—. Le saludé, pero ni siquiera reaccionó; tenía la mirada perdida, en el vacío, totalmente ido. La peluquería estaba cerca del Palacio de la Prensa, cerca precisamente de la joyería Girrod.

Entonces, bueno, fuimos los cuatro, el día de los Inocentes por la mañana temprano, a primera hora. Dentro de la joyería éramos tres: Filomeno, que era el loco de las piedras, iba con un maletín con un subfusil; yo llevaba la pistola que me había llevado de la mili (una *star* 9mm); y mi otro compañero, el Chino, llevaba un revólver. Entonces lo hicimos. Entramos y el chófer puso la cortina, pero con la fatalidad de que la cortina que había comprado se quedaba corta. Había medido a ojo el ancho del cristal de la puerta y quedaba un resquicio a cada lado. La cortina se movió y uno de los compañeros directamente decidió irse. Yo vi que alguien llegó por fuera, vio algo raro, tocó, no abrió nadie y le dije a mi compañero, el de las piedras: «¡Vámonos!». «No, no, espera un momento». Los otros dos compañeros se fueron y se llevaron el maletín con el subfusil. Vi que él estaba desarmado y, por aquello del compañerismo y de que yo iba con la pipa, me quedé para apoyarle, y ese fue el error que cometimos. Porque justo en esos segundos, muy rápido, esa persona había avisado a una pareja de guardias urbanos que estaban por la Gran Vía, que en la época estaba llena de policías. Enseguida el guardia urbano tocó en la puerta y le dije a mi compañero: «¡Ahora sí que hay que salir! ¡Como sea!».

Salimos por la puerta y ya había como un pasillo de gente. Detrás, los guardias urbanos con la pistola en mano: «¡Alto!». Nosotros no hicimos ni caso y salimos corriendo. Mi compañero iba en



dirección a la comisaría de la calle de la Luna y yo dije: «Hostias, por ahí no puede ser». Entonces me metí por la plaza de atrás, pero los compañeros del coche ya se habían ido y entonces pensé: «Yo no puedo seguir por allí, voy a cruzar la Gran Vía otra vez». Y, al cruzar la Gran Vía, un ciudadano de los que estaban a la salida, que me había identificado (yo llevaba un gabán de estos de película de mafias —mis ídolos eran Alain Delon, Jean-Paul Belmondo, etcétera—), me agarró del gabán para entregarme y entonces saqué la pipa y le dije: «Suéltame, que te disparo», y se asustó. Tuve que cruzar la Gran Vía con el tráfico que había en plenas navidades, ya con la pipa en la mano, y el único sitio que encontré para refugiarme fue el aparcamiento de Galerías Preciados. Me metí directamente en la boca del lobo. Ahí llegué, y me dije: «¿Qué hago? ¿Subo para arriba? Pero ¿dónde voy?». Pensamiento muy rápido, acelerao. Y entonces vi a un matrimonio que iban a coger su coche y dije: «Pues estos, a ver si me sacan».

«A ver si me sacan». Salí agazapado sin que me viesen los guardias urbanos, que ya habían entrado acompañados de una pareja de secretas. Le dije al matrimonio que cogiesen el coche y que me sacasen de allí. La señora se puso histérica, muy nerviosa, y hubo una pelea dialéctica intensa para que el marido obedeciera a la señora o a mí. Para que viesen que iba decidido disparé en el suelo, con la mala fortuna de que la bala rebotó y le entró al señor por la pierna, en el gemelo. Él se metió en el coche conmigo y la señora huyó hacia los pisos de arriba y, en ese momento, cuando íbamos a salir, entró otra pareja de guardias urbanos con la pipa en la mano. Enseguida se inició un tiroteo. Ese hombre se tiró y me soltó con el coche en marcha, que se estrelló contra una columna. Yo ahí ya me quedé en el coche, inmovilizado. Tuve un intercambio de disparos, herí a un guardia urbano, a mí me tiraron pero no me hirieron, y entonces me dije: «No tengo salida, he herido al guardia urbano y a este hombre del coche». Todo muy rápido, con la sangre aquí en la cabeza: «¿Qué hago? Me suicido». Entonces me planteé, nada, una décima de segundo, que me suicidaba. Pero decidí que no. Todo muy rápido. «Yo salgo, a pesar de todo, yo salgo». Y entonces,

bueno, pues nada: «¡Tira el arma y entrégate!». Y efectivamente tiré el arma, me entregué y me sacaron a patadas, a hostias.

Me detuvieron por un atraco consumado con resultado de dos heridos y luego otro herido, que la policía me achacaba a mí, que estuvo bastante tiempo ingresado, un año y pico. Reconocí que había herido a dos. Yo creo que no fui el del tercer herido, pero pudo ser cualquier cosa, porque hubo un intercambio de disparos (posteriormente, en la prueba de balística que aportó la policía no apareció ni la bala ni el casquillo que afectaron a este herido). Yo tiré bastantes veces, tanto a los policías que entraban como a los que estaban detrás de la columna, y a mí me tiraron también bastantes disparos. A mí no me dieron y yo sí, yo di. Yo lo tenía más fácil porque tenía el asiento del coche, y como estaba ahí empotrado contra una columna me podía apoyar en el asiento; así, el pulso no se te iba mucho. Me llevaron a la Dirección General de Seguridad el 28 de diciembre de 1972. Me dieron bastante fuerte y yo me declaré autor del atraco que habíamos hecho el día de la lotería nacional en Majadahonda y del atraco de la joyería. Habían detenido también, por medio de una novia, a los otros compañeros. Tardaron dos o tres días, pero al final nos detuvieron a todos. Detuvieron también a la supuesta perista receptora de las piedras y, bueno, en *El Caso* salió una foto, recuerdo, no sé cómo era exactamente: «Cinco hombres sin piedad», o una cosa así, como hacía *El Caso* en plena dictadura. O sea, brutal, éramos malos malísimos.

Allí, en la DGS, me dieron la del pulpo y, bueno, ahí se inició la segunda parte.



## 5

# YO ME TENGO QUE FUGAR DE LA CÁRCEL

Me llevaron a Carabanchel a los cinco días, creo recordar. Enero de 1973. Yo estaba muy preocupado por el estado de los heridos, ya que por esa época la dictadura aún tenía pena de muerte. No había posibilidad de informarme, no tenía abogado, no conocía a nadie, ni tenía medios, porque el dinero que tenía se había acabado: localizaron el piso, el dinero que teníamos y todas las pertenencias. Los periódicos que entraban dentro de las cárceles estaban totalmente censurados, con las noticias recortadas. Estuve aproximadamente un mes bastante acojonado hasta que, no recuerdo cómo, me enteré de que el herido más grave había salido de la UVI, y el otro, el guardia urbano al que yo le di en el hombro, también estaba fuera de peligro. Empezaba otra fase. Automáticamente me dije: «Yo me tengo que fugar de la cárcel». Y empecé a pensar en la fuga.

Las cárceles en esos años eran muy duras, especialmente Carabanchel. La represión era muy dura y las palizas eran muy frecuentes, prácticamente cada noche. La técnica que tenían los funcionarios era abrir por la noche la celda del preso al que querían apalazar y luego llevarle a hostias hasta la celda de castigo, a la que llamaban «el tubo», y que conocí dos veces. Los golpes y gritos de los presos eran amplificadas en las galerías por la noche. Con frecuencia, muchos golpeábamos las puertas

metálicas de la celda en señal de protesta, provocando un ruido ensordecedor.

Las celdas de la planta baja de Carabanchel era un submundo apartado de todo: oscuro, sin luz natural, sin comunicación con nadie. Te entregaba la comida un cabo de varas, Cesidio se llamaba el de entonces. Era un cruel... Solían ser asesinos, pederastas, violadores. Este estaba acusado de matar a su mujer, pero no conseguían localizar el cadáver. Los escogían por su maleabilidad y complicidad con el funcionamiento de la cárcel (por eso eran odiados, por el código de honor de la mayoría de los presos). El nivel era tal que le dejaban tener a su pastor alemán dentro de la cárcel. Enseguida me identificaron como preso rebelde, conflictivo y fuguista porque me empecé a relacionar con los que tenían experiencias de fugas y con algún anarquista que había y que iba por libre (los presos anarquistas allí no vivían en comuna; vivían integrados en las galerías de los presos sociales ya que no querían ninguna distinción).

Enseguida me condenaron, en 1973. Para cumplir el expediente de la Ley de Vagos y Maleantes me faltaban dos años, pero la ley había desaparecido en 1970 y se había cambiado por la Ley de Peligrosidad Social. Hice el tránsito completo: fui vago y maleante y luego peligroso social. Entonces, por un lado, me metieron los dos años que me faltaban por Peligrosidad Social. Por otro lado, tenía un consejo de guerra militar por el robo de la pistola, la munición y la careta del cuartel militar donde estuve en Carabanchel. Además, tenía otros dos sumarios por dos atracos: uno al banco y el otro a la joyería. Por uno me pedían diez años y por la joyería cuarenta y cinco años de prisión (era atraco con atentado a la autoridad, con heridos, etcétera). Y luego tenía, ya lo que me faltaba, tenencia ilícita de armas. El Tribunal de Orden Público (TOP) era el encargado de juzgar los delitos de tenencia ilícita de armas o, si eran armas de gran calibre, se llamaba «depósito de armas de guerra». Pronto me condenaron a seis años por las armas.

Por aquel entonces escribí una extensa carta a mi padre adoptivo, que recuperé años más tarde:

*Queridos padres:*

*Mis mejores deseos de paz y bienestar; yo sigo como siempre: con constantes altibajos morales, pero con ánimos para alentar la esperanza.*

*Papá, en primer lugar, desear pases definitivamente la prueba de la bomba de cobalto y te recuperes en lo posible; lo más rápido posible... Espero que no surjan dificultades y puedas volver pronto a casa, pues me imagino que estarás mejor, ya que creo que eres un poco reacio a los médicos y la medicina en general. Soy consciente de la difícil prueba que estás pasando, pero sé que al menos la ley divina te ayudará a superarlo... No sería justo que después de tu abnegada y sacrificada vida, sufrieses un castigo inmerecido.*

*Por otra parte, deseo hacerte partícipe de mis problemas e inquietudes actuales. No deseo justificar mis actos, ya que creo que era plenamente consciente de los hechos que cometía y sabía lo que me jugaba, pero sí deseo el hacerte saber unos cuantos puntos de vista personales que creo que fueron parte decisiva en mi formación actual... Perdóname si estoy equivocado, y hazme saber los principales motivos de mi equivocación, pero júzgame imparcialmente, no sólo por los actos que cometí, sino también por los motivos, que creo que me indujeron a la desastrosa situación en que me encuentro. También perdóname si con estas palabras puedo herir tu sensibilidad, pero no pretendo hacerlo; simplemente explicarte mis ideas con las palabras que afluyen a mi mente:*

*En primer lugar, reconocer tu empeño en lograr una sólida educación para mí, dentro de los pocos medios económicos de que disponías en mi triste infancia... Creo que esta decisión es correcta e intachable, pero el medio que elegiste para ello (el internado en el colegio) creo que no era correcto. He hecho conjeturas y creo que esta decisión fue más bien por escasez de medios económicos que otra cosa. Nada que objetar ni rebatir, ya que era necesario tomar esta decisión. El hecho de que no me parezca correcto el*

*internado en el colegio en que estuve se debe principalmente a que no me parecía el sitio adecuado, ya que no era mucho el ejemplo y empeño que recibíamos. Tú oirás que yo no contribuí a mi educación por medio de la disciplina, de acuerdo, pues no en vano era un niño y mi carácter era difícil... Pero aparte de esto, los métodos que usaban en dicho colegio no eran los ideales, ya que creo que por medio de castigos físicos y violencia no se puede lograr gran cosa en la educación de unos niños. En otro campo dentro del referido colegio, como la alimentación, también era deficiente, ya que nos daban poco y malo, teniendo que recurrir a los esporádicos hurtos a la despensa, sin temer el consiguiente castigo. Teníamos que recurrir a todo, ya que verdaderamente pasábamos hambre, a pesar de los paquetes que mamá me llevaba; y recuerdo algunas ocasiones en que recurrí a comer unas pieles de plátano y naranja tiradas en el suelo. Aquí ya empezó a despuntar mi carácter difícil y huraño, a pesar de mi completa ignorancia y experiencia en todo. Después vino mi entrada en el colegio de la Paloma en calidad de medio pensionista; aquí nada que objetar y sí mucho que agradecer y exaltar tu decisión. Máxime conociendo la precaria situación económica en que estábamos, y siendo muy necesario el que hubiese entrado a trabajar.*

*A esta edad yo observaba la anómala situación familiar, así como las constantes disputas que había en casa, por los motivos que fueren... Esto, unido al poco contacto que tuve con vosotros, me hacía el desear vivir con los tíos, o con quien fuese, pero fuera de casa, ya que verdaderamente sufría cuando surgían las disputas. No pretendo disculparme con esto cuando tomé la decisión de marcharme la primera vez de casa, ya que también fue motivado por el fuerte trauma que tuve con la realidad del hogar, la gente, etc., pues no en vano estuve hasta esa edad interno. Creo que entonces, sentía unas ganas enormes de vivir alegremente sumido en mi gran ignorancia, y de evitar el veros continuamente disputar. Esto fue lo que originó mi*

*salida de casa hacia Málaga, unido también a mi condición de aventurero. Papá, aquí hay una cosa que quiero que comprendas bien, porque es muy importante: cuando yo me fui a Málaga de casa, no fue para delinquir, sino para ser libre, trabajar en un hotel, ya que un amigo que trabajaba conmigo en la imprenta donde estuve, en la calle de la Palma, me dio la dirección de un amigo suyo en Marbella, que trabajaba en un hotel, para trabajar con él. Pero surgieron problemas, ya que hice amistad con unos chicos de Madrid, y ahí empezó todo: mi primera caída en la cárcel, mi conocimiento del mundo delictivo, etc. Todo esto creo que me sucedió al no saber lo que quería y confiar mucho en los demás, ya que seguía siendo un ignorante. Sólo empecé a ver las cosas claras cuando estuve la otra vez preso, en Nanclares, aproximadamente un año antes de salir.*

*Cuando salí, no eran mis intenciones el seguir de nuevo, pues no en vano estuve ocho meses sin cometer ningún delito y pasando por situaciones bastante críticas... pero el poder del dinero y la tentación de una vida fácil pudieron más que yo, y empecé a atracar sin regatear medios, pues aunque sabía lo que me jugaba, tenía la errónea convicción de cometer unos cuantos atracos y solucionar la vida definitivamente. La experiencia me ha dicho que no, ya ves de qué forma: mi vida totalmente arruinada. En fin, paciencia y resignación, así lo ha querido el destino.*

*Espero, papá, que hayas comprendido en lo posible, pues éste es mi mayor deseo, así como el desear que haya una verdadera comunicación entre nosotros, ya que nunca la ha habido, aunque sea en esta triste situación en que me encuentro. Por eso yo pienso que aunque se es padre e hijo, debe existir una gran amistad y comunicación entre ambos.*

*Otra cosa que verdaderamente deseo me aclares, sin complejos ni tapujos de ninguna clase, pues no en vano soy ya un hombre y estoy preparado para todo y creo que es muy necesario el saberlo, es ¿por qué tardaste tantos*

*años en darme tu apellido? Yo, en ratos de soledad, me he hecho miles de conjeturas, desde que tenía 15 años, como que soy hijo natural, etc., y creo que también me ha perjudicado un poco. Por favor, papá, espero que me perdones si te hago daño preguntándote esto, pero creo que es vuestra obligación el habérmelo dicho a cierta edad. Necesito me digas, la verdad por completo, sin problemas, ni complejos de ninguna clase, pues comprendo todo lo que pudo suceder, no en vano somos humanos.*

*Bueno, papá, espero analices todo lo expuesto y me contestes a todo lo que te digo. Necesito tu comprensión. Bueno, hasta la tuya, recibe el cariño de vuestro hijo que os quiere, con besos y abrazos:*

*Daniel*

En diciembre de 1973 mataron a Carrero Blanco. Recuerdo que ese día no paraban de entrar oleadas de estudiantes y obreros en Carabanchel. Mucha gente dolorida, con los ojos hinchados y las cabezas con sangre, ya que hubo una represión muy fuerte. Curiosamente, después, pasados unos años, fui a conocer el zulo que tenían preparado para secuestrar a Carrero en un piso de Alcorcón. Hubo colaboración de ETA político-militar con militantes del PCE y la primera idea era secuestrar a Carrero, no volarle, y un albañil militante de base del PCE, Antonio Durán Velasco (muy majo), le había preparado este zulo. Luego conocí también (y todavía es muy amigo) a Danel, uno de los acusados del atentado de los que participaron en el traslado de la dinamita que convirtió a Carrero en «santo».<sup>1</sup>

Por aquel entonces, las galerías de Carabanchel estaban superpobladas con personas que tenían problemas personales o situaciones de mucha precariedad. A Wenceslao lo habían detenido con arresto gubernativo por su aspecto físico (desaliñado y con barba), y lo conocí una mañana que me estaba haciendo yo un bocadillo de subsistencia. Estaba vertiendo al

1. Véase el libro de Eva Forest, *Operación Ogro. Cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco*, Hiru, Hondarribia, 1999 [1974].

suelo el agua de una lata de pimientos y vi que aparecieron unas manos recogiénola y bebiéndola con ansiedad. Compartí el bocadillo con él: se lo tragó en un pispás y me pidió una peseta. Fue al economato corriendo, compró un folio, volvió y me hizo una caricatura de gran calidad. Desde entonces intenté estar pendiente de él. Un día lo encontré en el patio de la séptima galería, que era de tierra, dibujando con un palo. Le pregunté y me dijo que estaba utilizando todo el patio como un lienzo y que no le importaba que hubiese muchas personas paseando y pisándolo. El último día que lo vi (que yo estaba comunicando con mi madre), lo vi hablando pausado, afeitado, con una camisa y un pantalón impolutos. Le pregunté y me dijo: «Nada, que hoy es el último día de cárcel y en un rato saldré en libertad. He estado todos estos días de tripi para eludir mentalmente la cárcel, pero ya me voy» (los arrestos gubernativos solían durar un mes). Luego estaba el Paulino, que era un tío muy pacífico, pero que cuando el tiempo avisaba lluvia, de esto que ves que se encapota y va a llover, se alteraba mucho psicológicamente. Cuando eso pasaba, se subía a uno de los poyetes que había en los soportales del patio de la séptima galería y, visiblemente alterado, comenzaba a hacer un discurso político totalmente incongruente. Cuando comenzaba a llover, paraba y continuaba tranquilo con su paseo, como si no hubiese pasado nada.

Cuando yo entré en Carabanchel prácticamente no había drogas, aunque empezó a entrar el hachís (fue allí dentro donde me llegó mi primera china) y algo de grifa y kifi de los legionarios. Algunos presos fumaban, los funcionarios lo sabían. En esos meses empezaron ya a aparecer bastantes drogas. Marihuana, coca... Estaban entrando los primeros jipis en las cárceles, que tenían un nivel social de clase media y burguesa y otra preparación intelectual. Por medio de ellos probé mi primer tripi, con buena anfeta, con cornezuelo del centeno. La fórmula originaria de Timothy Leary. Fue la primera experiencia extrasensorial, de salir de tu «yo», pero claro, en un contexto que para nada era favorable. Menos mal que lo tomé con el jipi, porque me dio justo una paranoia con un funcionario

torturador de ahí, de la galería de Carabanchel, y me obsesioné. Me hizo bajar de la nube, y menos mal. Pero la experiencia fue muy positiva porque supuso trascender y tener una capacidad de autocontrol muy fuerte a nivel sensitivo del espacio, y tener una visión superrápida, aunque luego derivó también en la deformación de rostros de la gente (veía a uno que era un perro). Pero mi amigo, que ya tenía experiencia y había hecho la ruta jipi (Ámsterdam, Katmandú...), me dijo: «No, no, tranquilo que esto son películas».

El primer porro de marihuana me lo fumé con el compañero de celda, Vilariño, que era fuguista también y era el jefe de «la banda del hacha», como la llamaban en Madrid (odio a la policía y a los confidentes). Lo habían detenido porque se había cargado a un chivato en Madrid, un confidente de la Dirección General de Seguridad, de un grupo especial. Y era un *kie*, o sea, era el padrino de la mafia que ya empezaba a funcionar en Carabanchel, que ya veías que tenía cierta entidad de delincuente profesional. Yo no era padrino, ni mucho menos, pero subía en la escala de pedigrí del respeto solo por estar en la celda con él. Teníamos bastante buen rollo. Él tenía de todo. Claro, no había todavía ni vis a vis ni salidas y ya circulaban revistas pornográficas que me atrevo a decir, con el paso del tiempo, que eran de calidad. Había incluso guion, buen guion, y buenas fotos. No era la grosería de la pornografía de penetración todo el día, o de felaciones. Y esto, claro, era un alivio para nosotros, porque ya pasábamos de superar la sexualidad basada en la masturbación como fuese, a otro estímulo visual que nos iba acercando un poco más a la realidad. Estas revistas, después, empezaron a circular también entre los presos políticos, y se intercambiaban como las drogas.

Para 1974 ya contacté con presos políticos de la segunda oleada de presos de ETA. Tras el quinto congreso hubo la escisión entre ETA militar y ETA político-militar, y yo me relacionaba con los presos de ETA político-militar. Eran, en general, chavales muy preparados, con bastante conciencia y cultura. En septiembre de 1975 conocí a un par de chavales, Patxi Arana e Iñaki Aramaio, que estaban en la comuna de los Garbi, o

sea, de los que no aceptaban la cárcel y su objetivo era la evasión (muchos presos políticos aceptaban la cárcel como parte del proceso de resistencia), y que después serían Berezis (comandos especiales de ETA político-militar). Estos eran muy peligrosos, pero conmigo en aquella época eran muy buena gente. Me informaron de que estaban preparando una fuga en la tercera galería, que era la galería de presos políticos de Carabanchel. Ellos sabían que yo tenía una ruina de años de condena y me invitaron a participar, aceptándome a pesar de ser preso social. Por esa época habían detenido también al comité ejecutivo de ETA político-militar en el Estado español a través de la infiltración de un traidor (Mikel Lejarza, «el Lobo»), por lo que varios de sus miembros estaban en Madrid.<sup>2</sup>

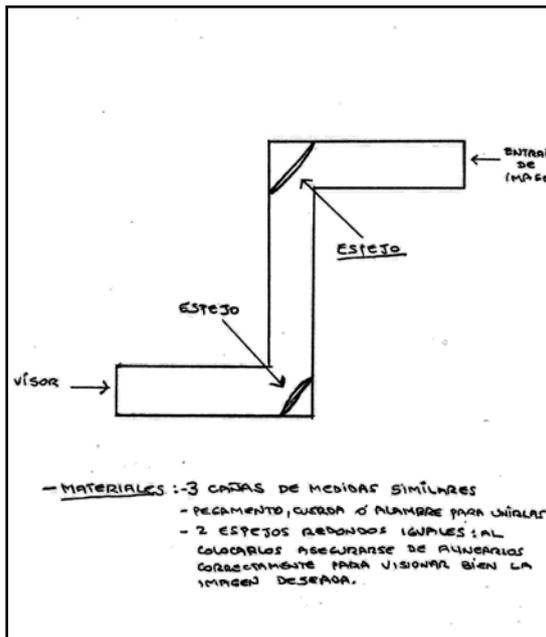
Habían hecho un zulo en una escalera del comedor de la tercera galería y a través del agujero, con una tapa muy bien hecha, muy bien simulada, entraron y dieron con las cloacas generales de la cárcel de Carabanchel. El panóptico de la superficie coincidía con el panóptico de las cloacas. Había un pozo central donde convergían todas las cloacas de todas las galerías excepto una, la de la cuarta galería, que estaba a medio construir y su cloaca salía hacia el exterior, muy cerca del campo de fútbol que había detrás de la cuarta galería y del reformatorio. Todavía existe ese campo de fútbol, y seguramente las cloacas sepultadas de Carabanchel.

Tenían algunas dificultades logísticas. Habían conseguido ya perforar varios tramos de cloaca, de tapa de alcantarilla a tapa de alcantarilla. La prisión tenía acceso de control y vigilancia a las alcantarillas que estaban dentro de la cárcel, y los funcionarios pasaban y miraban si había algún barrote serrado. Estos, para que no se viese que había algún barrote serrado, idearon hacer un agujero en el tramo de cancela a cancela y, paralelo al túnel, hicieron un túnel perforado. Entonces era imposible que viesen que había una fuga por ahí. Llevaban ya

---

2. Véase el relato de uno de los afectados por la infiltración en Juan Cruz Unzurrunzaga, *Infiltración*, Lur, Donostia, 1977.

bastantes días trabajando y no sabían dónde estaba la avanzadilla, y, por el recorrido, la distancia y el tiempo, pensaban que lo mismo ya habían cavado hasta poder salir a la calle. Entonces me preguntaron si había alguna posibilidad de ver por dónde iban. Entre mis amigos fuguistas, de lo más granado, había uno que era un cerebro total, Reina Romero, que se había fugado de la cárcel de Córdoba en esos años duros, en una fuga colectiva. Yo no le dije para quién ni para qué, pero: «Reina, necesito que me construyas algo para saber...». Dijo: «Claro, necesito unas cañas y dos espejos». Me hizo un periscopio casero con unas cañas, un espejo cóncavo y otro convexo. ¡Un periscopio! Me dio la obra de arte, se la pasé a estos y fliparon. Efectivamente, comprobaron que estábamos en el campo de fútbol, pegado al reformatorio y a la sexta galería, donde salía la cloaca de la general. Se iba a fugar toda la plana mayor del comité ejecutivo



Boceto del periscopio fabricado por Reina Romero para la fuga de Carabanchel.

de ETA político-militar y había ya un comando de apoyo en Madrid para recogerlos.<sup>3</sup>

Me avisan y me dicen que puedo avisar a ocho compañeros más. En esa época ya existían grupos de afinidad o comunas, que vivíamos y compartíamos todo lo que teníamos y todos éramos atracadores de bancos, más o menos. Había un compañero que estaba en la Central de Observación y, aprovechando un día de comunicaciones (que daban al patio de la Central), le dije que pidiese el alta y que se viniese. Había otro preso de los considerados mafiosos, delincuentes profesionales, peligrosos, y que eran un grupo que respetar. Ellos también estaban con la idea de fugarse y, en esos días, cuando yo volvía a la séptima galería, este me dice que quiere hablar conmigo. «Que me he enterado que le has dicho a Fernando que venga de la Central de Observación, que lo mismo queréis fugaros». «No, qué va. Yo le he dicho que venga porque quiero compartir con él algo que a ti no te interesa. Ojalá tuviese una fuga, porque ahora mismo piraba». «Ya, ya, pero tú seguro que tienes, porque tú te relacionas mucho con los políticos». «Bueno, pues no. Aparte, si fuese así, ¿qué pasa?». «No, que si salís vosotros, salimos nosotros». «No, si fuese así, yo a lo mejor saldría, porque tú tienes derecho a buscarte tu fuga y yo tengo derecho a buscarme la mía y no tengo por qué compartirlo contigo. Y menos así, ¿no es cierto?». Entonces me dice: «Bueno, pues que sepas que si salís vosotros, salimos nosotros, y si no, no sale nadie porque os matamos. Os apuñalamos». En la despedida me dio dos besos en el cuello; no caí en el momento, pero después hilé que era una señal mafiosa para sentenciarme ante el sicario.

Al rato, paseando por la galería séptima, tocan a recuento para ir a chaparnos en la celda por la noche y, entonces, uno de los ejecutores de los mafiosos se me acerca: «Daniel, que quiere hablar contigo, el Adolfo». «No, no, yo ya he hablado con él. Yo no tengo por qué hablar...». «Bueno, bueno, pues nada. Si

3. Véase Patxi Arana, *Basauri 1976. Diario de un intento de fuga*, DDT Liburuak/Sare Antifaxista, Bilbao, 2020.

no quieres, pues nada. Pasa tú delante». Había que subir unas escaleras, y digo: «No, pasa tú. Pasa tú primero delante». Este llevaba una chilaba, con las manos atrás. Yo sabía que iba empalmado. Entonces, hace como que pasa, le levanto la chilaba y llevaba un pedazo de cuchillo del copón; me hubiera apuñalado y me hubiera matado. Los compañeros del grupo que íbamos a añadirnos a la fuga de la gente de ETA vieron la movida. Uno salió corriendo, bajó, le dio una hostia a este y casi se lía muy fuerte. En ese momento tocan una sirena que había para el recuento. Enseguida vimos el panorama y nos pusimos fríos cada uno. Al día siguiente, ya sí, ya me hice con un buen pincho porque ya había que defender la vida. Estaba en la cama y me viene el mercenario este y me pide disculpas, de su parte y de parte de Adolfo. Dije: «No, yo no perdono. A partir de ahora yo he visto lo que tú llevas. Yo llevo uno como el tuyo, pero yo, si te pillo, te doy. Yo no te voy a avisar, pero que sepas que siempre vas a ir con la espalda junto a la pared. Cuidaros».

Estuvimos unos días en pie de guerra, directamente. Son situaciones donde te conviertes en pantera, donde tienes que estar con los reflejos alerta porque te juegas la vida y con una estrategia muy activa, moviéndote entre tu grupo de protección.

El plan de fuga ya era inminente. A dos de los compañeros los habían condenado también por un atraco y los trasladaron a la cárcel de Ocaña a cumplir la sentencia. Yo estaba jugando al frontón (porque yo estaba muy activo, me gustaba estar ágil) y el mafioso este, Adolfo, me dice: «Te habrás enterado de que tu amigo va a salir en libertad», y yo paré de jugar: «No, no es posible. Tú me lo dices por...». «No, que lo sepas... Mira, en este caso os hago un favor. Te paso la información de que el Alcañiz va a salir en libertad». Este, el traidor, se llamaba Juan Alcañiz Rodelgo. Era sobrino de un cura castrense. A los dos días fuimos al cine, que estaba justo pegado a la tercera galería, y nos comunicábamos con los presos políticos a través de las ventanas, y mi contacto me dijo: «Hostias, que vienen los boqueras. Aquí chungo, aquí ha pasado algo». Yo hilé enseguida y dije: «Pues la información que me han pasado parece que es cierta». Entonces me informo, localizamos la dirección de este y,

efectivamente, había salido. Al poco, los funcionarios fueron directamente a la escalera y encontraron la fuga... Hubiese sido un palo del copón a la dictadura. Total, que a este le dieron la libertad a través de la gestión del cura castrense porque se chivó de la fuga. Al resto de compañeros y a varios de los polimilis nos dispersaron por distintos penales (a unos les trasladaron a Segovia, donde algunos, ya después, consiguieron fugarse).<sup>4</sup> A partir de entonces ya fui oficialmente un fuguista (más tarde pude verlo en la carátula de mi expediente, donde ponía «Fuguista», y eso era lo que entregaban a los guardias civiles en los traslados para que pusiesen más celo en vigilarme).

La Modelo de Barcelona solamente la conocí una vez y estuve un mes, en el 74. Yo me comí un embolao (me hice autor de un «marrón», un pequeño delito, en argot carcelario) y dije que había hecho un robo en Barcelona en el año tal (yo sabía que podía demostrar que no lo había hecho), ya que me habían dicho que allí había posibilidad de fuga. Escribí una carta autoinculpatoria al juez, en la que reconocía que había hecho ese delito. Esto lo hacías para que te trasladasen a una cárcel donde hay alguna fuga en proceso o alguna posibilidad de hacerlo. Me trasladaron a la cárcel Modelo de Barcelona, directamente a la quinta galería, que era donde estaban Puig Antich, Oriol Solé... Ahí había medidas especiales: era una planta intermedia para que no hubiera acceso ni a la parte de arriba de los tejados ni a la parte de abajo de las cloacas, se salía al patio con un grupo muy reducido de gente, etcétera. A Oriol (a quien más tarde matarían en la fuga de Segovia) lo conocí barriando la quinta galería y estaba también loco por fugarse. Le pregunté por la posibilidad y me dijo que estaba bastante jodido. Total, que al mes fui a juicio y el presidente me dijo: «Conteste a las preguntas del ministerio fiscal», y me empiezan a interrogar. Digo: «No, yo no tengo nada que ver con esto». «Pero bueno, ¿cómo puede ser, si usted se ha autoinculpado?». «Pues es muy sencillo. Yo he venido porque quería

---

4. Véase el libro de Ángel Amigo, *Operación Poncho. Las fugas de Segovia*, Lur, Donostia, 1978.

estar en contacto con un compañero que hacía tiempo que no veía —no decía nada de fugas, claro— y este ha sido el medio, pero yo no he sido y puedo demostrarlo». «¡Joder, estamos aquí como para perder el tiempo! ¡Venga, vuelva a prisión que ahí está bien!».

Aún recuerdo al Taguas, que era un preso malagueño, sin familia, y que era conocido dentro de la cárcel por hacerse autor de delitos que no había cometido. A veces lo hacía por dinero, y otras porque se acercaba la fecha de su libertad y no quería salir de la cárcel. Al final consiguieron echarle de la cárcel, cuando extinguió sus sentencias, y a las pocas horas apareció en la entrada del recinto de Carabanchel con un colchón y se quedó allí durmiendo varios días para reivindicar que le dejasen entrar de nuevo en prisión, ya que no tenía a nadie fuera ni ningún sitio adonde ir.

A mí, como había pasado de ser preventivo a penado y me tenían identificado como preso con intenciones de fugarme, me destinaron a un penal que, en la época, era de los más duros del Estado español: el Puerto de Santa María. Un amigo preso catalán me dijo: «Toma, llévate esta china que donde vas la vas a necesitar». Los presos en esa época utilizábamos los libros de tapa dura (sobre todo las tapas) para hacer un doble fondo, un pequeño hueco hecho artísticamente con cuchillas. Poníamos otra tapa encima y lo camuflábamos de tal forma que ahí llevábamos lo básico. Yo recuerdo que mi equipaje de fuguista llevaba un DNI falsificado, una hoja de sierra de pelo de diamante, muy fina, y, en este caso, el hachís porque efectivamente lo iba a necesitar adonde iba. También llevábamos algo de dinero de circulación legal en el exterior, porque dentro de las cárceles solo existían unos cartones que hacían de moneda. Era importante rodearte en la celda de cierta parafernalia intelectual y tener libros, algunos también de tapa dura, para que no diese el cante. Incluso cuando pasabas a régimen normal a veces lo podías dejar con los otros libros, pasabas el cacheo y después pedías ir a por tus pertenencias, de manera que ya había pasado el filtro. Y lo mismo cuando te cambiaban de cárcel. Yo llevaba mi libro, era mi joya, mi equipaje máspreciado. Creo

recordar que esto fue idea de Reina Romero, el del periscopio. Este era mayor y había pasado por la época más dura de las cárceles franquistas, y cuando tienes que luchar por la supervivencia ideas este tipo de cosas. Me trasladaron al Puerto de Santa María para cumplir tres condenas (me habían sumado otros seis años por el banco de Majadahonda). Y quedaba aún una causa pendiente, por la que me pedían cuarenta y cinco años.



# 6

## SOLO LOS FUERTES SOBREVIVEN

Llegué al Puerto y mi primera impresión guardaba cierta similitud con cuando me expulsaron del colegio Sagrada Familia de Madrid a uno de Orihuela: un cementerio de zombis, muchas caras de locos, de desorbitados, desencajados, vencidos, la mayoría de las personas derrotadas, agachadas, mirando al suelo..., y ya me advirtieron de que había mucho chivato. En las cárceles, o en situaciones muy duras en las que los humanos están obligados a convivir, el espíritu se ablanda mucho y la frase «solo los fuertes sobreviven» es cierta; y allí lo entendí una vez más. Era fundamental agudizar los recursos de defensa para sobrevivir con dignidad, no aceptar la derrota y aprovechar el tiempo de alguna forma.

De la gente que me encontré allí recuerdo a un preso, una persona mayor, del que no se sabía nada, entre otras cosas porque no hablaba con nadie. De hecho, pensábamos que era mudo hasta que uno descubrió que hablaba con el cura de la cárcel, y solo con él. También había un preso corso que hablaba con mucha dificultad. Su compañero de sumario me contó que, durante el interrogatorio policial, tras sufrir torturas intensas, sintió que se estaba ablandando y, para no delatar a nadie, se cortó un trozo de la lengua y se lo tragó. Le tuvieron que trasladar urgentemente al hospital, y así evitó seguir siendo torturado y delatar a alguien.

Yo había entendido, hacía tiempo, que era fundamental aprovechar la cárcel. La situación en el patio era totalmente deprimente, y no era posible comunicarse con nadie. Me habían dado alguna recomendación de algún compañero que podía ser de confianza, pero todavía no lo había localizado. Un compañero catalán me dijo: «Aquí la china ni se te ocurra, ni se te ocurra hacerte un porro porque...». Yo empezaba ya a fumar para evadirme, relajarme y demás. Recuerdo que la primera pipa que me hice me la fumé por la noche. Cuando estaban todos los presos durmiendo, me fui al váter y me la fumé con el fin de dormir, de desconectar un poco de la dura realidad que suponía esa infame prisión. Era una prisión construida en un antiguo convento de monjas, que olía fatal, estaba llena de palomas, llena de cagadas, llena de ratas... Era infame, medieval. En la dictadura habían aprovechado antiguos conventos y edificios militares y los habían habilitado como prisiones. También habían construido ya algunas prisiones bajo la arquitectura panóptica y el sistema de control y vigilancia. Por ejemplo, la de Carabanchel, la de Segovia... Había varias cárceles así, pero la del Puerto era un antiguo convento.<sup>1</sup>

La alimentación era infame.<sup>2</sup> Dentro de la miseria alimentaria en la que vivíamos, había un día que sobresalía: el 24 de septiembre, día de la Merced y patrona de las cárceles. Ese día comíamos en el comedor, con cubiertos y en platos. Hasta ponían servilletas y manteles, y nos daban un menú especial y una cerveza. También se hacía alguna obra teatral a la que asistían las «autoridades» políticas, penitenciarias y eclesíásticas. Yo ese día me negué públicamente a disfrutar del menú (y de lo que era más tentador, la cerveza) y vinieron estas autoridades a preguntarme si es que no tenía hambre. Les dije que sí, pero que me negaba a participar de semejante farsa. Al día siguiente fui puesto en aislamiento para observación de conducta.

---

1. Véase Manuel Martínez Cordero, *El penal de El Puerto de Santa María*, autoedición, Cádiz, 2004.

2. Véase Daniel Pont y Mancebía Postigo, *Culebrón gastro-carcelario*, 2022.

Enseguida me obligaron a trabajar porque, como estaba condenado por la Ley de Peligrosidad Social, tenía la obligación de trabajar para rehabilitarme. No tenía seguridad social, ganaba una miseria de sueldo y me obligaban a trabajar con otros presos que yo no conocía y que, rápido, identifiqué como vencidos, como confidentes. El trabajo era confeccionar pinzas para colgar la ropa (muy rehabilitador el trabajo...). Había otro taller donde se cosían balones para la empresa Adidas. Luego jugaban los futbolistas de primera división, lo veías en la tele (el balón de Adidas) y nadie se planteaba quién había confeccionado ese balón. Pues los presos. Recuerdo algún preso con las manos llenas de heridas con sangre, que se vendaban de una forma y estaban totalmente embrutecidos y trabajando todo el día, solo con el balón; no miraban a nadie, no hablaban con nadie, se tiraban horas así. Entonces pensé: «Esto yo no..., aquí no quiero estar, no me da la gana. Yo tengo que buscar alguna salida».

Por esa época la dictadura aprobó un convenio con la Universidad Nacional de Educación a Distancia, la UNED, para facilitar a determinados presos matricularse y dar la posibilidad de estudiar. Pensé que podía ser una opción. Yo seguía siendo rebelde, pero con cabeza. Quería aprender, quería además hacer Filosofía y Letras, y le dije a la dirección del Puerto de Santa María que pasaba de currar. Me dijeron que si no quería trabajar tendría que irme al departamento de aislamiento. Les dije que no me importaba, que quería estudiar y que, si me llevaban a aislamiento, mejor. Quería estar concentrado.

Me permitieron hacer el examen de acceso para mayores de veinticinco años, que yo tenía ya veintiséis o así. Me convalidaron y me matriculé en Filosofía y Letras. Entonces me trasladaron al «telón de acero», que se llamaba, que era un departamento con las celdas de aislamiento: era la cárcel dentro de la cárcel, como ahora el FIES o el DERT en Catalunya. Nos sacaban al patio una hora al día. Las celdas eran inhumanas y las ratas tenían perforado todo el sistema de evacuación de las tazas de los váteres. Por la noche salían las ratas y las teníamos encima de la cama (venían a comerse los restos del pan o de las comidas). Una situación muy dura, con mucho frío y mucha

humedad. Siendo un antiguo convento, no estaba acondicionado. Ahí había tres presos franceses, bretones (de la Bretaña francesa), acusados de un atraco, también con un perfil así interesante. Yo buscaba siempre este tipo de relación, que yo pudiese aprender y con los que yo pudiese comunicarme de una forma relajada. Eran Serge Dupont, Alain y Jean-Pierre Hellegouarch. Con este último hice una gran amistad y con los años, ya en libertad, tuvimos una colaboración con los refugiados vascos autónomos.

Enseguida hicimos amistad. Al estar en aislamiento solo nos veíamos en la hora al día que salíamos al patio, pero luego también nos comunicábamos con notas a través de las ventanas, con un sistema de carros que había (que eran unas cuerdas con un contrapeso y que balanceábamos de ventana a ventana). Ellos tenían apoyo del cónsul francés en España y les permitían recibir la prensa de Francia. Recibían el diario *Libération*, y eso para mí fue determinante. En aquellos años yo estaba necesitado de absorber como una esponja y, en una situación de aislamiento y sin abogado ni familiares, ni amigos, eso me permitía enterarme de lo que pasaba en el mundo: las secuelas recientes del Mayo del 68 y todos los movimientos más o menos pseudorrevolucionarios (el movimiento jipi, la píldora, la minifalda, las drogas...), y las primeras revueltas, tanto autónomas como urbanas, que se daban en bastantes países europeos. También se informaba de las revueltas que hacía unos meses habían comenzado en las cárceles francesas, sobre todo en los QHS, que eran las cárceles de máxima seguridad. Allí, las condiciones de aislamiento y de sufrimiento eran muy duras, y los presos consiguieron actuar a través de una organización que se llamaba CAP (Comité de Acción de Prisioneros, que tenía un boletín informativo), y que contaba con el apoyo exterior de algunos intelectuales desde el GIP (Grupo de Información sobre la Prisiones), con Foucault o Deleuze entre ellos. A su vez, también recuerdo leer noticias de que, en las cárceles italianas, las Brigadas Rojas y una organización formada por ex presos sociales en Italia, los NAP (Núcleos Armados Proletarios), empezaban a montar revueltas en las cárceles.

También fue clave el acceso paralelo a otro tipo de literatura que me pasaban ellos. Las bibliotecas de las cárceles todavía sufrían una censura muy fuerte y una tutela eclesiástica por parte del cura, que hacía imposible tener acceso a literatura subversiva o de agitación. A pesar de la ley de prensa aprobada en 1966, la apertura informativa se notaba poco en las cárceles. Hasta que no murió Franco no se dejó notar sensiblemente, ya cuando el franquismo juega a la transición hacia otro régimen. Empezaron a circular *El País*, *Diario 16* o *Cuadernos para el Diálogo*, pero también *Triunfo* y las primeras revistas de contenido claramente libertario: *Ajoblanco*, *Bicicleta*, *Ozono...* Estas revistas nos fueron muy útiles para desarrollar la comunicación que después surgió cuando los presos sociales decidimos empezar a organizarnos. Especialmente a través de la sección «Cloacas» de *Ajoblanco*, en código y con ayuda de familias de fuera para poder gestionarlo.

Al poco de morir Franco concedieron un indulto limitado y muy parcial, que afectaba a un número muy reducido de presos sociales. Yo creo que fue un intento del régimen de evitar aprobar la amnistía y demostrar debilidad, pese a que entonces las movilizaciones sociales por la amnistía eran cada vez más fuertes (sobre todo en Euskal Herria, Catalunya, Madrid y en algunas zonas de Asturias). Se concedió el indulto y en Carabanchel unos doscientos o trescientos presos consiguieron subir al tejado y reivindicar el derecho a una amnistía, porque ya se veía que el Estado tenía que concederla. Los desalojaron sin más consecuencias. Esto fue en julio de 1976.<sup>3</sup> No existía todavía una coordinación en las luchas y no existió un plan organizado para subir al tejado.

Yo allí, en el Puerto, estaba como un león, con una energía increíble, muy activo física y mentalmente. Intelectualmente sobre todo. Yo leía mucho... Cayó en mis manos un libro de los

---

3. Para mayor detalle acerca de estos procesos y una precisa cronología de esos años, véase César Lorenzo Rubio, *Cárceles en llamas. El movimiento de presos sociales en la Transición*, Virus, Barcelona, 2013.

Panteras Negras, de George Jackson: *Soledad brother*.<sup>4</sup> Y para mí leer a George Jackson fue la clave, porque entendí la capacidad de resistencia. Este era un chavalín que entró también con dieciocho años en la cárcel por un atraco de setenta dólares a una gasolinera. En el libro ves la evolución de la toma de conciencia de George Jackson que, para mí, chapó. Tiene mucha lucidez relatando su experiencia en el talego. Las condenas en Estados Unidos son condicionales a tu comportamiento dentro de la cárcel, y tuvo la desgracia de entrar en la cárcel en plena efervescencia racista. Si había un racismo muy fuerte en el exterior, especialmente contra los negros, dentro de las cárceles era superlativo, porque había infinidad de carceleros racistas. Seguían una dinámica de espolear a los presos sin conciencia para provocar a los negros dentro de la cárcel, ya que la evolución de los Panteras Negras dentro de la cárcel fue progresiva y muy fuerte. Una colectividad de miles de personas sin conciencia es muy fácil de manejar, pero con conciencia, y habiendo transgredido la ley y conociendo cómo funciona el aparato represivo, puede ser peligrosa para el Estado. No hay duda.

Este libro yo siempre lo recomendaba a los compañeros. Era una joya que yo hacía circular porque contribuía a abrir las conciencias y recetaba una disciplina que es tradicional para resistir en las cárceles y que no te destruyan. Primero, estar siempre muy activo, física y mentalmente. O sea, no parar de hacer ejercicio, no parar de hacer deporte, escribir, dibujar, leer, cultivar los afectos (si es posible) mediante el carteo, las comunicaciones, lo que sea... Segundo, estar muy atento a todas las evoluciones que se pueden dar en la época que te toca vivir. Por ejemplo, las convulsiones sociales que había en esos años setenta. Para mí era fundamental intentar no perderme nada, saber qué pasaba en la sociedad.

Yo tenía entonces muchísima energía. En aislamiento no tienes forma de canalizar la energía que acumulas. Entonces, además de leer la hostia de libros, había que recurrir al ejercicio en

---

4. George Jackson, *Soledad brother. Cartas desde la prisión*, Virus, Barcelona, 2018 [1970].

la celda, el yoga y la meditación. Aprender a controlar la respiración, o a ralentizar los movimientos. Para mí esto era una herramienta de resistencia fundamental porque significaba un autocontrol ante la violencia de la disciplina carcelaria, que estaba instaurada con mucho vigor. La acumulación de energía en ese ambiente se puede convertir en energía tóxica. Es peligroso porque no te relajas y pueden surgir momentos de provocación en los que esa energía te sale como vía de escape de urgencia para no volverte loco. Entonces explotas y entras de nuevo en la dinámica de provocación, represión, etcétera. Por ejemplo, cada vez que un funcionario te abría la puerta de madera (luego estaba la del cangrejo, la de rejas) tenías que ponerte firme al fondo. Yo lo hacía, pero lo hacía a mi ritmo. Y eso los exacerbaba, sobre todo al torturador profesional que había entonces, el Pantera Rosa. Yo no me negaba a cumplir el reglamento, pero lo hacía lento. Al estar obligado a estar en aislamiento, sacarle utilidad al tiempo fue muy valioso para mí.



# 7

## COPEL: «AMNISTÍA Y LIBERTAD PARA TODOS LOS PRESOS»

En noviembre de 1976 me trasladan de nuevo a Carabanchel, donde se había hecho un motín en julio, para la celebración del juicio pendiente (el de los cuarenta y cinco años, que se suspendió hasta once veces). En Carabanchel yo ya iba siempre con chándal, relajado pero muy activo: corría, hacía *footing*, jugaba al frontón, jugaba al fútbol. Allí coincidimos unos compañeros (creo que todos éramos atracadores de confianza) y decidimos organizarnos, empezar a escribir a mano unos panfletos minúsculos y a distribuirlos en las galerías. Recuerdo muy especialmente las horas que pasábamos Agustín Moreno y yo escribiendo esos panfletos, repitiendo la misma frase una y otra vez hasta acabar totalmente rayados. Empezamos en la séptima, donde yo estaba con mis compañeros, y enviábamos los panfletos a través de compañeros de otras galerías que también los tiraban por las ventanas de forma anónima para ver la reacción de los otros presos. Ahí se inició una dinámica muy intensa que duró tres años. Cambió por completo la energía y la vida dentro de la cárcel: ya dejó de ser una vida pasiva, sumisa, de autodefensa, y empezó una vida activa y de ofensiva

permanente. Se solapaban infinidad de debates y de propuestas, y compañeros que pasaban por Carabanchel llevaban el mensaje al resto de las cárceles.

Al principio, los agitadores y dinamizadores éramos seis, y nos cuidábamos mucho. Con el paso del tiempo comprendí que cada uno habíamos llegado a la cárcel, y a ese momento en Carabanchel, trayendo un equipaje que propiciaba la toma de conciencia política. Por ejemplo, estaba el que ideó el himno de la COPEL basándose en la canción del *Bella ciao* de los combatientes antifascistas italianos. El padre de Jorge del Val era militante comunista, pero él estaba en la cárcel por un atraco común. El padre de Agustín Moreno había sido concejal en el Ayuntamiento de un pequeño pueblo de Badajoz, Santa Amalia, y había salvado su vida de milagro en la represión franquista. Cuando se hicieron con este pueblo fusilaron a toda la corporación y él fue el único que quedó vivo. Se hizo el muerto entre todos los compañeros fusilados y consiguió salir del montón de cadáveres que ya iban a cargar al camión, y localizar a un pastor que tenía muy cerca el cobijo del rebaño. El pastor lo ocultó y lo tuvo curándose unos cuantos días y le consiguió documentación. En fin, solidaridad y compromiso en esos años. El padre de Agustín Moreno, del trauma que sufrió, sé quedó mudo o, a lo mejor, prefirió no hablar nunca más.

Los seis empezamos a dinamizar de una forma ya un poco organizada el origen de la COPEL. En enero de 1977 organizamos la primera asamblea, en el comedor, sin pedir autorización. Una vez que habíamos empezado vinieron el jefe de servicios y el subdirector. Intentaron convencernos de que iba a entrar la policía y no hicimos ni caso y, al final, nos permitieron hacerla. Fuimos bastante gente en el comedor y ahí convocamos, enseguida, la primera huelga de talleres. Había, por cierto, un taller de manipulados en el que, casualmente, en las primeras elecciones de 1977, se encargó a los presos la introducción de la propaganda electoral en los sobres, así que aprovechamos la vía de publicidad que nos daban gratis para poner todos los eslóganes de COPEL y «Viva COPEL» y «Amnistía general». Faltaba experiencia, faltaba conciencia, pero bueno, ahí estábamos.

Tuvimos una relación muy maja con los chavales del reformatorio, de la quinta galería. Les transmitimos la consigna de parar Carabanchel, los talleres. Y sí, pararon los talleres que había en el reformatorio, que eran más profesionales (creo que había mecánica, electricidad, carpintería... quizás con mayor posibilidad formativa para los presos).

Ya empezamos a actuar, a dar la cara, porque ya empezaron a surgir bastantes compañeros que querían ser miembros de COPEL. En esa época vivías como con un subidón permanente de energía. Plena dedicación a la estrategia y a la dinámica de lucha de COPEL, viendo cómo el compañerismo se iba consolidando progresivamente y cada vez iba participando más gente. Sacamos la pegatina con el logo. Las pegatinas nos las pasó del exterior un funcionario, porque dentro del cuerpo de funcionarios de prisiones en la época, aunque la mayoría eran fascistas que se resistían al cambio (lo que llamábamos «el búnker penitenciario»),<sup>1</sup> había un grupo minoritario pero muy activo de funcionarios de prisiones que eran de izquierdas, y que veían con simpatía la lucha de COPEL (estaban organizados en la Unión Democrática de Funcionarios de Prisiones, UDFP). Algunos de ellos fueron claves para sostener la denuncia por malos tratos y torturas practicadas por los funcionarios del búnker en la cárcel de Herrera de la Mancha, cuando se inauguró en 1979. Otro nos pasaba panfletos, una cámara de fotos, etcétera. Este, viendo que íbamos lanzados, nos dijo un día: «Os paso de todo menos armas». En esos días, los militantes o simpatizantes de la COPEL decidimos ponernos abiertamente nuestra pegatina dentro de la cárcel. Los funcionarios nos decían que nos la quitásemos, que era una asociación/organización ilegal, y nosotros decíamos que no.

Una vez que se organizó la primera asamblea y se convocó la primera huelga de talleres, surgió otro grupo. Lo típico, de pronto surge un grupo pacífico, dialogante, auspiciado por un

---

1. Uno de ellos, Pedro de Haro Pavón, fue condenado por pertenencia a un grupo de pistoleros fascistas.

estafador (P. F. C.). Este, en la segunda asamblea, que era libre y donde cualquiera podía hablar (aunque pocos lo hacían, por aquello de no dar la cara, que no te identificasen...), vino a proponer que había que seguir la vía legal porque la violencia no llevaba a nada. Había unos bancos en el comedor a los que me subí para dar mi opinión y explicar un poco la dinámica de COPEL y la necesidad de crear unión y coordinación. También que mirasen nuestra experiencia: habíamos enviado infinidad de denuncias por malos tratos a jueces de todo el Estado, a partidos políticos, a los medios de comunicación, etcétera, y no nos hacían ni puto caso. Yo era partidario de usar métodos más contundentes. No violentos, porque nunca pensamos en la violencia como forma de presión, y en la práctica nunca hubo violencia en las acciones en las que yo participé contra ningún carcelero, trabajador de la cárcel, médico... Y enseguida surgió el planteamiento de que había que vigilar la dinámica de confrontación, que no se podía caer en ese discurso, etc., y caló en algún sector. Nosotros enseguida les vimos el plumero. Estos, los de la línea dialogante, se empezaron a poner las pegatinas también y tuvimos que decirles que se las quitasen, que no queríamos lobos con piel de cordero.

Entre los funcionarios empezaron a aparecer grupos más comprometidos con la «democracia». De la propia experiencia de vivir en prisión ya conocíamos el talante ideológico de unos cuantos (unos abiertamente fascistas, otros más demócratas). La UDFP apoyaba con frecuencia, mediante comunicados, algunas convocatorias de huelgas de hambre que empezamos a hacer. Ellos nos contactaron y también facilitaron que nos pusiésemos en contacto con abogados. Hay que tener en cuenta también que muchos de ellos empezaron a sufrir el acoso del sector mayoritario de carceleros fascistas (como tener que irse a dormir amenazados de muerte durante el turno).

También empezó a surgir el apoyo social muy rápido, en unas pocas semanas. Al principio la mayoría no teníamos abogado de pago, porque la mayoría éramos unos desarrapados. Éramos de origen humilde y los abogados de oficio de la época, en general, eran brutales, sin ninguna implicación ni interés (como ahora). A

través del apoyo social, del grupo de funcionarios y de la gestión de la AFAPE (Asociación de Familiares y Amigos de Presos y Expresos), especialmente de Visi, y de una trabajadora social que tenía vía de entrada en la cárcel a través de Cáritas, Carmen Martínez, conseguimos tener abogados. Carmen era una mujer valiente, muy válida, muy lista, muy solidaria y muy capaz. En la segunda o tercera comunicación ya me ofreció una lista de abogados que iban a colaborar apoyando a COPEL. En principio, creo recordar que eran una decena en Madrid. La mayoría de estos abogados eran anarquistas, o troskos, o incluso algún militante del FRAP. Me dio una lista y yo, claro, como tenía ganas de mujer, dije: «¡Pues yo quiero una chica, por ejemplo, Anabela!», y Carmen me dijo: «No, no. Hemos acordado que tú, mejor un chico». Entonces me asignaron a Manuel Hernández Rodero, «el Pichuelas», que luego ha sido un gran amigo mío y mi abogado, y bueno, en el corazón siempre. Poco a poco se fueron sumando abogados en las ciudades donde se crearon comités de apoyo a COPEL. Los comités de apoyo estaban formados mayoritariamente por militantes, hombres y mujeres de conciencia libertaria, y algunos familiares y expresos (estuvieron especialmente activos en Valencia, Barcelona, Madrid, Bizkaia y Valladolid). Era un movimiento autónomo que buscaba apoyar y difundir las luchas de COPEL mediante acciones en el exterior (algunas sí incluían el lanzamiento de algún cóctel, pero siempre sin heridos ni accidentes ni muertos). Se reivindicaban las acciones mediante algún comunicado que dejaban en las cabinas de teléfono o en los buzones.

En 1977 se inicia esta dinámica de información y agitación, y la dirección de Carabanchel empieza una dinámica de represión y control. Nos habíamos identificado como colectivo y veían que íbamos a más, que no podían con nosotros, y decidieron aislarnos a los que habíamos participado más, unos cuarenta compañeros (identificados a través de chivatos o de los propios profesionales de las prisiones), en un departamento en la sexta galería («la rotonda»). Ahí ya comenzamos a funcionar cada día con la asamblea, tratando cuestiones que afectasen al colectivo o a las dinámicas de lucha. Eran asambleas

abiertas. Si aparecía algún funcionario nos callábamos hasta que se fuese. Sabíamos que era muy fácil que allí hubiese un infiltrado y nos controlábamos un poco todos. Decidimos crear nuestra propia biblioteca y compartir todos los paquetes de comida; un poco como funcionaban los presos políticos de entonces. Teníamos una celda donde todos guardábamos la comida, otra donde teníamos los libros, etc.

Allí teníamos también una imprenta artesanal y clandestina que ideó Domingo Guio, «el Ringo», y que nos comenzó a evitar la penosa tarea de escribir a mano decenas de veces la misma frase. Con una cuchilla recortaban las letras o dibujos que hacían previamente con las suelas de goma negra de las zapatillas, y las pegaban en un molde. La tinta la fabricaban quemando la misma suela y diluyendo la parte quemada en agua. Después se entintaba el molde y se estampaba en las octavillas blancas. Generalmente eran textos cortos, con algún dibujo ilustrativo, y las poníamos a secar encima y debajo de la cama. En una ocasión un funcionario estuvo a punto de descubrir la imprenta, pero una maniobra de distracción oportuna permitió esconder todo antes de que entrase en la celda para registrarla. Poco a poco fuimos mejorando la técnica, al expropiar un rodillo y tinta «de verdad» del taller de imprenta que había en el reformatorio-quinta galería, donde estaban los chavales.

Yo leí por entonces un libro de Miguel Castells, un abogado de Herri Batasuna, que se llamaba *Los procesos políticos*.<sup>2</sup> Trataba la no participación pasiva en los juicios del Estado, y decidimos empezar a romper los juicios. Vimos que eran una plataforma, por un lado, para persistir en nuestro carácter de lucha y de denuncia, y por otro lado, para denunciar la pervivencia de jueces y fiscales fascistas, franquistas, enquistados (luego, el paso de los años nos dio la razón: no se hizo depuración y, por lo tanto, han seguido funcionando desde dentro del Estado y transmitiendo las dinastías a sus familias). Vimos también que el traslado a los juicios rompía el funcionamiento

---

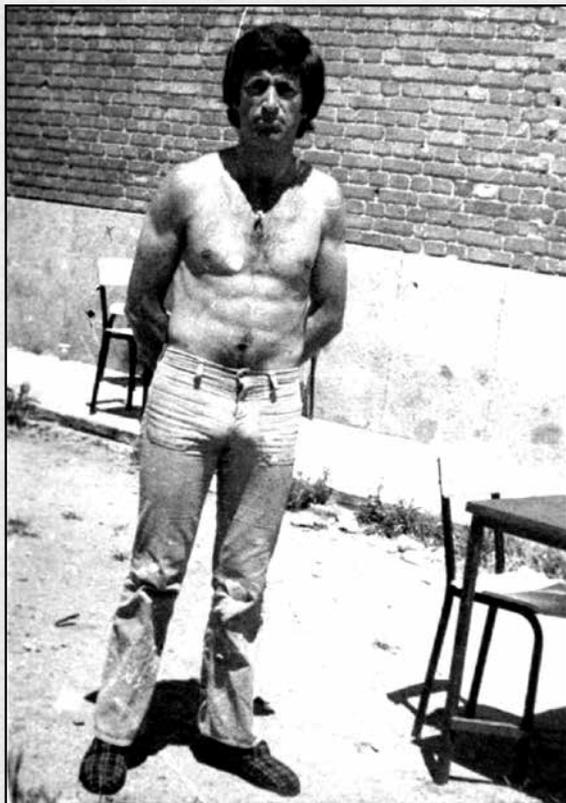
2. Miguel Castells Arteché, *Los procesos políticos*, Fundamentos, Madrid, 1977.

ordinario de la prisión y que se creaban espacios para los presos que queríamos fugarnos (yo siempre estaba por la fuga y considerábamos que el derecho a la fuga de los presos era legítimo).

En mayo de 1977 rompimos nuestro primer juicio, en la Audiencia Provincial de Madrid, en las Salesas. Nos trasladaron a la Audiencia Provincial para celebrar el juicio importante que me quedaba pendiente y habíamos convocado, a través de los abogados, a los compañeros de los comités de apoyo a COPEL y de AFAPE. Redacté un comunicado que tenía que leer y, a su vez, llevamos unas cuchillas de afeitar y unas llaves falsas de esposas: unas espadas (allí en la cárcel, como teníamos tanto tiempo y tantas horas en el patio, el conocimiento popular de dinámicas relacionadas con la delincuencia circulaba con mucha frecuencia —de hecho, hacíamos campeonatos para ver quién abría más rápido un candado con una espada—. Incluso con presos políticos de la época tuvimos también intercambio de cursillos: «Yo te cuento a ti cómo se hacen las espadas, y tú me cuentas a mí otros métodos»). Total, fuimos a juicio, nos trasladaron y llevábamos en la boca, envueltas en papel de plata, una Gillette de esas finas, pequeñas, y una espada. Así, controlando, podías hablar con normalidad. Se inició el juicio, con el presidente del tribunal, las formulaciones y tal, y me dijo: «¡Conteste las preguntas del Ministerio Fiscal!», y yo dije que no, que no participaba de ese teatro, que no iba a contestar a ninguna pregunta que me formularan y que iba a leer un comunicado:

*C.O.P.E.L. a la opinión pública:*

*En protesta por las garantías procesales que esta justicia ha demostrado en determinadas ocasiones, como lo demuestran los cincuenta y seis meses de prisión preventiva que sufrimos por esta causa; las últimas conducciones preventivas a los penales de Ocaña, Cartagena, Puerto de Santa María, Burgos, Zamora; contra los constantes casos de deshonestidad profesional de determinados abogados de turno a los que solamente conocemos en el propio acto del juicio; en protesta por la inhumana opresión que sufrimos en las prisiones franquistas.*



En el patio de Carabanchel en 1978.



Imprenta artesana clandestina  
de la COPEL.



Única foto colectiva de los miembros de la COPEL en «la rotonda» de la sexta galería de Carabanchel.



Foto anterior al motín de Carabanchel, con la bandera de la COPEL junto a otros símbolos políticos y nacionales.

*La discriminación que sufren nuestras familias, en solidaridad con nuestros compañeros en huelga de hambre en Ocaña y en huelga de trabajo en Burgos, en disconformidad con las recientes medidas de gracia acordadas por el Gobierno que nos discrimina una vez más.*

*En lucha por nuestras reivindicaciones básicas: reforma del Código Penal, supresión de las jurisdicciones especiales, reforma del sistema penitenciario del Estado español e inclusión en las medidas de gracia.*

*Carabanchel 26 de mayo de 1977*

*Firmado por miembros de la C.O.P.E.L.*

*Carlos Iglesias Fernández*

*Daniel Pont Martín*

*Eusebio Sánchez González*

Al comenzar a leerlo, el presidente me mandaba callar, y yo seguía, y entonces pidió que se desalojase la sala. En cuanto comenzaron a desalojar la sala, sacamos la cuchilla de la boca y empezamos a autolesionarnos, y el público empezó a cantar la consigna de COPEL: «Amnistía y libertad para todos los presos». Los policías armados que nos custodiaban intentaron que no nos autolesionásemos y tiraban de nosotros para que saliésemos de la sala. De hecho, el tirón que me dio el policía que me custodiaba me obligó a hacerme una lesión bastante fuerte (ahí pensé que podía haber peligrado el tendón, pero no, afortunadamente me recuperé). Echamos muchísima sangre y fue la primera vez que se manchó el suelo de una audiencia judicial con esta dinámica de ruptura por parte de los presos sociales. Esta fue una forma decidida y consciente de dejar atrás toda la escenificación de la justicia de la época: ese teatro tan pesado con cortinas, luces decimonónicas, todos vestidos de negro, la ubicación de los acusados, la presencia de policías armados...

A mí esta acción me supuso una reafirmación y un cambio fundamental para empoderarme y para entender que, si aceptas la sumisión y participas en la dinámica represiva del Estado, empiezas a aceptar tu derrota. La represión evidentemente

no cesa y la derrota puede llegar, pero esa necesidad de autoafirmación fue un... ni un orgasmo, ni el placer más grande que se pueda conocer. Fue un momento con una energía especial, lleno de paz. También fue muy especial el sentirnos respaldados por el público del juicio. Fue el primer acto público en el que me sentí liberado, no sumiso. Si yo iba ya muy cargado, esto me dio todavía bastante fuerza para comprometerme más en la dinámica de lucha. Por cierto, teníamos la esperanza de que nos llevaran a curarnos a un hospital civil y, desde allí, intentar fugarnos. Visto el expediente penitenciario que teníamos, nos llevaron a los calabozos y al poco habilitaron un autobús de los que hacían las conducciones de la Policía Nacional y nos llevaron al hospital penitenciario de Carabanchel. Allí nos cosieron sin anestesia y nos olvidamos de la fuga. Buena parte de las curas posteriores fueron posibles porque teníamos nuestro propio médico: Hugo Bagaña Fajardo, un ecuatoriano que era médico de pobres y que, sin cobrar, hacía abortos a mujeres en riesgo de exclusión social en barrios pobres de Madrid (por ello había acabado en la cárcel).

Enseguida trascendió que habíamos roto el juicio y se difundió la consigna de que era una dinámica muy positiva de cara a no aceptar sumisamente la Administración de Justicia: no se había reformado el Código Penal, no se había reformado la Ley de Enjuiciamiento Criminal, no habían desaparecido las jurisdicciones especiales. Todo eso formaba parte del paquete de una de las principales reivindicaciones de la COPEL: la denuncia de la pervivencia de la Administración de Justicia franquista. Cada vez teníamos una mayor conciencia política, más abierta y comprometida. Algunos grupos políticos dentro de prisión comenzaron a mostrar interés. Como táctica rupturista de los juicios, se rompieron juicios en Madrid (el de Agustín Moreno entre ellos), Barcelona, Bilbao, Donosti... Se fue consolidando la dinámica interior y exterior de denuncia, la lucha por la amnistía y la lucha por la consecución de las reivindicaciones fundamentales de la COPEL.

Seguíamos funcionando como comuna, y ya habían entrado en las cárceles los primeros presos del GRAPO. Habían

hecho ya los primeros atentados contra algunos policías nacionales en Madrid, habían secuestrado a José María de Oriol (patriarca de una familia del Opus Dei), al general Villaescusa, etcétera. Yo tenía muy buena relación con Juan Carlos Delgado de Codes, que era uno de los del Comité Central del Partido Comunista de España (reconstituido), y recuerdo, paseando con él, empaparme de todas las teorías leninistas, revolucionarias y demás. Juan Carlos se dio cuenta de que yo era un elemento interesante de captar y, claro, yo tenía la oportunidad de discutir con presos políticos y de comparar un poco las diferentes ideologías. Recuerdo estar paseando él, Danel y yo, un preso «común» debatiendo con ellos porque quería saber, quería entender.<sup>3</sup> Le pregunté a Juan Carlos: «Bueno, y vosotros ¿por qué secuestráis a estos y pedís la libertad del Danel y del resto si no tenéis relación?» (ellos eran abertzales). Danel intervino: «No, no, nosotros ya lo conseguimos solos, los vascos tenemos capacidad de presión». Total, que los estuve presentando. Para mí ese momento fue de gran satisfacción a nivel personal: verme aceptado por dos presos políticos, pesos pesados en la lucha contra la dictadura, y estar discutiendo con ellos de igual a igual.<sup>4</sup>

---

3. En una carta que Danel me envió en julio de 2023, recuerda que «aunque veníamos de universos vitales ciertamente diferentes, Daniel Pont y quien suscribe forjamos una amistad incondicional en la cárcel de Carabanchel (1975-1977)» y cómo «la relación entre algunos presos políticos y quienes constituían el núcleo matriz de la COPEL fue consolidándose con el tiempo, y ese entendimiento fue capaz de que tareas carcelarias importantes se hicieran conjuntamente». Danel también recuerda en su carta la voluntad de algunos presos políticos de «dar un paso más en nuestra fraterna relación con la COPEL. Así, un grupo de ellos quedaron en pasar por territorio vasco para explicar a sus gentes qué era la COPEL, por qué organizaron la coordinadora, qué esperaban conseguir, etc.». Aquella iniciativa se confirmó «y media docena de miembros de la COPEL nos acompañaron durante unos días [...]. Suelo contar que [...] tuvieron un éxito inmenso y aún no se había producido el motín de Carabanchel, con la ocupación de su tejado por los presos organizados en torno a COPEL».

4. A Juan Carlos Delgado y Enrique Cerdán los mataron pocos años después policías de la Brigada Central Antiterrorista.

Yo fui compañero y amigo especialmente de dos o tres de ellos, y colaboramos en una fuga conjunta en la cárcel de Córdoba. Teníamos bastante relación con ellos, porque yo creo que los GRAPO enseguida vieron que había posibilidad de captar a militantes en el seno del movimiento de la COPEL, y de hecho cuatro compañeros acabaron militando después en los GRAPO. Quedaban también los presos del FRAP, que tampoco habían sido amnistiados, y empezó a entrar la nueva hornada de presos de ETA militar, que es en quien se piensa hoy cuando se habla de ETA (ETA político-militar ya había decidido abandonar las armas y participar en la vida política y, a mi modo ver, tenían un perfil diferente).

Las movilizaciones por la amnistía seguían fuertes. Coordinamos una huelga de hambre a la que dio difusión el programa *Hora 25*, de la Cadena Ser, y que siguieron muchos presos en todo el Estado. Decidimos que había que apostar por una organización de motines contundente, una coordinación a escala estatal, con compañeros de la COPEL en diferentes cárceles. En junio de 1977 en Carabanchel decidimos que un grupo de nueve compañeros se subiesen al tejado. El resto, previamente, haríamos una maniobra de distracción para captar la atención de la dirección y de los funcionarios de la cárcel. Estos nueve tendrían que aprovechar para subir con unas cuerdas y sábanas trenzadas que hicimos mojándolas, muy artesanales pero muy seguras, y con un gancho en la punta. Coordinamos la acción. Decidimos que, en cuanto subiesen ellos, el resto de los compañeros de la COPEL, que estábamos en huelga de hambre, nos autolesionaríamos. En el exterior estarían avisados a través de los abogados.

Como fecha para el motín elegimos el 18 de julio, por connotaciones obvias. Nada que ver con la afinidad hacia el alzamiento «nazi-onal». Como explica mi compañero Agustín: «Se trataba de revertir la situación histórica, evidentemente. Entonces se alzaron ellos y ahora nos alzamos los desarraigados, la “escoria social” que decís». O sea, desde el inicio, es evidente que había una connotación política. Conocíamos al enemigo, al fascismo, a la dictadura franquista, a todos los niveles:

judicial, policial, medios de comunicación, penitenciario... Conocíamos a la bestia desde el interior. Coordinamos la acción, hicimos la maniobra de distracción y nueve compañeros consiguieron subir con unas banderas que habíamos confeccionado de diferentes comunidades (Galiza, Euskal Herria y Catalunya), una anarquista y una con el anagrama de la COPEL y la palabra «Amnistía». El resto nos autolesionamos. Llamamos a los carceleros para que nos sacasen a curar y, al salir de la rotonda, espontáneamente, empezamos a cantar el himno de la COPEL, el *Bella ciao*. Los compañeros de la tercera y del reformatorio sabían que íbamos a saltar y estaban preparados, pero el resto no. Allí por donde pasábamos, íbamos cantando y unidos, todos con los brazos chorreando sangre; espontáneamente el resto de presos empezaron a romper las puertas y a tirar todos los muebles fuera de la galería. Fue una explosión de energía, de rabia, de apoyar la acción. Los carceleros, alucinados, nos llevaron corriendo a la enfermería para curarnos, a ver si era posible controlar el caos que ya no pudieron controlar. Los antidisturbios estaban dentro, pero cuando reaccionaron ya era tarde. Varias galerías hicieron butrones en la última planta, se subieron a los tejados y, al final, se juntaron cerca de mil presos en los diferentes tejados de Carabanchel (casi toda la prisión —excepto algunos que no quisieron involucrarse y los presos que se diferenciaban como políticos—). Otras prisiones que estaban a la expectativa de que saltásemos en Carabanchel saltaron también, tanto ese día como en los días posteriores. No sé si fueron unas veinte cárceles.

Además, fuera de la cárcel, en los alrededores, estaban los comités de apoyo a la COPEL y familiares convocados por la AFAPE, que hicieron hogueras para que los compañeros del tejado vieran que tenían apoyo, que había solidaridad (ellas y ellos también fueron apaleados por policías montados a caballo). Los compañeros que estaban en el tejado sufrieron los primeros hostigamientos con un helicóptero que les tiró botes de humo y pelotas de goma. Lo pasaron bastante duro, pero resistieron muy bien. Se organizaban cubriéndose las manos con ropa y los botes de humo, todavía con la carga, se los

devolvían o los tiraban a los antidisturbios que estaban abajo en los patios. No tenían mucho efecto, entre otras cosas porque era un sitio abierto y el humo se dispersaba.

Un grupo de abogados afines (dos chicos y dos chicas) se ofreció a intermediar entre el Ministerio del Interior y la COPEL en la solución del conflicto (Anabela Silva, Pilar Fernández, Manolo «Pichuelas» y Luis Figueroa «Fingus»). Les dejaron pasar y vinieron el subsecretario de Gobernación de la época, el director general de prisiones, varios comisarios de policía, infinidad de antidisturbios..., todo el séquito, escoltados, y me pidieron que saliese a hablar con los abogados. Querían que saliese yo, y los compañeros de arriba me dijeron que saliese a intermediar solo, y yo dije: «Ni de coña, yo solo no voy». Entonces pusimos como condición que restableciesen la luz, el agua y que enviasen alimentos a los que estaban arriba, pese a que se habían organizado y habíamos conseguido acopiar bastante agua y alimentos. Era pleno verano y el sol pegaba muy fuerte.

Dieron una tregua, restablecieron el agua y conseguimos que les subiesen provisiones. Entonces los compañeros de arriba hicieron asamblea y preguntaron si subía yo de intermediario. Yo dije que no, que me diesen un margen y que nos reuniéramos la COPEL en asamblea en la rotonda de la sexta galería para elegir una representación amplia, más colectiva, para intermediar. En la asamblea no había muchos que estuviesen por la labor de salir, porque ya era significarte, y se ofrecieron cuatro compañeros. Nos hicieron un pasillo los antidisturbios y por uno de los butrones que habían hecho para subir al tejado subimos cinco de la COPEL y los cuatro abogados. Se hizo una asamblea en los tejados, con mucho respeto a las abogadas, y se les preguntó a los compañeros que qué decidían. «No, no, resistimos. Hay que conseguir aquí las reivindicaciones, luchamos por algo, estamos sufriendo los hostigamientos..., ¡aquí no baja ni Dios! ¿Cómo está la situación afuera?». Contamos un poco la situación: los periodistas que había, que no les dejaban pasar dentro de la prisión, pero que había bastante cobertura periodística en el exterior. Los abogados

transmitieron al Ministerio del Interior, a la policía, la decisión soberana de los presos de que resistían y que no bajaban voluntariamente. Los abogados intentaron pactar que, en el supuesto de que se rindiesen en algún momento, no habría represalias, que no habría palizas (que luego las hubo) y que se solucionase pacíficamente la bajada del tejado.

El segundo día iniciaron otra etapa de hostigamiento, bastante fuerte, con fuego real. Creo que hirieron a dos o tres chavales: uno en la pierna, otro en un hombro, a otro un bote de humo le destrozó un ojo (claro, nosotros no lo veíamos porque estábamos en la rotonda, donde nos habían trasladado de nuevo). Entonces, la noche del segundo día, a los treinta y tantos militantes que quedábamos de la COPEL y a los presos del GRAPO y del FRAP nos hicieron un secuestro, que ya empezamos a llamar así a las conducciones especiales: te despertaban a las tantas de la madrugada, no te daban opción de coger tus pertenencias (solo lo que pudieras coger muy rápido), y pasabas (a porrazos) por un pasillo de antidisturbios y carceleros hasta el autobús. Nos llevaron a la cárcel de Córdoba. Ellos pretendían, por todos los medios, hacer de cortafuegos con los que consideraban que éramos el núcleo activo o dirigente de la COPEL. No tenían ni idea de que había COPEL en muchas cárceles y de que estaban muy bien organizadas (en unas más que en otras, y con más o menos dinámica política). La capacidad de resistencia estaba bastante extendida.

## 8

# AHÍ VI QUE ME TOCABA SALIR A MÍ

Llegamos a Córdoba. La prisión estaba dirigida por Domingo de la Fuente, que era militante de Fuerza Nueva, un partido de ultraderecha presidido por Blas Piñar (vamos, nazis, abiertamente fascistas). Con este tipo vimos que no era posible ninguna vía de diálogo. Nos cortaba y prohibía comunicaciones con los abogados, con familiares..., nos obstaculizaba todo. Nos aislaron en una galería a los presos del GRAPO y del FRAP y a los treinta y tantos militantes de la COPEL. Nosotros estábamos fuertes y continuamos con la dinámica: seguimos reivindicando, seguimos luchando por la amnistía, por nuestra libertad. Y posibilidades de fuga, siempre. La dinámica era paralela: la fuga estaba solapada y, si había condiciones, se intentaba; o se conseguía, porque en esos años hubo innumerables fugas en las cárceles del Estado.

En las semanas siguientes hubo múltiples manifestaciones por la amnistía y se convocaron varias jornadas de lucha dentro de las prisiones. Un día, junto con Enrique Cerdán y Abelardo Collazo (de los GRAPO, acusados de los secuestros de Oriol y Villaescusa), tomamos la emisora interna que había en la cárcel y arengamos a la gente a romper todo y luchar por la libertad. Unos cuantos nos autolesionamos, también con la esperanza de que nos sacasen al Hospital Provincial de

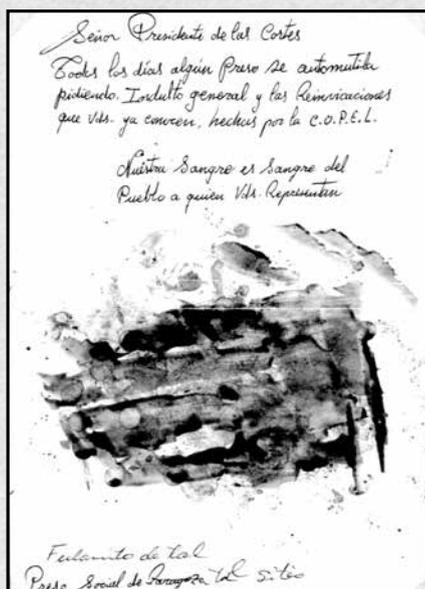
Córdoba, y pintamos las paredes con sangre, escribiendo «Viva la COPEL» y demás. Este director de la cárcel era muy espabilado y no nos sacaron ni a mí ni a otros compañeros. Nos llevaron de nuevo a la galería y nos cosieron allí. Sin embargo, otros sí consiguieron que los llevaran y unos compañeros que se habían fugado unos meses antes, Ringo y Jacinto, estaban por Córdoba por si podían ayudar a la fuga desde el hospital, pero al final no se dieron las condiciones.

Más tarde, con los miembros del GRAPO vimos que se podía intentar la fuga mediante un túnel. Levantamos un plato de ducha y, debajo, empezamos a excavar. Enseguida descubrimos que entre las duchas de la galería donde estábamos había una cámara, pequeña, que nos permitía, por un lado, distribuir la tierra, y por otro, tener oxígeno, más limitado a medida que avanzábamos en la excavación. Esto era clave porque empezamos a hacer un túnel bastante largo, que atravesó el recinto y una calle que daba a una fábrica de harina. Nos organizamos de tal forma que entrábamos a cavar en grupos de tres, de forma parecida a la fuga de Segovia. Yo había aprendido del intento de fuga anterior de Carabanchel y del intercambio de experiencias con presos políticos que habían intentado fugas (además, entre nosotros había presos fuguistas que habían conseguido fugarse y los habían vuelto a detener). Cavábamos con herramientas que nos habíamos hecho con las patas de la cama y con unos platos de aluminio que nos daban para las comidas. También habíamos hecho un trazado de luz y teníamos linternas artesanales fabricadas con cañas. Recuerdo tener debates políticos dentro del túnel con dos GRAPO (Enrique Cerdán y José Araújo), y entender un poco más la ideología estalinista. Especialmente en algunos descansos, mientras cogíamos un poco de oxígeno, empapados de sudor (cada media hora teníamos que salir).

Mientras, en el exterior, en la galería, teníamos un grupo de distracción y de freno, porque ya controlábamos las aficiones de cada funcionario que teníamos dentro de la galería. Sabíamos al que le gustaba el fútbol, al que le gustaban las motos o la política, o lo que fuese. Y teníamos una mesa de pimpón, clave, entre el pasillo y las duchas, en la que se jugaban partidas



Presos autolesionándose en la cárcel de Córdoba, en otoño de 1977.



«Carta escrita con sangre  
al presidente de las Cortes».

en que nadie podía molestar porque la gente iba a muerte. Entonces, el primer filtro lo teníamos en que si el funcionario se acercaba a las duchas, los compañeros que estaban al quite iniciaban una conversación sobre uno de estos temas, para que nos diese tiempo a salir a los que estábamos cavando. El siguiente filtro estaba en la partida de pimpón. Y nada, no lo descubrieron. Llegábamos ya a la calle, pero no podíamos salir en plena calle porque las garitas de vigilancia estaban muy cerca. Teníamos que cavar un poco más hacia la fábrica de harina y salir dentro de ella. Parece que había un comando de apoyo de los GRAPO en Córdoba que nos podía acoger, y nos plantearon a los de la COPEL qué queríamos hacer. Una gran parte de nosotros nos hubiésemos sumado a los GRAPO. Pese a que tenía diferencias políticas y pensase que podían estar equivocados en algunos de sus planteamientos, en el fondo éramos unos desarrapados y, claro, estaba la posibilidad de fuga con una organización armada que nos permitiría conseguir armas y entrar en dinámicas de lucha que algunos hubiésemos continuado, dependiendo de cómo evolucionasen los acontecimientos en el mundo libre y fugado. Total, que estábamos en esa situación y ganar unos metros era cuestión de días cuando, un día, se presentaron los antidisturbios especiales dentro de la galería y nos dijeron que teníamos quince minutos para salir. Les dijimos que lo decidíamos en asamblea.

Empezamos a discutir qué hacíamos: si salíamos como corderitos o si decidíamos que nos la partieran, pero con un enfrentamiento, claro. Parecía evidente que un chivato había delatado la fuga. ¿Qué alternativa había? Varios éramos partidarios de salir de la galería y, una vez que nos trasladasen a las celdas de aislamiento y se fuesen los antidisturbios, apoderarnos de la prisión, aprovechar el túnel y salir por las bravas. Éramos unos cuantos los que estábamos dispuestos. Entonces salimos y, una vez que nos chaparon, esa misma tarde, fueron a la ducha y descubrieron la fuga. Luego, con el paso del tiempo, nos enteramos de que un preso francés que no era de la COPEL, sino de la línea medio mafiosa, había hecho lo mismo que nos había pasado en Carabanchel: delató la fuga en

beneficio propio. Total, estábamos aislados en Córdoba y la Dirección General de Prisiones decidió separarnos al núcleo de la COPEL, de nuevo, para intentar debilitarnos. Turismo penitenciario. A otros compañeros y a mí nos trasladaron al celular de aislamiento de Ocaña. Ya era noviembre de 1977.

En esas semanas el Estado había conseguido crear una comisión de investigación de asuntos penitenciarios y darnos la zanahoria. Se había aprobado ya la última amnistía en octubre de 1977. Se creó un grupo de senadores, sobre todo catalanes y vascos, que apoyaban la necesidad de la concesión de un indulto a los presos sociales. Desde el inicio nosotros no habíamos parado de enviar denuncias a todos los organismos nacionales e internacionales: Amnistía Internacional, la ONU, la Unesco, Derechos Humanos, Convención de Ginebra, etcétera. Incluso enviamos una carta escrita con sangre al presidente de las Cortes. Crearon una comisión y aparecieron varios senadores en Ocaña. A mí me entrevistó un senador del PSOE: Rogelio Borrás. Enseguida vimos el paripé y la labor de apaga-fuegos que tenían, pero queríamos aprovechar cualquier oportunidad que hubiese para trascender y romper el silencio y el terror en el que estaban los presos. Hicieron un informe bastante contundente y detallado del estado lamentable de las prisiones. Después comprobamos que les sirvió como justificante para aprobar el plan quinquenal de construcción de nuevas prisiones y el nuevo modelo de cárcel democrática, modular, alejado de las ciudades y del foco social.

La situación en Ocaña era de tensión extrema. Los antidisturbios del pañuelo rojo (de máxima intervención y violencia) estaban muy agresivos y se palpaba que en cualquier momento podía prenderse la chispa y haber muertes. Nos obligaban a pasear en círculos, mirando al suelo, con los brazos atrás y sin poder hablar. Un día propuse a los compañeros que al día siguiente diésemos vueltas en sentido contrario, como símbolo de resistencia contra la presión de los antidisturbios, pero nadie me hizo caso, comprensiblemente. En las cárceles empezaban a surgir ya motines y acciones descontroladas, y el apoyo de los medios comenzaba a diluirse. Sometimos a debate si era

posible coordinar y repetir o mejorar las acciones, hacerlas con más contundencia, golpear con fuerza, porque veíamos que era la mejor dinámica, y no a través de motines aislados. Escribí un panfleto bastante largo para tratar de convencer a los compañeros de otras cárceles de que si no optimizábamos las luchas y la energía estábamos condenados al fracaso (además, la heroína empezaba ya a entrar en las cárceles). Le pasé el comunicado a uno que estaba barriendo, L. S. S., que era compañero en el sumario de otro de los fundadores de COPEL, J. R. T., para que se lo hiciese llegar. Al rato vino el subdirector de la prisión a verme: «¿Ha escrito usted esto?». «¿Yo? Qué va». «Esta es su letra». «Mi letra la puede imitar cualquiera; yo eso no lo he escrito». «Pues que sepa usted que damos parte a la policía por incitación a la rebelión». En estas situaciones de miseria siempre abundan los chivatos. El supuesto compañero lo negó y dijo que se lo habían cogido, pero años después me enteré por mi expediente de que lo había entregado, de que era un confidente.

Ahí vimos que perdimos la opción de una acción potente coordinada, pero que la tensión seguía siendo grande y que eso iba a estallar. Decidimos romper la cárcel de Ocaña. Era un penal muy antiguo, como el del Puerto. Muy duro, muy frío y con la gente muy puteada. Nos tenían aislados en el celular y cada cosa que hacían los funcionarios la hacían acompañados de dos o tres antidisturbios con la metralleta. Ahí ideamos hacer un motín silencioso. Sabíamos que nos la iban a partir y que podía haber muertos, pero había mucha tensión y estaba decidido.

Un par de días antes de que estallase el motín, el subdirector de la prisión pasó por las celdas acompañado de los antidisturbios, durante el reparto de las comidas. Hacía poco había aparecido la noticia en el diario *Libération* del asesinato de los líderes de la RAF (la Fracción del Ejército Rojo) en Alemania, y yo tenía la portada colgada en la pared. Era muy impactante. Por aquel entonces yo estaba muy salvaje, muy cheroqui, con mucha fuerza, y el subdirector me empezó a preguntar: «Hostias, lo que tiene usted ahí». «Sí, esto es libre y yo me solidarizo». «Bueno, sí, pero... ¿ustedes qué quieren?». «Nosotros estamos tranquilos. Nada». «No, pero esto se tiene que solucionar porque hay una

tensión...». La tensión la vivía todo el mundo, incluso ellos. Sabían que íbamos a estallar, pero no sabían cómo.

Llegado el día, cada uno rompimos el váter, la cama y todo lo que se podía romper en las celdas. Lo rompimos o lo tiramos al patio a través de una ventana muy alta, minúscula. La mayoría de los compañeros rompieron la puerta y, ¡hostias!, yo no podía romper la mía. Yo estaba fuerte, pero no podía romperla, con el peligro que eso tenía, porque varios incendiaron sus celdas. Entre varios compañeros hicieron un butrón mientras yo seguía empujando desde dentro y así conseguí liberarme (los butrones los solíamos hacer con las patas de las camas: se arrancan y a picar la pared con mucha fuerza, energía y varias patadas).

Se temía que la represión iba a ser muy fuerte y varios presos, de la tensión que había, se automutilaron: uno se cortó una falange del dedo, otro se cortó el frenillo de la polla. Otros prendieron fuego a su celda también (por esa época murieron varios compañeros abrasados en las cárceles, dos en Zaragoza y una mujer en Basauri).<sup>1</sup> No sabíamos adónde ir y decidimos subir al tejado. Habíamos avisado a los abogados y a los medios con el fin de garantizar que hubiera testigos y que no nos masacrasen. Hicimos un butrón y subimos con una bandera de la COPEL y otra anarquista. Un picoletto, desde la garita, disparó una ráfaga de ametralladora. Ahí iban a saco ya. «No podemos salir, no podemos gritar, no podemos...», pero los de TVE vieron que habíamos salido al tejado: el efecto se había conseguido. Estábamos en la cámara del tejado y los antidisturbios empezaron a gasearnos con botes de humo; no podíamos respirar. Nos decían que saliésemos, que nos rindiésemos. Éramos veintitantos. Había que salir. ¿Y quién sale primero? Habíamos visto que los antidisturbios ya habían montado lo que en la época llamábamos «el viacrucis»: un pasillo que formaban policías o guardias civiles y carceleros

---

1. Javier Vaquero y Luis Valentín en la cárcel de Torrero, y María Isabel Gutiérrez en Basauri. Para esta última, véase el libro de Andrea Moimitio, *Lunática*, Libros del K.O., Madrid, 2022.

por el que tenías que pasar a base de porrazos, culatazos, patadas, zancadillas... De los golpes se formaban montones con los cuerpos apaleados, y luego nos iban levantando de uno en uno y vengas, hasta la siguiente parada, que se convertía en otro montón. Yo ahí vi que me tocaba salir a mí a dar ejemplo. Para entonces ya había entendido la necesidad que a veces tenemos de un líder en algunos momentos y, efectivamente, me tocó salir a mí.

Salí el primero y, todavía en la cámara, un grupo de antidisturbios comenzó a darme culatazos y hubo uno que me tiró y me dejó KO; perdí el conocimiento. Escuchaba de fondo gritos, llantos, sentía a compañeros cayendo encima de mí... Entonces nos iban levantando y al siguiente pasillo, hasta el siguiente montón. De nuevo patadas, culatazos, golpes..., así hasta el patio del celular de Ocaña, con un frío de la hostia. Nos dejaron desnudos y chorreando sangre. Nos dijimos: «Estos nos matan», porque tenían tal odio, y tanta furia, tanta violencia, que dijimos: «¡Nos matan!». Entre nosotros había un chaval del GRAPO que se había sumado al motín, y los antidisturbios preguntaban: «¿Dónde está el del GRAPO?». Ni Dios, nadie dijo absolutamente nada, porque lo hubiesen matado, estoy seguro. Justificación: el motín, resistencia y ya está, o balas perdidas y ya está. Nadie se chivó. Nadie dijo que estaba ahí.

Entonces, de todo el grupo, nos seleccionaron a J. L. C. M. (otro cofundador de la COPEL) y a mí y nos llevaron al «submarino» del celular. Siempre hay un lugar peor, un lugar más chungo..., siempre hay alguno. Y nos separan a los dos, nos aíslan. La celda llena de agua y nadie más en el submarino. Un silencio total. No venía nadie. Cada uno en una celda. Estábamos acojonados, porque estábamos mentalizados de que nos mataban. Al cabo de las horas abrieron la puerta. Era el cabo de varas y ahí vimos la luz. Los abogados habían conseguido que nos sacasen a comunicar. Cuando vi a mi abogado, Manolín «el Pichuelas», nos dijo que iban a intentar que nos sacasen a curar y que nos pusiesen con el grupo, que no sabía qué intención tenían con separarnos a nosotros dos. Consiguió que nos sacasen y volvieron otra vez a la dinámica de la zanahoria.

## 9 EL ESTADO, DE NUEVO, APOSTABA POR LA ZANAHORIA

De nuevo a Carabanchel para asistir a juicio. Había dimitido el anterior director general de prisiones, José Moreno, que era juez, y en diciembre de 1977 había entrado un tecnócrata: Jesús Haddad. Ahí el Estado comienza la dinámica de control más técnico dentro de las prisiones. Hay relevo de directores y subdirectores en las cárceles, empiezan a entrar psicólogos, sociólogos..., especialistas en el control profesional de la represión. Deciden concentrar a unos seiscientos presos que habían elegido en una cárcel especial en Cantabria, la de El Dueso, con el fin de intentar aislar y descabezar a los militantes de la COPEL de todas las cárceles del Estado. Nos trasladaron en conducciones especiales de madrugada sin que pudiésemos coger nuestras pertenencias, nos apalearon y a algunos se los llevaron en ropa interior en pleno invierno. En otras cárceles les obligaron a raparse al cero y les pusieron un mono. Como los nazis en los campos de concentración.

También, en el paso de 1977 a 1978, la irrupción de la heroína fue muy fuerte. En Carabanchel pude ver como un grupo de presos, ya enganchados, afilaban en la acera del patio la única aguja hipodérmica que tenían. Poco más tarde, ya en El Dueso, presencié como un grupo numeroso de presos

yonquis de los GIL se apuñalaban entre sí por el control del caballo.<sup>1</sup>

Allí de nuevo intentamos funcionar por medio de comunas, pero el sector mafioso decide que ya va por libre. El núcleo de la COPEL solo conseguimos hacer asambleas, porque nos tenían aislados y la cárcel estaba llena de antidisturbios, incluso dentro de las galerías. En el patio, como en Ocaña, nos obligaban a pasear en círculos en grupos reducidos, con las manos en la espalda, mirando al suelo, sin hablar entre nosotros. Estábamos en unas condiciones muy duras. No teníamos retrete dentro de la celda y teníamos que hacer las necesidades en un orinal de plástico que teníamos que sacar al día siguiente. O sea que, si cagabas, toda la noche la mierda en el orinal tapada con un cartón.... Algunos compañeros los vaciaban por la ventana, cayendo al patio y creando un olor a mierda insoportable. Además, la heroína seguía expandiéndose por las cárceles, poco a poco, causando división y violencia. Ahí la moral se resquebrajó un poco.

Por esa época, al mes aproximadamente, nos enteramos del asesinato de Agustín Rueda en la cárcel de Carabanchel, el 14 de marzo de 1978. Uno de los intentos de fuga que comenzamos en Carabanchel, y que tuvimos que abandonar por los traslados, lo continuaron los compañeros que se habían quedado allí. Cuando descubrieron la fuga, Agustín Rueda<sup>2</sup> y el resto de compañeros sufrieron torturas inhumanas por parte de unos cuantos carceleros militantes de ultraderecha (los solías identificar porque iban con guantes de cuero negro, y varios de ellos pedirían el traslado voluntario a Herrera de la Mancha cuando la abrieron). Entonces nos enteramos de que, a los dos o tres

---

1. Grupos de Incontrolados en Lucha (GIL), surgidos en Carabanchel, que jugaron una función fundamentalmente desestabilizadora de las luchas en las prisiones.

2. Yo conocí a Agustín Rueda en Carabanchel, me lo presentó otro compañero de la COPEL. Después, haciendo una colecta de dinero para comprar pilas para unas linternas artesanales que teníamos en el taller de barcos, para otra fuga, me dio todo el dinero que tenía sin preguntarme para qué lo quería. Me dijo que no lo necesitaba. Me pareció un excelente compañero, solidario y entregado.

días del asesinato de Agustín Rueda, los GRAPO mataron a Jesús Haddad y reivindicaron la acción. Entonces nombraron a Carlos García Valdés como nuevo director general. El Estado, de nuevo, apostaba por la zanahoria.

Con su nombramiento, el Estado apostaba por la posibilidad de diálogo. García Valdés venía avalado por su pasado de abogado antifranquista, de cuando había defendido a presos políticos en el Tribunal de Orden Público. También era muy conocido por unos cuantos abogados y abogadas de la COPEL, sobre todo por el núcleo de Madrid, que nos pidieron que diésemos una tregua a la dinámica de luchas y que hablásemos con él. Cuando su nombramiento se hizo efectivo, lo primero que hizo fue ir a visitar la cárcel de El Dueso con un buen número de periodistas. Recuerdo que el director de la cárcel era un sádico y un torturador que venía de Cartagena. Le llamábamos «Capitán Veneno», y los presos políticos de la cárcel de Cartagena (Pons Llobet y Serrano Izko, entre otros) tuvieron una tensión permanente con él, hasta que consiguieron que lo trasladaran a El Dueso.

El día antes de que llegase García Valdés se respiraba paz en la cárcel, era como un paraíso. Cuando llegó pidió, a través del subdirector, entrevistarse conmigo (yo había salido ya en algún medio denunciando nuestra situación y esta gente siempre busca referencias de algún líder, aunque no lo hubiese). Nosotros estábamos en el comedor y dije que no, que éramos varios compañeros y que tenía que formarse una comisión, ya que la COPEL era una coordinadora asamblearia. Fuimos unos diez compañeros a entrevistarnos con él, y vino una delegación de periodistas de algunos periódicos que entonces aún informaban sobre la COPEL (Soledad Gallego-Díaz, que con el tiempo sería directora de *El País*, me realizó una breve entrevista). La reunión fue en el despacho del Capitán Veneno y lo primero que le preguntamos es si sabía de quién era ese despacho y la trayectoria que tenía. Y nos dijo: «Sí, sí. Hay que hacer limpieza y es de las primeras cosas que vamos a hacer» (y qué va, el búnker penitenciario aún tenía muchísima fuerza y no se depuraron las cárceles de franquistas). También le dijimos que habíamos abandonado la posibilidad de amnistía porque las Cortes habían

aprobado la anulación de cualquier medida de gracia generalizada, pero que sí perseguíamos un indulto amplio.

Durante la reunión, sin haberlo acordado previamente, cada uno fue representando un papel. Uno de los compañeros le dijo: «Bueno, Carlitos, si no haces frente al compromiso que estás adquiriendo con nosotros, mira, te recordamos lo que le ha pasado a Haddad», y yo me quedé mirándolo fijamente. García Valdés se quedó quieto, con los ojos muy abiertos, moviéndose inquieto en la silla, con el canguelo en el cuerpo. La cosa quedó en que asumían una serie de compromisos, en especial la depuración de directores y funcionarios torturadores que ya habíamos denunciado innumerables veces (pero la mayoría de nuestras denuncias no llegaban a los juzgados o, si llegaban, los jueces eran los mismos que estaban durante la dictadura). Le pedimos también que nos devolviesen a las cárceles de origen, que acabase la cárcel de excepción de El Dueso y que apoyase la petición de indulto. Nos propuso la cogestión y una serie de mejoras.

En las semanas siguientes, y aprovechando la relajación en la vida cotidiana, unos compañeros me avisaron de que había posibilidades de fuga a través de una de las garitas de vigilancia del recinto carcelario, que quedaba vacía por las noches. Nos hacía falta una maniobra de distracción con la dirección de la cárcel para ganar tiempo. Nos enteramos de que por la tele iban a dar una obra de teatro (de Alfonso Sastre, que con el tiempo fue amigo), así que pedí al subdirector poder verla. Se extrañó por nuestro interés en la obra, y yo le respondí que algunos presos estábamos aumentando nuestro nivel cultural. Se consumó la fuga de tres compañeros, y al día siguiente el subdirector vino a verme a la celda, a decirme que le habíamos engañado. Yo le respondí, fingiendo sorpresa lo mejor que pude: «¿Una fuga? Habrá sido una coincidencia, pero ¡qué bien que alguien haya conseguido la libertad!».

Más tarde decidimos sumarnos a la semana proamnistía que se organizaba en Euskal Herria. Algunos nos autolesionamos y varios nos tragamos objetos metálicos; hicimos ruido. Nos trasladaron. Ahí tuvimos suerte porque nos llevaron al hospital Marqués de Valdecilla en Santander. Empezaban a habilitar

ya departamentos especiales de los hospitales para custodiar a los presos, por parte de la policía armada (la Policía Nacional). Generalmente estaban en la última planta, para que no se pudiera tener contacto cercano con la calle y dificultar así la fuga por la ventana. Nosotros siempre llevábamos llaves falsas, espadadas, para abrir las esposas.

Seríamos como quince personas en tres habitaciones del hospital (en la mía estábamos tres). Estábamos pendientes de expulsar los objetos que nos habíamos tragado (yo me había tragado una pequeña llave inglesa de un llavero). Nos daban una dieta especial, a base de espárragos, comida suave y fibra, de tal forma que ayudase a arrastrar lo que teníamos en el intestino (si esto fallaba solo quedaba abrir quirúrgicamente), y mientras, nos ganábamos al personal médico. En este tiempo de El Dueso tuvimos una fuerte solidaridad de algunos militantes de la CNT de Cantabria, especialmente María Luisa, Nisio y Cristina. Un compañero muy majo, D. C. A., ideó escribir una estrofa de una poesía de Miguel Hernández y regalársela a las enfermeras y a los médicos con una rosa (de unos ramos de rosas que habíamos conseguido que nos pasasen un par de compañeros ex-COPEL que teníamos en Santander). Yo creo que llegaron a entender que no éramos tan mala gente.

Estos compañeros también nos pasaron unas cuerdas de alpinismo y unas sierras de pelo de diamante gracias a las enfermeras. La idea, lógicamente, era fugarse. El barrote me lo serré el primer día que me pasaron la sierra, y avisé al resto de los compañeros. Me dijeron que uno se había autolesionado bastante fuerte, que no podía serrar bien y que, por favor, le esperásemos. Nosotros disimulábamos la reja cortada con betún, pero ya una noche le dijimos que solo faltaba esa habitación y que había que hacerlo ya. Yo me vestí de civil, con la bata del hospital por encima, y ya estaban avisados los dos compañeros en libertad. Uno de ellos estaba dando vueltas por el hospital, se había instalado un megáfono y nos íbamos comunicando durante el día.

Total, que yo ya me vendé las manos para bajar. He de decir que no tuvimos la precaución de hacerle nudos a la cuerda y no sé si nos hubiésemos matado porque durante el descenso, o

tienes un freno, o te rascas la mano y, con lo que quema eso, no sé... Hice un ruido muy ligero en la ventana al abrir para ya salir el primero y, ¡hostias!, cuando ya me voy a deslizar, se abre la puerta a toda hostia y entra la policía armada... Me senté en el alféizar de la ventana, tapando la reja, que estaba doblada. «¿Qué, no duermes?». «No, no tengo sueño, estoy aquí al fresco». Entonces me quitó de la ventana de un empujón, vio el barrote serrado, sacó la pistola y me la puso en la cabeza: «¡Fuga! ¡Fuga!». No pudimos fugarnos ninguno. De las tres habitaciones solo consiguió fugarse el último, el que no podía serrar bien, Daniel Cortés, aunque no sé si se le partió la cuerda o se deslizó y se tiró de una altura considerable. Estuvo deambulando dos o tres horas por la noche y al final le identificaron y le detuvieron. Pero, bueno, había tocado calle. Al día siguiente, vuelta a El Dueso.

Empezaron a trasladarnos a cada uno a su lugar de residencia. De camino a Carabanchel hicimos parada en la cárcel de Alcalá de Henares. Un compañero que había estado allí me dijo que, si conseguíamos serrar el barrote de una determinada celda, se podía pasar a una antigua ermita abandonada, que estaba entre la sección abierta y la antigua cárcel de Alcalá de Henares. Mientras serraba estuvimos muy pendientes de que no se enterasen los presos de los GIL, porque estaban incontrolados y con mucho yonqui ya, y estaban también a ver si había expectativa de fuga. Cuando ya estábamos escapándonos y deslizándonos por la cuerda, uno de ellos, Eugenio Yela, consiguió sumarse. Éramos cinco en la fuga. Estando ya dentro de la antigua ermita había que romper el muro y, en teoría, ya dábamos a la sección abierta. Era una noche con una gran tormenta de verano. Rompí el muro a patadas, asomé la cabeza y, para mi sorpresa, vi que ahí estaba el recinto de la Guardia Civil, el perimetral. Era una noche de perros, de rayos y truenos, y vi al picoletto en la garita. «Bueno, ¿qué hacemos?». Intentamos subir de nuevo, dar marcha atrás, pero era imposible: ¡habíamos cometido de nuevo el error de no anudar! Lo intentamos a pulso, estábamos fuertes y ágiles, pero era imposible. No podíamos volver a la celda.

«¿Qué hacemos?». «Nada, hay que hacerse con el picoletto y la garita». Aprovechando la tormenta, fuimos pegados al muro hacia donde estaba la garita, a la derecha, al lado de la puerta que daba a la sección abierta. Intentábamos avanzar con el sonido de los truenos. Fue entonces cuando el yonqui este, seguramente por la ansiedad, la falta de caballo o lo que sea que le quemaba su organismo, dejó de seguir lo que estábamos haciendo todos y salió corriendo hacia la puerta (me imagino que querría saltarla). El picoletto lo vio, tiró una ráfaga de ametralladora y dio el alto. El resto nos tiramos al suelo de cabeza, cayendo en charcos (yo casi me di contra el muro). A este le entró un disparo por la mandíbula y le salió limpio; de milagro no lo mataron. Entonces, bueno, pues nada, revuelo en el hipermercado, otro intento de fuga más. Como Alcalá de Henares no tenía seguridad, al día siguiente de nuevo a Carabanchel. Aceptando la derrota, una vez más.



# 10

## LA ÚLTIMA ASAMBLEA

En el verano de 1978 llegamos finalmente a Carabanchel, que para entonces ya funcionaba totalmente diferente a como yo la había conocido: no había coordinación de la COPEL como tal y se había aprobado el régimen de cogestión (que al principio vino bien para recuperar movilidad y espacios dentro de la cárcel). También se había seguido apostando por renovar las direcciones de las cárceles con titulados universitarios. Cuando llegué me llevaron a una celda de aislamiento, por lo del intento de fuga. Los compañeros se habían enterado de que había llegado ya a Carabanchel y pidieron que me sacasen para ir a la reunión de la cogestión con la dirección de la cárcel. Escuché y vi el talante del director, del subdirector, de los psicólogos, sociólogos... Ahí me di cuenta del pasteleo que tenían montado. Entre otras cosas, los compañeros de la COPEL se habían comprometido a avisar al resto de compañeros presos cuando fueran a ser trasladados en conducción especial al día siguiente. Yo dije que de eso nada, que yo no lo hacía, y que me parecía que la COPEL no podía aceptar ese rol porque eso no nos correspondía a nosotros; ese era un rol de los funcionarios y no teníamos por qué participar en la dinámica represiva ni entrar en el engranaje de control y represión. Creo que es importante no entrar en la dinámica de colaboración, porque te conviertes en un instrumento del poder en contra de los presos más débiles o sin recursos. Me parece deshonesto y que

se le hace el juego de una manera muy eficaz y perversa a las prisiones (creo que con los actuales Módulos de Respeto es aún peor). El director, Carlos Parada, que era sociólogo, se dio cuenta de que yo todavía estaba erre que erre, y de la reunión me volvieron a llevar directamente a las celdas de aislamiento. Así de científicos son. Ahí ya me di cuenta de que recuperar la posibilidad de coordinación con el resto de cárceles estaba cada vez más complicado.

Al llegar a Carabanchel observé que poco a poco se iban reproduciendo los abusos de unos sobre otros. Un día, estando en el patio, un preso le quitó una prenda a otro preso que se llamaba Rodrigo (y que siempre respondía: «¡Díaz de Vivar!»), que estaba siempre trapicheando con ropa que llevaba bajo el brazo.<sup>1</sup> Siguió puteándole hasta que nos dieron el aviso de ir a las celdas por los altavoces. Entonces, estando yo apoyado en la barandilla junto a la celda, presencié cómo uno le recriminaba el abuso al que había estado puteando al Rodrigo. Como la cosa iba en aumento, intenté mediar para pacificarlos, momento en el que uno de los dos sacó muy rápido un cuchillo de su cintura y le dio una puñalada al otro, que cayó al suelo. Lo vi morir prácticamente al instante. Me quedé en estado de shock y me planteé seriamente que estábamos retrocediendo en la vida de respeto y convivencia que tanto nos había costado lograr.

A los pocos días de este suceso, y estando encerrada toda la séptima galería, se presentaron en «mi» celda un grupo de tres policías de la Brigada de Información de la Dirección General de Seguridad. Me obligaron a salir de la celda y estuvieron registrándola una hora. Se llevaron algunas revistas, mi agenda y todos mis escritos, que no me devolvieron nunca. Sin embargo, no dieron con un asunto comprometido que tenía bien escondido. Mi sensación es que, como todavía no podían vencer la

---

1. Rodrigo se hizo popular en el Rastro de Madrid al enfrentarse siempre a los nazis que por la década de 1980 aparecían para hostigar a los puestos de libros antifascistas. Con frecuencia le salía la necesidad de denunciar a gritos la tolerancia que había desde el poder con los nazis y los fascistas.

lucha de la COPEL, intentaron obtener alguna información en este registro, sin entender que en la coordinadora no había ningún dirigente ni teníamos estructura vertical de ningún tipo.

De todas formas, algo más tarde y todavía estando en la séptima galería, teníamos bastante autonomía de funcionamiento. Por ejemplo, en una ocasión un compañero que estaba en la cocina nos informó de que había una posibilidad de fuga a través de los cubos enormes en los que se sacaba la comida que sobraba en la cárcel. En una asamblea minoritaria discutimos quién podía aprovechar la oportunidad, y se pensó que tenía que ser gente bajita. Había un par de corsos (creo que eran militantes del Frente de Liberación Nacional de Córcega) que estaban acusados de haber puesto un petardo en un hotel de lujo del Club Mediterráneo en la isla de Corfú, en Grecia, y estaban pendientes de extradición. Estos eran bajitos, y muy corsos, mirada muy viva, muy pocas palabras. Entonces les preguntamos si les interesaba, porque además la Interpol estaba a punto de venir para llevárselos a Grecia. Les facilitamos el paso por el subterráneo circular a la cocina y el compañero que teníamos ahí los metió dentro de unas gavetas enormes, y las llenaron de restos de comida hasta arriba. Lo habitual era que los de la cocina subieran las gavetas a un camión que las sacaba del recinto penitenciario de Carabanchel. Antes de salir, el funcionario, con un pincho que tenía, lo clavaba por si había alguien o algo. Los corsos se forraron bien el cuerpo y aguantaron el pinchazo, y nos enteramos enseguida de que se habían fugado. Les cubrimos en los recuentos unos días. Teníamos las celdas agujereadas de pared a pared con unos butrones grandes, y tapados con pósteres, la mayoría de las veces con chicas desnudas. Nosotros teníamos que dar tiempo suficiente para que, de cuatro que había en la celda, dos a los que habían contado pasasen a la celda siguiente, quitar y poner los pósteres, etcétera. Lo teníamos fácil porque para entonces ya habíamos puesto cerrojos dentro de nuestras celdas para abrirlas cuando nosotros quisiéramos. Así estuvimos una semana, hasta que llegó la Interpol, ya con orden ejecutiva, diciendo que tenían que salir los Orsini a firmar el acuerdo de entrega de la Interpol, y

entonces fue... Entraron los antidisturbios a la cárcel de Carabanchel, nos obligaron a formar en la séptima galería, a punta de fusil, de metralleta, y nos obligaron uno a uno, a todos los presos (no sé, en la cárcel de Carabanchel habría unos mil o así), a dar las huellas. Entonces fue cuando comprobaron que los Orsini no estaban. En parte aún los teníamos locos.

También cambió que la heroína ya estaba bastante extendida. Anteriormente, en asamblea en El Dueso, y en parte para combatir la campaña de desprestigio de los medios de comunicación, se comentó lo del tipo de delitos. Dentro de un colectivo tan amplio tenía a gente de todo tipo (menos violadores y asesinos). Se habló de qué formas tenía para buscarte la vida y de contra quién focalizabas. A ser posible, que no fuera con una señora mayor o con alguien de tu barrio, porque podía ser la madre de tu colega, o tu tía y demás. Pero, claro, el problema es que la mayoría de los yonquis ya hacían la tipología del delito, digamos, cobarde. Era gente que necesitaba quitarle el dinero a las personas más vulnerables; no tenían el coraje ni la clarividencia necesaria para ir a hacerse una sucursal bancaria y, si algunos lo hacían, lo hacían de manera peligrosa: si iban con el mono, con el síndrome de abstinencia o con una necesidad brutal, y con una pipa en la mano, eran muy peligrosos. Esta era una batalla perdida, pero nosotros insistimos.

En Carabanchel, si pedíamos permiso a la dirección, los funcionarios permitían que quien quisiese asistir a las asambleas pudiese ir a la séptima galería. Recuerdo que esa asamblea del verano de 1978 fue la definitiva al respecto. Había unos quinientos presos. Yo pedí hablar sobre el tema de las drogas y hablé de lo que significaba la heroína desde muchas perspectivas: con respecto a nuestra propia capacidad de funcionamiento; cómo estaba revirtiendo la situación de respeto y otros valores; y cómo amenazaba la nueva energía que habíamos conseguido crear en poco tiempo, desterrando el abuso y el comportamiento fascista del delincuente tipo de la época. Yo hablé desde la experiencia de los Panteras Negras, de los autónomos italianos, de la experiencia propia que yo había comprobado con los

compañeros (sin dar nombres), y de lo que significaba para el debilitamiento de nuestra lucha y del juego que le hacía al Estado para crear su nuevo orden: confidentes, presos derrotados, presos enganchados, etcétera. Uno de mis compañeros de sumario, enganchado a la heroína y miembro de los GIL, vino a pedirme explicaciones sobre por qué hablaba tan mal del caballo y de los yonquis. Le dije que se debía a las experiencias de lo que había pasado en otros colectivos de lucha en otros países. La última vez que lo vi, a los pocos años y ya en libertad, estaba terminal. Esta fue la última asamblea en la que yo participé.

El Estado, a través de García Valdés, decidió cambiar de política y apostar por la dispersión pura y dura. Estaban siendo unas semanas de muchas fugas e intentos, que culminaron con la fuga de los 45.<sup>2</sup> A todos los compañeros que habíamos tenido más significación en la lucha nos dispersaron a cárceles alejadas de Madrid, que era el centro neurálgico, tanto a nivel de coordinación de la COPEL como a nivel de coordinación del Estado. A mí me tenían asignado hacía tiempo al penal del Puerto de Santa María.

Con el poco apoyo que aún teníamos de los medios de comunicación, intentaron hacer de mí un monigote más, de esos que entretienen a la gente, tipo el Lute de la época. *Interviú* publicó dos reportajes, la revista *La Calle* publicó también otro artículo, centrado un poco en mí como «figura». Decían que era uno de los presos dirigentes de la COPEL y demás, con fotos... Yo valoré entonces y me dejé utilizar, pero siendo consciente de que era una utilización recíproca. Aproveché para denunciar la instauración del nuevo régimen de terror en el que estábamos por parte de los funcionarios del búnker penitenciario fascista. Daba nombres y apellidos de funcionarios torturadores, jugándomela, pero tenía bastante seguridad porque

---

2. Fuga de la cárcel Modelo de Barcelona el 2 de junio de 1978, en la que cuarenta y cinco presos consiguieron escapar después de cavar un túnel durante semanas, acceder a las alcantarillas y salir en plena calle de Provença.

tuve la suerte de ser apoyado por abogados, y también por la propia visibilidad de los medios de comunicación. A mí, entonces, darme una paliza, así impunemente, era difícil. Ganas tenían, pero se tenían que tragar su odio porque no podían tocarme. No obstante, tampoco eso te garantizaba nada: tenía muy presente la historia de los Jackson, de los Panteras Negras, muy protegidos y demás, pero se lo cargaron de todos modos tendiéndole una trampa.

Cuando llegué al Puerto de Santa María me recibió lo que llamábamos el «comité de recepción», es decir, los funcionarios más torturadores, más chulos, locos por desahogarse. Uno de ellos, el Niño de los Peines, y otro, el Pantera Rosa, Jorge Morillas Cruz, jamás se me olvidará su nombre: «Tiene mucha afición por la literatura». «Pues sí, me gusta leer y escribir, claro, todo lo que puedo... ¡Ah! Ya sé por qué lo dicen, por esta entrevista que ha publicado *Interviú*». «Entre otras cosas», me dicen. «Pues sí, es que yo, si tengo información veraz y la he contrastado, que yo tampoco sé si vosotros...». «¡Háblanos con respeto! ¡Ustedes!». Ya empezaban. Hasta entonces habíamos conseguido que ni ustedes ni mierdas: *Tú y yo*. «Me habla de usted». «Vale, te hablo de usted». Seguí: «La información que yo tengo es que en el Puerto de Santa María se ha empezado a pegar a la gente y sé que a un preso, y yo le he visto, me dijo que no sé quién de vosotros o de ustedes le habíais pegado. Tenía un ojo hinchado, la boca partida y estaba en el celular, en el departamento de aislamiento, en el telón de acero, y eso lo he comprobado yo». «Sí, pero das nombres» —era lo que les molestaba—. «Sí, los nombres que a mí me han dado. Por supuesto que los doy, porque tenemos que defendernos, no nos queda otra». Y dijo: «Ah, pues cuando entre usted en la celda, puedo levantar un acta de que he descubierto un túnel con el que se está fugando...». «Ya, ya lo habéis hecho en alguna otra ocasión. Venga, intentad hacerlo. Si lo demostráis... Intentad, pero vamos, que ahora me llevan a aislamiento, que ya sé dónde voy. Ahí tengo la cuchara y un plato de aluminio asqueroso. Yo con eso no voy a hacer ninguna fuga. Y ya sabéis que

tengo respaldo y no podéis inventar cosas así como así». Yo los veía relinchando, con ganas de desfogar, pero no me tocaron. Por esa época yo tenía correspondencia frecuente con el fiscal que me calificaba la causa que tenía pendiente, que era la única que me quedaba por cumplir.<sup>3</sup> Ya con la desaparición del TOP me había liquidado prácticamente el cumplimiento de todas las penas y me quedaban meses, creo recordar, por la última pena, que era el atraco a la sucursal del Banco Hispano Americano de Majadahonda.

Yo estaba muy activo, de todas formas: escribía, leía, hacía *footing* en la celda, hacía yoga... Esto era fundamental. Me sacaban al patio con un grupo de otros cuatro presos. No me fiaba de ninguno y no hablaba prácticamente, excepto con el del economato. Te sacaban al economato, tú solo con el funcionario, que veía lo que comprabas y, si tomabas un café, el vaso lo tenías que devolver por si llevabas algo dentro. Yo, como siempre, tenía la necesidad de aprovechar cualquier resquicio para huir psicológicamente; recuerdo un día, tomando el café, justo el resto del azúcar que quedaba en el fondo, pues una abeja se metió en el vaso y yo lo tapé y pensé: «¡Uy!, qué bien, una compañera para llevarme a la celda de aislamiento». Entonces, a la hora de entrar para la celda, el Pantera Rosa, gran torturador cuyo mote venía de que se quitaba los zapatos para que no se le oyese y pillarte desprevenido, me dice: «¿Qué lleva ahí?». «Pues un vaso». «No, no, pero ¿qué lleva dentro?». «Pues llevo una abeja, evidentemente, no llevo ni una pistola ni una sierra ni nada». «No, no, pues tienes que descubrir el vaso». «No, es que si descubro el vaso, la abeja se vuela». «No, no, pues esto

---

3. Jesús Vicente Chamorro, «el fiscal rojo», amigo de Marisol y de Antonio Gades y militante del PCE. Yo le escribía, ya empoderado por mi conciencia, atacándole sobre la justicia de clase como medio de castigo contra los más vulnerables y la disidencia política. Llegó un momento en que le dijo a mi abogado, Manolo «el Pichuelas», que estaba de acuerdo con mis planteamientos, pero que la petición fiscal que me hacía de cuarenta y cinco años estaba acorde con el Código Penal. A mi salida en libertad en 1979, Chamorro indicó al Ateneo de la Coruña, que organizó unas jornadas sobre la cárcel, que me invitasen a participar junto con él.

no puede entrar a la celda». «Pues yo no lo suelto». «¡Pues le hago parte!». «Vale, pues parte, pero yo no suelto». Al final, vino el jefe de servicio, el pelotón y tuve que soltar el vaso.

En esa temporada hubo algunos intentos más de celebración del juicio pendiente. Solían llevarnos en *jeep* a Carabanchel, pero García Valdés había decidido que ni yo ni los compañeros más significados podíamos tener ningún tipo de contacto con otros compañeros, así que ya me llevaban directamente a las Salesas sin pasar por Carabanchel. En estas conducciones especiales volvía de un tirón para el Puerto en el mismo día, y estuve allí hasta mayo de 1979.

Herrera de la Mancha estaba a punto de inaugurarse. Yo me salvé por un mes, por los pelos. He tenido una especie de demonio y de ángel a la zaga: por un lado, nunca conseguí fugarme, lo intenté unas cuantas veces, con todo a punto tres veces, y ninguna lo conseguí; y, por otro lado, la amenaza de celebrar el juicio (yo sabía que si se celebraba el juicio me condenaban, y esto era un peligro). Menos mal que los abogados de la época, con nosotros especialmente, llegaron a tal nivel de compromiso que incluso unas cuantas veces se «pusieron enfermos» porque ya nos obligaban a salir a los presos para asistir a juicio. Corrían el riesgo de que les multasen (en algún caso les multaron), pero asumían las multas. A los y las abogadas que nos apoyaron, con una gran generosidad y compromiso, jamás los olvidaré; estoy muy orgulloso de seguir teniéndolos como amigos tras cuarenta y cinco años. Conseguimos suspender el juicio once veces.

Finalmente, en mayo de 1979, el panorama carcelario prácticamente había entrado en un impás de represión y pacificación a través del miedo, el castigo, el aislamiento y la dispersión. A mí me trasladaron del Puerto de Santa María a Carabanchel, porque Carlos García Valdés aprobó que me llevasen a la Central de Observación, a la vez que a Miguel Sánchez García, destacado miembro de la COPEL de la Modelo de Barcelona, con el que tenía un contacto muy fluido. Según ellos, yo era un preso al que había que estudiar, mis características y morfología criminal. Salir suponía respirar un poco, poder comunicarte, aliviar el sufrimiento de alguna forma. Sabía cómo funcionaba la Central

de Observación porque varios compañeros habían ido voluntarios. No quería entrar en esa dinámica de ser observado: te hacían un test de Lombroso (creo) para ver el perfil psicológico del delincuente irremediable. Sabía que te podían destruir psicológicamente, como pasó con tantos chavales, pero a mí en ese momento me pareció positivo porque suponía salir del Puerto, que era una cárcel muy dura (aún lo es a día de hoy).

Durante el traslado a Madrid había que hacer escala en la cárcel de Jaén. Estando en el Puerto aún, antes de ir a la siesta, un carcelero, Emilio «el Patillas», me dijo: «Abróchese el botón de la camisa». El último botón..., era verano... Le miré a los ojos y dije: «Esto es una provocación. ¿Esto es reglamentario?». Cómo habían cambiado las cosas... Nosotros rechazamos el uniforme, lo tiramos, habíamos rechazado todo el tratamiento que, desde la dictadura, se mantenía para tratar a los directores de la cárcel: «Dios guarde a V. I. muchos años». Nosotros lo tachábamos, nos devolvían la instancia, la volvíamos a enviar... En las denuncias a los jueces, nada de tratamiento de «Su Señoría», siempre de usted (como máximo). Total, me abroché el botón, nos subieron a la hora de la siesta a las celdas para el recuento, y nada más cerrarnos a todos me abrió el mismo funcionario y me dio un telegrama: «Ni pío». Abro el telegrama: «Enhorabuena, Daniel, estás en libertad provisional bajo fianza de cien mil pesetas. Fdo.: Manuel Hernández Roderó». Yo no tenía dinero, pero unos compañeros de Donosti, con los que después inicié la última fase de atracador profesional, lo consiguieron enseguida. Fue llegar a la cárcel de Jaén, recibieron la orden de libertad y a la salida me estaban esperando varios amigos y abogados.

Salí en libertad de la cárcel en Jaén el 21 de abril de 1979.<sup>4</sup>

---

4. El diario *El País* lo recogió así en una nota publicada al día siguiente: «Daniel Pont Martín, exdirigente de COPEL, que ha batido el récord de permanencia en las cárceles españolas en espera de juicio (casi siete años), ha sido, por fin, puesto en libertad tras las constantes demandas de su abogado defensor y del Ministerio Fiscal».



# 11

## RECIÉN SALIDO DEL TALEGO Y CON MUCHA CONCIENCIA Y ENERGÍA

Salir en libertad después de seis años y pico. Después de esta experiencia tan intensa, de tensión, de sufrimiento pero, a su vez, de empoderamiento, de lucha, de formación..., yo salí con la cabeza... Entiendo cómo salen ahora los chavales, y ahora con mucha más razón: las condenas de entonces me parecían grandes, pero nada que ver con la infinidad de años que están en la cárcel ahora. Salen de prisión con veinte años encima; los veo y entiendo perfectamente cómo pueden estar psicológicamente de descontrolados, la incapacidad para relacionarse de una forma equilibrada con este mundo «libre», la dificultad para gestionar sus afectos o su comunicación de una forma inteligente y práctica.

Yo salí más o menos así. Y mis amigos no tuvieron nada menos que la ocurrencia de que fuéramos al cabo de Gata en Almería, que entonces era un sitio virgen, paradisíaco, una cosa impresionante. Lo primero que hice cuando me subí al coche fue bajar la ventanilla porque necesitaba respirar oxígeno puro. Nada más llegar allí había un grupo de amigos, todos en bolas, fumando porros..., y dije: «Esto no puede ser. ¡Pero bueno!». Yo hacía años que no veía a una mujer de verdad

desnuda (no en las revistas), y hacía años que no tenía una relación, que no fumaba... (bueno, porros sí, aunque había decidido que los porros los administraba, porque me dejaban demasiado relajado y yo era activo, físico, energético).

Allí estuvimos unos días por La Isleta del Moro, en el hostel Casa Emilio, que sigue funcionando todavía. Con este grupo de amigos allí, pues disfrutando de la libertad y yo tratando de gestionar un poco todas mis emociones caóticas; tenía muchas dificultades. Tenía mucha energía, especialmente en la mirada, que yo notaba que era agresiva. También me costaba expresarme, porque tenía un caos que no me permitía mirar y estar como estoy ahora (todo ello propiciado por la cárcel, los malos tratos, la tensión). Tenía mucha carga de agresividad acumulada y había perdido el hábito de comunicarme serenamente; hablaba con mucha imposición. Fue gracias al apoyo de la gente que tuve la suerte de que cayese en mi vida, del tiempo y de la educación progresiva que pude volver a tener una mirada positiva. Esos días estuve muy perdido y me costaba mucho integrarme y participar, pese a que sabía que estaba arropado y había mucha comprensión. Recuerdo dar paseos solo, contemplar el mar, los espacios abiertos y la naturaleza; buscar la soledad por momentos.

A los días yo volví a Madrid y contacté con un militante de la COPEL que era trotskista, el Trosko (que ahora es abogado en Toledo). Este me llevó a casa de mi madre y estuve con ella unos días, pero yo quería ser autónomo. La relación con ella nunca fue una relación fluida. Yo nunca sentí ese cariño de madre e hijo, y creo que ella tampoco lo sintió (fui un hijo no deseado, como tantos otros, y en la época, dada su situación y la ausencia de padre, fue propicio para que fuese así). A la semana de estar en Madrid, el Pichuelas me dijo que había una fiesta en su casa y que fuese. Yo no me enteré y, por lo visto, era una fiesta en mi honor, algo por lo que aún sigo infinitamente agradecido a Manolo (hasta había un grupo, La Teta Atómica, tocando en un escenario).

Entonces, pues nada, un pedo impresionante, hasta arriba, y de pronto, me veo ahí bailando con un grupo de chicas. Yo ya

tenía que tirarme al ruedo, porque estaba loco por follar, pero tenía dificultad para relacionarme. Como había estado seis años con la sexualidad bloqueada y con dificultad de realización sana, tenía dudas, tenía complejo. Recuerdo que vi a una de ellas, B., arquitecta y amiga, y, bueno, le dije: «Me gustaría acostarme contigo, ¿qué te parece...?» (así de brusco me salió). Entonces nos acostamos y, de pronto, veo que por la habitación donde estábamos empieza a desfilar gente. Yo creo que me consideraban a mí como un mono y a ver qué se cocía ahí, porque claro, después de seis años, pues pensarían que era un verraco. Mi iniciación había sido con una prostituta en Málaga y poco más, porque entré con diecisiete, salí con veintidós y entré con veintitrés. En ese menos de un año estuve con una chica, así de manera más o menos oficial, una peluquera de Cuatro Caminos, pero no hicimos mucho. Así que fue ahí cuando me estrené a nivel de sexualidad más o menos normal. Después de esa fiesta, y de estar un poco por Madrid, me fui a Euskal Herria.

Se había iniciado la operación de castigo que supuso la inauguración de la cárcel de Herrera de la Mancha y se decidió, con el grupo de abogados que apoyaba a la COPEL, poner en marcha una campaña de denuncia por las torturas en esa prisión. Por otra parte, como estábamos muy frescos todavía con la lucha de la COPEL, y de alguna forma éramos un poco «personajillos» todavía, nos invitaron a mí y a Agustín Moreno, otro compañero de la COPEL, a participar en charlas en varios sitios. Recuerdo una charla en el Ateneo de la Coruña y otras jornadas en la Facultad de Filosofía de Zorroaga, en Donosti. Yo Euskal Herria lo tenía un poco mitificado dentro de la cárcel, por los amigos militantes de ETA, pero luego vi que había una energía muy diferente a la del resto del Estado, y en ese momento histórico... Al poco de salir, me invitaron también a Astigarraga, en Gipuzkoa, a unas jornadas informativas que se hacían en el frontón de la localidad del pueblo, junto con Miguel Castells (que era uno de los abogados de entonces del movimiento abertzale), Patxi Iturrioz (que era un dirigente del Movimiento Comunista de Euskadi) y demás. El



Daniel es libre.



Daniel con su madre en Madrid,  
en 1979 después de haber salido en  
libertad.

Esta acción se une a la anterior querrela presentada por 36 letrados

68(2)

## Noventa abogados denuncian ante la Audiencia presuntas torturas en Herrera de la Mancha

13

Noventa abogados de todas las zonas del Estado presentaron ante la Audiencia Nacional una nueva querrela contra el director, subdirector, tres jefes de servicio y diecisiete funcionarios de la cárcel de Herrera de la Mancha por torturas, coacciones, violaciones de correspondencia y privaciones indebidas a presos del citado centro penitenciario. Con éstos son ya 145 los abogados que han denunciado el trato a los internos en Herrera o se han querrelado contra los responsables de la cárcel.

Según informó un grupo de letrados, la querrela se presentó ante la Audiencia Nacional, dada la trascendencia del tema y la ideología. Esta de medios para instruir un sumario al respecto, demostrada por el juez de Manzanares, Eduardo Hijas.

Fuentes de los abogados denunciaron, asimismo, la nota policial distribuida hace unos días por el Gobierno Civil de Madrid, en la que se daba cuenta de la denuncia de ocho presuntos delincuentes de los que se denunció encartado en el Juzgado de Instrucción y Juzgado de Instrucción de la Audiencia de Herrera de la Mancha (Copel) dentro cuando estaba en su casa.

Según los letrados, las acusaciones que se hacían a este grupo de detenidos era haber cometido un supuesto asalto, vender algunas cantidades de hash y tener dos pistolas. La nota policial afirmaba que uno de los detenidos tenía documentación de la Copel «el más actual de ellos de hace dos años, según los abogados». Aunque posteriormente se dijo que los detenidos tenían planeado secuestrar a algunos jueces, por lo que pasaron diez días en poder de la policía al aplicarse la ley antiterrorista, uno de los letrados presentes informó que el asalto fue remitido por la policía al juez central. «No hace ni remotamente alusión a esos hipotéticos secuestradores, por lo que tal asalto fue remitido por el juez central al juzgado de instrucción ordinaria, dada la escasa consistencia de aquél».

«Durante los diez días de detención, los interrogatorios policia-

les se centraron en la cárcel de Herrera de la Mancha y en los posibles conocimientos que los denunciados tuvieran de los abogados que presentaron la querrela contra los funcionarios de la prisión».

Los letrados hablaron también sobre un irris de la agencia *Europe Press*, del pasado día 27 de febrero, según el cual la policía perseguía posibles vínculos entre los detenidos como presuntos miembros de Copel y GAPEL (Grupos Armados de Presos en Luchá) y *Algunos* abogados. A juicio de los querrelados, como los funcionarios de Herrera, las fuentes de la noticia provenían de círculos policíacos y no policíacos. «Hay dos grupos de políticos», dijeron, «que se están jugando la hierba bajo los pies a Francisco de Asís Pastor, jefe superior de policía de Madrid, y van contra la democracia de forma encubierta. Ellos pretenden hacer un montaje de cierta envergadura para evitar que el asunto de Herrera de la Mancha siga adelante».

### Resucitar a Copel y GAPEL

«Las suposiciones de que algunos abogados estaban encubriendo o colaborando con grupos o bandas armadas, parten del Gobierno y se de hace unos meses», dijeron los letrados. «En un momento de baja de la imagen policial por las demostradas conexiones de algunos de sus miembros con la ultraderecha, necesitan jugar sucio con los

abogados que no estamos dispuestos a callar. Por eso se ha inventado el intento de resucitar a Copel y GAPEL y no quiere admitir que la tortura sigue siendo una práctica generalizada en el Estado. Tras la detención de esos ocho supuestos relacionados con Copel y GAPEL, el juez del juzgado central levantó acta de que dos de ellos presentaban lesiones. Y el juez más le pidió que los hiciera. Los ocho presuntos delincuentes fueron detenidos por policía del grupo armado de la brigada judicial».

Los abogados mostraron declaraciones de los presos sobre torturas en Herrera de la Mancha e hicieron un resumen de las épocas por las que había atravesado el tema de este centro, desde el final del mandato de García Valdés como director general, «con los intentos de mantener que nuestras denuncias proveyeran de enfriamiento con él, por lo que hablamos ido a Herrera a dar un puño penitenciario», como decía el propio García Valdés.

La segunda etapa fue la petición de tres millones de pesetas de fianza para admitir la querrela de 20 abogados y las negativas del juez Eduardo Hijas a admitir los procesamiento de seis funcionarios, pedidos por el fiscal. Dentro ya de la tercera etapa se pretendían demostrar conexiones entre abogados y presos. Finalmente, habría que resucitar las declaraciones del nuevo director general de Instituciones Penitenciarias, Enrique Galavís, hace unos días, en las que explicaba por qué estaba al frente de las cárceles un ingeniero electromecánico, como en él y no un jurista. Decía que hay que construir «ajones de hormigón armado». No puede negarse que Galavís es el López Rodó de las cárceles, el hombre del desarrollo cambiante a quien sólo le interesa construir edificios.

Noventa abogados denuncian en marzo de 1980 la práctica de torturas en la prisión de Herrera de la Mancha.

**aquí se**  
**HA**

**manifestación**

**8 tarde**  
**MIERCOLES,**  
**12 DE DICIEMBRE,**  
**A. MARTÍN - c/ ATOCHA - CARRETAS**

**CONVOCA**  
**Comisión Permanente contra**  
**la Tortura**



Convocatoria de manifestación en la Dirección General de Seguridad

frontón estaba lleno hasta arriba de gente y, detrás de la gente, a cierta distancia, lleno de picoletos antidisturbios, de *jeeps* y tanquetas. Estar ahí hablándole a la gente fue para mí un momento mágico. Me dije: «¡Buah! Que esta gente, tanta gente, quiera escuchar... Aquí hay que aprovechar y meter caña y, todas las posibilidades que se den, aprovecharlas».

En esta línea, más tarde, en diciembre de 1984, se hizo la primera semana contra la tortura en el cuartel del Conde Duque en Madrid. Vino mucha gente: Eva Forest de Euskal Herria, uno de los abogados de la Baader-Meinhof, etcétera, para denunciar el nuevo modelo penitenciario de máximo control, el sistema modular (que conlleva otra forma de relación con los presos por parte del equipo técnico y directivo de cada cárcel), y la sustitución de la tortura física de la dictadura por la tortura blanca de la democracia: el aislamiento, la dispersión... De estas jornadas surgió la Asociación Contra la Tortura, que se personó como acusación popular en los casos de los GAL, del Nani y de Lasa y Zabala (ahora es la Coordinadora para la Prevención y Denuncia de la Tortura, que preside Jorge del Cura y que ha sido Premio Nacional de Derechos Humanos). A los pocos días se convocó una manifestación ante la Dirección General de Seguridad para denunciar que ahí se seguía practicando la tortura. No llegamos a la Dirección General de Seguridad porque la policía nos dispersó, pero fue una manifestación bastante potente, unas diez mil personas, y llenamos bastantes sitios de Madrid con pancartas de denuncia contra la tortura. En fin, que el activismo contra la tortura en esa etapa fue bastante intenso, y yo me incorporé muy fresquito, recién salido del talego y con mucha conciencia y energía.

Siempre me ha parecido fundamental que el mensaje de lucha y de denuncia, sobre cualquier problema social, llegue al máximo de sectores posibles. Especialmente cuando afecta a colectivos estigmatizados, como era el caso de la COPEL. Creo que es la única forma de conseguir reconocimiento y una transformación de la institución, en este caso. El contexto de la «Tran-sacción» era de activismo político muy intenso, con la lucha de la dictadura aún reciente, y había apoyo de los intelectuales

y de los medios de comunicación, y muy especialmente del mundo libertario. Toda esta gente era clave porque comprendían la legitimidad de la lucha, la apoyaban y eran una buena cadena de transmisión.

Al poco de salir de la cárcel fijé mi sitio de residencia en Donosti, en Euskal Herria. En esos años cualquiera de la parte vieja podía ser un colaborador de ETA o de algún grupo autónomo. Cualquiera. Pronto me localizó un militante autónomo libertario, Manu Urionabarrenetxea (que años más tarde, cuando formó parte de un comando de ETA, lo mataron). Había un grupo activo por la zona de Bizkaia que editaba la revista *Askatasuna*, y otro que todavía funcionaba de forma muy incipiente en determinadas localidades de Guipuzkoa. Un día, tomando unos vinos con unos clientes asiduos de los bares de la parte vieja, un chaval que yo conocía porque el Pichuelas le llevaba un sumario me dijo: «Hostias, enhorabuena, que sabemos que estás por aquí... Queremos saber si quieres colaborar con nosotros en la revista». «Sí, sí, sin problemas». A la siguiente: «Hostias, que nos hemos enterado de que conoces las cloacas de Carabanchel». Les hice un plano a lápiz, recuerdo. Las dinámicas de captación iban así, de menos a más.

Al mudarme allí me estuve quedando unos días en casa de los padres de un compañero de la COPEL, con sus padres (muy solidarios), su mujer y la niña pequeña. Pero claro, yo necesitaba ser autónomo y tener capacidad económica, y se lo comenté a él, al Pulpo, y me dijo: «Pues si quieres nos hacemos una sucursal». Miramos una sucursal que había en la rambla de Donosti, y nos hicimos una limpieza. Nos llevamos un millón y poco de pesetas, muy poco dinero en la actualidad, pero con lo que entonces podías defenderte unos meses para pagar el piso, comer, organizarte. Lo puedo contar porque ya ha prescrito.

Con unos compañeros ya nos organizamos para ir realizando algún trabajo. Éramos unos seis, aunque la estructura fundamental la formábamos mi amigo y yo, y había algunos comodines intercambiables. Había un par que estaban un poco grillados, medio paranoicos. Uno de los conductores tenía un grille porque era seguidor del gurú Maharaji, hasta el

punto de que se hacía algún atraco y se iba a Estados Unidos a llevar flores (se jugaba la libertad por esto). El otro conductor era muy bueno, aunque era un poco cagado y seguramente no hubiera respondido en situaciones complicadas. En este sentido, solo había un perfil del que no me fiaba para hacer trabajos, que era el yonqui de heroína. Cuando se dan situaciones de tensión, la gente que está enganchada no lo soporta y se salen del plan, dan el cante, etcétera.

El salto cualitativo de la primera etapa de atracador a esta fue salir de la cárcel con odio social y con la urgencia de cuando sales de prisión, que si no tienes apoyo eres carne de cañón, y es fácil reincidir. Yo tuve la suerte de tener a estos compañeros. Lo mítico en esos ambientes era que dabas el palo y te montabas un pub o un bar y vivías del negocio.

Nosotros llevábamos una dinámica de hacer atracos rápidos, bastante bien, con bastante nivel, pero decidimos cambiar a la dinámica de hacer los atracos a las sucursales por el sistema de apertura. Básicamente había dos sistemas. El rápido, el sistema de limpieza, era: entrabas a la sucursal y te llevabas el dinero de la ventanilla al público. Estos generalmente eran de menos envergadura, a no ser que fuesen bancos grandes, con varias ventanillas (pero eso aumentaba el riesgo y el tiempo). Empezamos a hacer de apertura, que eran con los que más dinero sacabas. La apertura era: tú cogías o a la señora de la limpieza, que era la primera persona que abría la sucursal, o al primer empleado que entraba en el banco, antes de abrir al público, claro. Esto significaba que tenías que esperar dentro del banco como una hora aproximadamente. Generalmente interveníamos tres o cuatro (uno de nosotros, el conductor, no entraba nunca). Si éramos dos o tres dentro, la dinámica era hacer pedagogía con los trabajadores: «Contra vosotros no tenemos nada. Tenéis que seguir unas pautas de tranquilidad, de funcionamiento normal, como cuando trabajáis cada día: si suena el teléfono, lo cogéis, respondéis, dejáis las cortinas abiertas. Si cumplís está dinámica no va a pasar absolutamente nada, no vais a sufrir, solamente este momento de tensión. Nos llevamos el dinero, nos llevamos algún DNI de vosotros, el del director a ser posible, y *c'est fini*. El DNI

llegará a tu casa, lo echaremos en el buzón». Todo esto era posible porque había trabajadores de sucursales que nos pasaban información. Teníamos uno en concreto, del banco G. de la época, que nos pasaba información interna como por ejemplo que, para informar si estaban sufriendo un atraco, dejaban la cortina sin abrir del todo; si abrían del todo, no pasaba nada. Existía otro sistema que consistía en coger en su casa al apoderado, o al interventor, y quedarse con la familia dentro de la casa, pero esto era mucho más arriesgado y requería una preparación más en condiciones (ETA hizo algunos atracos así).

Nunca tuvimos ningún problema en esa época. También es cierto que en Euskal Herria, en esos años, muchísima gente colaboraba. Nosotros teníamos a este informador del banco G., que era un vecino de mi compañero, o un fotógrafo del periódico *Egin* que también colaboraba con nosotros (como ETA tendría diferentes informadores, trabajadores de los bancos...). El fotógrafo tenía un escáner, así que iba en el coche de lanzadera y nos informaba si había habido algún atentado (porque en esos años había atentados con mucha frecuencia), si había algún control policial, etcétera. Así, cuando salíamos del atraco con el botín nos iba avisando cuando cogíamos la carretera. Recuerdo un día que nos hicimos dos sucursales, que fueron las últimas que hicimos de limpieza, en Z. y en O. Íbamos sin miedo y veíamos que dominábamos la situación. Al salir y dirigirnos ya a Donosti, el fotógrafo nos avisó de que había un camuflado de la Guardia Civil más adelante, así que nos desviamos (justo ese día habían cometido un atentado contra dos guardias civiles). Era sobre todo el ambiente que había, en el que difícilmente te delataba la gente y, además, se tenían muy claras las cosas con los bancos, que luego se ha demostrado que son unos ladrones. También tenías que tener cuidado, porque estas colaboraciones eran el eslabón débil. Te los tienes que ganar dándoles confianza, seguridad, y haciéndoles ver que si lo montas en condiciones no corren ningún peligro. Era un proceso de trabajo psicológico.

Cuando estás en estas dinámicas de sentirte con poder, la psicología te da confianza, ya que prácticamente te haces todo

y de forma relativamente fácil. Entonces es fácil empezar a descuidarte, a perder la disciplina, que es fundamental. Yo he valorado mucho la libertad y cuando entras en estas dinámicas estás en el filo, así que aprendí a actuar como una pantera, directamente. Nada de tontear con drogas, y hay que mimetizarse como un ciudadano normal si estás en la dinámica de preparar aperturas. Yo tenía claro que no estaba dispuesto a volver a entrar, pero me quedó aún más claro en un atraco frustrado en B.

Con el tiempo, al grupo de Donosti ya nos tenían controlados. Un compañero de la COPEL de Carabanchel tenía relación con un confidente y con industriales. La figura clave ahí era un traidor, Jaime Mesía Figueroa, conde de Romanones y tesorero de Acción Ciudadana Liberal (partido que se fundó en 1977, y cuyo presidente era José María de Areilza, conde de Motrico, un noble innoble). También fue responsable de la desaparición del Nani y del asesinato de varios grupos de atracadores por la mafia policial de los años ochenta en Madrid. Él tenía acceso a la información de industriales, joyeros, etc., y jugaba con eso. Nunca me gustó; era de estos tipos de tacto repugnante. Resulta que este ya estaba pasando información de nuestro grupo a la policía, de lo que captaba a través del compañero.

El contacto en la cárcel con militantes de ETA político-militar, con los troskos, con los GRAPO y demás nos permitió, a mí y a muchos compañeros, ir ampliando la conciencia política. La toma de conciencia siempre es progresiva y consiste en ir entendiendo las hostias que te ha dado la vida. Por otro lado, en mi caso yo tenía una fuerte romantización de la lucha de Euskal Herria, que me parecía muy vibrante. Me pasaba lo mismo con los autónomos de Italia o con la RAF en Alemania. No eran dos o tres, sino que era una generación, miles de jóvenes que creían en la posibilidad de cambio (y no solo en Europa, también en Latinoamérica). Yo sigo sin creer que pueda haber una transformación social profunda de manera pacífica: la mafia no entrega las cosas voluntariamente, eso está claro.

Yo todavía creía en la necesidad y en la posibilidad de cambio revolucionario, aunque no milité en ninguna organización, ni participé en ninguna acción, en ningún comando ni en

historias. En aquella época yo era una persona conocida por los colectivos de presos políticos vascos y también por la nueva hornada de gente joven, sobre todo entre algunos colectivos anarquistas. Hay que entender que era la época de los Pactos de la Moncloa; de la traición de los sindicatos oficialistas, que se convirtieron en una correa de transmisión de la patronal; una época de fuertes movilizaciones y huelgas.

También hacía poco que en Euskal Herria se había puesto en marcha la Alternativa KAS. A mí me hubiera gustado que se hubiera explorado más la vía autónoma y asamblearia. En Azpeitia se constituyó una comuna anarquista, en un caserío, y organizaban resistencia. Estos pasaron olímpicamente de las alternativas que había allí, casi todas de corte marxista-leninista, y optaron por la vía autónoma, con asambleas, consejos y sin organización jerárquica ni excesiva importancia a la vía militar. Para mí fueron los grandes incomprendidos de Euskal Herria, pero entre que los mataron y que andaban algo dispersos, no fueron capaces de crear su propio discurso unitario.

Por la época, fruto de los contactos de la parte vieja de Donosti, el hermano de un compañero de la COPEL, ya fallecido, organizó una cita con un par de militantes de los autónomos anticapitalistas para que, a su vez, les presentase a Jean-Pierre en París y que hablasen de lo que tuviesen que hablar.

Yo me había echado una novia en Santander y a veces me quedaba en casa de unas amigas que trabajaban en el hospital Marqués de Valdecilla (estaba en un momento de muchas novias: había superado ya, digamos, la primera fase y necesitaba realizarme sexualmente, así que estuve en una etapa desenfadada). Una de ellas me pasó la información del día que pagaban las nóminas del hospital, donde trabajaban cientos de trabajadores y trabajadoras con nóminas potentes, así que sabíamos qué día iba a estar la nómina en la sucursal. Un día, asomándome al balcón de la casa, que daba a una placita pequeña en Santander ciudad, veo que llega un furgón blindado, bajan dos seguratas, cada uno con dos maletas y dos bolsas, y pensé: «¡Buah! Qué interesante, esto hay que seguirlo...».



Con Jean Pierre Hellegouarch, amigo y compañero desde mi estancia en el penal del Puerto de Santa María.



En noviembre de 1980, con Brigitte.

Decidí dejar la casa de estas amigas y me hospedé en un hostel con un carnet falso. Yo tenía una motillo, una Moby-lette, tenía una pegatina de una comparsa del Movimiento Comunista de Euskadi (EMK) que se llamaba Txantxangorri, que es «petirrojo» en euskera. Todavía no dije nada a nadie y con mi motillo empecé a seguir la ruta del furgón. Vi que recogía el dinero de diferentes sucursales a última hora de la mañana y llegaba a Correos de Santander, que está relativamente cerca de la calle de Emilio Botín. Los seguratas bajaban del furgón, se metían al garaje y entraban en el subterráneo del parking. Iban con las manos ocupadas: buena señal, no podían tirar de pipa. Siguiendo con mi labor de investigación, me metí. Al fondo había un ascensor, en una zona oscura, y había un vigilante en una garita de entrada (pero un vigilante normal, no de seguridad, sino un empleado del Banco Santander). En el patio de operaciones del búnker entregaban el dinero, la contabilidad, el recibí y se iban. Me metí en el parking y vi la logística: era factible coger al empleado y amordazarle sin hacerle daño, utilizar sus ropas y disfrazarse en la oscuridad. En la logística íbamos a intervenir seis.

Paseando un día con la novia que tenía en Santander, me vio que miraba el furgón y me dijo: «Ah, ¿conoces a...?». «No, ¿tú conoces al...?». «Sí, este es guardia civil, es hermano de tal». «¡Ah! Hostias, vale, vale». Así descubrimos a uno de paisano, que cuando llegaba el furgón se acercaba a saludar: era la retaguardia. Certificaba que el furgón llegaba bien, sin novedad, hablaba con el conductor y el copiloto, daba el visto bueno y se retiraba. Así que la clave estaba en ocupar el garaje antes de que llegasen los del furgón, neutralizarlos, reducirlos y amordazarlos sin bronca (no podían utilizar las armas) y, con dos cubos de basura, subir disfrazados de basureros con el dinero en los cubos. Desde hacía tiempo habíamos aprendido que para determinadas acciones era fundamental la astucia, el coraje y el corazón, pero la astucia sobre todo. ¿Cómo lo hacemos? Como la fuga de los Orsini, dentro de los cubos. Bajas a sangre fría disfrazados de basureros con los cubos y así es imposible que te detecten luego subiendo con los cubos cargados con el

botín. La clave era que no hubiese ninguna bronca en el garaje, ya que así los de arriba ni se enteraban y los dos de apoyo no tendrían que intervenir (en este caso, habría que desarmar al picoleto de paisano). ¿Qué pasó?

# 12

## AHÍ ENTENDÍ EL MECANISMO DE LA TORTURA

Mesía Figueroa tenía información de que yo estaba en Santander, y mi compañero me dijo un día por teléfono: «Le estamos preparando una fosa al Mesía Figueroa porque hemos descubierto que es un confidente». Y yo le dije: «A mí no me digas nada, y menos por teléfono». Ya se había aprobado la ley antiterrorista, la intervención telefónica... Teníamos detrás, sin saberlo, al grupo antiatracos de la mafia policial. A primeros de 1980 convocamos una reunión en Madrid del grupo que íbamos a hacer el atraco al furgón del Banco Santander. Me estaba quedando a dormir en un apartamento que había alquilado un compañero cerca de la Gran Vía, en la calle Tres Cruces. Estaba yo falsificando un carnet de conducir (que con los de entonces estaba chupado)<sup>1</sup> y para dormir éramos cuatro, pero solamente había una habitación, así que dos dormían en la habitación y otros dos dormíamos en el sofá. A eso de las

---

1. Había un par de falsificadores conocidos como «los Plumas». Uno de ellos era el padre de un policía nacional corrupto que trabajaba en una comisaría de Madrid. Te conseguían los DNI en blanco. Luego tú le ponías el nombre con la letra tipo, la foto, le ponías la huella encima, lo firmabas y lo plastificabas. Era muy fácil. Eran caros, eso sí: unas doscientas cincuenta mil pesetas. No todo el mundo podía tener ese dinero. «La excepción nunca ha sido excepción», que decía Barrionuevo.

tres o las cuatro de la mañana del 6 de febrero de 1980 nos despertó con un ruido enorme el grupo de la mafia policial, del grupo primero antiatracos de Madrid, que entró en el piso reventando la puerta disparando con unas escopetas de caza. Pues nada, detenidos. Hacía un año escaso, ocho meses, que había salido en libertad.

Nos llevaron a la Dirección General de Seguridad, que estaba al lado, a torturas. Nos aplicaron la ley antiterrorista (fue al primer grupo de delincuentes sociales o comunes al que se la aplicaron, provocando que Juan María Bandrés exigiera en el Parlamento una explicación de por qué se nos había aplicado la ley antiterrorista sin ser presos con intencionalidad política). Diez días incomunicados. Fueron las torturas más fuertes que yo he sufrido: profesionales, tecnificadas. Ahí entendí el mecanismo de la tortura, que ya tenía claro teóricamente, pero que comprendí entonces sufriendolo en carne propia. Me aplicaron, sobre todo los seis primeros días, el quirófano; el casco; no dejarte dormir poniendo música a todo volumen; la sesión de interrogatorio a las tres de la mañana cuando intentabas recuperarte y te sacaban de la cama de cemento frío llena de sangre a gritos y con golpes. El quirófano: una mesa alargada, tú estás tumbado y esposado, un policía nacional sentado te está cogiendo de los brazos y el otro, sujetándote las piernas. La tortura la enfocaban golpeando con puño americano el plexo solar. De golpearte el plexo solar llega un momento que el dolor se expande y llega a dolerte todo el cuerpo (esto seguro que lo habían estudiado con algún médico). Llega un momento en que cada mínimo movimiento que haces te duele. Y los genitales. El policía que estaba sentado abajo me abría las piernas y, venga, a los genitales. Cuando llevabas toda la noche recibiendo, con chulería te decían: «Tranquilo, no tenemos prisa. Nos vamos de putas». Entonces, empericaos, se iban de putas. «Nosotros descansamos. Ahora te bajan los compañeros al calabozo y ya verás cómo te empieza a doler, te vas a enterar... Y luego, cuando volvamos desahogados, seguimos». Los vagos y maleantes eran ellos. Ascenso meritatorio, brillante servicio, recompensas económicas. Recuerdo especialmente a estos policías de

la mafia policial: Victoriano Gutiérrez «el Guti», Francisco Aguilar «el Peque» y José María Pérez-Reverte «el Cartago». Dirigiendo los duros interrogatorios estaba el comisario jefe Francisco Javier Fernández Álvarez.

Todo su interés estaba en que me responsabilizase, yo y mis compañeros, de las armas que habían descubierto por la confesión de un antiguo compañero de la COPEL que también tenían detenido. Había confesado que estaban en casa de esta novia mía, arquitecta (no había necesidad de decir lo de esta mujer. De hecho, por esta confesión ella lo pasó muy mal unos días en la cárcel de Yserías. Me sigue pesando que por su solidaridad tuviese que pasar por eso). Querían que me hiciese responsable de la preparación de algún atraco, porque no llegaron a conseguir identificarnos en la comisión de ninguno, pero sí habían encontrado las armas. Eran tres revólveres brasileños Taurus sin estrenar, de cañón corto, que yo había conseguido a través de unos amigos de París. Con la osadía que teníamos en la época, el día de Nochebuena pasamos andando por el paso fronterizo de Hendaya, saludando a los policías que estaban en la garita, con unas botellas de champán en la mano y ofreciéndoles un trago. Yo llevaba dos revólveres en los genitales y mi compañero uno en la pierna.

Estábamos en los calabozos de la DGS, incomunicados por la ley antiterrorista y, en esos momentos en que los torturadores se iban, el Pulpo y yo hablábamos a viva voz, gritábamos, silbábamos (me aprendí el *Eusko gudariak*), lo que fuese... Por las preguntas que me hacían y los comentarios, intuyo que sabían cosas, que tenían algunos datos, por la información que les había pasado el traidor de mierda este —el Mesía Figueiroa—, pero en concreto no sabían nada; daban palos de ciego (ni siquiera mencionaban nada de mi encuentro con los autónomos —luego supe que mientras estaba en la cárcel investigaron a ver si llegaban a algún contacto fuerte para desarticular algún comando—). Estas torturas eran peor que la situación en la cárcel, incluso en aislamiento. Con la policía es una forma profesional, fría, calculada y orquestada, puesto que participan varios intervinientes de la cadena de transmisión policial-judicial

(policías, funcionarios, médicos, jueces...) de una forma consciente. En el aislamiento carcelario sufres, pero tienes cierta autonomía (te puedes mover).

El sexto día tenía todo el cuerpo dolorido y me hice responsable. Dije: «Les tengo que dar algo a estos para que aflojen un poco, porque si no, estos cabrones me van a matar...». Al sexto día, el médico ya me llevó Thrombocid, una pomada antiinflamatoria, porque en esos cuatro días que faltaban para cumplir los días de la ley antiterrorista, antes de que me viese el juez, los hematomas ya cambiaban a tono amarillento. Yo firmé que había traído las armas y no acusé a nadie más, y también que estaba preparando un atraco, que es tentativa. Mis compañeros también se hicieron responsables de la preparación del atraco y dos de ellos me acusaron a mí de haber traído los revólveres. Ese ciclo: ley antiterrorista, médico, Audiencia Nacional... y un juez joven, influenciado (que compra todo el relato policial y la mecánica de funcionamiento policía-aparato de justicia) nos decretó prisión.

## Y HASTA AHORA NO ME HAN VUELTO A VER

Nos llevaron a Carabanchel y estuvimos ahí unas semanas. Por el camino no sentía ni la muñeca ni una parte de la pierna, que de las torturas habían quedado insensibilizadas. Ahí entendí que en determinadas torturas llega un momento en que el sistema nervioso se bloquea y no sientes nada. Yo, por medio de mi abogado y amigo el Pichuelas, me enteré de que estos dos compañeros me habían acusado. Con uno de ellos lo hablé y lo reconoció. El otro, el que era amigo de Mesía Figueroa, me decía que no. Entonces le dije: «Mira, tengo una copia de tu declaración. No es por nada, no hay superhombres, todos tenemos nuestros límites, pero G., el otro compañero, reconoce que me ha acusado. Yo no os he acusado a ninguno de vosotros; me lo he comido yo solo, y es fundamental que tú me digas la verdad para yo saber a qué atenerme. Si insistes en que no, hago mil fotocopias de tu declaración que voy a distribuir aquí en Carabanchel para que sepan que no eres tan trigo limpio».

De ahí me llevaron al Puerto de Santa María, a aislamiento, en el telón de acero. Ya habían conseguido reimplantar la dinámica del control en las prisiones, del miedo, de la sumisión, de la disciplina casi militar. Había desaparecido todo rastro de la COPEL, de solidaridad y de colaboración colectiva que no

fuese espontánea. Yo tenía una novieta euskaldún con la que empecé a aprender euskera, Itziar, periodista que escribía en una revista que se llamaba *Zeruko Argia* (era una revista de la Iglesia también, tipo marxista). Teníamos acceso a que nos enviasen todas las revistas que se editaban todavía en la época: *Bicicleta*, *Ajoblanco*, *Ozono*... Surgió una revista que se llamaba *Vindicación Feminista*, que era el origen del feminismo organizado, y conseguí que me enviasen una suscripción gratuita. Me di cuenta de que era fundamental no perder la perspectiva de lo que pasaba en el mundo en libertad, al menos teóricamente. Tienes una formación, más o menos machista, está claro, y dices: «Hostia, hay que civilizarse, está claro, porque no puede ser esto». Esta revista para mí era fundamental para entender un poco por dónde iba la evolución del feminismo entonces incipiente.

G., que me había acusado, hizo un pliego de descargo en el que decía que lo había hecho fruto de las torturas policiales que él también sufrió, y en el que decía que había sido él exclusivamente. Como se hizo autor de haber traído los revólveres, a mí me dejaron en libertad provisional. En el final de mi estancia en Puerto ya había pasado a régimen de vida mixta, aunque nos dejaban salir a un patio muy pequeño en el que prácticamente solo había antiguos miembros de la COPEL o gente con un pasado carcelario conflictivo. Había bastantes catalanes, de esa generación de atracadores que tenían un perfil muy determinado: gente muy bragada, lanzada, que tonteaba con la heroína. Hay un libro muy bueno sobre esto, en el que se narra el perfil de este tipo de delincuencia social.<sup>1</sup>

Yo tuve la suerte de que tenía visitas frecuentes de abogados: venía a verme desde Madrid mi abogado Manolo, y si había algún abogado de Andalucía que iba a ver a alguien al Puerto, pues de paso me llamaba a mí. Algún abogado también de Euskal Herria, Juan Cruz Unzurrunzaga,<sup>2</sup> abogado de la COPEL, de

1. Carles Quílez, *Atracadores*, Cossetània, Barcelona, 2002.

2. Abogado, miembro de ETA político-militar, mánager del grupo de teatro Els Joglars, miembro de la plataforma antinuclear de Lemóniz, galerista de arte. Junto con Bixente Ameztoy, fue autor de las fotografías,

Donosti. O Alberto Ruiz Secchi, que me envió a un buen amigo ácrata madrileño con el que compartí unos cuantos paseos en la cárcel de Carabanchel: Antonio Pérez. Sentirte protegido y arropado te permite a su vez dar la cara en casos de malos tratos, que de nuevo estaban empezando a producirse.

Cuando mi abogado me mandó el telegrama diciéndome que me iban a dar la libertad, le dije al funcionario, al Pantera Rosa, que me abriese para ducharme, porque tenía derecho a ducha cuando me iba a ir en libertad. Me dijo: «Eso lo dirá usted, que se va en libertad». «Hombre, ya está el telegrama». «Esto a mí no me dice nada». «Vale, pero cinco minutos antes de que me den la orden de libertad me tendré que duchar porque yo, no sé..., tengo que ducharme y demás». Bueno, me abrió, me duché, y al poco vuelve a aparecer el torturador este, hijo de funcionario de prisiones (en fin, transmisión de la sensibilidad torturadora de padres a hijos). Me abrió, cogí las cuatro cosillas que podía sacar (una maleta roja con material de la COPEL, algún escrito, encuestas, poemas..., el resto lo dejé para los compañeros que se quedaban ahí dentro) y me dijo: «Bueno, hasta pronto». Y yo le dije: «No, hasta pronto no. Hasta pronto, tú. Tú pasado mañana vienes aquí; yo no; no me verás». Y hasta ahora no me han vuelto a ver. Han pasado cuarenta y cuatro años desde entonces (luego tuve un tropiezo, una acusación infundada por parte de la mafia policial en 1985, y estuve catorce días, se demostró mi inocencia y no me han vuelto a ver el pelo dentro de esos infames antros).

Con Herrera de la Mancha ya inaugurada como parte del plan de construcción de nuevas prisiones, se había hecho la campaña de denuncia a la que se sumaron unos noventa abogados del Estado español. Las torturas en esta cárcel se descubrieron desde el principio. Esta cárcel se usó para llevar a presos militantes y a algunos destacados de la COPEL, y la dirección de Instituciones Penitenciarias pidió funcionarios voluntarios, y se

---

tomadas por la noche en el cementerio, donde se podían ver las intensas señales de tortura que sufrió Joxe Arregi en la Dirección General de Seguridad de Madrid.

presentaron bastantes con ganas de revancha. Tuvieron a los compañeros aterrorizados durante un mes a base de palizas casi diarias. Tanto allí como en la DGS, antes como ahora, son estamentos herméticos fuera del control democrático, donde se hacen fuertes y se atrincheran; donde son los amos y señores de vidas humanas. Son necesarios para el Estado de desecho que tenemos, y con el tiempo son conscientes de su fortaleza e impunidad, por lo que se sienten seguros en sus acciones. Si no, no actuarían como actuaron y como actúan. El corporativismo actual de los funcionarios de prisiones tiene un poder de presión muy eficaz, parecido al policial, pues son conscientes de que los gobiernos los necesitan para mantener la supuesta paz social mediante la represión y el control carcelario.

A raíz de lo que estaba pasando se hizo la primera acción popular de presentación de acusación popular (hay un libro bastante bueno donde se relata todo el procedimiento de la campaña de denuncia popular contra la tortura, que fue todo un símbolo del inicio de la democracia y de la consolidación de la Transición).<sup>3</sup> El juez de Herrera de la Mancha, Eduardo Hijas, un juez ultraderechista de La Mancha, fijó una fianza para la primera acción popular de tres millones de pesetas, que era bastante dinero en la época. Editamos unos bonos, de cien pesetas cada bono, y una amiga, Marga, que fue secretaria de Tierno Galván, contactó con artistas y galerías de arte y se hizo una subasta colectiva en plena ola de la movida madrileña (que también fue solidaridad y lucha). Se hicieron dos conciertos gratuitos y solidarios de Nacha Pop, de Kaka de Luxe, de Radio Futura..., grupos punteros de la época que participaron solidariamente. Uno en el teatro Martín de Madrid y el otro en el cine París de Vallecas. Se consiguieron los millones que nos pedían tres días antes de la fecha límite fijada por el juez para poder ejercer la primera acción popular. Algunos compañeros de la COPEL que estábamos libres participamos intensamente en esta campaña de denuncia y apoyo a los compañeros torturados.

---

3. Manolo Revuelta, *Herrera de la Mancha. Una historia ejemplar*, La Piqueta/Queimada, Madrid, 1980.

Distribución y compra de bonos, asistencia a juicio para apoyar a los compañeros apaleados y romper el intento de monopolizar la sala de juicio por parte de los carceleros, permitiendo al final el presidente del tribunal nuestra asistencia y la de los familiares. En las escaleras de la Audiencia de Ciudad Real tuve un enfrentamiento gestual con Barroso, el jefe de servicios de Herrera acusado de las palizas, que me amenazó con un gesto de coger la pistola que seguramente tendría en su chaqueta; le respondí agarrándome los genitales. También sufrimos la manipulación de parte de la mafia policial para tratar de involucrar a los abogados de la querrela popular en unas supuestas actividades de agitación armada, en la posterior detención y tortura que recibimos en 1980.

Cuando salí del Puerto de Santa María fui a Sevilla y estuve en casa de Manuel Gómez Casas, un abogado de la red de abogados que apoyaban a la COPEL (después sería cofundador de UPyD y coordinador de campaña de Ciudadanos..., vueltas que da la vida...). Enseguida me fui a Euskadi, donde estaba el núcleo de compañeros y donde yo me sentía mejor, por la especial energía que se daba en aquellos años. Es cierto que había una tensión especial, muy frecuente, porque ETA estaba muy activa y había diferentes grupos armados, pero había también una actividad muy intensa a todos los niveles: político, antinuclear, feminista... Yo estaba vibrante con esta energía, porque pensaba que se podía hacer la revolución allí. Luego conocí a Eva Forest, una escritora y dramaturga, compañera de Alfonso Sastre (un dramaturgo también muy puteado por la dictadura franquista y por la democracia). Eva estuvo acusada del atentado contra una cafetería de la calle del Correo, muy cerca de la Dirección General de Seguridad, y acusada también de colaboración con el atentado a Carrero Blanco. Alfonso entró en la cárcel innumerables veces, sus obras prohibidas por la censura franquista, etcétera. Estaban viviendo allí, en Fuenterrabía. Eran madrileños, pero vascos y euskaldunes de adopción.

Eva Forest, por aquel entonces, estaba recopilando testimonios de personas que habían pasado por las comisarías y cuartelillos de la Guardia Civil para hacer un buen informe con testimonios directos de las torturas sufridas en esos años.<sup>4</sup> Ella colaboraba con una organización europea que tenía bastante peso específico, no recuerdo si era la Convención Europea contra la Tortura. Recogió mi testimonio de los diez días que pasé por aplicación de la ley antiterrorista en la Dirección General de Seguridad de Madrid. Luego publicó un resumen en la revista *Punto y Hora de Euskal Herria*, que ya ha desaparecido también (como tantas en el panorama informativo de esos años de Euskal Herria y del Estado español).

Enseguida también tomé contacto con algunos abogados de la época y continué con el activismo de denuncia contra la tortura con testimonios de la situación carcelaria del momento, sobre todo en actos en ateneos y locales (especialmente por el norte del Estado español).

En esos años, a nivel de reinserción laboral, yo no tenía formación ni laboral ni universitaria. Empecé a hacer Filosofía y Letras cuando estuve en Puerto, en torno a 1973, pero hice un año y al segundo año vi que no era lo mío, porque la censura de la dictadura era brutal en el contenido de la materia de Filosofía. No llegamos a buscar un trabajo convencional (éramos del «sindicato de la mala vida»). Por un lado, era parte de nuestra psicología rechazar la explotación, y por el otro, entrabas en la dinámica de la vida fácil (aparentemente, claro). También, como que perdías puntos, reputación si te ponías a trabajar, así que la gente trapicheaba con drogas o entraba en dinámicas de atracos.

En aquella época la droga ya empezaba a circular bastante. El hachís estaba totalmente instalado en el consumo social y la coca se extendió muy rápido. La heroína también, aunque más en determinados sectores sociales. Había antiguos compañeros que se dedicaron a buscarse la vida por esa vía, pero a gran

---

4. Eva Forest, *Diez años de tortura y democracia*, Gestoras Pro Amnistia de Euskadi, 1987.

escala, con contactos, grupos de distribuidores, etcétera (no trapicheando por la calle). Un día un amigo me vino y me dijo: «Toma, te han tocado quinientas mil pesetas». «¡Guau! ¿La lotería o qué ha pasado?». «Sí, porque hemos hecho una historia y te hemos incluido a ti». «¿Y esto de dónde viene?». «Hemos empezado a mover caballo». «Repartidla vosotros, que a mí no me interesa». Ni quinientas mil pesetas ni nada, a mí esa dinámica no me interesaba. Ya estaba empezando a entrar por kilos, mucho a través de contactos de la universidad carcelaria con los turcos, e incluso algún funcionario de la cárcel de Carabanchel, como el Peque, detenido con veinticuatro kilos de heroína.

Uno de mis compañeros allí empezó a trapichear con kilos de hachís y a tontear algo con la coca. Un día, estando en uno de los bares de Donosti, un tipo vino a hablar con la novia de un compañero y, cuando se fue, le preguntamos: «Oye, este tipo ¿qué?». «Sí, un picoletto que me viene a ofrecer hachís». «Al loro, apártate. A nosotros no nos interesa que te controle, que tú tienes relación con nosotros... Tú verás lo que haces, pero no es recomendable». Al tiempo, un amigo abogado que también fue miembro del comité ejecutivo de los polimilis (lo descubrí con el paso del tiempo, aunque entonces ya no militaba) me vino: «Daniel, nada, que te quiero hacer una pregunta. Se rumorea que tu amigo el Pulpo está moviendo caballo». «¡Hostias! Caballo, no. Coca seguramente, y hachís. Pero caballo no». Porque en Euskadi en aquellos años el mundo abertzale y diversos sectores sociales empezaron a combatir a los traficantes medios y altos de heroína como forma de autodefensa comunitaria. «Bueno, si ves que se desvía y demás pues dale un toque, porque que sepas que le tenemos localizado».<sup>5</sup>

5. Alejandro Etxaniz, «el Pulpo», entonces amigo y compañero, empezó a enloquecer con el paso del tiempo a causa de la coca (y luego de la heroína), iniciando el camino hacia su destrucción y decadencia, hasta el punto de convertirse en una persona sin ética ni moral. Murió asesinado, seguramente por alguno de los muchos enemigos que se creó, al caer de un piso elevado de un hotel de Benidorm.

Yo, desde que estuve en la cárcel y empecé a entender cómo era lo del caballo, los estragos y la dependencia que causaba, tuve muy claro que para nada yo me buscaría la vida con el caballo. Además, por mi carácter yo era más de coca. Soy activo, energético, y a mí lo que me deja relajado, muy tirado..., no. Cuando estuve en Ocaña, a un compañero que comunicó le pasaron unas bolitas de opio espectaculares (yo dentro de la cárcel es donde he probado las mejores drogas, especialmente en Carabanchel). A mí las drogas siempre me han dado mucho respeto. Recuerdo que me tomé una bolita que me dio el compañero y pillé un globo impresionante, de tal calibre que dije: «¡Hostias! Si en este momento pasa algo o hay que dar la talla, no soy capaz. Esto no es lo mío». Creo que, entre otras cosas, por esto me salvé de entrar en la dinámica de buscarse la vida con la heroína, o de consumir y engancharse como a tantos otros les pasó.

En fin, había que buscarse la vida y estaba en el sitio adecuado. Con unos compañeros, dos de ellos exmiembros de la COPEL también de Euskal Herria, nos organizamos en un grupo de expropiadores. Aún eran años propicios por la complicidad de la gente colaborando poco o nada con la policía. De alguna forma, mi aprendizaje ha sido a nivel teórico: documentarme con experiencias, sobre todo de grupos armados, que tenían muy buen nivel de preparación táctico y psicológico, de ETA político-militar por proximidad y también de algunas experiencias autónomas: italianos, franceses, etcétera.

# 14

## EL PENÚLTIMO TRABAJO

Al poco de empezar con estos compañeros intentamos hacer una apertura en un banco en una de las plazas más importantes de una ciudad castellanoleonesa. Íbamos armados. Llevábamos incluso un simulacro de explosivos (que era un reloj temporizador) y unos cartuchos artesanos que eran de mentira, pero psicológicamente era importante porque te tomaban en consideración y había cierto respeto. Era una apertura complicada, yo estaba en primera línea y cumplía la labor más ingrata, que era la coordinación con el grupo exterior de apoyo. Justo enfrente del banco había un quiosco de prensa, y yo tenía que estar ahí pendiente de que no hubiese nadie que entrase o se escapase. La lógica era que a los trabajadores que entraban se les cogía y tenían que quedarse dentro y que no hubiese ninguna movida. Iba todo bien hasta que entró un trabajador de la entidad bancaria y agarró del cañón a un compañero que llevaba un arma. Mi compañero le dio un puñetazo para que lo soltase, pero vi que en ese momento pasó un ciudadano por la calle y se fijó en la movida que había dentro del banco, así que intervine. Me acerqué a él, le enseñé la su-puesta chapa de policía, y le dije: «Buenos días, ¿ha presenciado usted algo?». «Sí, sí, parece que hay algo en el banco, que hay

una pelea». «No se preocupe, es un operativo que tenemos montado... Acompáñeme, por favor». «No, no, ¿adónde me lleva?». «Acompáñame, que ahora se resuelve». Había un portal al lado del banco, doblando la esquina, y estaba el portero por allí cantando, fregando y tal. Vi que estaba abierto el cuarto donde tenían los útiles de limpieza, y encerré al hombre allí dentro. Nada más salir del portal vi a mis compañeros corriendo, abortado el asunto. No habían podido hacerse con los trabajadores del banco; no habían cooperado.

Empezamos a correr hacia dos coches y una moto que teníamos. El resto de los compañeros metieron las pipas en una bolsa, pero yo dije que la mía no la soltaba. Hacía escasamente un mes o dos que había salido del Puerto de Santa María, de la segunda etapa de 1980. Recuerdo ir corriendo y el sabor de la sangre aquí en la garganta, y la imagen de volver al Puerto de Santa María, de donde me había despedido hasta nunca de ese hijo de Satanás, y me dije: «Yo, con todas las consecuencias..., yo no caigo». Fue salir de la ciudad con los coches y automáticamente pusieron el control policial. Nos libramos de chiripa de no ser detenidos por un atraco frustrado más la tenencia ilícita de armas... En fin, complicaciones.

Teníamos una buena infraestructura en un camping con ambiente familiar en L. (un pueblo que está a veintitantos kilómetros de B.). Consideramos que con el perfil y la investigación que iban a iniciar pensarían que había un comando de ETA, y que no podríamos salir del camping por los controles que habría. Yo dije: «Me subo a un árbol, estoy un tiempo subido y no bajo ni de coña». Al final, mis compañeros me convinieron de que lo mejor era seguir con la actividad familiar: había un matrimonio y dábamos bien el perfil del camping. La Guardia Civil no tiró del camping (pensarían que tendríamos infraestructura dentro de la ciudad). A los pocos días salió primero un compañero con su mujer, estaban casados. La cosa se fue relajando y, al final, a los días, salimos los demás. Las pipas y un subfusil los enterramos en el campo, pero al cabo de las semanas había que volver a por el material porque teníamos que iniciar de nuevo la actividad, claro.

El tema de conseguir armas era sobre todo a través de un mercado negro que había en Portugal. Por medio de un anti-guo contrabandista que tenía relación con gente que había estado en las colonias portuguesas (Angola y Mozambique, que habían conseguido su independencia), se podía llegar a la compraventa. Le decías lo que necesitabas, a ver qué podía conseguir, y luego quedabas en persona y elegías entre lo que había. A veces podías conseguir un revólver, a veces una semiautomática. De lo que más facilidad había, mucho más que de las pistolas, era de explosivos, aunque nosotros nunca fuimos por ahí. Solían ser encuentros bastante centrados en la compra, ya que es una dinámica de funcionamiento en que se pregunta siempre lo mínimo. Cuento menos sepa, menos puede contar, y también menos sabes tú y menos puedes contar.

Ninguno de mis compañeros quería volver al camping a por la bolsa enterrada con armas, así que tuve que ir yo. Me cogí el autobús de Donosti a B. y en la estación de autobuses cogí un taxi. Era una carrera larga, así que le dije que venía a ver a unos parientes, que estaría media hora o así y que volvería a la estación (así, con todo el morro). Fui, cogí la bolsa, taxi y de nuevo en la estación de autobuses, y el autobús echando hostias hasta Donosti. Son riesgos, pero no me quedaba otra porque ninguno de mis compañeros quería volver a vivir ese mal recuerdo de B.

Hicimos el penúltimo trabajo, de apertura, un martes 13 (que los compañeros me decían que mejor lo cambiábamos para otro día, que el yuyu de martes y 13...). Se hizo en P., y para prepararlo nos estuvimos levantando cuatro días a las cinco de la mañana otro compañero y yo para hacer una labor de observación. Salíamos con una moto bastante potente de Donosti para llegar a I. sobre las seis y controlar la movilidad desde que se abría el banco (que lo hacía la señora de la limpieza). Un día nos pilló un control muy potente de la UAR (Unidad Antiterrorista Rural) de la Guardia Civil. Eran unos años de mucho activismo, de muchas acciones armadas, y era frecuente que hubiese controles en los pasos de montaña, tanto de Pirineos como limítrofes con otras provincias de dentro

de Euskal Herria. En este caso, en el alto de Etxegárate (ahora hay una autovía y ya no se pasa por ahí), nos pararon a las cinco y pico de la mañana y lo vimos complicado. Nos preguntaron adónde íbamos, dijimos que a I. a trabajar. Nos pidieron la documentación y pasamos el control. Ahí dijimos: «Ya está, ya no hay que venir más veces, ya lo tenemos bien observado».

La rutina (prácticamente todo funciona por rutina laboral) era que la señora de la limpieza entraba sobre las seis. Luego llegaba el apoderado del banco, luego los trabajadores y el director llegaba cuando le salía de los mismísimos. La logística se centraba en cómo hacer la salida de I., ya que nuestro lugar de residencia estaba en Guipúzcoa y no teníamos infraestructura en cuanto a vivienda segura en I. Ideamos un sistema que, por su originalidad, funcionó de una forma muy eficaz. Lo que aprendí en este tiempo es que, si hay que dedicarse a esta carrera profesional, hay que hacerlo bien.

Ya el martes 13 hicimos la apertura y estuvimos dentro del banco como una hora. Nosotros, aprovechando la oportunidad política y activista del momento, simulábamos que éramos un comando autónomo libertario y nos tratábamos todos con nombre euskaldún para desviar las pistas. El operativo en este caso lo dirigí yo y estuve hablando con el apoderado y el director hasta que se abrió la caja acorazada del subterráneo (es un buen rato y da tiempo para que los trabajadores te cuenten su vida). No teníamos ninguna prisa. Es fundamental tener los nervios de acero y explicar claramente la pedagogía, que te entiendan perfectamente. Tú les explicas a los trabajadores que no tienes nada contra ellos, ni ninguna voluntad de hacerles daño; que tú contra el que vas es contra el patrón que les explota. Esa es la clave. «Ya sabéis lo que tenéis que hacer: funcionar como funcionáis cada día. Si llaman por teléfono, lo cogéis, sin novedad, abris las cortinas como hacéis todos los días...». «Bueno, ¿y qué vais a hacer con tanto dinero?». «Mira, pues entre otras cosas, ayudamos a diferentes asambleas, asambleas de parados...» (no era cierto). «Conque asamblea de parados, ¿eh...?». Total, que se abre la acorazada y llevábamos varias bolsas para meter la pasta, y le dije al cajero: «Ve llenando».

La acorazada era una puerta de estas de película, con la manivela, la combinación y demás. Detrás había una verja de barrotes con llave. Luego había un patio de operaciones bastante grande con una mesa central, donde contaban el dinero, y al fondo, otra caja acorazada, pero ya abierta. El cajero empezó a llenar la bolsa y arriba había como una caja con una chapa que sonaba a hueco, y le dije: «¿Y esa chapa?». «No, nada, que es así la caja». «No, tira, tira de la chapa». «No, aquí no hay nada». «Tira...». Tiró de la chapa... Hostias, como cinco kilos que se guardaban para, en el caso de que se diera lo que se estaba dando, repartirse el dinero entre ellos, y dijo: «Anda, preparados no, pero tontos tampoco».

Al salir de la sucursal había una nevada impresionante. Menos mal que habíamos ideado utilizar un matrimonio y un Citroën dos caballos de jipis. El hombre del matrimonio era uno de los conductores del grupo. Entonces encaletamos ahí el dinero y las pipas. Camino a Gipuzkoa, el dos caballos iba delante y, a cierta distancia, nosotros en dos coches. En un coche dos personas, y en el otro, otras dos. Cuando ya íbamos a enfilar de nuevo la subida a E. había camiones cruzados por la nevada..., un panorama... Y, ¡hostias!, vimos cómo una patrulla de guardias civiles les daba el alto al matrimonio que iba en el dos caballos. «¡Hostias, que pillan el botín!». «Y bueno, ¿qué?». «Pues habrá que hacer algo» (pero las pipas estaban en ese coche). Vimos cómo se bajaban los picoletos, hablaron con el conductor nuestro y se pusieron los picoletos a empujar el dos caballos, y sale, sale que sale... Así que conseguimos llegar sanos y salvos, a pesar del martes y 13 y a pesar de la nevada.



# 15

## MI PROPIO CAMINO

Coincidió también que, frecuentando el despacho de mi abogado en Madrid, con una de las abogadas, Begoña, muy maja, nos hicimos tilín mutuamente. Ella también estaba comprometida contra la tortura desde el principio. Venía de un entorno distinto al mío, más del barrio de Argüelles, y estaba realizando la pasantía en el despacho de Manolo «Pichuelas». Allí estaba descubriendo un mundo insospechado del que no te hablan en las facultades de Derecho. Había un mundo en cuanto a nuestro pasado y a nuestra procedencia social, pero no lo vi como un impedimento para intentar establecer una relación. Yo la tiré los trastos un día por teléfono invitándola a cenar y al final terminamos enrollándonos, hasta que un día dije: «Bueno, yo ya paso de vivir aquí en Euskal Herria; esta dinámica ya la he superado». Además, iba «sufriendo» cada vez más presión de colaboraciones, especialmente con el mundo libertario. Yo ya veía que las cosas que me pedían iban a más. Con todo esto junto (tener pasta, la relación con Begoña, el que iban tirando de mí), me pareció que se daban las condiciones adecuadas para empezar a cumplir mi necesidad de vivir, mi necesidad de realizarme a todos los niveles.

Yo había entrado en la cárcel siendo prácticamente un adolescente y todavía no estaba maduro (ni lo estoy ahora, aún).

Tenía muchas carencias emocionales y afectivas. Al salir de la cárcel, con todo el movimiento de activismo y denuncia de la tortura, no había tenido la tranquilidad suficiente ni había encontrado la pareja, en este caso femenina, con la que tratar de ser feliz. Desde que salí, progresivamente yo me iba encontrando mejor y cada vez tenía más claro que yo ya había hecho un recorrido como para hacer mi propia vida y decidir conscientemente sobre ella. El peso de la tribu en el delincuente social es enorme. Los compañeros tienen mucha influencia y hay personalidades débiles que sucumben. Yo, en este recorrido que llevaba de casi dos años, ya me sentía más seguro, con las ideas más claras, y decidí seguir mi propio camino. Nunca he sido muy ambicioso, pero al conseguir un dinero que a mí me parecía suficiente (al menos como para poder empezar a vivir de mi trabajo), me parecía que me daba un buen punto de partida para tratar de ser feliz. Y de hecho lo fui: fueron de los mejores años de mi vida.

Me enamoré; Begoña y yo nos enamoramos mutuamente. Yo en aquella época no sonreía y tenía una mirada agresiva. Verme reconocido en este sentimiento, y con otra persona, me ayudó mucho a relajarme. Un día me presenté en su casa con una bolsa de deportes con bastante dinero y la dije: «Mira, Begoña, esta es mi vida», y le expliqué. Y me dijo: «Hostias, ¿y qué vas a hacer?». «Pues te propongo si quieres que nos vayamos de Madrid». Ella dejó de ejercer y nos fuimos a Almería, a Aguadulce (un pueblo residencial a diez kilómetros de la capital), y allí montamos un pub, en torno a 1981.

A Almería llegamos con un dos caballos que compramos y una maleta. Allí conocíamos a Antoñanzas, uno de los hermanos del Pichuelas, mi abogado. También había en Aguadulce unos amigos que estaban experimentando con el cultivo de fresas. Habían traído la matriz de la planta de fresa californiana y estaban estudiando su adaptación en Almería. Nosotros montamos un pub tipo ibicenco con música en vivo, el Ítaca. Era como un semicírculo (que eran asientos a su vez), y poníamos una tarima bien sujeta donde se subía percusión, un bajo y demás. Si había otro guitarra pues tenía que estar en el suelo de

pie, porque no cabía arriba. Había muy buen ambientillo en esos años y funcionábamos bastante bien, pero funcionábamos sobre todo en verano (lo típico de la hostelería de temporada de la costa). Vi que era muy difícil sobrevivir todo el tiempo de la hostelería, y aunque Begoña no quería volver a ejercer, al final no tuvo más remedio que trabajar en un despacho de abogados en Almería.

Que yo recuerde no tuvimos problemas aquí, solo uno con otro negocio de hostelería de la urbanización donde estaban los bares. Recuerdo que me fui a Madrid en 1982 con Antónanzas a ver el memorable concierto de los Rolling Stones en el Vicente Calderón. Begoña se quedó cuidando el bar y me llamó porque había tenido un problema con el bar regentado por dos gais culturistas. Teníamos una perra, la Lola, que solíamos tener suelta y que se metió en su bar (entonces no había tanta historia con tener los perros atados, y era una zona de vivir relajado). Estos le dieron una patada a la perra y, cuando Begoña les dijo que qué hacían, le contestaron que no se quejase que si no le daban otra patada a ella. Yo estaba entonces muy guerrero y bajamos del tirón con la resaca del concierto, muy rápido. Le dije que me contase bien qué había pasado, porque no podía ser que nos faltasen el respeto y le pegasen a la perra y además la amenazasen a ella. Me fui para su bar y me salieron los dos mazas, y que tal..., que nosequé.... Les dije: «O sea, que no hay razones, ¿no? Pues anda, tranquilos, ¡esperad un momento!». Me fui dentro del bar y cogí un bate de béisbol (yo en eso he sido muy frío siempre —bueno, ya no, ahora soy hombre de paz—). Cogí el bate y les dije: «¡Como no hay razones, a ver si entráis en razones!». Me vieron y se acojonaron. Seguí: «Venga, acercaros si tenéis cojones. A partir de ahora, respeto. Yo os respeto a vosotros, vosotros a nosotros, y ya está». Me denunciaron, evidentemente. Claro, un hombre enloquecido, con un bate de béisbol... Me llamó la Guardia Civil y fui con Begoña (compañera y, de paso, abogada). Hablamos y se lo expliqué, y que no queríamos líos. Me tomaron declaración y ahí quedo la cosa. Allí te conocían y era todo más relajado. Bueno, a mí, conocerme, conocerme... no. Estaba todo a

nombre de Begoña. Yo no podía tener nada a mi nombre porque tenía la responsabilidad civil pendiente.

Un día, estando en otro pub, mi amigo me señaló al antiguo director de la cárcel de Carabanchel, Eduardo Cantos, almeriense y procesado por el asesinato de Agustín Rueda, que estaba tomando algo allí. Estuvimos valorando darle un escarmiento, pero la cosa no fue a más porque estaban allí las chicas, que eran sensatas, para poner un poco de cordura. Le terminamos echando un lapo cuando nos íbamos. Al poco fue cuando se destapó lo del caso Almería.<sup>1</sup>

Aparte de la vida trabajando en el Ítaca, al poco de llegar formé parte, a través de los amigos de las fresas y junto con Antónanzas, de un colectivo ecologista: el Grupo Ecologista Mediterráneo. Había un mafioso allí, Juan Asensio, que quería una zona de marismas del parque natural Punta Entinas-Sabinar, para construir unas viviendas entre Aguadulce y Roquetas de Mar. Fuimos a ver a unos chavales que tenían un programa de radio en Almería e hicimos algunos programas, repartimos octavillas, algunas pintadas, etcétera. Sabíamos que Asensio era un tipo muy peligroso, y así nos lo avisaron. Esta gente no quiere perder sus privilegios y no quiere que nadie les toque los cojones, por lo que se rodean de una corte de mercenarios, con placa o sin placa. Es el poder medieval que todavía mantienen. Continuamos con las denuncias siendo conscientes de que cualquier día podíamos sufrir el acoso vengativo de Asensio.

En esa época, estando en Almería, bajaron a verme los compañeros de Euskal Herria y alguno de Madrid, que estaban así muy belicosos, y que querían... acción. Yo les argumentaba que no estaba por la labor de volver a las andadas, o de participar en determinadas acciones. Que yo quería vivir, y

---

1. La Guardia Civil mató en Roquetas de Mar a tres jóvenes que iban de camino a la primera comunión del hermano de uno de ellos. La versión oficial intentó justificar el calcinamiento del coche con los jóvenes dentro, así como los múltiples balazos hallados en sus cuerpos, con un intento de fuga de unos chavales a quienes creían integrantes de ETA. Se hizo una película en su día donde se reflejaba parte del caso: Pedro Costa Musté, *El caso Almería*, Multivideo, 1984.



En Almería en 1982 con Begoña, mi primera pareja.

que estaba a gusto. Fue un desafío para mí, porque intentaban chantajearme emocionalmente: «Joder, ahora nos dejas tirados y tú a vivir la vida», y estas cosas. Yo lo tenía bastante claro: no traicionaba a nadie y tenía derecho a vivir, a realizarme como persona. Sin embargo, un poco antes de que se acabase el plan de Almería, llegaron un día los compañeros de Euskal Herria de nuevo a hablarme y, como las arcas empezaban a escasear, acepté. Entonces hicimos nuestro último trabajo. En G., uno bastante bravo, por limpieza, porque la apertura estaba cada vez más complicada. Habían cambiado los tiempos en esos tres o cuatro años; de 1980 a 1984 se transformaron mucho las cosas. Se notó el cambio de estrategia policial, el cambio de estrategia política del Estado, y desapareció el apoyo popular que había respecto a determinadas acciones.

Era en un banco bastante grande, de dos plantas, en Gasteiz. Cogimos un botín más o menos apropiado para estar un tiempo también tranquilos, aunque menor que el de I. A la salida de esta última expropiación, una pareja de policías locales como que se mosquearon con nosotros (ya no íbamos con la pipa ni nada en la mano). Recuerdo que no habíamos podido modificar el número de matrícula del coche (no recuerdo por qué razón, pero es de estos fallos que luego pueden ser determinantes). Les aguantamos el tirón, tapamos la matrícula todo el rato y no nos llegaron a pedir la documentación. Cuando conseguimos por fin que se fuesen, entonces logramos la huida.

Desde entonces yo no volví a hacer ningún trabajo más, no por no tener proposiciones, ni porque no fuese un recurso legítimo (si había cabeza, sobre todo). Aprendí que, si no era una expropiación que tuviese las garantías y la profesionalidad mínima, y una cantidad estimable, yo no participaba en nada. Mi experiencia respecto a la etapa de atracador/expropiador que viví, mi compromiso y mi profesionalidad, los fui adquiriendo poco a poco, sobre todo con la práctica. Pero en general ya era muy difícil que se diese un determinado tipo de atracador profesional, o ya de militancia política más definida (como los grupos italianos, más o menos anarquistas, que venían por aquí, hacían alguna expropiación, apoyaban determinados proyectos, y luego se iban). La mayoría de la gente estaba relacionada con el consumo de drogas, con vivir la metáfora del *deprisa, deprisa*. A partir de una época que fui consciente, yo ya no entendía hacer de los atracos un *modus vivendi*. Tenía muy claro que, tarde o temprano, el cántaro acaba rompiéndose y de nuevo entras en la rueda, y yo desde el atraco frustrado en B., que me vi en la posibilidad de volver a la cárcel, lo tenía presente.

Para finales de 1984 nos separamos Begoña y yo, traspasamos el pub y, sin ponernos de acuerdo, los dos volvimos a Madrid (los dos somos madrileños). Allí contactamos con amigos de la época. Al final los dos aterrizamos en Malasaña en la casa de la misma amiga abogada, Anita Sanchiz, comprometida también con la defensa de presos de la COPEL y de anarquistas. Era un barrio con mucha vida por entonces (estaban aún los

estertores de la movida madrileña). Begoña me comentó la posibilidad de volver, pero yo, cuando se ha visto que no, que la convivencia no funciona, prefiero ser buen amigo (y han pasado cuarenta y tres años y seguimos siendo amigos). Al final yo me fui de la casa, y me fui a casa de mi amigo Meltxor, el chófer de la fuga de Segovia.



# 16

## LA MAFIA POLICIAL

Yo me monté por Malasaña una tienda de ropa de contrabando que traía de Portugal (no la declaraba en la frontera). A través de un portugués conseguimos el contacto de una fábrica del norte de Portugal, de Guimaraes. Bueno, este contacto y luego otros un poco más complicados. Era una mina para el paso fronterizo de Salamanca, de Fuentes de Oñoro, y también ayudé a pasar la frontera a algunos compañeros que lo necesitaban. El contacto era amigo de un guardiña de fronteras de Portugal, y el paso fronterizo de Fuentes de Oñoro era muy curioso. Era la típica carretera de paso fronterizo, y al lado había como una vaguada, como de un río, así que podías pasar andando. Podía haber el riesgo de que hubiese algún guardiña, claro. El día que le tocaba a este, ponía una piedra antes de la subida que había para llegar al puesto de control. Si estaba la piedra es que no podías pasar. Si no estaba, vía libre. En la fábrica de Portugal compraba los restos de Prontomoda, que se hacían para la exportación a Inglaterra, Alemania, etcétera. Tenían una línea estética más o menos moderna y estaba tirado de precio. Incluso te daban facilidades si querías falsificar Levi's, o cosas así.

Por esas fechas, finales de 1984, una amiga y novietta bretona que me eché en la época, Brigitte (era hermana de mi amigo

Jean-Pierre),<sup>1</sup> me llamó por si venía a verme y a pasar unos días en Madrid, y yo, claro, encantado. Yo entonces vivía en la calle Alenza, donde me había comprado un piso. Era una zona donde ETA había hecho una serie de atentados bastante duros (había viviendas militares, la estación de autobuses, la central telefónica de Ríos Rosas...). Fui a buscar a Brigitte a la estación de tren, estuvimos tomando unas cañas y después llegamos a mi casa, ya bastante tarde por la noche. Yo, por deformación vital, siempre he tenido antena respecto a la policía o los picoletos: ver conductas que te llamaban un poco la atención y dices «Uy». Te choca, lo archivas para que no haya inquietud, pero lo archivas y dices: «Continuará». Así que a las tantas, donde las viviendas militares, veo a una pareja que estaban juntos pero que no estaban muy juntos (como que no se querían mucho y que podían ser compañeros de servicio). Mi amiga y su hermano militaban de alguna forma en el movimiento independentista bretón. A la mañana siguiente, a mí justo se me había acabado el gas y no teníamos para el calentador de la ducha, así que tenía que ir a sacar dinero y comprar una bombona de butano. Al bajar de casa e ir al banco había un pedazo de bigardo de la hostia, moreno, que miraba..., y digo: «Uh, madero». Y entonces hilo con lo de la noche anterior. Subo a casa, nos duchamos, desayunamos, salimos a dar una vuelta y *check-in*: una moto y un coche. «¡Hostias, control fuerte!». Yo tenía unos gramos de perico, era mi marrón. No le dije nada a Brigitte, hice un zulo en una falsa pared y lo tapé: «Ya lo sacaré. Estoy limpio, ningún problema». Vi que el seguimiento era permanente y entonces le tuve que decir a Brigitte que teníamos la madera detrás, y que no sabía por qué.

---

1. Jean-Pierre se fugó de la cárcel de Burgos en 1979 a través de un largo túnel. Años más tarde coincidió en una celda de la prisión de La Santé con Michel Fourniret. Un compañero italiano le pasó a Jean-Pierre la información de dónde tenían escondidos muchos kilos de oro, y la mujer de Jean-Pierre fue a por ellos con Fourniret. Al poco averiguó que este había matado a su mujer (había dejado de ir a visitarlo) y que con el oro se había comprado un castillo. Fourniret sería conocido como «el Monstruo de las Ardenas», y acumulaba varios asesinatos con violación.

En aquellos años el Comando Madrid, el más fuerte en cuanto a atentados, estaba muy activo. José Barrionuevo (ministro del Interior del PSOE y años más tarde condenado por los GAL) había creado un grupo especial de seguimiento y control de cualquier ciudadano que pudiese llevarles a alguna pista con respecto al Comando Madrid. Yo no hilé en ese momento. Un día, como nos seguían, le dije a Brigitte: «Pues no sé, vamos a meternos en la piscina, a ver cómo reaccionan». Nos metimos en una piscina pública. «Aquí se tienen que poner el bañador y meterse adentro, y ahí ya les vemos de igual a igual, sin la pipa y estas cosas». Entonces, claro, como les pillamos en bragas se pusieron en el guardarropa a intentar alquilar un bañador. Cuando alquilan el bañador, le digo a Brigitte: «¿Sabes qué te digo? Que me arrepiento, vámonos».

Estuvimos así varios días, con el seguimiento, así que fui a ver a mi amigo Meltxor y le dije: «Pues los tengo detrás, no sé por qué razón». «Ah, yo también los tengo ahí abajo». «Vale, ya está. Barrionuevo está utilizando a la gente que ha tenido algún contacto y que estamos localizados por si eso les lleva a algún dato (que, efectivamente, luego dieron con el Comando Madrid por una estudiante). Tenía dos coches y una moto solo para mí. Me extrañaba ese despliegue para un «delincuente normal» y pensé que a lo mejor la Brigitte, viniendo del movimiento independentista bretón, podía influir.

Había una reunión de abogados relacionada con la campaña por el juicio de las torturas de Herrera de la Mancha. Hablando, les dije: «Yo seguramente me despida porque me voy a la costa, porque tengo a la madera detrás». Llevaban tal nivel de técnica de control, mucho antes de esta era digital, que recuerdo estar hablando por una cabina de teléfono y uno de los coches que teníamos detrás siguiéndonos aparcó y, en ese momento, se me iba la voz y yo no escuchaba; como que me robaban la onda, la frecuencia. Llegó un momento en que consiguieron estresarnos (ya ni siquiera follábamos). Si nos metíamos en el metro, nos seguían en el metro; si íbamos a tomar una caña, se ponían en la barra... Una pasada.

Manolín, mi abogado, estaba ingresado en el hospital. Su padre era comisario de policía, de la Brigada Interior. Total, que fui a ver a mi abogado un día y le dije: «Pues mira lo que me ha pasado: hemos entrado en el metro, les hemos despistado, ellos se han quedado encerrados en el vagón, y Brigitte y yo hemos salido del metro. Ahora los echamos de menos». «Espera que consulte con mi padre». Llamó a su padre y este le dijo: «Dile a Daniel —ya me conocía el padre— que mejor se vaya a su casa para que le tengan controlado, porque si les ha despistado van a pensar que...». Digo: «Qué va, si lo que hemos hecho es despistarlos porque estábamos hasta los huevos». Nos explicó que son distintas tácticas de seguimiento, donde ponen más o menos intensidad en el control y en diferentes objetivos. La fase de neutralización es la directa de hacerse ver. O sea, «si tienes algo no lo puedes hacer porque estamos aquí». La siguiente, si hay necesidad de contrastar, es hacer el seguimiento a cierta distancia y controlar (micrófonos omnidireccionales, etc.). Y luego el sistema de seguimiento de no dejarse ver y ponerte detectores, micrófonos, balizas de seguimiento... Pues nada, al redil de nuevo.

A los días, tomando una caña con Brigitte en una terraza, vemos a dos nuevos del grupo especial que habían creado, con una cartera de estas negras con cremallera que llevaban antes los agentes comerciales. Le volví a pedir a mi abogado que le preguntase a su padre: «Mira, mi padre dice que dentro de la cartera esta llevan una cámara. La cremallera tiene un disparador, y ahí tiene el objetivo». Yo vi, además, que hicieron un movimiento con la cartera, como haciendo una serie de fotos así en semicírculo. «Y también están utilizando micrófonos móviles, omnidireccionales». Con toda la situación ya le dije a Brigitte: «Lo mejor va a ser que te vayas. Da la vuelta y nos vemos en Puigcerdà o en Calella».

En aquella época, la gente todavía tenía bastante la buena energía del *carpe diem*, de gozar, del «sexo, drogas y rock and roll», y yo tenía varias novietas, así que me fui a Almería con Pakín (que luego fue mi compañera y madre de mi hija). Desde que recuperé la libertad, la zona de Almería a mí siempre me

transmite tranquilidad... Ya preparádonos para irnos, cuando salimos del despacho de los abogados, un madero con chupa de cuero y pinta de enganchado a tope, yonqui total, nos echó un lapo de la hostia en el limpiaparabrisas (yo creo que estaba ya hasta los huevos de seguirnos). Incluso, ya con el coche en marcha, se nos puso a la altura uno de los coches que me seguían y se fue la emisora de la radio que estábamos escuchando. Una cosa impresionante. Estuvimos una semana en Almería y a la vuelta aún los teníamos debajo de casa.

En 1985 yo ya me había retirado. Estaba buscándomelas de una forma legal y viviendo mi vida. Entonces unos amigos, hoy ya fallecidos, me contaron que estaban preparando «un atraco en condiciones», que iba a ser «el palo del siglo», etcétera. Por curiosidad les pregunté de dónde les venía la información, y al principio no me decían nada. La información era sobre una sucursal del Banco Español de Crédito, muy cerca de la plaza de Cibeles, en la plaza de la Lealtad, una plaza que hay escondida donde Adolfo Suárez tenía su despacho. Esta sucursal tenía innumerables cajas fuertes de gente muy importante. Dos o tres días antes, por fin, me dicen que la información se la proporcionaba Jaime Mesía Figueroa, el traidor, chivato y confidente de la mafia policial (según el posterior auto judicial hasta había proporcionado los planos de la sucursal bancaria, ese era el nivel de complicidad). El mismo mierda al que unos años antes, cuando yo estuve preparando lo del furgón blindado en Santander, le estaban preparando la fosa para cepillárselo por chivato. De aquella época había aprendido que «la ambición mata al hombre», y no solamente relacionada con la mentalidad de la delincuencia social. Mis amigos habían hecho tabla rasa con el carácter traidor de este tipo y siguieron adelante con todas las consecuencias. Yo les dije: «Estáis locos. A mí ni me interesa ni quiero saber nada. No me contéis absolutamente nada». Pero sí me dijeron que lo iban a hacer al día siguiente. Entonces yo me curé en salud, porque sabía que iban a tirar de mí.

Esa mañana fui a visitar dos despachos de abogados y dije: «Nada, vengo a pasar un rato con vosotros, a cambiar impresiones». No les dije, evidentemente, la causa real por la que estaba. Estuve primero en el despacho de uno, Fingus, y luego en el de Manolín. Por la tarde uno de estos amigos me dice que ha sido el palo del siglo y que si quería algo. «No, no quiero absolutamente nada. Piraos; iros». No me hicieron caso y no se fueron del país. Al día siguiente de ese atraco yo había quedado en casa de un amigo (Paco «el Kilos», antiguo militante de un grupo autónomo de Madrid) para llevar las correcciones de un libro de poemas que había recopilado dentro de la cárcel.<sup>2</sup> Yo había hecho el prólogo, y le estaba llevando las pruebas a su compañera, Pilar. Llevaba también un DNI en blanco dentro del libro, porque un compañero iba a ver a otro compañero que estaba preso en Oporto y podía tener alguna posibilidad de fuga. Había quedado muy pronto, como a las nueve de la mañana. Toqué el timbre y me abrieron dos tipos con dos pedazo pistolones: «Pasa para dentro», y enseguida hilé. Estaban detenidos allí unos cuantos más, en su mayoría hijos de gente importante, gente de la movida madrileña. Me pidieron mi DNI. Habían creado una línea telefónica autónoma entre el grupo primero de la Brigada Provincial de Madrid y la Dirección General de Seguridad. Dieron mi nombre y, sin decirme ni pío, me metieron en un coche camuflado hacia la DGS.

Entonces, bueno, todo el marrón. Me entero de que habían detenido a varios acusados por el Banesto el día anterior, y que los que me habían detenido eran de la mafia policial, el grupo antiatracos, donde estaba el Cartago este, el hermano del escritor Pérez-Reverte. En fin, toda la mafia policial de los que me habían torturado cinco años antes. Me dicen: «Ya lo tenemos completo. Tú estabas ahí, tú dirigías la operación y estabas esperando fuera con el coche». «¿Yo? Si yo no sé conducir, ni quiero... ¿Yo, el cerebro de esto? Para nada, y tengo coartada de dónde estaba». «No, no, y de todas formas te vamos a pasar

2. Daniel Pont (comp.), *Golpes y gritos*, Descontrol, Barcelona, 2020. Ediciones de la Torre publicó por primera vez el libro en 1983.

ahora a una rueda de reconocimiento». «Bueno, tiene que venir mi abogado...». «Sí, tu abogado ya está llamado». Porque yo, como tenía derecho a abogado con la democracia y estas cosas, había llamado a mi abogado y a Begoña, que también era abogada, por si acaso fallaba uno que viniese la otra. Tenía que asegurarme de que un abogado podía llegar a tiempo.

Me pasaron a la primera rueda de reconocimiento y me dicen: «Te han reconocido de un atraco». «¡Olé, qué alegría!». Pues nada, venga, enmarronado a tope. En ese momento llegó Jaime Sanz de Bremond, mi abogado, con carácter y conociendo las leyes y los derechos: «Ese reconocimiento no es válido. Tengo que estar yo para ver cómo se practica el reconocimiento, y firmarlo». Les salió mal. Entonces, nada, interrogatorio: «¿Tú puedes demostrar que no estabas aquí, pero te reconocen?». «A mí me da exactamente igual que me reconozcan. Yo tengo la coartada de que estaba en dos despachos de dos abogados». «¡Ostras, dos!». «Pues sí, estaba». «¿Y no sabías tú nada de esto?». «Yo no tenía ni idea, pero coincidió que tenía que ir a hacer unas gestiones, y ha coincidido ese día. Y menos mal».

Me decretaron prisión. En la Audiencia Nacional, un juez muy joven del juzgado número 4. Aprendí ya entonces la mecánica que sigue funcionando en la actualidad: los grupos policiales conocen el funcionamiento de los jueces y saben qué juez puede ser más influenciable para comerle la bola y decretar prisión, o autorizar una intervención, o realizar diligencias y demás. Entonces aprovechan que el juez de guardia está ese día para pedir la intervención, o lo que sea. A este juez, Bento, le comieron la bola con que, a pesar de todo, tenían pruebas de que yo era el cerebro de ese atraco, y de que yo estaba involucrado. Me decretaron la prisión. Le respondí al juez que era inocente y que podía demostrarlo, y que a partir de ese momento me declaraba en huelga de hambre por mi inocencia. Me llevaron a Carabanchel.

«Bueno, pues nada, la única alternativa que me queda, una vez más, es reivindicar mi inocencia, ponerme en huelga de hambre, y con todas las consecuencias. Pero yo esto no me lo como, yo no soy responsable. No me lo como». Al día siguiente





Imagen de *Interviú* donde aparezco atándome los zapatos.



Imagen de prensa del interior de la caja después del atraco a Banesto.

detuvieron en Donosti a uno al que acusaban del atraco con una maleta enorme llena de joyas y divisas (se llevaron bastante dinero, mil y pico millones de la época o así, un palo de la hostia..., pero cantado desde el principio). Cuando trajeron a este a Carabanchel convoqué una reunión urgente entre los que estábamos acusados de haber hecho este atraco: «Necesito saber si alguien me ha acusado. Sabéis que yo no he intervenido, pero por si acaso». Nada. Entonces acusé de ser cómplice y posiblemente delatarme sin ningún fundamento a uno de los que me habían acusado en 1980, que además era el enlace con Mesía Figueroa. Desde entonces está ahí el duelo pendiente, y ya nos marcamos para siempre.

Entonces quedó así la cosa, con todo el mundo diciendo que a mí no me había acusado. Enseguida nos dispersaron y a mí me llevaron a Alcalá-Meco, que era de máxima seguridad. Fue la única oportunidad que he tenido de conocer el nuevo sistema carcelario modular. Estuve catorce días: los nueve primeros en huelga de hambre y los cuatro o cinco últimos días también en huelga de sed. Ahí yo ya iba a por todas, y menos mal que todavía tenía el apoyo de los medios. *El País* publicó una reseña sobre mi inocencia con declaraciones de mis abogados. Al decimocuarto día, por fin, el juez de la Audiencia Nacional decretó mi libertad, sobreseído, sin fianza ni nada; sin ninguna acusación.

A los pocos meses se destapó el caso de la mafia policial. A varios grupos de atracadores, sobre todo en joyerías, los esperaban en la puerta, había un tiroteo, dejaban a uno vivo y, al cabo de los días, lo detenían. A este no lo mataban, pero recuperaban el botín. Mataron a varios grupos de atracadores en la época. El caso más conocido de estos policías mafiosos fue el del Nani.<sup>3</sup> El Nani fue un chaval como cualquiera de nosotros en la época, delincuencia juvenil, tal..., de barrio. También atracador joven, tipo *deprisa, deprisa*. Este se llevó unos cuantos kilos de oro de un almacén de joyería (ya intervenía como confidente y provocador Mesía Figueroa, el conde de Romanones, pasando

3. Véase el documental de RTVE de Ángela Gallardo y César Vallejo, *Pacto de silencio*, disponible en dos capítulos en su página web: [lc.cx/S-UWfF](http://lc.cx/S-UWfF).

información en los dos sentidos: a los grupos de atracadores y a la policía). Al Nani lo mataron. Lo torturaron y lo mataron en la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, y sigue sin aparecer. Hace ya cuarenta años. Al final todo esto de la mafia policial se destapó porque un joyero de Santander, el eslabón débil que hay en todos lados, empezó a destapar la corrupción que había dentro de este grupo policial antiatracos, precisamente por la presión que sufría. Tirando del hilo, descubrieron que Mesía Figueroa había tenido relación con la desaparición del Nani y con el asesinato de estos compañeros, y de uno en concreto: Antonio Vilariño (que era un antiguo miembro de la COPEL, del sector de la mafia de la delincuencia, con el que compartí celda). A él también le hicieron una emboscada en Madrid y lo acribillaron a quemarropa, según reveló la autopsia y confirmó el Tribunal Supremo en sentencia firme sobre José María Pérez-Reverte, Jaime Ignacio Cabezas de Herrera y Abelardo Rafael Martínez.



# 17 TERMINAL

Al año siguiente, ya por 1986, uno de los abogados que había estado apoyando a la COPEL, Fingus, me preguntó si me había sobrado maquinaria del Ítaca, el bar que abrí años antes en Almería. «Sí, ¿por?». «Porque queremos abrir un negocio y necesitamos maquinaria». «Pues depende, ¿qué negocio queréis abrir?». «Queremos montar un restaurante». No tenían ni idea. Eran dos abogados y no tenían ni idea de hostelería. «Yo tengo una máquina de cubitos de hielo, un lavavajillas..., pero es de un pub. Vosotros necesitáis maquinaria industrial para un restaurante» (además era un local de ciento y pico metros). «¿No me sirve?». «No, no os sirve. Lo siento». La cosa quedó así, pero de ir algunas veces al local, que había sido de una antigua cadena de tiendas (El Tinte Moderno), me hice amigo de los albañiles que estaban trabajando en la reforma. Era un local inmejorable, al lado de la plaza de las Salesas, al lado de la Audiencia Nacional, había muchos despachos de abogados, de periodistas; al lado de todas las tiendas de moda de la calle Almirante; la calle del Barquillo, los restos de la movida madrileña, la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE), mucho músico... Había mucho ambiente. El tema es que a los paletas no les estaban pagando y se pusieron en huelga, ocuparon el local con una pancarta y yo me involucré en el asunto. «Es que parece mentira, vuestros abogados, de izquierdas y nosequé, y nosotros tenemos que comer. Somos padres de familia y estamos trabajando», me decían.

Yo ya estaba enrollado con Pakín. A través de su madre había dado la entrada para la compra de una casa en un valle muy bonito de Asturias, como a quince kilómetros de la costa, por la zona de Cudillero, Pravia... Por aquel entonces subíamos y bajábamos de Asturias con frecuencia. Yo tenía allí ya, digamos, la guarida, y tenía allí mi zulo con la pasta que todavía me quedaba. Entonces uno de los abogados dijo que, o pagaban a los paletas, o entraban nuevos socios. Yo valoré la coyuntura: «Hombre, el local está bien, es un buen sitio, hay futuro... No tienen experiencia de hostelería... Bueno, yo puedo aportar. Venga, vamos a arriesgar». Había que invertir un millón y algo de la época. Era pastilla, pero bueno, no era excesivo. Decidí bien.

Tenía que subir un día a Asturias a recoger la pasta para entrar en la sociedad. Llamé a los padres de Pakín, avisando de que iba a subir, porque tenían ellos la llave de la casa. Subí con uno de los paletas a Asturias, dormimos por la noche (no bajamos ni las persianas ni nada), y por la mañana el amigo se fue a cagar entre los árboles, porque era una finca grande que había espacio por si no querías ir al váter, y al volver me dice: «Están los picoletos ahí arriba de la finca». «Bueno, pues vamos a ver que quieren». Saludaron: «Hola, buenas. Es que ha habido varios robos por aquí, por la zona...» (en fin, como son los picoletos...). «¿Robos aquí? ¿En esta aldea? A lo mejor alguno en verano, pero ¿una cadena de robos? No sé, no...». «No, no, es que hemos visto que han entrado ustedes y... ¿nos pueden dar la documentación?». «Sí, pero tengo que ir a por ella, que la tengo abajo, en casa». Y dicen: «¿Podemos pasar?». «No, no. No pueden pasar. Yo ahora les traigo la documentación». Les di la documentación y valoré. Ya había sacado el dinero para bajarlo a Madrid y estaba en la guantera envuelto en un papel de periódico. Al rato me devolvieron la documentación: «Nos tienen que acompañar». «¿Por qué?». «Pues que tiene una orden de busca y captura». «¿Yo? ¿Una orden de busca y captura? Pero si hace ya unos años que he salido de la cárcel». Era fin de semana, sábado. Muy listos, estos. «Pues nos tiene que acompañar, y vamos a registrar de momento el coche y luego la casa». «No, la casa con autorización judicial, pero el coche sí, claro», y añadí:

«Ah, van a registrar el coche y en la guantera van a encontrar un millón y medio de pesetas». «Hostias, ¡aquí hay tomate!», le dice un picoleto a otro. Y digo: «Sí, hay mucho tomate, pero está justificado el dinero».

Yo tenía facturas adecuadas porque antes de iniciar la historia de la ropa de Portugal, aún antes de irme de Almería, le compré un montón de telas a un mayorista que tenía una tienda grande en un pueblo de la Alpujarra. Nos habían invitado a un bautizo de unos sufís conversos musulmanes, y en una de estas me di una vuelta por el pueblo y entré con una amiga que entendía mucho de moda, Marga, a ver telas que tenía este hombre ahí. Mi amiga me dijo que esas telas ya no se encontraban. Le pregunté cómo lo tenía de precio, y me dijo que bien, que se lo quería quitar de encima porque ya estaba harto. Tenía el almacén lleno de telas y de ropa antigua y le compré todo lo que tenía en el almacén (los restos que me quedaron al final se los regalé al Comité de Solidaridad con Nicaragua, que estaban en plena etapa de recogida de ropa). A su vez, me servía a mí para tener un justificante (que fue clave).

También entraron en la casa, ya que, en ese mismo día, el juez de Grado, la cabeza judicial de la comarca, lo autorizó (claro, vieron mis antecedentes y...). Entraron e intervinieron una pancarta feminista (mi compañera, Pakín, estaba entonces en una etapa de activismo feminista radical), alguna revista de *Punto y Hora de Euskal Herria* y algunas chinas de hachís ya prehistóricas, pero con el *botxo* no dieron (yo sabía que no lo iban a encontrar). Me llevaron al juez y decretó mi ingreso en prisión. Dije: «Pero ¿por qué razón?». «Se tiene que comprobar primero la procedencia de este dinero y después se tiene que fotocopiar...». Total, que me llevaron a la cárcel de Oviedo. Nada más entrar, pues la dinámica: huelga de hambre, soy inocente, etcétera. Menos mal que mi compañera se puso en contacto con uno de los abogados que tenía bastante peso, Jaime Sanz de Bremond, porque al día siguiente me iban a llevar a la cárcel de Burgos, de máxima seguridad, y en aislamiento. El abogado se posicionó y consiguió demostrar que yo no tenía ninguna orden de busca y captura, que la Guardia Civil había

aprovechado el fin de semana para intervenir, entrar en la casa, chequear, y que le habían comido la cabeza al juez para que me decretase ingreso en prisión, porque «yo era muy malo». También me sacaron en la prensa de allí: que si había tenido contacto con jóvenes vascos, etcétera. La orden de busca y captura era la que tenía de hacía unos siete u ocho años cuando me autoleccioné en el juicio (estaban usando una busca y captura falsa).

Mientras, el Servicio de Información de la Guardia Civil de Madrid fue a la tienda de ropa que tenía y se llevaron toda la ropa que consideraron que era de importación sin haber pagado aduana. Luego tuve que ir con otro abogado y pagar para que me devolviesen la ropa. Por cierto, con este abogado y luego amigo, Carlos Aguirre de Cárcer (de familia de diplomáticos), más tarde empezamos a hacer un programa anticarcelario en Onda Verde, que fue la primera radio libre que se hizo en Madrid. En torno a 1986 nos ofrecieron hacer un programa contra la cárcel, y la radio estaba justo por la zona de Embajadores, muy bien orientada hacia la cárcel de Yeserías y de Carabanchel. El programa se llamaba *Contra la cárcel*. Hicimos unos cuantos programas semanales durante unos meses, pero, joder, habían cambiado tanto las cosas que teníamos un teléfono abierto para que llamaran familiares o presos y no llamaba casi nadie (algunos presos podían, porque ya se podía llamar por teléfono, aunque no había móviles). También unos antiguos compañeros de la COPEL me dijeron: «Lo siento, pero es que no podemos difundir tu programa porque estamos haciendo nosotros uno en Carabanchel... Tenemos una cadena de televisión propia y estamos haciendo nuestros propios reportajes, e interferís en nuestros intereses».<sup>1</sup> Por otro lado, nada más empezar a hacer estos programas también tuvimos un roce con una abogada de los GRAPO: Paca Villalba. Me increpó porque habíamos cogido la franja en la que ellos estaban haciendo un programa de denuncia y de apoyo a los presos políticos del

---

1. El programa era *Teleprisión*. Recientemente se ha recogido esta experiencia en el documental de Adolfo Arijo, *Historias de la Teleprisión*, 2019.



En 1987 con Pakín, la madre de mi hija.



Fachada de Terminal 1, el pub de la calle de Fernando VI.

GRAPO, PCE(r) y demás. Le dije: «Es una radio libre y nos ofrecen la posibilidad de denunciar cómo siguen las prisiones; para nada os hemos puteado. Para nada. Si es preciso hablo con quien sea, ya nos conocemos, y sin ningún problema». Incluso me llegó a amenazar: «Bueno, pues algún día te las verás con los compañeros». «Ah, yo sin problemas, es una radio libre. Vosotros la habéis utilizado porque os la han ofrecido, y luego a nosotros, y mañana pues a los insumisos, o a quien sea». Pero era este perfil de estalinismo una vez más, y es una pena porque yo conocí a gente muy válida, muy buenas personas, militantes de base del GRAPO, del PCE(r), etcétera, pero otra cosa es lo de siempre: la organización y sus estructuras jerárquicas.

Bueno, finalmente conseguí entrar de socio en el bar, que le pusimos de nombre Terminal, que al final fue un eslogan... «¿A dónde vas?». «Al Terminal». «Sí, pues al Terminal a acabar mal». Yo fui el coordinador de la obra. Antes de inaugurar, recuerdo un día que había quedado con los paletas para organizar que entrase el fontanero y vimos huellas en el sótano, como si hubiese entrado alguien allí. Llegamos a la conclusión de que, como a los pocos días el rey inauguraba el año judicial allí en las Salesas, debió de entrar alguien para ver qué estábamos haciendo. Al principio coordinaba la apertura del bar, la entrada de todos los profesionales..., pero ya cuando Pakín y yo nos mudamos a vivir a la casa de Asturias bajaba una vez al mes a una reunión mensual que se hacía para hacer balance de cómo iba el bar. Y a cobrar, porque al año ya amortizamos la inversión. El bar estaba situado en un sitio inmejorable en la calle de Fernando VI, esquina con la plaza de las Salesas.

Inauguramos en septiembre de 1987. Ese día no se cabía en el bar de la cantidad de gente que congregamos. Era un bar para *yuppies* porque esa zona de las Salesas se puso muy de moda, y durante varios años hubo mucho ambiente nocturno, copas y demás, pero copas caras, además. Venían músicos, periodistas, jueces, maderos, etc., e incluso la infanta Cristina de Borbón. Abajo teníamos un billar canalla y Cristina se convirtió en adicta al billar nuestro del Terminal. Primero entraba la policía de seguridad que la acompañaba, inspeccionaba, el

policía pedía turno para Cristina, le dábamos turno, y luego entraba ella. Entraban luego los otros maderos, se quedaban allí en la barra y hacían el operativo en el local.

El bar era bar-pub, porque abríamos desde por la mañana, dábamos desayunos, menús, cafés y las copas de cuando la gente sale del curro. Y las copas del fin de semana, que las copas son las que más pelas te dejan siempre. Los hosteleros de la época, al principio, nos decían: «Estáis locos, ¿cómo vais a abrir todo el día? Mucho gasto...». Funcionábamos todo el día. Eso significaba tener dos turnos de plantilla y reforzar el fin de semana, pero, aun así, los números salían. Llegamos a un acuerdo con Antonio Domínguez (amigo de Almodóvar, Rossy de Palma, Victoria Abril...) de que él hacía la explotación del local y nos daba un millón de pesetas mensuales a repartir entre los socios. Teníamos una sociedad en la que cada uno tenía un porcentaje de acciones. Yo tenía el 18%, así que cogía 180.000 pesetas de la época sin currar. Nosotros vivíamos en Asturias, donde no pagábamos casa (habíamos liquidado esa hipoteca con la venta del piso que tenía yo en Madrid), así que vivía la hostia de tranquilo y de bien. Antonio llevó la gestión unos siete años, y él se sacaba de beneficio, calculo, otro millón. El bar funcionaba solo. Yo a los amigos les decía: «Mira, quedamos en el bar de curritos de enfrente», que había uno que se llamaba Dávila, de currelas, que ponían tapas, las típicas cañas... «¡Una mierda vamos a ir al Terminal, con lo caras que son las cañas!».

El bar se acabó por culpa de la especulación inmobiliaria y de una negligencia grave que prefiero no comentar. Seguros Ocaso compró el edificio y empezó a echar a la gente que estaba de alquiler. Unos pocos estuvimos allí aguantando (nosotros, un maestro y un funcionario de prisiones). El presidente del Consejo de Administración en esa época era Colón de Carvajal, primo y administrador del rey. Estaban preparando el terreno ya, invirtiendo. Total, estuve con esto del bar hasta 1996.



# 18

## REPÚBLICA INDEPENDIENTE DE YOAR

En Asturias yo aprendí bastante, habiendo pasado casi toda mi vida rodeado de cemento. Allí descubrí algunos potenciales que tenemos pero que no desarrollamos en la vida urbana porque somos dependientes y capullos. Nos montamos el huerto, el gallinero y aprendí a identificar árboles (porque yo antes decía «mira, un árbol» y no tenía ni idea de qué árbol era). Ahí tiraba de los típicos libros de referencia (*El horticultor autosuficiente* 1 y 2) y de cometer errores y aprender por ti mismo. También Pepe, mi suegro, me enseñó bastante. Él había sido autodidacta, y tenía sus huertos, sus colmenas, y sabía de todo esto. Un hombre trabajador y honesto. Me enseñó cómo coger la miel, las enfermedades de las abejas, a identificar el cuadro donde estaba la reina, cómo respetar y no llevarse toda la miel de la colmena (porque si no las abejas que alimentaban a la reina se estresaban y había un suicidio colectivo...). Un aprendizaje muy interesante.

Él, por cierto, era de la generación de niños de la guerra, y su padre había sido sindicalista de la UGT de la época (nada que ver con la mafia de ahora) y se tuvo que exiliar a Argentina. Yo entonces seguía siendo socio de la Hemeroteca de Madrid, y me pidió si podía averiguar sobre atracos a bancos e iglesias incendiadas en la Cuenca del Nalón de Asturias en los años treinta del siglo xx. Él sentía la necesidad de conocer sus orígenes y le conseguí bastante documentación. Disfruté,

porque de alguna forma te sitúas en el escenario y la agitación social tan intensa que había en los años anteriores a la Guerra Civil, en el intento revolucionario de 1934, en las potentes luchas mineras, etcétera.

Entre otras cosas, tampoco sabía utilizar la motosierra. Un vecino de Puentevega me dejó la suya para cortar leña y justo empezó a nevar. El paisano se fue y me dejó solo. Le dije: «Yo no tengo ni idea de cómo va la motosierra». «Es muy sencillo, arrancas y ya está. Venga, prueba, corta y luego vengo», así, como son los payeses en ciertos sitios. Total, que me las vi putas, pero a mí los desafíos siempre me han gustado. Corté la leña, me enfrenté a la nevada, a no caerme, a no cortarme la yugular con la motosierra... Cuando ya corté la leña y fui a devolverle la motosierra, y a preguntarle si me echaba un cable remunerado para ir con la carroceta a recoger la leña, hablando me enteré de que era de Alianza Popular. Le dije: «Mira, te agradezco todo, pero te regalo la leña». Como que ya la leña no me sentaba bien. Yo he sido muy primario para esto, con relaciones viscerales, pero ahora ya menos, porque uno se ha «civilizado».

Allí, ya teniendo la infraestructura y viviendo en el medio adecuado, yo quería ser padre. Redacté un contrato con Pakín de ser madre y padre en el futuro. Me vino la llamada de la selva. En diciembre de 1988, estando de visita en Madrid, en casa de Meltxor, es muy probable que fuera entonces cuando se quedó embarazada. En agosto de 1989 nació mi hija. Pakín tuvo un parto natural en la casa de Asturias, que siempre se había hecho así antes de que nos dejásemos arrebatar nuestra libertad por el poder y el miedo. En esa época estábamos muy «radicalizados», con la dinámica de recuperar el contacto con la naturaleza y una forma de vida distinta, muy relacionada con la revista *Integral*, con la dieta, con aprender a cuidarnos.

Yo no era partidario de inscribir a mi hija en el Registro Civil, porque yo siempre he tenido ciertas reticencias a pasar por el aro, así, de entrada. Su madre, mi compañera, me dijo: «No, no. Hay que registrarla». «Pero para registrarla siempre hay

tiempo. Los gitanos lo que hacen es que los registran cuando tienen necesidad y, mientras tanto, son libres. Cuando necesitan los papeles...». «No, no, no». Al final me convenció. Fuimos a registrarla y le pusimos de nombre Yoar, en homenaje a un escritor navarro muy puteado por todo el mundo que, lo típico, no es hasta cuando se muere que le dan premios y le reconocen la labor literaria.<sup>1</sup> Este era un espíritu indomable y, durante una temporada, firmaba todo lo que escribía desde una supuesta República Independiente de Yoar, donde no había ni guardias civiles, ni curas, ni nada. Fui a inscribirla como un pardillo en el Registro Civil de Pravia, y las del Ayuntamiento: «Pues no la puedes registrar así». «¿Cómo es esto?». «Es la ley del Registro Civil que sigue vigente: o la pones María nosequé, o vienes con otro nombre». «Ni de coña, mi hija se tiene que llamar Yoar, como nosotros queremos». «Pues no te podemos dar el registro». Al final la inscribieron temporalmente como Julia (así consta en el margen de la hoja de registro), nacida en la villa de Pravia. Les dije que íbamos a recurrir y pedí el pliego para hacer recurso para que le cambiasen el nombre. Una vez más en la vida, al margen.

Entonces recurrí a una amiga, Cristina Peñarín, que era profesora de Semiótica en la Facultad de Filología de la Complutense de Madrid. Indagó y averiguó que el nombre de Yoar existe en la toponimia euskaldún para identificar a una virgen, pero con «i» latina, así que hizo un estudio documentado mostrando que se había utilizado en diferentes épocas. Al cabo de un año, el juez nos notificó que se admitía la inscripción de la niña, y fui al Registro Civil a que cambiasen el nombre. Así que consta Yoar, y Julia sigue escrito en el margen.

Pasamos en Asturias tres, casi cuatro años. En una ocasión que vino mi madre a visitarnos (con el tiempo ella se fue mostrando más distante), vi que los niños no eran lo suyo. También le pregunté si me iba a decir quién era mi padre, pero siempre

---

1. Pablo Antoñana. Se publicaron varios textos suyos en la revista *Pamie-la*. También se ha publicado algún libro recopilatorio, como *Pequeña crónica*, de 1983.

se iba por peteneras. Alguna vez me dijo que era un ferroviario que se llamaba Daniel (a mí se me hacía extraño que alguien homenajee a un señor que te abandona en el parto poniéndole su nombre a tu hijo), y alguna otra vez que era el mayordomo de la casa de Isabel de Borbón (esta versión es la que le dio también a la Borbón, que despidió a ambos).

Íbamos a ver con relativa frecuencia a unos amigos que teníamos en Dénia, Paz y Raúl. A quien yo conocía al principio por allí era a Nico, que había formado parte de los grupos autónomos de Valencia. Yo conocí a Nico y a Paco «el Kilos» cuando entraron en plena época de la COPEL en la rotonda de Carabanchel, en 1977. Los habían detenido y acusado de un atraco en Lloret de Mar, junto con Miguelito, compañero de fatigas. Los compañeros de la COPEL estábamos en huelga de hambre cuando llegaron, y me dijeron: «Qué, compañero, ¿cómo estás?». «Pues nada, aquí, en huelga de hambre». «Va, nosotros también». A los años me planteé localizarlo, y estaba viviendo en un pueblo cerca de Dénia. Fue este el principio para plantearnos el traslado de Asturias a Dénia. Como dicen los asturianos, «a secarse», porque en Asturias llueve tanto que los asturianos van a secarse a Benidorm o a León. Y nosotros empezamos a ir a secarnos por allí regularmente. Además, descubrimos que otros amigos de Madrid de hacía pocos años, Raúl y Paz, vivían por allí. Él era ingeniero y ella inspectora de sanidad alimentaria. Estos se estaban construyendo un barco ahí en tierra, en un pueblo del interior sin puerto de mar, y los amigos íbamos ayudando en su construcción.

## 19 DÉNIA, JEDDAH, RODAS

Raúl era (y es) un cerebro de la hostia y tuvieron, con otros dos amigos (Jesús y Liana), la feliz idea de construirse un barco en tierra para dar los cuatro la vuelta al mundo en un velero hecho por ellos. Compraron el casco, de doce metros y algo, y todos los amigos allí participamos en la construcción de los camarotes y demás. El barco se terminó y lo botaron en el puerto de Dénia. Además, a mi amigo le salió un contrato de cuatro años con la empresa de electricidad Abengoa para trabajar en el aumento de la potencia eléctrica del norte de Tanzania, una zona increíble de bonita. Allí llevaron el barco y luego, con el paso del tiempo, fuimos a verles a Tanzania y navegamos con el barco. Una gozada de mares y de buena energía.

Íbamos bajando con cierta frecuencia a Dénia, a la comarca de la Marina Alta. Vimos que se estaba bien, que había buen clima, e investigamos a ver qué posibilidades había de encontrar una guardería de pedagogía antiautoritaria. Las cosas cuadraban bastante, así que nos mudamos. Yoar tenía ya casi tres años. Estuvimos un mes en casa de mi gran amigo Nico (que nos dejó estar allí hasta que encontrásemos algo). Recuerdo un día que por la mañana le di los buenos días a Ana, su mujer, y me respondió con muy mala energía. Yo, que soy muy visceral pero ya había aprendido a tener capacidad de autocontrol, no le dije nada y le dije a Pakín que teníamos que irnos. Hablé con Nico y, aunque insistió en que nos quedásemos, le dije: «Te lo

agradezco, pero tu mujer no está a gusto y además a nosotros nos toca movernos para no apalancarnos, que llevamos ya un mes».

Su pareja se sentía incómoda, y entiendo que es una sensación legítima. El estigma de la cárcel y la delincuencia, como también el del yonqui, son estigmas sociales que prácticamente no se superan nunca, o que tienen que pasar muchísimos años para que socialmente se admita como algo que le puede suceder a mucha gente. La reacción psicológica es como un tic, de respuesta automática de defensa: «Al loro con este que ha estado en la cárcel». En Dénia lo noté menos que en otros sitios, al ser una ciudad y estar abierta por el turismo. Yo me he relacionado mucho con gente joven, cercana en lo político y proclive a que les cuentes batallitas, pero con los amigos, contarles toda mi historia, no. Excepto con Raúl y Paz, que eran más cercanos, en general administraba la información de mi pasado (que había sido atracador, o que había estado en la COPEL, o que me habían aplicado la ley antiterrorista). Para contar cosas yo me tenía que sentir cómodo, y que hubiese una comunicación sana y *feeling* recíproco. Yo no tenía ningún interés en contar, y yo tampoco iba preguntando por el pasado de cada uno. En parte, creo que es el desarrollo de una psicología de autodefensa.

Estuvimos en un par de casas de alquiler hasta que encontramos una que nos gustaba. Vendimos la casa de Asturias y compramos una en Dénia, en torno a 1992. Era una casa de tres plantas con un jardín bastante grande, que tenía muchas cosas por reformar. Con el tiempo le metí mucho curro y también aprendí mucho. Eran muy buenos años de vender y comprar casas: la de Asturias la compramos por seis kilos y la vendimos por quince. La venta la llevaba una agencia de Pravia, y consiguieron una pareja que estaba interesada. Cuando quedamos todos, en un descuido del de la agencia, la que quería comprar la casa, que era una bailarina muy inteligente y guapa, me dijo: «Si quieres podemos hablar nosotros mañana». Se la vendimos a ellos directamente y nos ahorramos el millón y pico que se quería quedar la agencia. Habiendo aprendido, esto lo hice también con los franceses a los que les compré la casa: «Nos ahorramos la

comisión y la mitad para ti y la mitad para mí». Al principio no lo entendían, pero enseguida lo entendieron...

Por esa época me enteré, por mi amigo Eduardo, de que el Gobierno me había indultado. Me dijo que había salido en el periódico; que había visto que habían indultado «a uno de los antiguos líderes de la COPEL».<sup>1</sup> A mí nadie me había notificado nada. Imagino que, como no podía tener nada a mi nombre por lo de la responsabilidad civil, no constaba domicilio conocido. Yo, cuando salí en 1979, lo hice con la libertad provisional, pero aún tenía un juicio pendiente, el de la joyería Girod de la Gran Vía de Madrid. Al final consiguieron celebrar el juicio y me condenaron a diez años por el atraco, cuatro por delitos de lesiones y siete meses por un delito de atentado contra la autoridad. De la condena, me tenían que desquitar los dos indultos que habían aprobado en los setenta, la parte de la pena cumplida de los años que estuve en prisión y no sé si me iban a quedar por cumplir dos o tres años o así.

Mientras, seguíamos viviendo de lo que me llegaba del bar Terminal. Alrededor de 1995 se le acabó el contrato a mis amigos que estaban en Tanzania y tenían que regresar. Tuvieron problemas, porque volvían con el barco desde Tanzania hasta Dénia y se les rompió el motor en pleno mar Rojo. Con su lógica, en ese momento pensaron: «Babor, Arabia Saudí; estribor, Sudán». «Pues no hay color: país islámico, rico». Y la cagaste Burt Lancaster porque, como Arabia Saudí en esa época no contemplaba la entrada de turismo, tampoco por vía marítima, les confinaron en un perímetro de cien metros en la dársena del puerto de Jeddah. Jeddah es la ciudad donde entra la mayor peregrinación islámica que se hace cada año a La Meca y Medina, con uno de los faros más altos del mundo.

Nosotros nos comunicábamos con ellos a través de un radioaficionado muy majo de Canarias. La conclusión que sacamos es que allí estaban como en el talego, pero sin movilidad ni posibilidad de fuga ni nada. Al final consiguieron volver vía

---

1. En reunión del Consejo de Ministros del 19 de noviembre de 1993.

avión, dejando el barco allí en Jeddah. La cosa es que los que iban en el barco no podían volver, salvo el dueño, que se quedaba colgado. Pidió voluntarios y me ofrecí a echarle un cable. Compramos unos inyectores nuevos para sustituirlos en el motor, a ver si así funcionaba, y volamos para allá. Montamos los inyectores y nada, que no había forma de arrancar el motor. Entonces mi amigo consultó con un marinero palestino de allí, con el que había quedado que moviese el grupo de motor con la frecuencia que le dijo, y qué va. Por lo visto lo había movido una vez, así que el barco había estado atracado en el muelle con el motor en pleno mar, y se había agarrotado y no había forma de arrancarlo. Recuerdo que era justo en San Fermín, el 7 de julio, y dije: «Venga, por San Fermín que arranca». Ni San Fermín, ni éter, ni nada de nada. Conclusión: volver de nuevo a España y comprar un motor nuevo, entero.

Esta vez bajamos mi amigo Raúl, Ángel (un chaval así un poco conflictivo que enseguida identifiqué que había sido yonqui) y yo. Llevamos el motor, que tardaron bastantes días en sacar de la aduana del aeropuerto de Jeddah. Cuando lo conseguimos, necesitábamos algunos repuestos y gasoil, pero no nos dejaban salir del perímetro del puerto. También nos pedían unas fotografías para hacernos el salvoconducto, pero no podíamos salir a hacernos la foto. En fin, todo muy kafkiano. Teníamos carnets y todo, pero bueno. Un día, para comprobar la firmeza del control, traspasé la línea del perímetro y vino corriendo con su kalashnikov el soldado que vigilaba, amenazándonos con gestos para que no pasáramos. Al final conseguimos las fotos para el salvoconducto (dependíamos de los servicios secretos, de la Gendarmería Marina de Jeddah y de la Policía de Arabia Saudí, solo por pedir auxilio por la avería del barco. En fin).

Conseguimos montar el motor nuevo, aunque antes de poder salir tuvimos que vivir una situación de corrupción. Mi amigo Raúl me dijo: «Va a venir el jefe de la Gendarmería Marina para traernos la autorización. Tú disimula en la botavara como que estás con la vela, porque quiere alcohol». Este jefe llegó con una bolsa, mi amigo le envolvió una botella de whisky, otra de vino, unas cuantas latas de cerveza... y venga, se

acabaron los problemas. Una vez más, la represión y la hipocresía.

También, cuando ya nos permitieron salir con el salvoconducto, conocimos a unos sevillanos (muy majos, una pareja que estaba haciendo terapias alternativas), y uno me dijo: «Joder, lo que tengo es unas ganas de la hostia de fumarme un porro». Uno de los que iban en la expedición original me había pasado la información secreta de que en un bafle del barco había una pastilla de hachís. Yo no le había dicho nada a mi amigo Raúl para que no hubiese paranoias, o que la tirase, así que le dije al sevillano: «Tranquilo, que yo mañana te saco una chinita». «Hostias, ¿seguro? No, ten cuidado, que aquí te la juegas...». «Tranquilo, que no pasa nada, que a mí no me pillan la china ni de coña». Pasamos los controles y, efectivamente, nada. Te miraban, pero los testículos eran mis partes seguras (nunca he tenido problemas con eso). Se la pasé, y superamigo: «¡Buah! Me acordaré de vosotros para siempre».

En fin, un país de mierda. Una dictadura medieval. Recuerdo la mirada, de las mujeres sobre todo, que me recordaba a las miradas de hombres y mujeres de la dictadura franquista. Esa mirada de miedo, de represión, de no ser ellos y ellas mismas.

Cuando por fin salimos y llevábamos ya unas cuantas horas de navegación, el faro todavía se veía. Mi amigo Raúl, traumatizado: «Hostias, que todavía se ve el faro, que lo mismo el motor se nos vuelve a parar...». «No, hombre, no, tranquilo. Este barco ya no vuelve. Ya no mires atrás que el futuro está allí, Mediterráneo arriba». Hicimos la travesía: el mar Rojo, el canal de Suez (en el canal de Suez hay como un semáforo que en el sur, en Ismailía, obliga a fondear a los barcos que suben, porque hay prioridad para los que bajan, ya que no puede haber navegación conjunta porque es peligroso. Tiene un determinado calado y es fundamental para la economía mundial). Entramos al Mediterráneo por Port Said (una ciudad muy bonita que me recordó al escenario que narraba y dibujaba Hugo Pratt en *Corto Maltés*, puerto de madera, antiguo). Allí, fondeados, recuerdo celebrar el cumpleaños de Raúl con su plato favorito, un pollo Kentucky que tuvimos que encargar a



*El Molocos 1.*

través de uno en una zódiac, que lo transmitió a un barco, que a su vez lo buscó por el puerto... En fin, una historia. Conseguimos navegar hasta la isla de Rodas sin sobresaltos, y allí fondeamos en el muelle. Después de llevar unos días sin beber una buena birra fresca ni ver a ninguna mujer, el primer día que fuimos a un bar pillamos un cebollón del copón. En Rodas embarcó mi amiga Paz y estuvimos varios días navegando los

cuatro juntos por las islas Cícladas: Íos, Santorini y Folégandros, con un fondeadero muy bonito. Yo cogí una avioneta a Atenas, y de Atenas, vuelta a España.

En el mes y algo que yo había estado fuera con lo del barco, mi compañera de entonces, Pakín, se había enterado de que salían a subasta los chiringuitos de las playas de Dénia. La chica que se lo contó era la compañera de un director de una sucursal de un banco de allí. Al llegar yo, me contaron el proyecto y me pareció bien, y ya tenía algo de experiencia en hostelería. Los chiringuitos se concedían mediante subastas municipales en las que había dos baremos: uno económico y otro de explotación. Se tenían en cuenta el medioambiente, las actividades culturales, el reciclaje, etcétera. Conseguimos la adjudicación e hicimos un chiringuito totalmente africano, con vigas recicladas de madera, con el *macuti*, las hojas de palmera en el tejado, columpios en vez de asientos... Era muy curioso.

Estuvimos el primer año, aunque yo salí tarifando con el compañero (el director del banco este, Julio) porque era un ególatra del copón. Entre otras, tuvimos una discusión justo cuando se inauguraba, que ya era cuando empezaba a venir mucha gente de turismo de Madrid, de Valencia... Me quedé solo en el chiringuito. Antes de abrir dijo: «Bueno, me voy a afeitarse». «Vale, ve a afeitarte, pero no tardes que va a haber movida de curro». Se tiró dos horas acicalándose. Eso sí, vino superafeitado, oliendo a perfume, que se rociaba cosa fina. Salí tarifando con este porque (aunque yo en esto me he suavizado con el paso de los años) yo aprendí unas normas que para mí eran fundamentales en la vida, y de alguna forma todavía siguen siéndolo: la puntualidad, la seriedad y la responsabilidad. Sobre todo porque tú no tienes derecho a jugar con el tiempo del otro, especialmente en situaciones complicadas. Eso demuestra que estás pensando en ti solo y que no tienes sentido del compañerismo.

En 1996 falleció mi madre. Cuando fuimos a verla al hospital ella ya estaba convaleciente y sedada. Me planteé preguntarle por mi padre por última vez, a ver si antes de irse, y ya sin nada

que ocultar, me lo decía, pero al final no se lo pregunté porque si no me lo había querido decir durante su vida, tenía que respetarlo. El último día que tuvo conocimiento, recuerdo que la di de comer un guiso de pollo del hospital que olía muy bien, y pensé que estaba completando el ciclo de la vida con ella: cuando nací me dio de comer ella y ahora yo cerraba el ciclo, alimentándola, ya desvalida. Cuando, a los días, fuimos a su piso a vaciarlo, me encontré un par de cosas curiosas.

Por un lado, mi madre tenía un cuaderno donde apuntaba el nombre de los diversos novietes que tenía, información básica de ellos y, más interesante, la información suya que les daba a ellos (su nombre, edad, profesión). Tenía varias vidas, al menos para el ligoteo. Por otro lado, vi que en el libro de familia, en el interior de la portada, tenía una foto de Francisco de Borbón. A mí nunca me había dado por vincular una cosa con la otra. A los días vino la que había sido la mejor amiga de mi madre en la época en que se embarazó de mí: Nieves (que de pequeño siempre me llamaba «ahijado»). Ella me explicó que mi madre tuvo un rollete con Francisco, que tuvieron una época de flirteo y que eran habituales los paseos por el Valle de los Caídos (y que alguna noche pasaban juntos). También me dijo que fue él quien le dio dinero para que fuese a abortar a una clínica de Pamplona, pero mi madre al final se arrepintió y yo creo que con ese dinero es con el que compró la parcelita en Vallecas donde construyó la casa. A mi madre la despidieron a raíz del embarazo, pero así se explicaba que Isabel la hubiese estado ayudando tanto con las recomendaciones. Claro, conforme Nieves me contaba todo esto, yo alucinaba. Mi madre nunca explicaba nada de su vida. La amiga de mi madre me dijo que tenía fotos de la época, de los dos juntos, pero cuando subí a Bilbao para verlas, recoger su testimonio en audio y, a lo mejor, hacer algún acta notarial, su marido nos dijo airadamente que esas fotos nunca habían existido. Vete tú a saber lo que pasó.

## 20

# LA ÉPOCA CHIRINGUITERA

Aguantamos el año de explotación y le cogimos gustillo al chiringuito. Claro, todos los amigos: «¡Joder, qué bien, chiringuito de colegas!». Se acabó la adjudicación y salían otra vez a subasta las licencias para varios chiringuitos de las playas de Dénia. Entonces, con mi amigo Raúl, propusimos un proyecto ya de envergadura, más profesional. Fuimos a la subasta para un chiringuito, pero nos dieron dos, así que había que buscar socios. Hablé con una pareja de amigos de Madrid, Isabel y Chus, y les interesaba, así que construimos los dos chiringuitos: el Kokoto y el Xino Xano. A partir del segundo año, Isabel salió voluntariamente del negocio y entró Eduardo. Él se quedó con el Kokoto y Tonino entró de socio conmigo en el Xino Xano. Coincidió que por aquella época se acabó lo del bar de Madrid, el Terminal, así que encajó todo bien. Perdimos el bar de Madrid porque nos denunciaron los nuevos propietarios por cesión de contrato de arrendamiento inconstituido. Los chiringuitos los construíamos nosotros, no es como ahora que te los dan prefabricados. Poníamos unas vigas enormes de pino mobila, centenario, en barriles enterrados a metro y pico, retacados con piedras y arena. Construcción primitiva pero eficaz: aguantó años y resistió varios temporales fuertes.

A mí me gustaba currar, y yo quería currar, así que era el responsable de llevar la gestión de los dos chiringuitos. El trabajo en los chiringuitos es progresivo. Es muy diferente al inicio de la temporada que ya en pleno verano. Al principio dedicas más tiempo a ir montando el chiringuito, pero luego un día prototipo de agosto, por ejemplo, abríamos desde las once de la mañana y te podías acostar perfectamente a las cuatro, cinco o seis de la mañana. Hacíamos turnos, y a lo mejor al día siguiente no entrabas hasta por la tarde. Pero claro, si te acostabas cansado casi al amanecer y si, por lo que fuera, te habías fumado un porro, o te habías metido alguna raya, o tomado algunas copas, pues no descansabas lo suficiente (yo creo que he sabido administrar mi relación con las drogas siempre, pero si tuviese que decir una droga que he consumido sería la coca, sobre todo en aquella época). Además, siempre faltaba algo por comprar, así que si tenías que entrar a las cinco o las seis de la tarde, después de comer tenías que pasar a comprar por un gran supermercado que había para hostelería. Si te tocaba por la mañana pues tenías que abrir, preparar toda la zona de la playa, poner a funcionar aquello (teníamos hamacas y sombrillas para alquilar). Si el compañero de la noche no te había dejado los botelleros preparados ni una nota con las cosas que faltaban, pues... A mí me costó meter a los compañeros en vereda (la autodisciplina y el trabajo en equipo es una labor todavía pendiente en la humanidad...).

Si era turno de día, comías ahí, porque teníamos una plancha. Venía Pakín y comíamos juntos, estaba un poco con mi hija y demás. Por la tarde te dabas un baño, jugabas unas palas..., en fin, hacíamos bastante actividad. Pero, claro, luego al atardecer ya llegaban las «malas compañías»: los amigos. Yo, mi experiencia, es que en un chiringuito hay que dar cancha a los amigos, pero la idea fundamental es que es un medio para tú buscarte la vida, y hay que buscar un equilibrio. Hay que hacer fiestas de vez en cuando, pero no todos los días y no embolinguarte siempre, porque acabas cansado, hasta arriba y descuidas a los clientes, que son los que te van a dejar la pasta. Los amigos son fieles, pero en general casi todos se bebían sus cañas, alguno

a lo mejor algún gin-tonic o algún whisky..., pero ahí los que dejaban la pela eran los guiris. Aprendes que es fundamental separar las dos cosas.

También nos denunciaron unas cuantas veces. Los amigos, claro, a celebrar la vida, y solíamos hacer conciertos acústicos o muy poco amplificadas. Por la época, de hecho, Eduardo se puso mucho con la música y empezó a tocar en un grupo (Los Detenidos), y aún recuerdo sus canciones *Calavera* y *Cuarentena*, que a veces terminábamos cantando todos juntos alguna noche. Pero el chiringuito (el Kokoto, que significa «piedra» en suajili) estaba justo delante de unos bungalós donde había unos cuantos ingleses. Había una vecina que nos empezó a denunciar desde el primer concierto que hicimos. Llegó un momento que ya le dije: «Tía, aquí se trata de vivir con tolerancia. Estás a cierta distancia, cuidamos las formas...». «No, pero es que esto atrae a borrachos». «Bueno, eso es inevitable, la playa es de todo el mundo». «Sí, pero vosotros hacéis esto y viene la gente y, además, me molesta porque no veo la línea del horizonte». «Mira, lo único que puedo hacer es que pintes la línea del horizonte en la parte de atrás del chiringuito y te imaginas que el mar continúa por ahí». Yo al final de temporada iba a pagar las multas como un corderito.

Bueno, fue una experiencia agotadora, pero divertida y rentable económicamente. Abrías seis meses al año, de Semana Santa a mediados de septiembre (la licencia era hasta mediados de octubre, pero ya llegabas muy cansado, o empezaban las lluvias fuertes), y sacabas limpio unos dos millones y pico. Un par de años, al acabar la temporada, nos fuimos mi compañera, mi hija y yo a Formentera. Alquilábamos allí un bungaló, no dábamos un palo al agua y disfrutábamos del relax y de la paz, de cambiar de vida. Nos gastábamos la pasta, pero bueno. Otro año nos fuimos a una casa rural cerca de Gernika. Cuando nos íbamos así, alquilábamos nuestra casa, en teoría, a una pareja de franceses, pero como la casa era grande se metían ahí no sé cuánta gente. El último año, que ya fue cuando dije *nevermore*, dos plantas de maría que tenía las arrancaron y se las fumaron, y ya fue el colmo.



Con Yoar y Pakín en Euskal Herria.



Imagen del Kokoto, uno de los chiringuitos.

Fuera de temporada, también por sentirme útil y matar el tiempo, nos organizamos con unos amigos en un grupo de apoyo mutuo para ir haciendo en nuestras casas algunas faenas que había que hacer. Nos apodamos «los Fulmontis (Sementó)». Éramos una brigada de paletillas aficionados. Con la hormigonera que yo tenía, íbamos primero a una casa, luego a otra..., y a mí me tocó el último de la ayuda. Al final nos quedamos mi amigo Raúl y yo con la paleta en la mano, pero hicimos el apaño que había que hacer en mi casa. Aprendí a poner calefacción y radiadores.

También, como vivíamos en una urbanización un poco a las afueras de Dénia, pasaba bastante tiempo llevando a mi hija a actividades: piano, danza, balonmano, natación..., en fin, no parabas. Ella llevó muy bien el paso de Asturias a Dénia. Se integró bien con el resto de niños, clases en valenciano, etcétera, o al menos es lo que nos pareció entonces (recientemente me ha confesado que en aquellos años no lo pasó tan bien, pues sufrió acoso escolar, quizás por el nombre o por no pertenecer a una familia con raíces en aquel pueblo). Ella tenía inclinación por la música y por el baile, y enseguida empezó a bailar allí. La época chiringuitera acabó cuando ella tenía unos doce años. Ahí se fumó el primer porro, porque detrás del chiringuito había una zona de pubs y de discos donde iban chavales jóvenes de entonces, así ya medio raperillos de la época. Vi el día que se fumó el primer porro porque volvió con los ojos... «¿Qué, Yoar? Qué bien te lo has pasado, ¿no?». Claro, mi hija se puso en negativa, lo típico. Al final me lo confesó: que sí, que había dado unas caladas... «Bueno, ¿te gusta?, ¿te sienta bien?». «Bueno, sí, pero luego es que se ponen tontos». No sé, mi hija es que le costaba relacionarse con los chicos, porque decía que estaban siempre haciendo el tonto. Vaya, que estaban apollardaos.

«Bueno papá, me voy». «¿A qué hora vienes?». «A las dos». «A ver, yo voy a cerrar a las tres. Vente a las tres. Una hora más, pero tú vienes a las tres». Yo sabía que iba a estirar todo lo posible, y ahí yo seguía su evolución (conocí también al primer noviete). Empezó muy pronto a tontear con estas cosas. Yo lo llevaba bien. Relajado, pero con las pilas... Mi método pedagógico

fue: tolerancia, pero estar. O sea, dar cancha, libertad, que descubra por sí misma, pero que sepa que estás ahí. Yo siempre le conté a mi hija toda la verdad respecto al sexo y a las drogas. Bueno, mi verdad, como yo lo había aprendido y vivido. Ningún tabú, ningún trauma, ninguna historia. Una vez, en secundaria, fue la policía a darles clases sobre las drogas y, cuando vino, me dijo que ella ya sabía todo lo que les habían explicado. A pesar de empezar pronto, enseguida cortó con esa dinámica y ya se montó un grupito de baile de rap, y querían ser profesionales y se lo curraban bastante.

Tras cinco años con el chiringuito se acabó la concesión. Era el año después de la entrada del euro, 2001, porque recuerdo perfectamente discutir cómo adaptábamos los precios, y lo hicimos redondeando. Ese año sí salimos bastante ventajosos, porque por cada caña, que era lo que más se tiraba, eran casi diecisiete pesetas de más (de ciento cincuenta pesetas a un euro). Al cerrar el chiringuito vendimos la casa y compramos un piso ya en el núcleo urbano de Dénia, siguiendo con la dinámica de comprar algo más barato, venderlo más caro y que te quede un remanente para seguir intentándolo.

Ese cambio me permitió relajarme un poco y pensar en cómo encauzar de nuevo la vida a nivel de compromiso y activismo anticarcelario. En el País Valencià había varios amigos de la época, sobre todo miembros de los grupos autónomos de allí. Uno de ellos, Fernando, el de Tokata, me convenció de que aún podía ser útil y me reenganché de nuevo al activismo. A Fernando lo había conocido en el patio de Carabanchel. Él formaba parte de unos grupos autónomos que apoyaron mucho a la COPEL (también a los parados y a otros colectivos puteados), y le detuvieron en una redada. Yo pasé por allí para el juicio que me quedaba pendiente por lo de la joyería, pero estaba alojado en el «hotel» del Puerto de Santa María, por lo que nos presentaron, hablamos un rato, y poco más. Retomé el contacto después porque Nico seguía siendo amigo suyo, y en alguna comida que organizamos para reunirnos «las viejas glorias» coincidimos y empezamos a hablar. A mí me vino bien la época de Dénia para vivir esa etapa de padre, de amigos, de chiringuito,

de intento de búsqueda de autonomía económica. Pero luego se juntó el azar, y Fernando, Silvia, Marta, Pazos... que estaban en un colectivo anticarcelario de Valencia bastante fuerte.



# 21

## ME FALTABA ACTIVISMO

En ese tiempo que no estuve en contacto con la cárcel me perdí unos años fundamentales en la consolidación del nuevo sistema modular desarrollado por la democracia en que dicen que vivimos; pero enseguida me puse las pilas. El reglamento FIES, que se aprobó mediante una circular ilegal a principios de los noventa, habilitaba el aislamiento y el control directo sobre determinado tipo de presos.<sup>1</sup> La figura de los FIES, que se puede equiparar al aislamiento que sufríamos en los departamentos del «telón de acero» en el Puerto de Santa María, o en «el tubo» de Ocaña, era prácticamente el artículo 10 del antiguo reglamento penitenciario. Pero, además, el funcionamiento modular de la nueva cárcel «democrática» dificultaba aún más la posibilidad de unidad entre los presos para llevar a cabo reivindicaciones o luchas coordinadas. La lucha de los FIES fue una lucha potente y digna de resaltar, por supuesto. Lo hicieron en unas condiciones mucho más difíciles que las que vivimos en la COPEL, tanto a nivel logístico como

---

1. Véase Xosé Tarrío González, *Huye, hombre, huye. Diario de un preso FIES*, publicado originalmente por Virus en 1997. Actualmente existe una edición a cargo de Imperdible.

de oportunidad política. Además, en la generación inmediatamente posterior a la experiencia de la COPEL había muchos presos ya enganchados a la heroína. Como ya avisé en aquella asamblea de Carabanchel en 1978, en los ochenta comenzó a circular mucha heroína y la gente empezó a caer. Entre enganchados a la heroína y la aparición del sida, se fomentó un tipo de presos ya más aislados, más individualizados. El sentido colectivo de las luchas y de la denuncia decayó por las dificultades que había conseguido instaurar el Estado y por el propio perfil de los presos. También algunos de los antiguos compañeros se dejaron corromper y crearon una mala reputación de la COPEL.

En resumen, retomé la denuncia de la pervivencia de un sistema penitenciario cruel, perverso y causante de sufrimiento. Comprobé, una vez más, la dificultad de que el mensaje de denuncia contra la cárcel y los malos tratos cale socialmente. Además, los medios de comunicación ya no eran los mismos, se estaban privatizando y seguían una línea informativa cada vez más relacionada con los intereses de los grupos del consejo de administración de cada periódico, con una línea ideológica muy marcada. Total, que, para la época en que acabé con lo del chiringuito, empecé a participar en bastantes sitios que organizaban jornadas anticarcelarias o de denuncia de la tortura.

Lo que me encontré en el activismo anticarcelario fue un cambio brutal. En la primera etapa yo salí con todo muy reciente, con mucha energía, odio y ganas de revolución. Ahora yo estaba en un momento distinto y también, entremedias, se habían desarrollado las okupaciones y las charlas; más que en facultades y para un público más bien diverso como cuando salí, ahora las charlas se hacían en estos espacios: casales, okupas, ateneos. Me gustó mucho que había gente muy cañera, muy punki, con una práctica más anarquista de compartir y defender los espacios. Era una energía muy diferente, muy activa y muy focalizada. Muchas charlas, presentaciones de libros, documentales, proliferación de fanzines. Mucha fiesta, también. Luego ya fui viendo que había mucha actividad, pero no tanto compromiso. Por esa época también sacaron el libro *Por la*

*memoria anticapitalista*, que es una recopilación de luchas autónomas en la «Transacción», y empezamos a movernos para hacer el documental de la COPEL.<sup>2</sup>

Ya viviendo en el núcleo urbano, con el colegio de Yoar y todo más cerca, evitábamos tener que desplazarnos cada día a llevarla, a traerla, actividades... Y bueno, pues lo típico, estás justo en un momento adecuado donde surgen conflictos sociales. Dénia, como tantos pueblos del Mediterráneo con el turismo, ha perdido su historia y su cultura propia. El solar donde construyeron nuestra vivienda pertenecía a un historiador, hijo respetado de Dénia, en su tiempo: Juan Chabás. Unos cuantos nos preguntamos qué se iba a hacer con la casa de este hombre, pensando que se tendría que respetar en recuerdo a su memoria. Nos constituimos varios vecinos como Agrupación del Parque Chabás y solicitamos información al Ayuntamiento sobre el Plan General de Ordenación Urbana (la densidad de zonas verdes que se dedican, dónde están situadas, el ratio que exige la Unesco para zonas verdes por habitante, etc.). Los grupos ecologistas se habían acercado a nosotros y nos habían dado ideas de por dónde tirar. En fin, nos estuvimos documentando.

Entonces vimos el tejemaneje del bocado que suponen las obras públicas. El solar era terreno público. Parte lo había vendido la viuda del Chabás para construir estas viviendas, y la otra parte la cedió al Ayuntamiento de Dénia, a condición de que se construyese un museo en memoria de su marido. Así que nos dirigimos al Ayuntamiento: «Hay este proyecto. Queremos saber cómo se va a hacer». «Sí, sí..., pero también se va a hacer un parking privado». «A ver: terreno público, donde hay compromiso de construir un museo a la memoria del único hijo ilustre que queda aquí, ¿y vosotros vais a conceder la explotación privada de un terreno público por cincuenta años? ¿En qué revierte esto en beneficio del pueblo?». Vieron que nos habíamos documentado y que íbamos con fundamento.

---

2. VV.AA., *Por la memoria anticapitalista. Reflexiones sobre la autonomía, Desorden/Klinamen*, Madrid, 2003.

De repente, un día nos enteramos de que al día siguiente iban a entrar las excavadoras.

A mí esa noche se me ocurrió (de estas veces que uno siente que está inspirado, con la claridad de ideas y la energía necesarias) escribir un panfleto incendiario anónimo, y me dediqué, cuando ya estaba toda la gente recogida en sus casas, a colocarlo en todos los portales que daban al solar. «Vecinos, amigos, compañeros, nuestra lucha no puede quedarse así y, al final, ceder ante los intereses privados que no redundan en beneficio del pueblo, porque hay alternativas». Al día siguiente a primera hora, cuando llegó la excavadora, nos plantamos allí mogollón de vecinos: «Aquí no entráis». Y entonces lo típico: «No..., soy un trabajador..., yo soy un mandao...». «Nosotros también somos trabajadores, compañero. Llévate la máquina y dile a tu patrón que los vecinos nos hemos opuesto a esto y que no estamos dispuestos a consentirlo». En total, estuvimos más o menos dos años en pleitos con el Ayuntamiento. Nos ponían pegas para darnos cualquier cosa. Por ejemplo, consideraban como zona verde las vaguadas y las rieras. «No, no, zona verde útil por ciudadano». Hicimos una exposición para recaudar fondos, entre otras cosas, para pagar abogados. Contactamos con fotógrafos, pintores (uno de ellos, Joan Castejón, al que conocí en la cárcel de Teruel), escultores de la zona, y nos cedieron obras, salimos en los diarios de allí, y vieron que lo tenían complicado.

Nos quedaba una baza, la acción directa, así que decidimos hacer nosotros el parque que pedíamos. Nos reunimos los de la asociación, encargamos un montón de árboles y arbustos a un vivero y al día siguiente madrugamos: fuimos con nuestros azadones y picos, tipo brigada forestal, e hicimos nuestro parque. Ahí se vieron entre la espada y la pared y no lo quitaron. Al final conseguimos vencer y no hicieron el parking. Luego pusieron en el parque una estatua con la efigie de Juan Chabás, que da un poco de satisfacción. Y otra escultura que recuerda la lucha política antifranquista. Fue una pequeña victoria de los vecinos por un parque público que va en beneficio de todo el pueblo. Yo cuando voy al parque veo familias con niños, ancianos, fumetas, parejas... y es una gozada. Mereció la pena.



El parque Chabás recién construido.

También hicimos alguna cosilla más, en relación con la Guerra de Irak de 2003. El PP hacía una convención en el hotel Marriott y estaba Eduardo Zaplana (el entonces presidente de la Comunidad Valenciana, y hoy enfermo terminal que no se muere nunca), la plana mayor del PP valenciano y los maderos, claro. Junto con seis compañeros más nos presentamos allí con un ataúd y la secuencia no se me olvidará: de pronto alucinaron con que se presentasen siete tíos con un ataúd de cartón negro y les empezásemos a llamar asesinos y cómplices de la invasión y genocidio de Irak. Los maderos se pusieron supernerviosos. Ya habíamos hablado de que el primer momento, «el encuentro», podía ser lo más peligroso, porque ellos están relajados haciendo su acto, disfrutando de la vida y del poder, y aparecen unos con un ataúd. Sabíamos que en cuanto se superase el primer momento y tanteasen que no tenía nada que ver con lo que pueden llegar a llamar «terrorismo», se podría seguir. Estuvimos como diez minutos allí llamándoles de todo. Los mandos en tensión sin saber que hacer... hasta que nos fuimos (no nos echaron, nos fuimos).

Entre unas cosas y otras, todo esto me supuso una toma de conciencia del «balneario» en el que estaba. Me faltaba activismo,

pero no solo de compromiso y acciones, sino también a nivel de desarrollo personal. Dénia se me empezó a quedar pequeña y sentía que estaba haciendo ya vida de jubileta, y no me tocaba (ahora ya sí, lo acepto y estoy la hostia de bien). Le planteé a Pakín la posibilidad de irnos a Barcelona, donde conocíamos a gente y había más vidilla, pero no quiso porque estaba formándose como terapeuta y quería continuar con ello. Pakín, que ya llevaba un tiempo en la dinámica de aprender terapias manuales haciendo cursos (quirotterapia, fisioterapia, osteopatía; más tarde ya entró en las dinámicas de terapias de energías sutiles), empezó a pasar consulta en casa. Entonces era yo el que se hacía más cargo de Yoar (íbamos así, un poco por épocas, dependiendo del curro que tuviésemos). Yo funcionaba con una moto pequeña y la llevaba a las actividades extraescolares y al instituto.

Coincidió también con lo que decía El Último de la Fila en uno de sus vinilos: «Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor salta por la ventana». Nosotros teníamos nuestras diferencias con frecuencia, pero ahí empezamos a tener dificultades en la relación. Su planteamiento de vida era respetable, pero, en esa época de dificultades, en mi opinión no estaba aportando. Ella se había formado como terapeuta profesional, conocía perfectamente la fisiología humana, tenía muy buenas manos y lo hacía muy bien, pero yo sentía que la responsabilidad de la economía doméstica recaía demasiado en mí. También hubo un elemento que para mí ya fue clave, y que fue la falta de confianza. Por entonces intuí que había tenido una aventura, que a cualquiera le puede pasar. Al final decidimos que lo íbamos a dejar (con todo el dolor que suponía reducir el contacto con mi hija).

Ella se fue unos meses a vivir con una amiga suya psicóloga allí en Dénia y yo me quedé con Yoar. Pakín y yo tuvimos algunas diferencias y sugerí evitar entrar en malas dinámicas judiciales, ya que al final es reproducir los esquemas del funcionamiento de la justicia. Fuimos a un amigo terapeuta que hacía terapia de mediación entre parejas. No ya para arreglarnos, sino para que nos ayudase en el proceso de separación. Fuimos un par de veces, porque a la tercera ya pensamos que

tendríamos nosotros capacidad para solucionarlo. Lo superamos y luego, con el tiempo, ya tenemos una relación sana (no tanto de amistad, pero sí sana). Pues nada, caminos divergentes. A mí lo que más me dolió de separarme fue mi hija. Tenía ya catorce años y yo tenía una relación muy estrecha, directa y de apoyo, y con todo esto medio se diluye algo la figura del padre. Yo creo que fui un buen padre en esa temporada (y que lo sigo siendo).

En ese mismo año me creé un NIF temporal para poder participar en la subasta de las concesiones de chiringuitos, por si podía conseguir otro, y así estar más cerca de mi hija. Pese a cumplir los requisitos, no me lo dieron..., así que dije: «Bueno, pues nada, que os den». Entendí que era una operación de castigo por haberme enfrentado al Ayuntamiento con lo del parque Chabás. Pasé del chiringuito y alquilé un local para abrir un bar-restaurante cerca de la casa. Hice la reforma con el remanente de dinero que teníamos de la venta de la casa, inauguré, y los primeros meses funcionó, tenía capacidad de convocatoria. Hasta contraté a una pareja. Pero el bar no terminó de tirar porque no podíamos poner terraza, en invierno la cosa estaba muy muerta... y al año y pico tuve que traspasarlo. Me costó bastante encontrar a alguien, y lo que saqué se fue prácticamente todo en pagar deudas, alquileres atrasados, etcétera.

Quedaba por ver qué hacíamos con el piso. Yo me quedé unos meses más en Valencia mientras se solucionaba, en casa de una amiga. Ella trabajaba en un banco, casualmente. Un día que estábamos algunos amigos de pedo le dijimos que nos contase algo, que nos diese alguna información del banco, así medio de risas por los viejos tiempos. Es solo una anécdota. «Nada, hay una cuenta inactiva de hace tiempo». «Pues si es una cuenta inactiva, está claro: o ha muerto la titular o...». «Sí, es una señora que ha muerto». «Bueno pues esto está chupado, ¿cuál es el problema?». «No, lo único, que hay que avisar de un día para otro, para que tengan esta cantidad y luego venir a recogerla». «No hay problema. Nada, buscamos una madre adecuada, o no tan adecuada pero bien caracterizada, como en el cine. Le conseguimos un DNI falsificado con su foto y el

nombre real de la titular, acompaño a la señora como si fuese su sobrino, que vamos a comprar una casa o lo que sea, y ya está. Ese dinero se lo va a quedar o el banco o el Estado...». Pero nada, no pude convencerla. En la cuenta había como unos nueve kilos y todavía había formas de conseguir el DNI en blanco. Tú te lo hacías y lo importante es que eso servía para hacerte el pasaporte. Lo que tenías que hacer era ir a la comisaría un día que estuviese alguno de los Plumas (eso sí, con los huevos de corbata e intentando que no se te notase mucho), te tramitaban la solicitud de pasaporte basándose en tu DNI (el que les habías comprado, con la identidad falsa) y entonces, en la propia comisaría, te daban un pasaporte, perfectamente legal, con la identidad que hubieses llevado. Estos contactos los mantuve durante un tiempo porque, con las «malas compañías», siempre había algún amigo, o algún amigo de un amigo, que lo necesitaba.

La idea era similar a la de Brigitte, mi amiga bretona. Tenía un amigo que conocía a un trabajador del Crédit Lyonnais que tenía acceso a las cuentas bancarias de miles de clientes. Estos idearon un sistema por el que tú te hacías una tarjeta bancaria del Crédit Lyonnais que te daban en blanco y utilizabas la identidad de uno de los titulares de la cuenta (clientes potentes). Así la podían utilizar a tope el fin de semana, hasta el domingo por la noche. Así, si el cliente se daba cuenta el lunes al comprobar el balance, ya era tarde. De lo que hablo es de lo que se hacía a principios de los ochenta. La colaboración de trabajadores en sectores clave de la sociedad es fundamental.

A través de internet, y haciéndome pasar por periodista de la revista libertaria *Bicicleta*, conseguí acreditación y fui al foro antiglobalización, el Foro Social Mundial de Mumbai de 2004. Fue una experiencia brutal a nivel de entender la complejidad del planeta, la diversidad cultural, la lingüística..., pero también de poner en común inquietudes sobre la explotación, la vivienda, el feminismo o las multinacionales. También estaba muy reciente la invasión de Irak, con una percepción colectiva de que había sido una decisión fascista, unilateral y genocida por parte de las tres potencias (bueno, si se considera potencia al lameculos de Aznar y la España de la época). Había

infinidad de exposiciones y descubrirías infinidad de luchas que en Occidente se pretendían olvidadas, pero que estaban muy presentes en Japón (que denunciaban las secuelas físicas en los afectados por las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki), o en Vietnam (que denunciaban los efectos del agente naranja o del napalm empleado por Estados Unidos en los años sesenta), por ejemplo. También conocí a gente del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (MST), a un grupo de trabajadores ferroviarios coreanos, etcétera. En fin, muy buen *feeling* de compartir, y la efervescencia que viví fue fundamental para mí y me ayudó bastante a curar un poco la separación, aparte de poner distancia y contagiarme de energía creativa. Este foro, un poco como todos los foros antiglobalización, no supuso grandes cambios a nivel de transformación social profunda, pero sí a nivel de contactos, de comprensión del mundo o de diversificación de las miradas.



## 22 TENGO CONCIENCIA DE CLASE Y SÉ CON QUIÉN ESTOY

Nos separamos y vendimos el piso. Nos quitamos la pequeña hipoteca que teníamos y nos quedaron unos ocho kilos o así a cada uno. Ella lo reinvertió en un apartamento para seguir viviendo allí y yo me fui a Barcelona con cierta tranquilidad, aunque tenía que buscarme la manduca de alguna forma. El primer mes allí, hasta que encontré algo, me quedé en casa de unos amigos muy majos y solidarios: Elena y Cinto. Al mes encontré un piso de alquiler en Barcelona, en la calle de Vilamarí, y empecé a tener otra etapa de novias, como la primera que había tenido en Madrid cuando me separé de Begoña, pero más mayor y más maduro. Había estado un año con un bloqueo y no había tenido ganas de enrollarme con ninguna mujer. Y no tenía ninguna gana de tener compromisos. Yo siempre he tenido una libido fuerte (afortunadamente ya me he calmado), y por aquella época ya habían salido Facebook y algunas plataformas de contactos, así que era fácil quedar para conocer a mujeres. Prácticamente con ninguna mantuve una relación, salvo con una, que tampoco era una relación estable, pero sí había pasión y lo mantuvimos unos años. Básicamente era una relación pasional, ya que veníamos de mundos bastante distintos y había una diferencia enorme a nivel de activismo.

En el viaje a India en 2004 había estado sobre todo en el suroeste, en el estado de Kerala, cuna de los Vedas y de la cultura ayurvédica. Al poco de llegar a Barcelona empecé a ir a clases relacionadas con la teoría del desbloqueo de centros de energía por medio de una amiga argentina, Patricia. Esta teoría se basa en un compendio de disciplinas terapéuticas y filosóficas y se concreta en un sistema de rehabilitación y apertura, digamos, físico-emocional. Se trata de trabajarse los siete chakras siguiendo la teoría ayurvédica. Las clases a mí me iban de miedo: me permitían la regresión necesaria a la infancia, jugar y reconocermé. Al final de cada clase se trabajaba un chakra en relación con la música, las emociones o los bloqueos, y lo hacíamos jugando, por lo que todo lo que habías estado trabajando salía de manera espontánea. A mí esto del final me gustaba mucho porque flotabas, te sentías totalmente tú, pero disuelto, no desde el yo. Yo esto lo había vivido un poco en Mumbai, donde se hacía de forma muy normal en la calle y ya había tenido algún contacto con el ayurveda. Yo ya conocía algo este mundo por Pakín, la madre de mi hija, ya que había vivido su formación y los inicios, así que me metí en este mundillo.

Mi hija acabó el bachillerato y se quería venir a Barcelona. De alguna forma ella cumplía el proyecto que teníamos (sin que nosotros la influyésemos para nada): en Dénia no iba a tener muchas posibilidades y pensábamos que Barcelona o Valencia eran mejores oportunidades. Con dudas, pero se matriculó en Publicidad y Relaciones Públicas en la Escuela Industrial. Mi hija vino a vivir conmigo a un piso en Mataró, y muy contenta, porque conmigo encontró el escape necesario a esas edades. También, para una adolescente que está empezando a despertar, pidiendo volar, vivir en Barcelona, comparado con Dénia, pues... Cuando llegó, no abandonó el baile y se metió con un grupo de raperos que hacían alguna performance en la Rambla. Yo siempre le fomenté la libertad con responsabilidad (la madre de mi hija siempre me reprochaba que yo hice a nuestra hija responsable demasiado pronto). La responsabilidad es clave en esta vida. Si no eres responsable, apaga y vámonos. A todos los niveles: de compromiso, de ética, de palabra, etcétera.

En esa etapa también hice un curso de formación de seis meses de reflexología podal y aromaterapia en el centro médico Sagrada Familia de Barcelona. Aprendí, hice prácticas y me atreví a pasar consulta de reflexología. También me inicié de forma práctica en el mundo de la aromaterapia. Me asocié con una profesora que daba clases de centro de energía y alquilamos un local en la plaza de John Lennon del barrio de Gràcia. Hicimos la rehabilitación de un local de dos plantas y ella tenía la planta de arriba y yo la de abajo. Con las últimas pelas que me quedaban de la venta del piso de Dénia hice una importación de seis mil euros de aceites esenciales de India y monté mi gabinete. Coincidió que unos amigos, Carlos (insumiso y gran amigo) y Fran (de la editorial Virus), se enteraron de que por el barrio unos policías municipales habían ocupado un edificio y alquilaban los bajos como aparcamientos privados. Mis amigos, osados, un día fueron y directamente le cambiaron el candado a uno de los locales. Me dejaron un hueco y allí empecé a elaborar algunos productos de aromaterapia y cosmética natural en un minilaboratorio que me monté con mi alambique.

En todo caso, el proyecto de tienda y gabinete no daba lo suficiente, y a los dos años intentamos traspasarlo (al final no pudimos porque la estadounidense que se interesó quería hacer un cibercafé y el Ayuntamiento tenía muy limitada la concesión de nuevas licencias para hostelería). Además, Yoar abandonó lo de Publicidad y Relaciones Públicas y empezó a estudiar Traducción e Interpretación en la Universitat de Barcelona, por lo que los gastos aumentaron. Una pena porque al final tuvimos que cerrar, perdimos la inversión y lo tuvimos que dejar. Así que tocaba ponerse a currar.

En 2008, a través de una amiga abogada de aquellos años en la COPEL, Eva Labarta (que luego fue secretaria del Colegio de Abogados de Barcelona), conseguí una recomendación para trabajar de jardinero en una empresa de jardinería por Vall-doreix. Yo vivía en Mataró, así que me levantaba a las cinco de la mañana, hacía el curro físico de jardinero, recogía a mi hija por la tarde-noche, hacía la cena y demás... Fue una época

durilla. A los seis meses no me renovaron el contrato porque fue un año de sequía y muchos jardines dejaron de hacer mantenimiento. Rebajaron plantilla y, al haber sido yo el último en llegar, pues despedido. Mi hija y yo nos vinimos a vivir a Barcelona, al Borne, que por medio de una amiga alquilé una casa que tenía antes su hijo. Algo antes, en mayo de 2006, Alberto Rodríguez y Rafael Cobos me contactaron para entrevistarme y realizar un esbozo de guion para una posible película, que se estrenaría dieciséis años más tarde bajo el nombre de *Modelo 77*.

A mi hija le quedaban tres años de carrera, así que no podía estar así, y me dediqué a repartir currículums (lógicamente había que inventarse alguna cosa de hostelería, pero no demasiado). Al final, una amiga que trabajaba en Fincas Forcadell me dijo de presentar mi currículum para trabajar de conserje. Yo nunca había currado de nada parecido, pero sé hacer bastantes reparaciones, me defiendo con el inglés y el francés y soy responsable, así que lo presenté y me llamaron. Al principio hice una sustitución de un mes, luego otra de quince días, y luego cuando estaba ya en la disyuntiva de qué hacer, me salieron tres curros de conserje a la vez. Hablando por entonces con algunos amigos y compañeros de la época, que estaban en otras dinámicas, yo les decía: «Después de la cárcel, si crees en ti y tienes capacidades, somos capaces de todo. Y no humillarte, mantenerte en tu sitio con dignidad, pelear con dignidad, pero ser también capaz de esto, de buscarte la vida legalmente. Pues vale, estoy rehabilitado a este nivel, como dicen, pero tengo conciencia de clase y sé con quién estoy».

Me contrataron en una finca por General Mitre, que yo resumía diciendo que era lo peor de Convergència y lo peor del Opus. Estaba en la zona alta, pija y sin corazón de Barcelona. Empecé a trabajar allí de mantenimiento. Me obligaban a ponerme uniforme, un traje, que era de las cosas que más me jodía. Yo me he puesto trajes muy pocas veces en mi vida. ¿Hay que ponerse un traje? Pues nos disfrazamos, *cap problema*. El traje era muy elegante, azul marino, con corbata... Vaya, ¡no parecía yo!

A mí este curro me interesaba por varias razones: tenía un buen sueldo, cerca de mil quinientos euros mensuales, catorce

pagas; tenía el mes de vacaciones retribuido; y por Navidades los vecinos eran muy generosos, por el espíritu este cristiano. A su vez, tenía la vivienda allí y no tenía que pagar gastos de electricidad, agua, gas o teléfono. Pasaba también buena parte del tiempo con el ordenador, y en esa época aproveché para contactar con mucha gente pensando en el futuro documental de la COPEL. Lo único, y más grave, es que tenía que tratar con gente muy de derechas.

Allí vivían los García-Valdecasas, que son nietos de Alfonso García-Valdecasas (hombre importante en la fundación de la Falange). A su vez, una de las hijas fue ministra de Administraciones Públicas en el Gobierno del PP (eran todos del PP), con finca y casa familiar en Galicia, muy bien relacionada con el entorno de M. Rajoy. Por un lado, esta familia. Por el otro, *Convergència i Unió*. Convivían estas dos líneas en este edificio y había un odio a muerte entre ellos: uno ponía una estelada, el otro una bandera española... En los cuatro años que estuve ahí, como referencia de la falta de corazón que hay en estos barrios y en estos edificios, nunca vi ningún gesto afectivo entre ellos, entre los miembros de la propia familia. Nunca. De salir abrazados, de darse un beso... nunca. Todos salían por el portal como esfinges, y entraban como esfinges también.

A Yoar le faltaba un año de prácticas y se fue a Tánger, en Marruecos. Se matriculó en Tánger y ya tenía un poco más de autonomía, porque desde que se había mudado a Barcelona había empezado a buscarse la vida. Durante la carrera su madre y yo le íbamos ayudando para pagar el alquiler y la alimentación, y ella iba compaginando los estudios con algunos trabajos. Uno de los curros fue hacerme la sustitución durante dos vacaciones. Ella se había echado un novio marroquí, al que yo vi golfo y machista, y la avisé. Ella dijo que sabía lo que hacía; lo típico a su edad. Le dije: «Bueno, tú tienes que seguir tu propio camino. Yo te aviso de lo que veo y el tiempo dirá quién tiene razón, pero tú necesitas pasar por ahí. Okey, te darás alguna hostia y aprenderás, pero a todos nos ha pasado». Un día, durante la segunda sustitución, una vecina la amenazó con denunciarla porque se estaba dando un beso con el novio (ni

siquiera estaban en el portal), y ahí ya decidimos que no hiciese más sustituciones.

A los dos años de estar allí sucedió el hecho fortuito de que el edificio estaba en reformas y los trabajadores estaban superputeados. El responsable, que era arquitecto, era un vecino que era un déspota y un maltratador de trabajadores. Un día en que estaban los trabajadores solos les dije: «No tenéis que aguantar a este cabrón explotador». Debió de oír algo, porque un día vino directamente a provocarme. Yo le dije que a mí me hablase con respeto y que si quería que yo le hablase de usted, me hablase él también de usted, y que, si no, «te hablo de tú y con la falta de respeto que tú me hablas a mí y le hablas a los trabajadores». Yo creo que esto le sorprendió, porque este tipo de personas están acostumbradas a ser tratadas con pleite-sía, y en mi caso no era así.

A partir de ahí empezó una lucha psicológica bastante fuerte, y buscaron aliados en la comunidad para iniciar el hostigamiento. Para estos, aunque aparentemente son compasivos, muy cristianos y demás, en la práctica prima la identidad de clase. Por otro lado, yo nunca me puse enfermo, cumplía con mi horario, con mi uniforme, así que había una parte de la comunidad que valoraba mi trabajo. Tenía mi personalidad, evidentemente, pero guardaba las formas. Como era previsible, esta familia buscó en internet y descubrió mi pasado: que si charlas y presentaciones de libros en ateneos, que si lo del atraco ese al Banesto del que me acusó la mafia policial, etcétera. La cosa fue escalando hasta que consiguieron influenciar al presidente de la comunidad para que me modificasen unilateralmente el contrato laboral, aduciendo necesidades de la comunidad. Yo era afiliado a la CGT en esa época y me asesoró una abogada del sindicato, Sandra Puig, compañera de despacho de Josep Maria Loperena (abogado que fue de la COPEL y que, desgraciadamente, ya ha fallecido). Decidimos tirar pa'lante. Presenté dos demandas por modificación del contrato laboral sin justificar. Entonces, para putearme, me redujeron el sueldo y me obligaron a hacer una hora de trabajo el sábado por la mañana (para joderme el fin de semana).



Primer día como jardinero.

El conflicto y el acoso siguieron hasta la huelga general de 2012. El día anterior vino el presidente de la comunidad a decirme que se iba a valorar mi situación al día siguiente, y para saber qué iba a hacer con la huelga. «Hombre, pues yo voy a hacer huelga». «Ya, pero es que si hace huelga la comunidad se va a poner en contra, porque no ve bien que haga usted huelga». «Sí, pero yo soy un trabajador, y tengo mi conciencia de clase». «Ah, pues entonces seguramente yo le retiraré mi apoyo...». «Bueno, usted haga lo que quiera en conciencia, yo hago lo que tengo que hacer en conciencia también». Yo también sabía que esto podía ayudar a desbloquear la situación: o me despedían e íbamos a juicio, o me indemnizaban con todos mis derechos. Al día siguiente, hicieron la reunión de propietarios y acordaron que me despedían. Me rescindieron el contrato y se me reconocieron mis derechos, con retroactividad. Me tuvieron que pagar el año y pico que había estado con disminución de sueldo, pagarme

las horas de los sábados como extras, etcétera. Cogí un pellizco razonable para ir tirando.

Estuve un año y medio cobrando el paro que había acumulado y en 2014 me llamaron de Parcs i Jardins de Barcelona porque estaba en la bolsa de trabajo de las oposiciones en las que participé en 2008. Me ofrecieron un contrato de cuatro años de sustitución de un prejubilado, y a mí se me estaba acabando el paro, así que coincidió muy bien. Yo, a nivel práctico y de conocimiento, era un jardinero normal, pero al ser una sustitución entré con la categoría del prejubilado y cobraba muy bien, más de dos mil (aunque a los meses ya se fue reduciendo bastante). Las condiciones laborales eran muy buenas y había muy buenos compañeros. En Parcs i Jardins se estaba dando un cambio generacional de conciencia, al menos sindical. Antes dominaba el binomio Comisiones y UGT y, como el del bipartidismo este, todo atado y bien atado. CGT había irrumpido con fuerza en este sector y estaba desplazando a la UGT, sobre todo entre la gente joven, que lo tenía bastante claro.

## 23

# UNA HISTORIA DE REBELDÍA Y DIGNIDAD

Mi amigo Meltxor, que fue uno de los chóferes de la fuga de Segovia, me llamó un día y me dijo: «Oye, que voy a Catalunya porque se va a hacer la presentación de un documental sobre la fuga de Segovia. Se va a hacer la presentación en la Cerdanya, en el pueblo donde está enterrado Oriol Solé Sugranyes, Bor, y vamos a subir varios amigos y compañeros de la época». Y que si tenía sitio en mi casa para quedarse. Se me ocurrió pedirle que preguntase a los de la organización si yo podía ir, y no hubo problema. Llegado el día vino Meltxor y, al día siguiente, subimos a la Cerdanya y allí coincidimos con varios militantes del MIL. Entre ellos el Queso, Pons Llobet, algunos hermanos de Oriol Solé, Jean-Marc Rouillan, y algunos antiguos polimilis y troskos que yo conocía de Carabanchel y del Puerto.

Para mí, joder, fue una emoción verme ahí honrando la memoria de Oriol Solé y de la lucha que supuso la confrontación directa, armada y de agitación política; con todo lo que conllevó de prisión, de torturas y de muertes de muchos militantes. La ceremonia en el cementerio donde está su lápida fue superemotiva. Estaba la madre de Oriol, que ya tiene más de cien años, cantando *Rossinyol que vas a França*. Todo el mundo allí, esa energía, todo rodeado de nieve... En fin, una situación

indescriptible, que se da en la vida en circunstancias a veces insospechadas, y yo tuve el privilegio de vivir ese momento. Se me ponen los pelos de punta cuando lo recuerdo. Es la satisfacción de decir: «ha merecido la pena». Toda la evolución, todas las luchas: han merecido la pena.

A mí el documental me gustó bastante. Te deja un sabor de derrota al final, pues como ha sido casi todo... De la «Tran-sacción» y los últimos años de la dictadura a este acomodo de las nuevas formas de dominación social que llaman «democracia». Es un buen documento histórico y para mí explica la derrota, en esa época, de la posibilidad de hacer una transformación profunda por la vía política o revolucionaria. El documental lo hicieron Gemma Serrahima y Joan Rossell. Gemma quería saber más de Oriol, que era «su tío» por parte de padre, aunque no carnal, y se dedicó durante un par de años a recoger testimonios de los fugados vivos.<sup>1</sup> El documental recompone la historia y hace un análisis de lo que supuso ese contexto de lucha antifranquista y cómo veían los protagonistas la evolución de su lucha comparada con la actualidad; en qué quedó aquello. Es muy recomendable.

Después de la comida y de alguna copa nos sumamos a otra gente que había venido, de generaciones más jóvenes. Estando allí tan a gusto, pasaron dos o tres Land Rover de la Guardia Civil, y comentamos cómo habían cambiado los tiempos. Echarnos allí todo el día, y ya cuando nos teníamos que retirar, vi a Sonia y a su hermana, Martha, y les preguntamos si se quedaban a tomar un último gin-tonic, pero no podían porque estaban en un apartamento un poco retirado de allí. Aún tardamos un rato en irnos a la cama, porque en la casa donde nos quedábamos había gente joven y, lo típico, querían conocer batallitas (y entre Meltxor y yo tenemos para un buen rato). A raíz de eso salieron varias experiencias comunes y estuvimos hablando entre todos bastante tiempo. Recuerdo irnos a dormir esa noche muy a gusto.

---

1. Gemma Serrahima y Joan Rossell, *The Segovia Big Band*, 2013.

Al día siguiente bajamos Meltxor y yo en autobús a Barcelona, y nada, él se volvió a Donosti. Quedó así la cosa. Yo le había dado a Gemma mi contacto y, al par de meses, me dijo que si quería ir a ver una exposición de pintura (*Two painters*) que había hecho Sonia en una galería del barrio de Gràcia (Gemma es su sobrina). Sonia había estado durante un tiempo haciendo exposiciones por Berlín, Barcelona y demás. Fui a la inauguración, e iniciamos este camino en el que estamos todavía, diez años ya.

En esa época combinaba el trabajo de jardinero con dar el empujón definitivo para acabar el documental de la COPEL. El proyecto, desde el principio, lo llevábamos especialmente Fernando, de Valencia, y yo, que éramos los que teníamos más compromiso. Estando en Asturias por una charla, él ya dijo que había que ponerse con esto de una vez, y empezamos a grabar unos meses antes sin tener muy claro cómo lo íbamos a hacer. Hicimos innumerables entrevistas y juntamos más de cien horas de grabación. Cuando acababa la jornada laboral, o sobre todo los fines de semana, teníamos que desplazarnos a grabar a alguien, recoger su testimonio. Cuando íbamos, intentábamos aprovechar y hacer más de una entrevista, porque lo pagábamos todo nosotros, claro. Mas allá de algún episodio en que la gente queda contigo y luego te deja tirado, fue una experiencia muy enriquecedora.

Para las entrevistas preparábamos un guion básico. También improvisábamos. Por ejemplo, yo lo tenía muy claro con Mitxel, ya que habíamos tenido una relación de amistad y conocía su trayectoria (fue miembro de ETA). En algún caso sí que tuvimos que preparar bien un guion. Por ejemplo, para entrevistar a Carlos García Valdés, César Lorenzo nos hizo un guion previo. A este pájaro no había forma de conseguir grabarle. Incluso lo intentamos a través de una amiga profesora ya jubilada, Anabela (la misma que subió al tejado de Carabanchel el 18 de julio de 1977), que le dijo que queríamos entrevistarle para el documental, pero él iba dando largas. Entonces yo, que soy muy cabezón y no me rindo tan fácilmente, un día localicé su correo corporativo y le escribí directamente:

«Hola, Carlos, soy Daniel, ¿te acuerdas de mí? Yo también de ti. Sé que te ha llegado en varias ocasiones la oferta que te hemos hecho de hacerte una entrevista, e insisto. Me gustaría grabarte porque consideramos que tu testimonio es importante, y te adelanto que no va a ser un documental generoso con la institución penitenciaria ni contigo, porque no puede serlo. Tú ya conoces mi perspectiva, pero nos parece muy interesante tu testimonio...». Y entonces me respondió que sí.

El guion que hizo César era bastante *light*, para que aceptase que grabásemos. Cuando lo leyó Fernando me dijo: «Joder, ¿no se le puede apretar?». «Bueno, podemos improvisar sobre la marcha, pero lo mismo dice *c'est fini* la entrevista, entonces...». Hombre, García Valdés lo pasó mal porque no estaba cómodo en la entrevista. Es que desde una perspectiva crítica y argumentada, y con alguien que te rebate tus argumentos, por muy catedrático y muy arquitecto de toda la legislación penitenciaria que seas, no tienes argumentos para rebatir. Yo le vi sudar y, en momentos, muy nervioso. Con todo su despacho, toda su trayectoria y todas las cosas a su nombre, pero no. Cuarenta años después me sentí con superioridad moral ante él: era la posición del represor que intenta explicar su vida sin argumentos de peso, sin profundizar en los debates, con argumentos arquetípicos sobre la normativa.<sup>2</sup>

En el análisis que hice posteriormente, yo creo que él accedió a la entrevista porque tenía una deuda moral con la COPEL. Él apareció en la escena pública y política porque el Estado decidió jugar la baza de la zanahoria y tirar de un hombre con una trayectoria «progresista» que vendía bien. Y, sobre todo, porque estaba muy reconocido y arropado por el colectivo de abogados que nos apoyaron, que apoyaban a la COPEL,

---

2. Tiempo después, en una entrevista a raíz del estreno de *Modelo 77*, García Valdés se refería a esta entrevista en términos crípticos (como suele hacer): «También tuve una conversación antes de jubilarme a los setenta años. Me desconcertó uno de los máximos representantes de la COPEL de entonces, me hizo una entrevista larga y amplia. Hablamos sobre muchos temas, él contaba su versión y yo la mía, lo que viví. Fue extraño». Véase *La Voz del Patio*, n.º 12, enero-abril de 2023.

especialmente en Madrid. Fue entonces cuando vino a la cárcel de El Dueso para entrevistarse con nosotros.

Con Toni, un cámara valenciano que estaba involucrado en el documental, habíamos salido tarifando, sobre todo porque Fernando y él discutían de una forma frecuente y acalorada. Yo ya en una comida con las amigas del colectivo anticarcelario en el Cabanyal de Valencia dije: «Mira, vosotros si queréis mataros, adelante, pero este documental hay que acabarlo. Si no lo acabáis vosotros, lo acabo yo, pero esto hay que hacerlo». Nos quedamos Fernando y yo, pero con el paso del tiempo llegamos a la conclusión de que éramos incompatibles. Yo, por mi experiencia, viví más que él lo que fue la COPEL dentro de la cárcel. Él, por su experiencia desde fuera, participó de manera muy activa en los grupos de apoyo a la COPEL con diferentes acciones. Era difícil congeniar nuestros dos caracteres y nuestras visiones respecto a lo que debería ser el documental. Decidimos que lo acabase yo a condición de que él dispusiera de todas las entrevistas, por si las quiere colgar en YouTube o hacer algún día algo con ellas.

El documental finalmente tuvo una ayuda fundamental, que fue la aportación de Gemma Serrahima y de Sonia, quienes, fruto de su experiencia, nos ayudaron a darle forma y estructura (el esqueleto, la escaleta del documental). También empezamos a recurrir a gente voluntaria para hacer las transcripciones de todas las entrevistas (a quienes sigo infinitamente agradecido). Por medio de Gemma conocí a los de Metromuster, la cooperativa autónoma de audiovisuales de temática de denuncia social, que estaban allí en Gràcia, muy cerca de donde vivíamos Sonia y yo. Porque Sonia y yo al año o así nos fuimos a vivir juntos. Metromuster se comprometió a hacer la producción, a buscar al técnico de sonido (había que pulir y limpiar bastante el sonido de algunas entrevistas, que estaban hechas «de aquella manera» porque no teníamos experiencia profesional), y nos puso en contacto también con el montador Pablo Gil, que era un chaval muy majo e hizo un trabajo excelente (máxime si se tienen en cuenta las innumerables horas de visionado y pulido en una habitación que



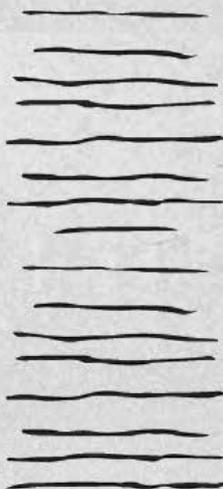
Con Sonia y Martha durante la presentación del documental *The Segovia Big Band*, sobre la fuga de la cárcel de Segovia en 1976.



En la casa de Gràcia con Gemma, dando los últimos retoques para la presentación del documental *Copel: una historia de rebeldía y dignidad*.

# COPEL:

Una historia de rebeldía y dignidad



Cartel del documental.

parecía una celda). Tuvimos que prescindir de bastantes entrevistas que no tenían calidad de sonido o de imagen, y de otras porque los entrevistados no querían que apareciese su imagen (y meter solo la voz era complicado). Hicimos un documental de hora y media aproximadamente. En general, muy satisfactorio, y conocí a gente muy interesante a muchos niveles.

Por aquella época había empezado a cantar en un coro en el barrio de Gràcia, y allí conté un día el proyecto y me dijeron: «Hostias, ¿qué te parece si grabamos el *Bella ciao*, que era el himno de la COPEL? Y de paso tú cantas». Así que tuvimos el privilegio de que el coro DesaCORd grabase el himno de la COPEL basado en el *Bella ciao*. Conseguimos acabar el documental en septiembre de 2017.<sup>3</sup> Los de la Cinètika, un cine okupado en el barrio de Sant Andreu, me propusieron estrenarlo allí. A mí me parecía un sitio ideal: un cine okupado, emblemático..., pero con todas las comodidades, las butacas, los proyectores... Una pasada. Lo presentamos el 28 de octubre de 2017.

Nosotros convocamos a colectivos, a ateneos, a casas okupadas, expresos, etcétera. Pensábamos que iba a venir bastante gente, pero se nos desbordó la cosa. Además de que solo había dos baños, teníamos que estar pendientes de la posibilidad, siempre presente en estos casos, de que pudiera surgir algún provocador fascista o algún boicot. Afortunadamente, la familia de Sonia es muy extensa y estuvieron ayudando, especialmente su hija Clara. Se llenó la Cinètika hasta el punto de que la gente estaba sentada en el suelo. La presentación la hicimos Fernando, Gemma y yo. En el momento de presentar, me vinieron a la memoria tantas historias, tantas emociones... El compromiso que yo adquirí en aquellos años de narrarlo algún día, y en ese momento había tanta gente allí que tuve una sensación y una energía irrepetible, de eso que se lleva uno a la tumba. Pero, sobre todo, haber cumplido el compromiso de que no quedase en el olvido de la historia, porque experiencia que se queda en el

---

3. *COPEL: Una historia de rebeldía y dignidad*, Metromuster, Barcelona, 2017.

olvido es experiencia que se pierde, y creo que todas las experiencias pueden ser útiles para futuras generaciones.

De alguna forma, la lucha de la COPEL fue muy importante a nivel político y tuvo gran trascendencia, aunque no conseguimos ninguna de nuestras reivindicaciones. Fueron tres años de luchas en los que el Estado necesitaba consolidar el nuevo sistema de dominación, la mal llamada «Transición», y no cedíamos. Pero sí supuso a nivel personal, para mí y para unos cuantos compañeros, la satisfacción de haber superado el rol sumiso que socialmente te asignan como perteneciente a una clase social baja. Ya nacías con el destino escrito de ser futuro poblador de la cárcel, como tantos otros. Rompimos con eso y demostramos que éramos capaces de romper la individualidad y de crear un movimiento colectivo con una cohesión y una fuerza importantes.

Después del estreno surgieron infinidad de presentaciones del documental por todo el Estado. Yo hice presentaciones en Catalunya, Aragón, Euskal Herria, Galicia, Madrid, Valencia, Dénia, Iruña..., en muchísimos sitios. Menos mal que otros compañeros, algunos excompañeros de la COPEL que se quedaron por el camino y otros que no participaron pero que se ofrecieron voluntarios, se involucraron en la presentación del documental. Al final acabé ya bastante rayado de convertirme en un charlatán y decir siempre lo mismo... No podía hacer más presentaciones; mis disculpas a los sitios a los que no fui.

De fuera de España recuerdo dos presentaciones muy emotivas para mí: en Roma y en Turín. Asistieron algunos antiguos militantes de las Brigadas Rojas y autónomos, muy interesados en conocer la experiencia de la COPEL, y estuvo muy bien el debate (con preguntas bastante cañeras). Y recuerdo otras dos en Grecia, en Tesalónica y en Atenas, donde hicimos una en la Facultad de Arquitectura y asistieron las parejas de algunos miembros del SPF (Conspiración de las Células de Fuego), que son presos de orientación anarquista. Allí unas chicas se comunicaron con sus compañeros que estaban presos y hablamos directamente. Un lío con las traducciones. Estaban preparándose para una campaña de lucha en las cárceles

y recuerdo que me preguntaron por las autolesiones. Yo sé que los presos de intencionalidad política siempre han tenido reticencias a autolesionarse, y les dije: «Mira, yo entiendo que tengáis prejuicios y no estéis muy por la labor, que preferáis huelgas de hambre o lo que sea. Pero la autolesión, si como parece en Grecia no se ha hecho de forma colectiva, masiva, al principio la sangre impacta mucho, y es una baza que podéis utilizar de una forma eficaz». También me preguntaron que cómo se hacía, y yo les decía que rompiesen los actos de los juicios (aunque ellos ya los rompían cuando empleaban la táctica, que se da en todo el mundo, de no reconocer al tribunal porque es un tribunal que representa a la clase social dominante, por la cual tú estás en la cárcel). Posteriormente seguí la campaña y consiguieron hacer huelgas de hambre fuertes en varias cárceles y algún motín. Subtitulamos el documental en francés (gracias, amigo de Toulouse), inglés (lo hizo Yoar), italiano (salud, gente de los Alpes), alemán (Colectivo Autónomo de Berlín)... y en cada sitio lo presentaban diferentes colectivos. Muy agradecido de verdad a todos los que hicieron los subtítulos. También lo presentaron en varios países latinoamericanos: Bolivia, Argentina, Chile, México y Uruguay.

En 2014 yo me había ido a vivir con Sonia. Empezamos a quedar y la cosa fluía, y yo pasaba mucho por su casa y ella por la mía. Con Sonia ha sido todo muy fácil desde el principio. Ella venía de una familia abierta, catalana, progresista, educada, pero con conciencia social. David, su padre, había sido uno de los fundadores de Amnistía Internacional en España, en plena dictadura franquista. Con su familia muy bien, a pesar de que yo parecía un poco un lobo estepario a su lado. Yo me imagino que al principio estarían un poco preocupados, porque ya conocían un poco mi pasado y les saldría todavía la vena protectora. Sonia vivía con su hija mayor, Clara, que también tenía un novio que pasaba mucho por la casa, así que de alguna forma se precipitó el que yo me fuese a vivir con Sonia y que Clara se fuese a vivir con su novio. Sonia tiene mucho apego por sus hijas y, al empezar nosotros, ellas eran

todavía muy jóvenes (mi hija es tres años mayor), así que tienes que ir observando, con respeto. Buscar tus espacios, dejar sus espacios, y paciencia. Lo mismo cuando conocieron a Yoar. Cuando te juntas así a estas alturas, hay que ir con respeto, y todo bien.

A través de un contacto de la Biblioteca de la Evasión llegué a Clivella, que era un colectivo anticarcelario donde estaban Solange, Ainhoa y Pedro. Empezamos a reunirnos en el Ateneu la Flor de Maig, en el barrio de Poblenou. Además de las urgencias que les surgiesen a las personas presas, queríamos ser un grupo dinámico, participar en acciones, establecer relación con otros colectivos, etcétera. Cuando pasamos a reunirnos en Can Batlló el grupo se volvió más estable. Hicimos varias actividades, jornadas de denuncia de la situación carcelaria..., pero al final terminas llegando solo al público afín. Por eso entendíamos que era fundamental dirigirse a colectivos relacionados y tratar de involucrarlos, de sensibilizarlos, de establecer un compromiso. Es difícil, porque el activismo anticarcelario suele ser un camino ingrato, pero es necesario que sea constante y de largo recorrido. Lo intentamos con el Colegio de Médicos de Barcelona, con una campaña para que se involucrasen denunciando la situación en las prisiones. También se llamó a las puertas de colectivos vulnerables, se repartió propaganda... Participamos en la edición de un tabloide que se llamaba *El Qué*, que distribuíamos entre las familias en las puertas de las cárceles.

Siempre que se hace algo de apoyo a la lucha de las personas presas es positivo. Las cartas, los libros, las visitas... son fundamentales para subir la moral y mantener vínculos afectivos y de resistencia. Es más difícil involucrar a la gente de cara al proyecto abolicionista. Veo que es básico abrirse a otros colectivos; no queda otra solución. Si no, los colectivos anticarcelarios están llamados a funcionar durante un tiempo hasta que se da el desgaste lógico... Como yo me iba a vivir fuera de Barcelona, y no me gusta irme de un sitio sin buscar a otra persona, fui a dos o tres asambleas con una amiga que podía encajar muy bien, Ángela Valeiras, hasta que dije: «Os abandono. A ver si la cosa tira pa'lante».



## 24

# EN LA PENÚLTIMA CURVA DE LA VIDA

Acabé el contrato de sustitución en Parcs i Jardins de Barcelona y coincidía que Sonia también acababa el contrato con la empresa de distribución de material de primeros auxilios (había certificados de calidad sanitaria ISO, porque es bióloga). Debido a la aplicación de la amnistía yo podía solicitar unos años de cotización y llegar al mínimo necesario para la jubilación, así que me moví. A través de mi amigo Antonio Pérez, expreso libertario de La Comuna (asociación de presxs y represaliadxs por la dictadura franquista), me informaron de todos los datos y del juzgado que se dedicaba a aplicar la ley de amnistía y yo vi que, aunque había sido un preso social, se podía pelear. La jueza encargada de la aplicación de las medidas de gracia simplemente leía la sentencia y la medida que acordaba el tribunal de aplicación de la ley de amnistía, así que me lo reconocieron. Fui a la Seguridad Social y aporté todos los justificantes, las sentencias, la aplicación de la amnistía y la convalidación. Con esto ya completaba la cotización de los quince años mínimos para cobrar la pensión mínima, y con eso estoy. Para mí supuso pérdida de poder adquisitivo y de una actividad que era satisfactoria (y el ambiente con los compañeros también bastante positivo), pero el planteamiento de vida que nos hicimos Sonia y yo nos lo permitía. No necesitamos mucho.

Entonces nos planteamos cambiar de aires. A mí la ciudad nunca me ha gustado. Tuve mi época, como todo el mundo, de que te comías todo, te bebías todo, bailabas hasta las tantas y cerrabas todo, pero, como forma de vida, o como espacio de vida inteligente, la ciudad siempre me ha parecido una trampa relacionada con la formación del capitalismo, con la Revolución Industrial y la construcción de espacios donde almacenar a los trabajadores. El desarrollo capitalista necesitaba la construcción de barrios populares de trabajadores. Yo siempre he pensado que en las ciudades no se produce nada y que son intermediarias de todo. Es una insensatez humana crear estos megaspacios y tender a seguir aumentándolos y crear cada vez más dependencias. Con la pandemia se vio clarísimo. Como decían los maquis y los bandoleros, «la ciudad solo para aprovisionarse».

Cuando coincidió que cambió la situación laboral de ambos, vinimos a Girona. Un amigo de Sonia arquitecto tenía un proyecto para construir este solar, así que vinimos a hablar con él y a conocer el sitio. Siempre que veníamos a este pueblo hacía un día espléndido, el buen rollo que trae el río, la tierra... y llegamos a la conclusión de que por qué no venirnos. La naturaleza siempre me ha gustado y en mi recorrido he aprendido a cultivar y a generar recursos. Sonia y su padre tenían un piso en Berlín, de cuando ella vivía allí, y ella vio que esto podía ser una buena inversión, también para sus hijas en el futuro. Nos embarcamos en este proyecto de construcción de una casa sencilla, pero con mucha paz, mucho silencio, mucha tranquilidad... Al principio nos mudamos de alquiler a un pueblo cercano, a una casa de unos amigos de la familia de Sonia. La casa no tenía muy buenas condiciones y no lo pasamos muy bien ahí porque los inviernos eran duritos (al final tuve que hacerme con una motosierra y pedirle al vecino que me dejase cortar unos árboles y trocearlos para echarlos a la chimenea; menos mal que este vecino no era de Alianza Popular...).

También influyó para que viniésemos que conocíamos a alguna gente por aquí. Sonia tiene primos y primas por la zona, muy majos. Yo conocía a un histórico del MIL, el Queso, con el

que me reencontré en la presentación del documental sobre la fuga de Segovia. A él lo había conocido en la séptima galería de Carabanchel en 1973 o 1974 (no lo tenían todavía como preso político, en la tercera). También nos juntamos con los hermanos del Oriol Solé, Jordi y Raimon. Son amigos con los que, por nuestro pasado, fluye todo con bastante facilidad. Me gustó bastante la sensación y me ayudaba a cambiar de aires.

Con respecto a trasladarme de Barcelona a un pueblo de Girona, no es la primera vez que hago un cambio tan radical y con una cultura así, tan... propia. Estuve viviendo en Euskal Herria hace años y en Asturias también, en un valle pequeño, profundo, así que sé que cuando llegas a un sitio así siempre hay que ir con respeto y prudencia. Aquí se habla catalán duro, pero ya llevaba en Catalunya muchos años y muchos de mis amigos *parlaven català* y los he entendido a todos siempre. Lo de que si no hablas catalán te tratan mal es mentira, directamente. En general, Catalunya es una sociedad abierta y tolerante.

Por otro lado, yo nunca me aburro (me busco recursos para estar creativo y despierto). Además, las actividades cotidianas de vivir en un pueblo, sobre todo si no tienes calefacción, te obligan a generar recursos. El propio ritmo de vida de la casa te mantiene bastante ocupado. Sonia sigue currando, así que me ocupo de la comida y de cosas de la intendencia.

Además, cuando Sonia compró el solar nos enteramos de que había un huerto. No en el solar, sino que en algunos pueblos del Empordà había tradición, sobre todo en las casas del casco antiguo de cada pueblo, de que todo el mundo tenía su huerto, como recurso, porque en aquellos años era necesario para la subsistencia. Este pueblo, como tantos, tiene los dos símbolos de la dominación eterna: la casa pairal latifundista y la iglesia. Todos dependientes de los señores feudales para la subsistencia... Bueno, descubrir el huerto para mí fue una gran sorpresa. Por un lado, cultivar con tus manos, consumir alimentos sanos sin ningún químico ni pesticida ni fertilizantes ni hostias. Y, por otro lado, también a nivel de convivencia, porque todo ser humano necesita un escape, y el huerto facilita mucho tener un espacio al que ir y estar fuera de la casa. Sonia

trabaja, pero yo ya no, y aún no he llegado a la edad de estar todo el día en casa.

Para mí el huerto es un pulmón necesario, sobre todo porque me aporta una paz y una energía especial. Yo creo que en nuestra energía hay un *feedback* con la tierra, con la naturaleza, y en el asfalto de las ciudades esta energía rebota. Además, bloquea todos los sentidos: el olfato, hay mucho ruido, los alimentos tienen menos sabor... Aquí vuelves a ser un poco cromañón. Para mí el huerto supone libertad visual, auditiva..., hay infinidad de aves moviéndose constantemente, la observación de la tierra, de las plantas, de las flores (ese «microcosmos», que dicen los orientales). Desconectas por completo de las historias cotidianas y de los comecocos de la mierda de mundo en que vivimos, y es muy gratificante. Además, supone una mejora para la salud por lo que comes, y es un ahorro económico. Con el huerto llevo ya cuatro años, y estoy pendiente, a ver si lo consigo, de abrir un pequeño taller que tengo aquí alquilado en el *poble* y generar otros recursos, para completar un poco la economía.

Mi idea sería trabajar en el taller y hacer productos. Como en su día aprendí aromaterapia y a hacer esencias, he montado un pequeño taller. Le he podido dedicar poco tiempo y va un poco a borbotones, pero el huerto ahora me requiere menos tiempo (está trabajado y he aprendido). Tampoco me preocupa, porque el planteamiento principal era por si hacía falta conseguir algún complemento para la pensión que tengo. No sé si conseguiré abrirlo, aunque no debería hacerlo de una forma abierta, por razones obvias. Si soy autónomo, autónomo pirata.

También tengo en mente realizar algunos cursillos en el huerto para enseñar a destilar aceites con el alambique. He conocido a gente por aquí que está bastante bien organizada en grupos de autoconsumo y que trabajan de modo tradicional, intentando recuperar las raíces que se han ido perdiendo de la cultura propia. A mí me parece muy interesante y tengo ganas de involucrarme, porque así se abre otro frente de aprendizaje, de relaciones y demás.

Mi relación con Yoar ha pasado por diferentes etapas y pasamos de vivir juntos a que yo viva en Girona y ella en Dénia.



Con Yoar.

Hace pocos años tuvo un hijo y no acaba de consolidar una vida estable, pero yo he comprobado que mi hija es fuerte de espíritu y que, con paciencia, conseguirá sus objetivos. La mayor dificultad que ha estado teniendo es la relación de pareja, con el padre de su hijo, porque viene de la cultura omaní, del Sultanato de Omán, donde la influencia social y familiar es dura y le impiden que dé el paso de convivir con mi hija. Esto cambia mucho la crianza. Cuando nosotros la criamos a ella éramos dos y, aunque diéses libertad, podías controlar. Yoar ha decidido ser una madre totalmente dedicada a su hijo y con una crianza diferente al uso, muy abierta y tolerante. Omar, mi nieto, está asilvestrado, lo que es positivo, pero requiere mucha paciencia. Yo he conseguido implantarle unas normas conmigo, de respeto mutuo, porque aunque respeto la decisión de su madre, a esas edades los niños pueden hacerse unos pequeños dictadores. Así que, con esos límites, jugamos a todo, y lo disfruto, y bajo regularmente a estar con ellos. Desde hace unos meses mi hija está compartiendo su vida con Gabriel, un músico cubano.

Cuando me iba a venir a Girona le pregunté a Gracia, una compañera de Clivella, si conocía a gente por aquí para seguir haciendo activismo anticarcelario. Me dio un par de contactos, Miriam y Cèlia, y a partir de ahí empezamos a discutir si era factible consolidar un grupo más o menos afín y con unas ideas compartidas claras, y acabamos montando el Col·lectiu Rossinyol. Yo con Rossinyol tengo una espinita clavada, porque fue un proyecto fallido (y breve). No fue posible conseguir una dinámica buena de actividad y compromiso por ser quienes éramos en el colectivo (además solo éramos cinco personas y al poco de empezar llegó el confinamiento). Hicimos un par de acciones, una exposición y algo de acompañamiento, pero la perspectiva de consolidar un grupo fuerte no era buena.

Con respecto a otras cosas políticas, está claro que, al venir al *poble*, pierdes la inmediatez de quedar, o de participar en movidas, en manis. Aunque justo yo con el proceso de las manis, con el paso de los años me ha dado la sensación de que la mayoría de las veces son procesiones perfectamente encauzadas, hasta el punto de que el poder las tolera y ni siquiera parecen molestarle. Es una forma de protesta y activismo necesaria, evidentemente, pero están totalmente controladas, así que puedo vivir sin ellas.

Siempre he tenido facilidad para mantener los contactos; ahora es muy fácil, con internet y con el móvil y, de hecho, últimamente me han salido un montón de proyectos: escribir el prólogo para el libro de Ángela Valeiras;<sup>1</sup> un proyecto muy interesante sobre el subsuelo de Carabanchel y la memoria, *Avenida de los Poblados, s/n*, con Florencia Rojas, una amiga muy maja e inquieta; asesorar en la elaboración de los guiones de la película *Modelo 77* y del corto *Pocos, buenos y seguros*; hay un par de teles que se han interesado por lo de la mafia policial de los ochenta; un posible documental sobre Pastora, la madre de Xosé Tarrío; ando documentándome sobre el pasado del abuelo de Sonia; y sigo yendo a dar algunas charlas en la universidad

---

1. Ángela Valeiras, *El árbol torcido*, Círculo Rojo, 2021. Ángela, además, siendo adolescente fue detenida y acusada en el caso Scala.

y haciendo varias «últimas» presentaciones del documental de la COPEL (las últimas presentaciones y charlas, que recuerdo con cariño, fueron las efectuadas en las facultades de Derecho y Economía de la Universidad de Barcelona, gracias a invitaciones de Iñaki Rivera y Elisabet Almeda. También en la Facultad de Derecho de Girona, aunque más centrada sobre mi propia vida, y una muy especial con chavales de un instituto de Sarrià de Ter). Como resultado de la proyección de la película *Modelo 77*, he tenido la satisfacción de ayudar a varios alumnos de otros institutos de Catalunya y de Madrid, para trabajos de fin de curso, que estaban interesados en conocer esta experiencia cada vez menos oculta de la farsante Transición. Por último, unos chavales muy majos de la Casa del Barrio de Carabanchel, junto con algún colectivo anticarcelario de Madrid, nos invitaron a siete australopitecos supervivientes de la COPEL a un homenaje a nosotros y a Agustín Rueda en el solar de las ruinas de la cárcel. Fue un acto entrañable, muy simbólico y de recuperación de la memoria y la dignidad. En el solar de las ruinas no hay ninguna referencia a la muerte de Agustín Rueda ni a las luchas de la COPEL, ni al sufrimiento pasado por miles de personas en aquella siniestra cárcel. Como una muy grata sorpresa, en pleno acto reivindicativo apareció Anabela Silva, del grupo de abogadas y abogados que tan generosamente defendieron a los presos de la COPEL. Y como otra sorpresa más desagradable, acabamos rodeados por un grupo de intervención de la Policía Nacional que pretendía identificarnos (no lo consiguieron): todo un símbolo de aquellos tiempos que se narran y de la supuesta democracia en que vivimos.

Hay dos proyectos que me faltan para sentir que ya puedo jubilarme. Uno es el de hacer un documental abolicionista, que aún estamos en fase de darle forma y documentarnos (y de conseguir convencer a alguien más para que participe). La idea es bucear en la experiencia de la pedagogía antiautoritaria, desde sus orígenes hasta el abolicionismo, pasando por la cultura punitivista, la occidental especialmente. Cargarse la cultura del castigo, porque al final el problema es ese: pensar

que castigando se puede educar a la gente. Es un burro ingente lo que tenemos por delante, pero a mí no me asusta. Para mí es clave buscar una herramienta pedagógica que les sirva a las nuevas generaciones, que son más audiovisuales, para que puedan acceder a las referencias necesarias.

El otro proyecto que me falta es este libro, esta reflexión, o cronología, sobre mi vida; estas memorias. He cumplido setenta y cinco años; ya estoy en la penúltima curva de la vida. Esto me da la tranquilidad de espíritu, emocional, para dar testimonio de una época y de unas vivencias que creo que pueden ser útiles. Ha llevado más tiempo del que pensaba, pero también se ha acabado.

# EPÍLOGO

*Yo soy porque tú eres.*

Quiero acabar este relato (tras las innumerables «sesiones psicoanalíticas» con mi amigo Nacho —¡qué sano es hacer realidad la idea de todo para fuera!—) resaltando una palabra: *ubuntu*. Esta define una forma de vida prácticamente desaparecida en «nuestra» cultura impuesta. Considero que resume muy bien las diversas etapas, más o menos críticas, de mi existencia: con frecuencia la amenaza de la destrucción, de la individualización por el sufrimiento. Y en esas situaciones surgía el apoyo mutuo, la solidaridad, como fuerza salvadora fundamental para vencer las dificultades, para seguir adelante con determinación.

El balance que hago de este tiempo, a menudo intenso, contradictorio, en lucha permanente por conseguir el equilibrio emocional y el empoderamiento para alcanzar la libertad arrebatada ya desde la infancia, evidentemente es positivo: superé constantes dificultades y amenazas viendo cómo infinidad de amigos y amigas acababan sus vidas (muchos demasiado jóvenes) en la perversa dinámica de destrucción de la cárcel, la heroína, la locura, el sufrimiento... Puedo afirmar, con enorme agradecimiento, que sobreviví para contarlo.

Jamás olvidaré a toda la buena gente que conocí y me ayudó en tiempos duros. No debo destacar a nadie en especial, pues fue tanta y tan diversa que no sería justo individualizar. A toda esta gente la tengo en mi corazón y en mi memoria...

La vida que aquí relato transcurrió con frecuencia marcada por episodios trascendentales duales, que yo defino como «entre el azar y la necesidad». El azar, muchas veces favorable, y la necesidad de tener que vivir esas situaciones difíciles marcadas por mi origen familiar y social, y que determinan las vidas precarias de tantas personas. También por la decisión personal de vivir «al margen» durante mucho tiempo, como forma de rebeldía ante ese designio clasista de exclusión social. Situaciones clave para trazar el rumbo de mi vida y mi conciencia.

Especialmente me vienen a la memoria el encuentro fortuito con el grupo de chavales madrileños en 1966, tras mi fuga familiar hacia Marbella, y la posterior renuncia a entrevistarme para trabajar en el hotel Don Pepe. Esto supuso el principio de mi «carrera» de delincuente juvenil, que conllevó mi primera entrada en prisión en plena dictadura franquista durante cinco años, y ya, tras mi salida en libertad, decidí, con más conciencia y legitimidad, comenzar otra etapa como atracador.

Otra vivencia muy especial, la cual me empoderó y contribuyó de manera decisiva a mi toma de conciencia política, fue la ruptura del juicio en mayo de 1977 en la Audiencia Provincial de Madrid (en las Salesas). Fue el no acatar sumisamente la supuesta autoridad de los jueces y magistrados que pretendían juzgarme, rechazar la justicia franquista, de clase, venciendo el miedo fuerte e inconscientemente escondido, autolesionándome junto a mis dos compañeros también juzgados y regando el suelo de semejante antro de supuesta justicia con nuestra abundante sangre (y con el apoyo «coreográfico» de familiares y amistades de la AFAPE). Tras esta acción me sentí como otra persona, lleno de una inmensa paz, con total superioridad ética sobre uno de los mayores símbolos de la represión y el sometimiento en una sociedad tremendamente injusta: los tribunales.

La etapa más larga y trascendental que viví en ese tiempo fueron los casi tres años de intensa lucha en la COPEL: un tiempo

vertiginoso de progresiva concienciación colectiva, de romper los roles sociales asignados y aceptados sumisamente, en el que tuvimos en jaque al Estado (tan necesitado de paz social en aquel tiempo para consolidar esta democracia —que no lo es—). Un tiempo que nos sirvió a unos cuantos presos para autorrehabilitarnos y denunciar ante innumerables organizaciones internacionales la pervivencia franquista en todos los organismos represivos del Estado: tribunales de justicia, policías, cárceles, etcétera. Desgraciadamente, la farsa de esta mal llamada «modélica Transición» lo cerró en falso.

El sufrimiento que supuso la «aplicación» de la ley antiterrorista en febrero de 1980 tras el falso relato de la mafia policial con graves acusaciones, y, como consecuencia de ello, las torturas sufridas en la ignominiosamente desaparecida Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol de Madrid (jalehop!, hoy sede de la Comunidad de Madrid), me permitió conocer desde dentro la cadena cómplice de todos los funcionarios impunes en su aplicación: policías, médicos forenses, jueces... y, como colofón, los supuestos medios de comunicación; la tortura siempre se ha practicado impunemente, y aún se practica, en esta supuesta sociedad «democrática». La hipocresía social la esconde.

Tras decidir compartir mi vida con mi primera pareja, Begoña, y cortar la cadena que me arrastraba a seguir siendo carne de cañón (como resultado de la presión psicológica de seguir viviendo la dinámica de los atracos y la correspondiente amenaza de ser detenido —*deprisa, deprisa!*—), sentí la necesidad de romper las corazas que me empujaban a esa dinámica y escuchar a mi corazón, atender las carencias afectivas y emocionales que arrastraba de toda mi vida. Esta decisión supuso un cambio fundamental que me permitió variar el rumbo de mi vida de forma definitiva. Consecuencia directa de ese cambio fue la decisión de ser padre, de vivir la inigualable experiencia de responsabilizarme de la crianza de mi hija, Yoar. Ello en un tiempo y entorno de libertad casi plena, donde paralelamente aprendí a conocer la naturaleza y sus ciclos, la necesidad de conectar con nuestros orígenes olvidados, con

formas de vida diferentes a lo establecido. Entender la vida en su complejidad.

Ahora estoy en la «penúltima curva» de la vida comparando mi existencia con Sonia, mi pareja, que me ha proporcionado la posibilidad de vivir en un entorno pleno de paz y naturaleza. Solo puedo estar agradecido al tiempo vivido y considerar que, pese a todo lo pasado, mereció la pena el tránsito de vivir para contarlo.



Quiero acabar haciendo diversas reflexiones sobre mi evolución y toma de conciencia política desde que comencé a entender el mundo en que vivimos, desde aquellos años tan siniestros de la dictadura franquista hasta la actualidad.

El primer dato que me hizo entender que la justicia y las leyes no son iguales para todos y que, por tanto, son un instrumento de control y de explotación social al servicio de un poder dominante para mantener sus privilegios e imponer su moral, fue la aprobación, en septiembre de 1971, del llamado «indulto Matesa», concedido a Juan Vilá Reyes, principal accionista de esa empresa, y a tres ministros de la época (todos ellos miembros del Opus Dei, organización integrista católica). Por esa época, yo me encontraba cumpliendo la «medida de internamiento en campo de trabajo» de tres años en la prisión de Nanclares de la Oca (Álava), sin derecho a ningún beneficio penal o penitenciario, ni a ser beneficiado con ningún indulto general de los que, en la época, la dictadura franquista aprobaba con cierta frecuencia. Recuerdo la reflexión que me hice entonces: ¿cómo es posible que se indulte y se trate con tanta benevolencia a los causantes de un grave daño social, y que a mí, un chaval de veintiún años, autor de unos pequeños delitos, se me castigue con tanta dureza?

Posteriormente, el empoderamiento político que fui adquiriendo en la etapa de lucha de la COPEL me permitió crear unas encuestas dirigidas a los compañeros aislados en el «telón de acero» del penal del Puerto de Santa María (Cádiz), en las

que se preguntaba acerca del origen social, educación, estado emocional, desestructuración familiar... Un gran porcentaje de las encuestas, que eran un buen reflejo de la población penitenciaria, demostraban de forma clara la procedencia social de familias pobres, emigrantes, con violencia familiar. Demostraba también claramente que las leyes, la justicia y los aparatos represivos del Estado diferenciaban de forma categórica la comisión de delitos, castigando con dureza a los pobres y rebeldes, y beneficiando claramente a los pertenecientes a las clases sociales adineradas. Vaya, como en la actualidad: no hay más que recordar la impunidad del rey Juan Carlos, del exministro Zaplana, de tantos políticos y financieros, de tantos miembros de las fuerzas del orden acusados de grandes desfalcos económicos y de la comisión de graves delitos de asesinato y torturas.

Mi evolución política en aquellos años (los años setenta y ochenta del siglo pasado) me llevó a considerar la posibilidad y necesidad de un cambio revolucionario de agitación armada como única oportunidad para eliminar las injusticias sociales, la pervivencia de privilegios de sectores sociales parásitos, la violencia patriarcal institucional, etcétera. Llegué a simpatizar claramente con organizaciones revolucionarias de la época, tanto en el Estado español como en otros países europeos y latinoamericanos, en las que miles de hombres y mujeres dedicaron generosamente sus vidas a intentar la posibilidad insurreccional para construir un mundo mejor, enlazando con experiencias históricas previas antifascistas en tantos países del planeta.

La lógica evolución producida por la reflexión crítica de mi existencia me ha llevado a cuestionarme la realidad política y económica que vivimos: la construcción de la «modélica transición a la democracia» en el Estado español (seiscientos muertos) y la pertenencia a estructuras económicas europeas fuertemente capitalistas, claramente belicistas: la Comunidad Europea y la OTAN, centros de decisión sobre nuestras vidas que están cada vez más alejados del control social. Todo ello, relacionado con la importante valoración de mi libertad y de la clase social en la que me reconozco, me llevó a cuestionarme

la gran farsa de la supuesta democracia que vivimos, y a no entregar mi libertad mediante el voto electoral (renunciando así a la posibilidad de otra participación política horizontal, cercana, de apoyo mutuo y otros valores). Considero que el sistema electoral o delegación del poder impide la posibilidad de creación de otras estructuras sociales más justas entre nosotros y con el planeta que habitamos.

Fruto también de mi reflexión crítica, considero que la dominación histórica de sectores sociales poderosos, y enquistados, se basa en la construcción y pervivencia de la «cultura del castigo» (como mínimo desde la Edad Media hasta la actualidad), donde la creación de un sistema punitivo administrado como un péndulo (del palo a la zanahoria y de la zanahoria al palo), que permea toda la estructura social, familiar y de género, se instala de forma inconsciente en un gran porcentaje de la sociedad. Esa cultura se une a la supuesta legitimidad del Estado como administrador único de la violencia y del castigo para la resolución de los conflictos sociales.

Considero, por lo tanto, que la abolición de la cultura del castigo en la sociedad es un eslabón imprescindible para el necesario debate sobre la eliminación de la violencia socialmente enquistada (utopía, sí... pero ¡Viva la Utopía!). Es necesaria la desaparición del sufrimiento que ocasiona el castigo, del enorme coste social y económico que origina (sin obtener resultados claros positivos) en la resolución de unos conflictos que, paradójicamente, esta misma sociedad clasista crea y, seguramente, necesita para perpetuarse.

*Daniel Pont Martín,  
Girona, 23 de marzo de 2024*







En la página anterior, homenaje a  
la COPEL en el solar posterior al  
derribo de Carabanchel.







Impreso en septiembre de 2024  
en Tauro Artes Gráficas (Madrid)

